

LA CRONISTA DE LOS POBRES AMALIA DOMINGO SOLER

César Bogo

La Cronista de los Pobres. Amalia Domingo Soler

César Bogo



LA CRONISTA DE LOS POBRES:
AMALIA DOMINGO SOLER

César Bogo

ÍNDICE

PRÓLOGO	5
1. LA HUMILDE HISTORIA DE UN SACERDOTE	9
2. RENACE UN ALMA	16
3. AMALIA	19
4. EL AUTO DE FE REVELADOR	40
Este hombre vio las obras de Allan Kardec quemadas.	42
Grabado de la época mostrando la quema de los libros.	48
Vista de la explanada de la Ciudadela de Barcelona.	49
5. LA POETISA EN EL PERIODISMO	61
Amalia Domingo Soler, cuando tenía aprox. 37 años.	65
Miguel Vives y Vives	76
6. LA POLÉMICA: SATANÁS O DIOS	82
Amalia Domingo Soler	88
7. LA CRONISTA DE LOS POBRES	126
Quintín López Gómez	194
Reunión de Acreedores	219
Amalia Domingo Soler	225
Una de las últimas fotografías de Amalia.	227
8. SE APAGA UNA LUZ	230

El autor presta un tributo de gratitud a personas e instituciones que le facilitaron elementos para la realización de este trabajo. Ellas son: Agustín Narai Humberto Mariotti, Constantina Tabassa, Asociación Constancia, Asociación Taller de los Humildes.

Igualmente a los que ya se transfirieron para el mundo de la inmortalidad y, oportunamente, lo auxiliaron: Lola V. de Aramburu, Hugo L. Nale, Rafael El Busto, Manuel Pallás.

PRÓLOGO

Dr. Luis Di Cristoforo Postiglioni
Presidente de la Federación Espírita Internacional

Canalizar las propias inquietudes, con el propósito de hacerlas conocidas, y eventualmente, compartidas, es, sin sombra de duda, la principal preocupación de todo autor.

Esta es la reflexión inicial que nos viene al espíritu mal terminamos la lectura de la obra que ahora, amigo lector, te es confiada.

Ciertamente ella agradará y, en las páginas que verás pasar, encontrarás, en los muchos conceptos valiosos, la fisonomía verídica de un alma grande y generosa, toda ella inmensa de lucidez, a pesar de que sus ojos materiales casi estaban apagados, siguió la interrumpida lucha de la magnífica Doña Amalia Domingo Soler, heroína de mil batallas que, para su propio bien, no se encuentra registrada en ningún compendio de tácticas guerreras.

Es que Amalia es la definición luminosa de una encrucijada de la Historia humana. Más de lo que una bandera de definiciones, es una plataforma de principios para los que se reencarnan y el modelo que el devenir de los años han de estereotipar como un modelo a ser seguido.

Físicamente pequeña, constantemente enferma, gigantesca en la proyección de su voluntad creadora, es una militante viva de realizaciones esplendorosas que encuentran ámbito natural y vigoroso caudal, –al menos que al respecto conozcamos– en el alma de todas las mujeres. Y el autor se desdobra para que esa heroína del civismo se vuelva íntimamente conocida de todos, poesía que se hace carne para vivir en los labios de tantas almas gemelas a la suya que, con ella, viven, que la aman, tornándola como ejemplo vivencial tal como ella lo fuera en su perfecta integridad.

Este libro favorece la comprensión de una mujer singular, poetisa del dolor que crea condiciones para la reparación de faltas

cometidas, de la renuncia y, —esta sin ninguna paradoja — , de las esperanzas sin vacilaciones, de la fe transformada en convicción y fuerzas bebidas en la fuente de la verdad-eterna, de la verdad-azul, de la verdad-progreso.

Este libro reúne los fervores de cuantos la conocen, si bien ofrece un panorama parcial de esta vida ejemplar, de la cual se conocen, tomados de aquí y allá, los hechos y acontecimientos más relevantes. En él, mientras tanto, existe un hilo de continuidad y un mucho material hasta hoy desconocido por el gran público, constituyendo, sinceramente, casi una enciclopedia de la biografía. No conocemos ninguna biografía semejante sobre Amalia y esto, de por sí, ya constituye un mérito para el autor y una invitación formal a su lectura, visto que el libro contiene pasajes que mucho conviene a nuestras meditaciones, sean de orden espiritual, sean de orden cultural.

Amalia es el símbolo del ser predestinado a la prueba de los avatares, que se realiza quemando en sí un pasado ensangrentado para la propia superación.

El mérito, el indiscutible mérito de Amalia, es que su condición de escritora, da una noción de realidad a sus artículos que no profetizan un "mañana" y nunca envejecen en el "ayer". Su perennidad resulta de la verdad. Ella trata del dolor constante del hombre, de su movimiento en la condición de homínido; son proféticos o rebeldes, escritos en la intimidad silenciosa o en gritos de liberación, destacando una cualidad: LA CONDICIÓN HUMANA.

Ella, —nuestra excelente protagonista — con vocabulario limpio y accesible a todos los grados de instrucción, se pone al alcance de todas las mentalidades (otro mérito de Amalia), tira por tierra el concepto de que "muchas preguntas no pueden ser respondidas, visto que hay verdades tan amargas que no deben ser reveladas". Nada existe que no pueda saber el rey o el pueblo, y Amalia, rebelde, inmaculada, arremete contra cien causas injustas, pone en la propia carne ese propósito y el galvanizar en las profundidades de sus preocupaciones irrenunciables. Colocar a Amalia en su mejor ambiente, interpretarla en las angustias de su alma atenazada por dolores físicos, luchadora por antonomasia, es tarea que el autor, — haciendo uso de un estilo claro, simple y

asimilable— consigue, a nuestro modo de ver, alcanzar plenamente. Tal vez la crítica liviana lo juzgue por su pecado mayor: la sencillez en el estilo de esta heroína, todavía, por el contrario, esto constituye su mérito mayor: urge comprender que Amalia, cronista de un periodismo menor, por no haberse dirigido a la sumisión de los grandes órganos, se yergue solitaria de las atribuciones de su posición social, pues su línea de conducta se define por una reivindicación humana, Fénix mil veces golpeada y combatida, pero que mil veces resurge de sus propias cenizas.

En esta especie de diario que nos ofrece el Autor, Amalia surge como la cronista que superpone piezas sobre piezas, asegurándose firmemente en las insignificancias y en el barro humano, ese mismo barro que resulta de cada día vivido, ese barro de que somos parte, ese barro de que se constituyen todos aquellos que nos rodean. Toma entre los dedos el collar de angustias y necesidades, este collar de clasificaciones y de triunfos en el ámbito de nuestro propio mundo interior: Son para la pluma de Amalia, un balance de la vida real. El impropriamente denominado "periodismo menor" como es denominado el periodismo en que colabora Amalia, es justamente aquel que se realiza con mayores esfuerzos. La propia vida se escribe con la tinta de la sangre, fluyendo de las venas, palpitando en cada hecho, gritando en cada injusticia, llorando en cada desgracia, viviendo en la carne dilacerada de cada día infame, a la luz de las miserias humanas, pero que, alguna que otra vez, se deja así de mostrar, transformándose en la claridad luminosa de nuestra vida superior.

Pujante directora de periódicos libres, su pluma — ¡La famosa pluma de Amalia! — vuelve toda noble ante cualquier tarea periodística; cantora de angustias propias y ajenas (para ella nunca hubo dolor que no compartiese) vivía la agitación de su mundo exterior, melancólico tal cual su mundo íntimo y el ajeno que la cercaba, mundo perfeccionado por la fuerza del reconocimiento de errores superados día a día, en holocausto de una verdad rectificadora y conductora dealmas.

Podríamos, amigo lector, prolongar excesivamente estas consideraciones en torno de la periodista salvadora, de esa luz hecha carne y mujer, que fue Amalia durante toda su vida, en forma de apostolado. Desde su primer trabajo, publicado en el n° 9 de la

revista El Criterio, en 1872, probó ser una pluma permanentemente perfeccionada. Se trata de un artículo en prosa. Dos años pasan, hace una segunda aparición el 4 de abril de 1874, ahora en versos de homenaje. Amalia contaba 38 años de edad y ya configuraba el perfil de audaz andaluza, que desconoce fronteras, española hija de todos los hogares del mundo, cuyas diástoles y sístoles vibraron en todas las latitudes, donde quiera que hubiese dolor, llevando esclarecimiento y aconsejando en cuanto a la manera de restablecer el equilibrio.

Amalia, símbolo del periodismo hecho de sudores y sacrificios, que ignora límites, que no conoce abrojos, ¡ese periodismo menor que canta tantas verdades!

¡Amalia es la poesía que, a pesar de agitarse en el barro, apunta para las estrellas! Amalia, ¡símbolo de la mujer y de la madre! ¡Amalia inmortal defensora de las causas nobles! Amalia volcada en el sistema nervioso del pueblo, toda ella está contenida en este libro, cuyas puertas acabamos de abrir para que el querido lector lo penetre.

Este libro, lector, es tuyo y tu bandera es tu camino.

1. LA HUMILDE HISTORIA DE UN SACERDOTE

Hijo del misterio, — él mismo así se llama. — no conoció a sus padres. Le dijeron que su madre murió al darle a luz. Creció en una comunidad religiosa.

Su primera noción de existencia transcurrió entre una pareja de perros Terranova, Zoa, la perra, sobre cuyo cuerpo dormía la criatura sus siestas en el huerto del templo, y León, el fuerte animal con el cual realizaba sus primeras correrías y juegos.

Unos encapuchados negros, sombras humanas que vivían a su alrededor, si bien no tuvieron con él palabras ásperas ni le suministraron castigos corporales, tampoco sabían articular la palabra cálida, amorosa, que hace el deleite del alma infantil.

No hubo una mujer que llenase el vacío de amor que, en aquel corazón tierno, se abría como una herida sangrienta.

Serás ministro de Dios. — Le habían dicho los encapuchados cierto día. — Y huirás de la mujer, porque de ella se vale Satanás para conseguir la perdición del hombre.

Y, hombre hecho, sagrado sacerdote, gobernado por los convencionalismos asimilados en el ámbito en que transcurrió su educación, huyó de la mujer, creyendo así ser agradecido al Dios que sus preceptores invocaban. En cierta ocasión, cumpliendo con sus obligaciones sacerdotales, se dio cuenta de que su fuga no pasaba de una trasgresión a las leyes naturales, que reclaman, imperativamente, la sana unión de los dos sexos.

Fue confinado en una pequeña capilla perdida en una aldeíta lejana, pues, cuando comenzó a leer, con avidez, la experiencia que trascendió de las obras de los grandes sabios, se dio cuenta de que el sacerdocio iba al encuentro de una misión esencial del hombre. Todavía humildemente calló su protesta ardiente en las profundidades del alma. No más hizo oírse su voz a favor de la

justicia. Comprendió que eso le ocasionaba enemistades crueles, que herían su dulce sensibilidad.

Aceptó la misión con humildad, procurando huir a todos los compromisos que le diesen mayor realce en la tarea que le fue confiada. Todavía la fama de su nobleza, de la pureza de su alma, que irradiaban más allá de su ser material, hizo de él el confesor más buscado en muchas leguas alrededor de su aldea.

De ciudades importantes, personajes de la nobleza y destacada posición social, venían a su encuentro en lujosas carrozas cercados de lacayos y sirvientes, en caravanas magníficas, a fin de recibir bendiciones y solicitar confesiones, reclamando los servicios del clérigo simple, que sólo deseaba por compañía, además de los niños que lo rodeaban, proporcionándole un cariño que él correspondía, su fiel Sultán, hijo de Zoa y León, que le dieran pequeñito: una herencia cogida en un nacimiento de trapos.

Gozaba de la mayor felicidad, cuando, uniéndose al alborozado grupo de niños que corrían al templo, huía para el campo abierto, inflando los pulmones con los beneficios de la naturaleza. Saltaba y brincaba con los diablillos que tenían, como fiel guarda, al atento Sultán. Se sentaba a la sombra de un viejo olivo y, allí, obligado por los insistentes pedidos de los niños, les contaba ingenuos y bellos cuentos, los cuales aquellas mentes vírgenes escuchaban con atención y deleite.

Cierto día, —contaba el padre con 35 años de edad — oyó la cándida confesión de una jovencita, integrante de un grupo de educadoras de un colegio de niñas hijas de la nobleza, que se dirigían a la capilla para oír sus consejos espirituales.

— ¿Amar es un mal, padre?

—Amar es bueno, pero es preciso tener mucho cuidado. Debemos amar a Dios, a nuestros padres, al prójimo. Pero, en el mundo, el amor puede engendrar pasiones! — y esto lo decía el cura con un peso en el corazón. — Eres muy joven y no sabes aun en qué situación amar es un delito.

—Yo amo a Dios, —replicó firme y sentenció la muchachita. — amo a mis padres y a mis hermanos... pero amo a un hombre

también...

Y el hombre amado tan intensamente por la joven, después que todos partieron, permaneció llorando de angustia, largo tiempo, en la pequeña capilla.

Lloraba porque el amor también a él lo llamó, cándida y solemnemente, de manera tierna y pura, en una voz que venía de las más altas cumbres de la sublimidad. Entre tanto no podía abandonar el camino en el cual los hombres encapuchados lo habían puesto. No estaba en condiciones de aceptar el glorioso convite que el amor del mundo le ofrecía.

Cerró su corazón usando las siete llaves del desconsuelo. Una jovencita pálida, de negros cabellos acaracolados, se hizo un nuevo tipo de Satanás atormentador. No era el lúgubre personaje que le describieron los mentores y sí Eros, el dios rosado y florido, cantando todas las virtudes celestiales.

Ocho años duró el suplicio del pobre cura. En sus oraciones diarias rogaba a Dios fervorosamente que lo librase del tormento de ese recuerdo que se mantenía indeleble en su memoria. Aunque como sacerdote adquiriese, día a día, por sus impecables actitudes, fama de santidad, después de encerrado en su alcoba luchaba contra la pasión que le atenazaba el alma, al punto de faltarle la respiración.

Hasta que un día llega a la aldea un caballero bien vestido, preguntando por él.

— ¡Venid, señor, mi esposa agoniza y sólo le acepta a usted como confesor! — Le dice el hombre en un tono de voz que tanto tenía de suplica como de exigencia.

¡Mírame! ¿No me reconoce? — fueron las palabras con que lo recibió la dama que yacía en el lecho y en cuyo pálido rostro se marcaba el tono rojo de una fiebre mortal.

Aunque fuese algo difícil reconocerla, el corazón del padre, que se descontrolaba en su pecho, como deseando saltar para fuera, rompiéndolo, ya le revelara de quién se trataba. Era la jovencita de cabellos acaracolados que reencontraba en el límite del

Más Allá. Probando que el amor, que un día confesó al sacerdote, aun ardía vivo en su corazón presto a silenciar, deseaba tener a su lado, en ese instante supremo, aquel a quien tanto amara.

El permaneció a solas con la dama agonizante, en la alcoba de la regia habitación.

Hace ocho años te confesé que te amaba. Dicen que voy a morir y quise decirte que, por encima de todos los seres de la Tierra, te amé... únicamente a ti...

¿Qué extraño destino enlazara aquellas dos almas? Ella, la dama opulenta, cercada de lujo y de todos los bienes que la riqueza puede conceder, él un humilde, un solitario sacerdote exiliado para un rincón perdido en los mapas, donde apenas brillaba y reinaba, después de la puesta del Sol, su absoluta pobreza.

El misterio del destino de las almas, con sus dramas establecidos en divinos argumentos,
¿Quién podrá traspasar?

La joven duquesa moría dos días después, ordenando en sus últimos instantes:

Deseo que me entierren en el cementerio de la aldea. Muerta, quiero estar a tu lado, una vez que no pude estar en vida...

Con este pedido dejó que se escapase el último suspiro.

La fiebre epidémica hizo víctimas igualmente en la aldea. La muerte rondaba implacable por aquella región y ponía en fuga a los habitantes temerosos de contagio. La situación se agravó a tal punto que, al morir el enterrador, cupo al cura sepultar a los muertos. Y así pudo él descender a la tierra, con sus propias manos, el cuerpo que no le perteneciera, pero que le dio su alma.

Cuando alguien recurría a su confesionario, a fin de aliviarse de sus angustias, penas y problemas, a veces de crímenes cometidos y que conducían a perspectivas sombrías para el futuro, buscaba, en la misión de sacerdote la comprensión, el perdón, la complicidad del silencio, libertándose del desespero que quitaba la paz, allí encontraba, en su puesto, pese a sus terribles pesares, el

humilde padre, pues hacía parte de su menester, tener que soportar con piedad todas las desdichas y la perdición humana.

De sus labios, entre tanto, fluían consuelo y aliento, sugerencias para que la justicia fuese ejercida, una solución adecuada a cada una de las cuestiones.

Aquel hombre humilde, físicamente frágil y capaz de actitudes siempre benévolas, era dotado de un alma cándida y guardaba el infantil deseo de tener una vida pura, suave, tierna, cordial. Todavía parecía crecer y ganar una fuerza ciclópea cuando deparaba con el vicio y el pecado.

Era inflexible ante los malos procedimientos, firme, enérgico al punto de desconocerse a sí mismo; encontraba fuerzas en su flaqueza, vigor en su candidez, un magnetismo ardiente, que dominaba a las almas, haciéndose dominante y rígido, sin recurrir a la violencia ni a los extremismos, sutil para localizar las maniobras de la astucia que siempre pretende ocultar el mal bajo los velos de los convencionalismos humanos. Encontraba la palabra justa, el pensamiento oportuno, el consejo sabio para dominar las situaciones que se le presentaban, diariamente, en su capilla humilde, donde débiles y poderosos, pobres y ricos confesaban sus culpas, buscando paz para sus almas atormentadas.

Muchas veces se desesperaba ante el testimonio vivo de tanta iniquidad y pobreza que lo hacían desfallecer, secretamente lamentándose por su desdicha. En tales circunstancias, corría apresurado para el campo olvidándose de sus problemas y participando de las cascadas de risas de las criaturas, de sus juegos y oyendo impaciente sus voces alegres. Entonces se acordaba del Nazareno "Dejad venir a mí los niños". Y allí, a la sombra de los árboles, entre fresca brisa y el murmullo de los arroyos, oía el concierto feliz de la tranquilidad y de la paz. Así se reconfortaba y se preparaba para oír y participar de un próximo conflicto de almas.

En el ocaso de su existencia, sobrecargado de años y de recuerdos, veía que, cada vez más, su cuerpo se inclinaba para la sepultura. Fue cuando surgió en su capilla, ya famosa, una mujer que recogía en su alma todas las especies de intrigas, crímenes y maldades.

El viejo sacerdote se sintió tomado de sorda y profunda revuelta. Conocía a la visitante y su horrenda historia. Orgullosa, agresiva, pretendía imponerle su voluntad, para que le otorgase el perdón de sus pecados a cambio de una gran donación para la mejora de su capilla.

Limosna tan grande como viciada de iniquidades...

El sacerdote, ya débil para hacerla comprender su desaprobación, apostrofo a la infeliz por su maldad y la expulsó del templo sin dar oídos a los ruegos desesperados con que la mujer rogaba su perdón.

Este no fue concedido. El clérigo, que perdonaba crímenes, que supiera reconocer los errores graves del alma humana no se portó, como siempre lo hiciera, con honrada actitud.

Bajo un cruel golpe moral, el sacerdote sintió que el arrepentimiento abreviara sus días. Quería partir llevando consigo la paz. En su lecho, lloraba cuando los niños lo cubrían de besos y cariños que podrían rehacerlo del colapso. Cuando se erguía se encaminaba para el túmulo de la amada joven pálida, de cabellos negros como la noche, rogando a su alma que lo perdonase por su inexplicable ceguera. Los aldeanos que de él cuidaban amorosamente, buscaban por mil artificios darle algún sosiego. Y llevaban a los niños para cantar en coro la composición que el cura les enseñara y que a él mismo era debida, cuando deseara, en cierta ocasión, alegrar a un anciano enfermo:

¡Anciano, no te vayas! ¡Quédate con nosotros! En la Tierra está nuestra tarea.

¡En el misterio de la vida que nos fue confiada! Debes quedar aun, pues hay quien necesita de ti, amorosas mujeres que no saben a quién amar, niños necesitados de sonrisas ¡y otros ancianos necesitados de amparo!

¡No te vayas! ¡Quédate con nosotros!...

Las voces infantiles se elevaban cálidas y dulces. El viejo padre sonreía tristemente y su corazón se bañaba entregado al inefable placer de aquella espontánea prueba de estima.

En una pálida tarde de otoño entregó él su alma al Creador.

Los niños lo rodeaban, regando con el manantial de sus lagrimas la figura débil y frágil de aquel que tanto habían querido y venerado.

Hombres y mujeres que se habían hecho adultos a la sombra de aquel a quien llamaban "Santo", los ancianos que habían recibido de sus labios consejos sabios, mezclados de amor y sabio razonamiento, se mezclaban tristemente con los niños.

Las autoridades eclesiásticas desearon reparar el olvido y el desconocimiento de aquel hombre virtuoso. Vistieron el cadáver inanimado con los trajes de obispo.

En cuanto el cuerpo descendía al sepulcro, un pájaro trinaba en una rama. Las voces misteriosas del viento, en las frondosidades de los árboles, parecían hacerle coro...

2. RENACE UN ALMA

De entre las sombras de un crepúsculo denso y asfixiante, él iba emergiendo para la claridad de la razón, pues tenía el alma pura aquel que, en la Tierra, fue un amable y humilde cura de aldea.

El Padre Germán, era como lo llamaban.

Su espíritu renacía para la vida del eterno "hoy", se elevaba más allá del marasmo de la vida física. Una aguda sensación de dolor íntimo, que no tenía explicación para los que viven metidos en la carne, —el dolor del Alma y del arrepentimiento — lo aprisionaban. Le venía el deseo de llorar sin llanto, de gritar sin voz. Sentía la lenta sensación de fundirse en un abismo. Su dolor no tenía remordimiento pero la sensación de inconsciencia era aguda y desagradable.

La figura traslúcida de la joven pálida, de negros cabellos, surgió de repente ante su mirada. Una intensa alegría le sustituyó las angustias anteriores.

¿Dónde estoy?

¡En el Más Allá! — respondió sin palabras la dulce amada.

Miró detrás de su espalda. Una estrella de brillante luz marcaba una misteriosa ruta. Mucho más allá, a sus pies, veía los despojos mortales del viejo cura. Sobre él varios palmos de tierra regada por el llanto de los que lo amaban. Rodeando la cruz, en que se leía: "Aquí yacen los restos mortales del Padre Germán", centenas de flores, delicados presentes de la naturaleza, habían sido traídos por las almas piadosas que lo guardaban vivo en sus corazones y que, siguiendo sabios consejos, conocieron la felicidad en la Tierra.

¡Ven! Invitó dulcemente la joven.

Inmediatamente se sintió rodeado de millares de almas que

habían venido para recibirlo, agasajándolo, le cantaron hosanna de gratitud, pagando la deuda sagrada del reconocimiento.

¡Todo era tan natural y tan maravilloso al mismo tiempo! Una escena repetida cien veces en diversas circunstancias. Nada que no fuese así... Tan..., ¡Natural!

Era un encuentro de almas conocidas: de ayer, de hoy... ¡de siempre!

Y, enseguida, un vuelo amplio, impetuoso, sin longitudes y sin trabas, un vuelo incontenible y un infinito en tiempo eterno, dejando vagar la mente (sin circunvoluciones cerebrales imprecisas), aguzando el oído y la vista (sin trompa de Eustaquio o corneas), un mundo nuevo y viejo (permanentemente eterno), manifestándose y perdiendo de vista su alrededor. Cuando un alma es llamada por la muerte, renace como un espíritu. Oyó, partiendo de la atmósfera peculiar que lo circundaba.

¡Yo soy un Espíritu! — pensó. — Me encuentro en la eternidad. Continúo viviendo, pues respiro y tengo todas las sensaciones.

¡Vives! — repitió la voz. — Espiritualmente esto significa que esperas el momento de reencarnar.

El no carecía de nuevas informaciones. El fresco hálito de nueva y desconocida vida lo dotaba de un peculiar razonamiento. Finalmente sabía lo que significaba tener conciencia. Vivía, sin embargo, no en el cielo mencionado tantas veces en su magisterio, pero sí en una esfera de inmortal belleza y sublimidad indescriptible.

A ningún espíritu complace los lugares donde sufrió, sobre todo si los recuerdos no se amainan.

Pero es ley que se vuelve...

En Gracia, aldea de Barcelona, una antena espiritual ejercita el sensible radar de su alma y busca captar los sollozos de las almas que partieron, dejando el mundo terreno entre suspiros, pues a él aun pertenecen.

Había allí un médium de incorporación: Eduardo.

Frecuenta un centro espírita barcelonés, "La Buena Nueva" y, en él, ejerce su facultad de comunicación con el mundo invisible. Aspira a obtener, por la narración de los desencarnados, lecciones que ilustren la necesidad de dedicación y amor.

Amalia es la columna de la institución, la directora y aquella que se encarga de copiar los mensajes. Un fluido simpático de inmediato la une al Espíritu del Padre Germán. Esa afinidad, sin duda, data de siglos.

De la conjunción de aspiraciones que ligán estas tres inteligencias, dos de ellas en la materia, la otra viva en espíritu, surgen las MEMORIAS DEL PADRE GERMÁN. El humilde cura dicta; Eduardo capta intelectualmente y transmite a través de su voz. Febrilmente Amalia copia.

Recuerda el Padre Germán sus angustias en la Tierra, principalmente en sus últimos años, de manera que, quien las lea, coja de ellas ejemplos, estímulos y evalúe las consecuencias de actos practicados.

El libro resulta una virtual enseñanza de aplicación del Evangelio. La celebridad que justamente cercaba el nombre de Amalia ya en ese tiempo, hace que sea leído en toda España y en los países de habla castellana, provocando alegrías y tristezas, haciendo igualmente famoso al humilde cura de aldea.

La muerte no consiste más que en la descomposición de la materia que sostuvo una presentación precaria de la vida.

¡Amalia y el Padre Germán!

Dos energías puestas en un mismo plano y grado evolutivo, trabajando en un afán común. Figura y contrafigura de una historia. Sol y Tierra, luz y sombra compitiendo con la fantasía y la admiración.

3. AMALIA

Llegaban al fin las hojas del almanaque de 1835. El 10 de noviembre anunciaron que Sevilla ganaba un nuevo habitante, de cuerpo rosado y frágil, al cual se dio el dulce nombre de Amalia, que pocos años después, completado con los apellidos paternos Domingo Soler, resonarían épicamente por toda su España natal y por los países de habla española.

La oriental Sevilla del Alcázar morisco, de los bosques de naranjas y limoneros, bañada por el Guadalquivir y adornada por templos magníficos, fue el lugar escogido para su entrada en el escenario de la vida. Su infancia y juventud transcurrieron teniendo por decoración de fondo la Catedral, la Giralda, la Casa de Pilatos, el Archivo de las Indias, la Torre del Oro. Su alma sensible vibraba a las influencias telúricas de aquel punto geográfico, museo que reavivara su nostalgia, ya que sus antenas espirituales captaban la herencia heterogénea, los vestigios de los fenicios, que la fundaron y le dieron el nombre de Híspalis, iniciando los trabajos de darle fisonomía y carácter. Más tarde los romanos, dominándola, le cambiaron el nombre por Colonia Romula. Y siguieron los árabes que la hicieron capital del reino de Ab-el-Azís, después los reyes católicos que en ella tenían su corte. Todos los que pasan dejan sus huellas, una vibración de acontecimientos de peculiares características en su destino; y todos esos acontecimientos le ocuparon la mente singular: placa indeleble de una inteligencia inusual.

Por las calles vio pasar, en los domingos, centenas de mujeres que cantaban en voz trémula y quejosa el Santo Rosario. Niña aun experimenta una tristeza que partía del fondo de su ser, haciendo emerger una protesta muda, que parecía una profanación.

A su ver la oración no debía ser pronunciada en público, y sí en secreto. Consideraba que, al elevarse el pensamiento a Dios, esa exhibición exterior echaba a perder lo mejor de su esencia, iel delicadísimo perfume! Lo cierto sería ponerse en íntimo coloquio con la amorosa paternidad.

Si Dios todo lo ve y todo lo sabe, —reflexionaba— no necesita de las palabras de sus hijos en sus intercomunicaciones. ¿Por qué exteriorizar, por qué pedir, por qué gritar rogando misericordia si uno de los atributos de Dios es la justicia?...

Ocho días duró la primera impresión de alegría en el hogar de los Domingo Soler.

Ocho días y la constatación de una horrible realidad, apagando las esperanzas e ilusiones. La pequeña era ciega...

En el transcurso de tres meses — ilargos y angustiosos! — lucha la ciencia infructíferamente por devolver la luz a los faroles de aquella alma. La medicina especializada fracasa en todas los intentos, aumentando el dolor de la pobre madre que llega a desear que, mejor que pasar la vida caminando en tinieblas, sería ver muerto el fruto de su vientre. Fue un humilde farmacéutico, sabio, sin embargo ignorado por el mundo a causa de su modestia, quien contuvo el progreso del mal. Reaparecieron las imágenes para aquella mirada aun sin conciencia real. No obstante, desde entonces, algo como un velo, haría opaca la visión integral de la niña.

La pobre y sufrida madre vio entrar en su vida una luz de felicidad. Habían sido tan desdichados sus días...

Amalia creció en un núcleo familiar, que tenía por lema el terror. No conoció el cariño de que está impregnada una caricia, la cálida palabra que viene enlazada en un presente, por más simple que fuese. El rigor y el miedo imperaban como método de educación en su hogar. Su madre, al elegir un compañero, para huir a los azares familiares, no fue feliz. El compañero contribuyó para la destrucción de sus sueños con el vacío de largas ausencias inexplicables.

Por eso la desdichada mujer se agarró a la hija como el naufrago al escollo que podría salvarlo. El tesoro de cariños que había en su alma hizo correr en caudales de cuidado, de forma a garantizar la sobre vivencia del ser que Dios le había enviado para el consuelo de sus pesares. Se preocupaba continuamente en dar a la niña todos los placeres posibles, sobre todo al darse cuenta de su enfermedad. Amalia tenía dos años de edad cuando su madre

decidió iniciar la educación y el cultivo de aquel espíritu que se desarrollaba. Tales fueron sus desvelos y su obstinación que, al completar cinco años la niña ya leía correctamente.

Y, en cuanto esto se solidificaba entre las dos almas, un lazo inquebrantable de amistad, profunda armonía espiritual e inefable ternura. La niña veía en la madre el prototipo de lo mejor que una personalidad podría exhibir en la Tierra. La madre retribuía el cariño de la hija viendo en ella el único motivo de vivir en el escenario de pauperismo que la vida le reservara.

Veinticinco años vivieron así unidas esas dos almas confinadas en recíprocos cariños, aumentados en la madre con el paso de los años y la certeza de que la esperaba un prematuro fin. Se empeñó en dar a la hija instrucción, oficios diversos, conocimientos de lo elemental de la vida, para que pudiese defenderse de las trampas armadas de la pobreza.

Pero la falta de una visión perfecta perjudicaba a la niña, haciendo que surtiesen vanos los esfuerzos de la madre. Tal vez para compensar esos intentos baldíos, la niña, ya adolescente y, por eso, más consciente de su destino, preveía que, en breve, sería adulta. Eso hacía que se centrara en sus posibilidades, al mismo tiempo que se apegaba al calor con que la madre la rodeaba con casi ansiedad.

En aquel hogar sevillano se vivía con bastante falta de medios, aunque la señora de la casa evitase que el hecho se hiciese ostensivo y que eso fuese humillante para la hija. Se gastaba en la manutención la pequeña herencia dejada por el padre de la niña. Ese recurso duró exactamente el espacio de vida de su madre. Esta, a pesar de los flacos recursos, se esforzó por criar a la hija según los hábitos de una gran duquesa. Amalia era cuidada y recibía los mimos de una niña rica, educada para la vida despreocupada de la burguesía. La madre abnegada deseaba, tal vez, demostrar el agradecimiento con que recibía la tarea de dar a la hija los últimos instantes de felicidad que disfrutó en toda su vida.

La señora mantuvo a una vieja criada, que auxiliaba en los trabajos de la casa y que daba toda su atención a la niña. Era la única persona con ordenes de llevar a Amalia a pasear, por imposibilidad de la madre, tarea realizada con el mismo celo

maternal. Era una criatura ejemplar y que se consideraba como un miembro de la familia. Tenía su lugar al lado de la Sra. Domingo Soler, en la mesa en que hacían las comidas. Cuando ya estaba fatigada por los años, esa sirvienta regresó al hogar con su familia; periódicamente Amalia y su madre iban a visitarla. Al sentir que llegaba el momento de despedirse del mundo pidió que llamasen a la señora y a la niña. En su lecho de agonía su mirada pasó por los familiares que lloraban desconsoladamente y detuvo la mirada en su noble protectora. Le repitió el nombre dos veces y dejó que se le escapase el último suspiro. Había, de ese modo, exteriorizado su homenaje y afecto.

Los ricos templos sevillanos muchas veces atraían a Amalia cuando sus ansias de hablar a Dios se hacían incontenibles. Esa inquietud, todavía, se afirmaba en su espíritu racionalmente innato y que se fortalecía en las lecturas cuidadosamente seleccionadas por su madre, olvidada de la pobreza ocular de la niña.

Esta penetraba en las magníficas iglesias donde se veneraban potestades tenidas por sublimes. Todavía, mal daba el primer paso en sus interiores, se llenaba de miedo y horror. Y cuanto más aparatoso eran los rituales eclesiásticos, y cuando los clérigos iban a arrodillarse ante los altares, curvándose por sus largas vestiduras y sus mitras, más intenso se le venía el deseo de correr para los campos, internándose en el bosque, encontrar los macizos que reflejaban alegremente los reflejos de las policromadas flores silvestre.

Era allí donde podía hablar con Dios, aspirando el perfume cálido y gratuito de exuberante vegetación. Se sentaba, concentrada y sentía las vibraciones de Dios situándose sobre la cabeza.

Su pasión por los libros era constante. Fueron el juego de su infancia y consuelo de toda su vida. El simple hecho de entrar en una librería le causaba una religiosa y respetuosa emoción.

Cierto día visitando en Deva el palacio de D. Leopoldo Augusto, marqués de Valmar, crítico y poeta de renombre, Miembro de la Academia Española de la Lengua, el cual poseía una valiosa biblioteca, verdadera maravilla, como ella misma

escribió con su autoridad y siempre acertada evaluación, un imperioso impulso la invadió llevándola a postrarse de rodillas, como ante un altar del saber. Así se presentaba su alma ávida de saber, la visión de aquel salón que le producía una peculiar sensación de religiosidad.

Sus ojos habían recobrado la facultad de ver, sin embargo no con la intensidad deseable y necesaria. Esta circunstancia, asociada a su permanente inquietud de saber continuamente alguna cosa nueva, le dieron una melancolía que se recrudecía con la llegada del invierno, cuando las hojas otoñales constituían almohadas bajo la arboleda de los bosques y el crepúsculo vespertino, tan breve como las horas felices de su vida, imponía sombras a la luz. Cuando las noches se iban haciendo húmedas y las mañanas melancólicas, le venía un dolor sin nombre. El frío y la aparente destrucción del paisaje se le comunicaba al hilo de los pensamientos. Y ella daba un triste adiós a los lirios del valle, a los arbustos opulentos, a la brisa primaveral y a las vibraciones lentas de estío. Entonces decía con amargura:

Quién sabe si cuando las almendras florezcan de nuevo yo ya haya partido... Y nadie irá a depositar en mi túmulo una lágrima o una flor...

En diciembre, al modificar la estación, una atmósfera opresiva se posaba en su alma y ella monologaba sobre cuán efímera es la vida. Y pensaba en sus días, sumergida en el crepúsculo en plena primavera, dadas las inclemencias morales que padecía. Entonces la duda la oprimía, su naturaleza se oscurecía. Ella criticaba las convenciones vigentes y el cuadro de la existencia se presentaba nublado ante sus ojos débiles. Por eso cuando las tenues luces del cielo otoñal iluminaban el mundo a su alrededor, su angustia, su temperamento arrebatado tocaban los límites de la desesperación y el desasosiego.

Profundas aprensiones cruzaban por su mente enfebrecida. Oía hablar del mar y sentía por él una secreta atracción. Sin haberlo visto nunca, se intimidaba con su descripción. Una voz le decía entonces:

"¡Allí se encuentra la imagen de Dios!"

En Cádiz, pudo un día, por primera vez, admirar el imponente espectáculo. Comenzó entonces a dudar, a inquirir, pues se sentía excesivamente minúscula para considerarse la última obra de la Creación, como se le había enseñado. Se puso a tejer ideas sobre lo que la religión enseñaba, la noción de Dios y todo lo demás le pareció tan absurdo como absurdo le surgía su propia figura ante la ciclópea extensión del mar.

Y cuando cierto día experimentó lo que denominaba la suprema verdad, le pareció todo tan lógico, tan natural, que volvió al mismo escenario, esta vez, para buscar la esperanza y proseguir viviendo, la resignación para perdonar y la fe para razonar y creer.

—Déjeme en imaginación ser llevada por el suave balanceo de las olas encrespadas, —Escribió ella más tarde en su libro "Ramos de Violeta". — admirando en ellas lo que es el retrato fiel de nuestra existencia.

Irguiendo la cabeza, vio el horizonte velado por una bruma azulada, en cuanto, en Oriente, el Sol, el rey de los planetas, difundía con sus rayos calor y vida.

Una tarde paseaba la joven Amalia al lado de su querida e inseparable madre. Recorría los hermosos jardines del Alcázar de Sevilla, aspirando, a pleno pulmón el oxígeno emanado por los árboles que poblaban de maravillas el encantador rincón.

La primavera acentuaba los vívidos colores de la naturaleza y un Sol de claridad inigualable brillaba con su dorado esplendor. Mujeres hermosas y jóvenes se cruzaban en todas direcciones llenando con sus risas y alboroto, de peculiar musicalidad, todo el ambiente.

Los encantadores vergeles, con sus paredes cubiertas de hojas de naranjas y sus gloriosos setos, con sus perfumes y su policromía, representaban luz y emoción, dando un aspecto glorioso al paradisíaco paisaje. Rosaledas florecidas dominaban por donde quiera que la vista descansara, hartos en sus productos, artísticos y abundantes en el dispendio de aromas...

La joven, de tez muy blanca y rubios cabellos, el cuerpo

virginal vestido color de rosa y chal blanco, admiraba con su natural sentido poético la belleza local. Dejaba que su imaginación vagase por los sugestivos encantos que, para su alma, poseía cada flor, el canto de los pájaros, la brisa susurrante, que tenuemente acariciaba sus cabellos y ponía sutiles ondulaciones en su amplia falda. Su éxtasis se aproximaba al desmayo en cuanto se deslizaba pausada y solemnemente por los paseos del Alcázar.

Uno de los jóvenes que pasa, alma arrobada por los encantos del lugar, percibió el suave encanto que envolvía a la jovencita en flor. Ella lo nota y los dos se envuelven en las emociones de un enamoramiento. En su pecho arden descontrolados sentimientos, se ve, — ¡quién sabe! — como los caballeros andantes de las leyendas que corren presurosos a salvar del peligro a la bien amada. En pocos instantes, mientras tanto, su entusiasmo se enfría. El ya está comprometido, debe casarse con una joven que teje con su nombre sus sueños de amor. Pero el cautivador misterio de aquella joven desconocida, hada de los jardines del Alcázar, enciende en su alma la pasión. Sus reflexiones tocan todos los extremos: de la prudencia, de la fantasía y de la exaltación.

Coge la flor sobre la cual la joven estuvo echada y se la ofrece galantemente. Una fila de perlas surge entre los labios de la jovencita, cuando ella sonríe dulcemente agradeciendo. Hay un brillo diferente en sus ojos. Antes que las palabras sean pronunciadas se intercambian sutiles mensajes de alma a alma. En la distancia la bondadosa madre participa del momento de alegría. Se siente alborozada por ver a su pobre hija cortejada por tan bien apuesto joven caballero.

La flor provoca la conversación.

— ¡Gracias! ¡La flor es linda como la tarde! — Fue el prólogo del diálogo iniciado por ella.

— Tenéis razón. — replicó el encantador muchacho. — Ambas son igualmente la flor rosa, la tarde y... su lindo vestido. La rosa, cuyas fragancias aspiráis, perderá el perfume que, si quisierais, será guardada para vos solamente.

— ¿Cómo es eso?

De una manera simple: dedicando versos a esa rosa, cuyos pétalos, por mejor que las guarde, se convertirá en polvo, en cuanto vuestro encanto, señorita, permanecerá para siempre: Oiga... A una rosa.

Flor de hermosura ideal bella y delicada rosa
yo te contemplé orgullosa en un jardín oriental.

Hubo un ser que comprendió que admiraba tu hermosura;
temerario te arrancó:

en mi mano te dejó y le miré con ternura. Otra vez nos
encontramos y en memoria de la rosa cariño eterno juramos;
de amistad pura y preciosa un santo lazo formamos.

El destino impidió al joven el cumplimiento del compromiso
contraído: ¡Debe unirse a la mujer a la cual está preso por formal
promesa de casamiento! A las instancias de las dos fuerzas que se
le agitaban en su interior, triunfa la que debía deshacer las
ilusiones alimentadas por Amalia.

Mientras permaneció en Sevilla vivió dolores y angustias,
después el recuerdo, cada trazo de aquel amor que fuera más allá
de las formalidades, de las convenciones, de lo carnal,
envolviéndose en los caminos de la más pura espiritualidad. A
penas las frases de aquellos versos sugestivos podían dar paz a su
alma.

El muchacho, cumplida las bodas, por exceso de celo y
fidelidad conyugal, destruyó el papel en que los versos fueron
escritos, en la menuda y nerviosa letra de aquella alma gemela a la
suya. Sólo el recuerdo, inapagable se le marcó en la mente; las
sílabas armoniosas, permanecieron por años en el futuro los
recuerdos de aquel hombre. Permaneciendo con la esposa,
respetable, hizo la más cruel y difícil elección de toda su vida.

Profunda cicatriz deja ese encuentro en las dos almas víctimas
de los caprichos de la existencia en la Tierra. Los años pasaron y,
una vez más ocurrió una nueva y singular entrevista entre ambos.

José Álvarez ya no se encontraba más en su prisión carnal. En
el espacio, del mundo espiritual, tiene un nuevo coloquio con
Amalia, ya vencida por los años, para recordar, en la eternidad,
aquel instante en que sus corazones vibraron al unísono.

En cuanto a la niña se iba haciendo mujer, rodeada por los desvelos y cuidados de su bondadosa madre, comienza a sentir angustias indescriptibles.

Buscaba a Dios...

Lo buscaba dentro de sí misma.

Todavía no encontraba forma de encontrarlo. Se sentía desolada. Saliendo de la intimidad del hogar, buscaba los templos. Allí, miraba las imágenes de las vírgenes dolorosas, los Cristos moribundos, los santos á los cuales se atribuían milagros. Se concentraba en las reliquias de los mártires y tenía la simple sensación de estar pasando en revista a una colección de antigüedades más o menos auténticas un alma permanecía muda. En su pecho el corazón se agitaba. Su alma permanecía indiferente.

No es que mirase con prevención cuanto le rodeaba. ¡Por el contrario! Había en ella un ansia extrema de creer, de tener algo que esperar. Sentía envidia de las mujeres que rezaban fervorosamente a los pies de los altares.

"¡Cuánto no daría yo, —pensaba— para creer en los misterios religiosos! ¿Tan mala seré yo que Dios me aparta de su iglesia?

Tenía la impresión de no ser aceptada porque todas aquellas imágenes no le causaban ni el más mínimo respeto. Las admiraba como expresión del arte religioso; digna, como tal, de un reconocimiento estético. Pero, como los iconoclastas del siglo octavo, le venían impulsos de echar todo por tierra. Esculturas bisoñas, pinturas ridículas que veía pintadas en los lienzos, pretendidos con un absurdo sentido, como evocaciones a la fe, le causaban risa. Toda aquella feria mitológica servía apenas para causarle rebelión. No podía concebir que, para adorar a Dios, fuese necesario apelar a los muñecos de barro y pintar aquellas extrañas caricaturas.

Salía de los templos contrariada. Aunque tuviese tantas necesidades, le era imperioso "creer", para seguir viviendo. Su empeño a tal respecto no conocía descanso. Volvía a visitar las catedrales, los templos, de gran belleza y lujo, oía a los más

famosos oradores sacros y, al terminar el ritual religioso, decía la célebre frase de San Agustín:

"Vanidad de las vanidades. Todo vanidad"

Encontrándose en Madrid, en cierta fecha, después de haber buscado a Dios en su pureza y verdad, con casi desespero, por mucho tiempo y en todas las religiones, en un jueves santo, salió de la fastuosa iglesia de San Sebastián, frecuentada por la fina flor social de la Calle Atocha; dirigió sus pasos para la humilde Calle de Calatrava. Allí se erguía un modesto templo evangélico. Era apenas un salón amplio y desorganizado. En las paredes, donde no cayera la argamasa, habían escrito versículos de la Biblia. Los fieles, sentados en rústicos bancos bien alineados, oían al pastor que, sobre un estrado, podía ver todo el recinto, por detrás de su mesa cubierta por una tapicería carmesí, sobre la cual descansaba un majestuoso volumen de la Biblia.

El ambiente era sencillo, muy de acuerdo con su temperamento reacio a las pompas. Allí Amalia se sintió a gusto.

"¡Sí! ¡Yo encontraré aquí lo que deseo!" — pensó ella.

Fue una emoción al primer momento. Su ilusión rápidamente se esfumó.

— ¡Quien cree en Jesús está salvo! — preconizaba el predicador.

— "¿Y las miles de criaturas que no oyeran hablar de Jesús?" — reflexionó Amalia. — "¿Qué será de ellas?"

Y bien pronto oía la frase en torno de la cual se movían los creyentes de aquel culto:

Aquellos que tienen la perniciosa manía de discutir y razonar — dijo el predicador. — no pueden creer lo que enseñan las religiones. Es del todo imposible conciliar las situaciones.

Amalia se levantó y salió. Para distraer su mente, se echó en un puente que estaba sobre un río como el Guadalquivir, en la tierra andaluza que la viera nacer y, entre mirándose en el limpio espejo

donde se reflejaba amplitud maravillosa, preguntó a las aguas tranquilas:

— ¿Dónde se encuentra mi alma gemela?

Se estremeció. Su espíritu sentía frío en el vergel a que sus pasos la habían llevado. Y, no obstante, preguntaba a las aves que se besaban con los rosados picos, a las flores que abrían sus cálices, a los rayos del Sol y de la Luna, que extendían mantos de oro y de plata sobre el río, a todo cuanto parecía sonreír a su alrededor:

¿Dónde se encuentra mi alma gemela?

Sentía, evidentemente que, allí, todo vivía, todo respiraba. Y su espíritu necesitaba vivir y amar...

Se extasiaba pensando en esos jardines maravillosos de Andalucía, admiradora ferviente de la naturaleza. Contemplaba los pequeños bosques de jazmines, los arcos de triunfo contruidos por bellísimas rosas de "pitiminí", y, aspirando con placer el penetrante aroma de los limoneros y las naranjas, de los lirios y azucenas, comentaba con su madre o a las amigas que le servían de compañía:

— Como sería agradable morirse aquí. Qué recuerdos hermosos me llevaría de la Tierra.

— ¡Qué locura!

— ¡Qué bobada!

¡Qué romanticismo más exagerado!

La respuesta, ese coro de incomprensiones. Nadie entendería el tormento de aquel ser profundamente sensible. Quería morir en un momento de felicidad. No le agradaba que el final de sus días ocurriese en horas de tormenta. Huía del dolor, tal vez presintiendo su futuro sin alegrías compartidas con amigos, sin felicidades fáciles.

Alguien que la conoció personalmente decía que... "su forma física tenía muy poco de estética y de la belleza que el cincel presta a las estatuas, tal como se entiende en los ambientes de las artes

plásticas, las cuales juzgan por la proporción y conformidad de las líneas, haciendo de Venus Cítérea el modelo supremo de la belleza en la mujer, y del Apolo de Belvedere el ejemplo de la perfección masculina.

"Amalia nació en la tierra del Sol, en la región de las mujeres hermosas, risueñas, graciosas, en Andalucía, donde en las noches oscuras el cielo centellea con serenidad y las estrellas brillan como diamantes y pedrería; allí donde las mujeres de ojos negros dejan caer sobre sus espaldas las trenzas de ébano, que las obliga a erguir las cabezas extendiendo los brazos a los cielos como deseosas de huir de la Tierra. Y danzan en un delirio poseídas por el sonido de las guitarras sonoras; cantan canciones de amor, tristes como un poema lírico sostenido y armonizado en amplia cadencia, cuales perlas cayendo armoniosamente en un jarrón de cristal de Bohemia.

¡Y andaluza era Amalia!

"Qué dolor tan comprensible abrigaría en su interior una mujer nacida en medio de un paraíso, viendo a su alrededor las pasiones arrebatarse a sus compañeras en la intensidad de un clima ardiente, viéndolas robar al cielo la luz para encenderlas en sus ojos negros, relampagueantes de pasión bajo las sedosas cejas y entre inmensas pestañas color de ónix; las trenzas abundantes animarse como serpientes, enroscándose en los brazos blancos; qué dolor tan comprensible, más profundo e indecible puede ser el de nacer entre jóvenes hermosas y exuberantes y ser una excepción, una mujer relegada al olvido, incapaz de asociarse a un compañero, para toda la vida, y sentir los aguijones de un cuerpo frágil, una salud inestable, un organismo enfermo sin la luz de los ojos, permaneciendo largo espacios casi del todo ciega, sufriendo, todas las torturas de la materia y todas las amarguras del alma."

Otro esbozo escrito por un autor anónimo, así la describe:

"Su carácter, muy andaluz, poseía un trazo peculiar en su seseo (pronunciar las s como c y decir ce, ce para llamar a alguien) de su lenguaje, en la vivacidad de su diálogo y en la hábil ironía de su conversación aquí y allí salpicada por la descripción de hechos a que asistiera. Sabía ser satírica en ciertas ocasiones y sus comentarios acerca de personas y acontecimientos, no podían ser

más oportunos, causando la admiración de aquellos que con ella convivían.

"Su "yo" interior, —continúa nuestro informador — parecía envolver su forma carnal: era hermoso como un ángel que extendiera sus alas elevándose con sus plumas luminosas, alcanzando alturas inconcebibles. Sorprendía a los íntimos y a los extraños con su creatividad impresionante, su poderosa inspiración y su admirable perseverancia en alcanzar el ideal.

"Si la Naturaleza hubiese sido más prodiga con Amalia y el escenario de su vida hubiesen sido los salones de un palacio, pocas mujeres habrían, como ella, destacado en el mundo por su influencia genial, y sí, a los vuelos de su inteligencia, se hubiesen unido el encanto físico y las cualidades que una buena posición social proporciona."

¡Qué difícil es hacer, —incluso después de haber leído tan incansablemente— la figura de un personaje asídescrito!

Más fácil es hablar de glorias, felicidades, incluso aparentes.

La bondadosa madre de Amalia comenzó a padecer una enfermedad incurable. Sólo la energía de una férrea voluntad y el cariño constante de su hija la mantenían en pie.

En cierta ocasión, paseaban solas por los jardines que cercaban el palacio de San Telmo, en las márgenes del Guadalquivir. Era una noche de verano y las dos mujeres tomaron asiento en un banco. Estaban mudas y tristonas. Los pálidos rayos de la luna iluminaban la escena y el silencio que las rodeaba les aumentaba la melancolía. Inesperadamente la madre toma las manos de la hija, dejando que un abundante llanto le salga de los ojos.

— ¡Amalia!... ¡Tengo miedo! — ¿Miedo? ¿De qué?

¡A la ley de la Vida! ¡Mi muerte!

Amalia se puso igualmente a llorar. No podía imaginar lo que haría sin el amparo maternal. Contaba veinticinco años pero necesitaba de alguien que pudiese comprenderla, sustentarla o

auxiliarla como lo hacía aquella incomparable mujer.

¿Qué harás sin mí en este mundo? Tu visión defectuosa no permitió que completases tu educación. No tienes oficio, ni empleo. Te falta incluso hasta el hábito de la pobreza. ¡Como ves tan poco, no puedes ni con las faenas domésticas!

¡Decepcionante constatación!

Se sucedían los días amargos. La anciana, como la llama de una vela, se extinguió. ¡Catorce días duró su agonía! Catorce días de tinieblas y desesperación. La enferma tuvo una asistente inenarrable que veló por su angustia y dolor. Fiel al cariño entrañable que las unía, la hija buscó disponer de algún modo, el amainar el dolor de aquella que partía.

Cuando un bondadoso amigo le entregó la llave del ataúd, dijo con ojos secos, pues las lagrimas se le habían agotado:

Es la única cosa que podía coger en la Tierra. Yo parto también... para el mundo del dolor...

Vino entonces la agonía de la soledad. Un mundo despoblado. El dolor de un pecho lacerado. Un barco sin timón en medio del temporal.

Una amiga le propone recogerse en un convento. Se comprometería a conseguir la dote que las casas religiosas exigían. Amalia se ve en una situación difícil esgrimiendo entre mil consideraciones y argumentos que, a veces, hieren brutalmente a pesar de su realidad.

— ¿Qué harás en este mundo? ¡Nada de provechoso! ¡Eres pobre! La pobreza y la soledad constituyen una de las más duras condiciones para la naturaleza humana. Tu madre te crió con los hábitos de una gran señora. No sabes salir a la calle con un fardo de ropas, ni con una cesta, ni mal vestida. No puedes buscar servicio ya que tu parca visión te llevaría a cometer mil errores. Los únicos parientes que tienes, el hermano de tu padre y sus hijos, no te quieren, pues las desavenencias de la familia no permitieron que se crearan afectos. Lo más que podrás hacer por ti misma será mantenerte por tres o cuatro meses. Y debes dar gracias a eso.

¿Y después? ¿Qué harás? Lo mejor que te resta hacer es consagrarte a Dios. Evitarás así muchos disgustos.

Debe haber otro camino.

Fue aquella una tremenda exposición de la verdad cruel. Era angustiosa la situación.

Yo no deseo hacerme monja. Para consagrarme a Dios prefiero mil veces una vida de anacoreta. En lo alto de una montaña creo que oiré la voz de Dios. En la celda de un convento renegaría una religión que rompe con los sagrados vínculos de la familia. La religión que desata los lazos hechos por las leyes naturales, no interpreta la ley de Dios.

Ella no dejaba sin respuesta a aquellos que venían a insinuarle situaciones.

Un amigo más práctico le propuso como solución: el casamiento con un hombre de posición, edad mediana, pobre y enfermó.

La respuesta fue llena de dignidad:

Deseo ser libre, no engañarme a mi misma ni a nadie.

Aceptó por fin una pequeña pensión que le ofrecieron los parientes: en pago sería la costurera de la casa. Vendió sus muebles. Redujo sus pertenencias a lo que cabía en el cuarto en que falleció su madre y se dispuso a una vida de pobre felicidad, sin sobresaltos.

Seis meses duró el pago de la pensión. Una vida de extrema prueba se inició entonces para ella. Llamada por una amiga condolidada, parte para Sevilla. Un año pasó a distancia del túmulo de su madre. Al volver al lugar inolvidable, lloró amargamente:

Madre mía... He bebido el cáliz de la amargura. Todo para mí está muerto... El amor y las amistades eran torpes mentiras.

Al cumplir diez años de edad, Amalia comenzó a demostrar inquietudes que rebasaban la forma literaria. A los 18 años había

publicado una serie de poesías; juzgando que en Madrid podría recibir alguna remuneración por sus escritos, así como condiciones más favorables para dedicarse a cualquier trabajo honesto, garantizando su subsistencia, tomó pasaje para aquella ciudad.

Se encaminó para la corte donde, día y noche, aceptó todo y cualquier especie de trabajo que se le ofreció. Sus ojos enfermos comenzaron a negarse a un esfuerzo tan intenso.

En la casa de una bondadosa familia encontró humilde, pero sana habitación. Comía fugazmente, estaba obligada a pequeños sacrificios de modo que no podía darse el lujo de buscar los mejores oculistas de la ciudad.

Pero... todo se precipitó. La ciencia no le da esperanzas y prevé la ceguera si persiste cosiendo. Agotados los recursos, imposibilitada de proveerse de lo necesario para sobrevivir en este valle de lágrimas, un nuevo vía crucis se inicia para la huérfana. Debía mendigar un plato de sopa. A cambio de alimento, se hizo muchacha de recados. Sus ojos no veían sino bultos. La tenebrosa idea del suicidio llegó a tomar lugar en su mente. Poco a poco va resbalando en el más angustioso desamparo. Fue obligada a vivir en el cuarto de un estudio de un pintor, que un alma piadosa le ofreció.

Reinaba D. Isabel II, después de haber vencido las pretensiones del Príncipe Carlos, que ambicionaba el trono por la muerte de su hermano, el rey Fernando VII, padre de Isabel.

Esta fallida ambición de Carlos, creó en la península ibérica un contingente de partidarios denominados carlistas, conservadores recalcitrantes y absolutistas. Antagónicos a éstos, surgen los liberales, partidarios del establecimiento de nuevos rumbos a la política gubernamental. Entre los liberales se dio aun una bifurcación conceptual, los progresistas, osados, rozando el socialismo, establecido por Marx en Europa a partir de la publicación del Manifiesto del Partido Comunista, en 1848.

Esa diversificación de ideas, esa disputa por llevar el Gobierno para el programa que cada grupo presentaba, pretendiendo la solución de los males de la sociedad, creó infra fronteras en España, — fenómeno que se repite en muchos países

del mundo – una situación de Intranquilidad, de desorientación, pues, de un lado, se lanzaba por tierra viejas tradiciones penosamente sostenidas por el conservadurismo y, por otro lado, imperaba la inseguridad, la improvisación y una complicidad por parte de los que sustentaban las ideas actualizadoras.

La Iglesia Protestante pudo, aprovechándose de la situación, obrar más en España, con ciertas garantías y seguridad, apoyada por las conquistas del movimiento liberal, venciendo los prejuicios católicos profundamente arraigados en la tierras de El Cid desde la Edad Media en que, bajo el Imperio de Felipe II combatieron sus huestes en Granada y Lepanto, cruenta cruzada que pretendía sofocar lo que denominaba la herejía, ya que no estaba de acuerdo con los sentimientos predominantes que buscaban a toda costa imponer.

Sobrándole tiempo, se dedicó Amalia a visitar los templos evangélicos, ya que había tenido la más profunda de las decepciones después de una larga peregrinación por los numerosos templos católicos. En ellos se extasiaba con la erudición de maestros de la oratoria sin que, mientras tanto, ninguno, al menos de pasada, buscara explicar al pueblo los motivos de las desgracias continuas con que se veía.

Si estos hombres, –comentaba ella– tan instruidos y que según se dice son inspirados por el Espíritu Santo, no saben explicar los motivos de las anomalías y de las injusticias sociales, y no obstante reiteran que Dios es grande, bueno y justo, ¿dónde voy a encontrar entonces, las explicaciones que necesito?

En los templos evangélicos encuentra alguna paz para su alma. Y conoce también a una querida amiga, de nombre Engracia. Esta se compadece de su ceguera y procura, de todas las formas, auxiliarla. Es Engracia quien le aconseja y la acompaña cuando va a consultar a un famoso médico homeópata que, como oculista, ya había conseguido curas espectaculares: el Dr. Hyser, hombre noble y altruista, al que no se le escapa la pobreza de su cliente y le explica su diagnóstico:

La señorita tiene los ojos en muy mal estado y la enfermedad de ellos tomó cuenta de manera crónica. Su cura es casi imposible.

Tales palabras no podían ser más desalentadoras. Todavía el facultativo prosigue:

Si la señorita se abstiene de fijar la mirada en todas las cosas, si se resigna a imaginar que no tiene ojos, de aquí a un año podrá recobrar la visión perdida y dedicarse a diversos trabajos, desde que no sean bajo la luz artificial. Yo le daré todos los medicamentos que necesita, y si me obedece fielmente, finalizado el plazo que establecí confío en que pronunciará mi nombre con agradecimiento.

¡Un año! Apenas un año necesitaba para liberarse de la pesada cruz. La esperanza hace que las lágrimas descenden abundantes por su rostro, en cuanto ella agradecía al Dr. Hysern y le prometía seguir a toda costa la prescripción.

Una nueva etapa se inicia en la vida de Amalia. Difícil como siempre, pero ahora visitada por la esperanza y fortalecida por una prescripción científica. Se esforzaba por cumplir con rigor el consejo médico, incluso costándole el mayor sacrificio. Algunas señoras de posición, que la auxiliaban con sus limosnas a mantener su completa existencia, comenzaron a poner venenosos "peros" al saber de las nuevas iniciativas de su protegida. No podían entender cómo, a pesar de "escribir versos que llegaban a ser hasta bonitos y de tener algún talento", podía Amalia ir a oír a los pastores protestantes, que eran todos unos herejes y, aun, aceptaba la asistencia que le ofrecía un médico homeópata, que era un loco rematado y que sólo podía dejarla ciega de una vez.

Sus disgustos eran olvidados cuando orientaba los pasos por la Calle Calatrava y se veía rodeada por la simpatía y la bondad de los frequentadores de la capilla evangélica. Se sentía entonces en el plácido confort de un hogar.

Pero el auxilio de las señoras cristalizadas por los preconceptos, va menguando. Amalia se ve obligada a solicitar auxilio a una amiga de su madre, que distribuía ayudas, en forma de cupones, por cuenta de una sociedad filantrópica. Esos cupones, cuando eran presentados, garantizaban al asistido un pedazo de pan de buena calidad y un nutritivo cocido. Amalia educada como una gran señora, comprende, al recibir aquellos cupones, qué delicada era su situación. Lloro angustiosamente esa primera noche, haciendo que retroceda el tratamiento de sus ojos.

Ardía siguiente debe vencer sus aprensiones y dirigirse al palacio donde, en un patio, se sentaban centenas de pobres y necesitados de todas las categorías. Ante aquel cuadro, se le hace claro, como por arte de magia, su capacidad de observar. Y emplea una nueva facultad en el examen del cuadro que se le ofrece. Había allí pobres de todas las condiciones: decenas de mujeres humildemente vestidas, trayendo sus mantillas y que, como ella, llevaban la muerte en el alma; y ancianos con sus abrigos podridos, recordando espectros erguidos de sus tumbas. Eran mucho más numerosos los pobres que se avergonzaban, que los de oficio. Estos últimos apostrofaban a los que habían tenido la desgracia de no haber nacido en la miseria.

A su lado un ciudadano se lamentó:

¡Ah! ¡Señora! Qué terrible es la crucifixión de la miseria.

De ahí en adelante Amalia contó los meses, los días, las horas que le faltaban para el cumplimiento del plazo señalado por el Dr. Hysern.

Ese bondadoso médico, en charlas, sustentaba que era materialista "de la mejor cepa". Todas las religiones lo fastidiaban. No obstante, un día le dijo a Amalia:

— ¿Sabes quién te dará una explicación plausible de tu situación?

— ¿Quién?

Unos nuevos locos que creen, con la más obstinada fe, que el alma sobrevive a la muerte del cuerpo. Mejor dicho, — continuó el médico — el espíritu (así denominaban ellos la fuerza inteligente que da la vida al organismo humano), vive para toda la eternidad, encarnándose en la Tierra cuantas veces fueran necesarias, para su perfeccionamiento. Y después en otros mundos. En esa serie de existencias, adquiere conocimientos, perfeccionándose y corrige los desmanes, las traiciones, las felonías, los atropellos y todos los abusos que haya cometido, por inferioridad, en encarnaciones anteriores.

Amalia oía con atención, ensimismada.

—Tú por ejemplo, —Razonaba el oftalmólogo— tienes los ojos por fuente de preocupaciones y sufrimientos. A esto los candidatos e ingenuos espíritas dirían que se trata de una prueba aun incluida de que, en otras situaciones, hiciste mal uso de ellos, o cegaste a un prójimo. Ahora recibes la ratificación que ellos no tienen exactamente por un castigo, mas por infracción a las Leyes Divinas.

— ¿Y dónde se reúnen esos locos, como usted los llama?

En una casa respetable en la Calle Cervantes. — Fue la respuesta informativa. — Y entre ellos hay hombres de talento y admirable inteligencia, excelentes escritores que publican varios periódicos. A mí acostumbran a remitirme "El Criterio".

Una inquietud inexplicable tomó cuenta del alma de Amalia. Aquella novedad de la cual tenía conocimiento por la boca del Dr. Hysern, la interesaba sobremanera. El facultativo parecía no dar gran importancia al asunto. Discurría al respecto con una sonrisa, en un tono de voz algo disimulado, simpático, y usaba una argumentación segura y fluida.

Mi esposa y mi hijo gustan de leer esas publicaciones. — Prosiguió. — Pero se ríen cuando se trata de la aparición de los espíritus. Después... no sé qué fin dan a esas revistas.

Tímidamente, pero insistente, Amalia le pidió que le diese a leer una de esas publicaciones.

Mira, lo que acabo de hacer... — Comentó el médico. — Ahora desconfío de que es bien posible que suceda que te hagas espírita. ¡Sería gracioso: un materialista de mi porte, te da los medios de conocer una doctrina espiritualista!...

Amalia sonrió y algo como una luz le iluminó el rostro.

Bien... —concluyó el oftalmólogo.— la naturaleza es muy sabia y si pensases sólo en tu molestia, ya te habrían enterrado hace mucho tiempo Divagando entre Jesús y sus "emisarios" serafines, investigando si el espíritu de tu abuela se encuentra en

Marte o en el distante Neptuno, te irás distraiendo, acortando las semanas, entretenida con esos nuevos conceptos. Y yo no tengo dudas de que nada de mal te podrá ocurrir...

El Criterio fue puesto entre las manos de Amalia. Leyó como pudo, aun con un entusiasmo creciente.

Cuando volvió a encontrarse con el Dr. Hysern, después de la lectura de la revista, Amalia le dijo sin sombra de duda.

¡Mi bondadoso amigo, encontré la verdad en el Espiritismo!

4. EL AUTO DE FE REVELADOR

Corría el año 1861.

Más de un siglo pasó desde que Carlos II, se armonizara con las ideas renovadoras que se difundían por Europa, por obra de los ilustres economistas del siglo dieciocho, permitía la adopción, en su país, de varias conquistas sociales, las cuales daban una fisonomía nueva a la vida en España. Las ideas pasaban por modificaciones fundamentales. Nadie podría pensar que en 1861 podría existir, ni incluso remotamente, reminiscencias de la tristemente famosa Inquisición que, exactamente en España, en el transcurso de la Edad Media, hiciera derramar caudales de sangre, en el intento de imponer un dominio religioso. Todavía...

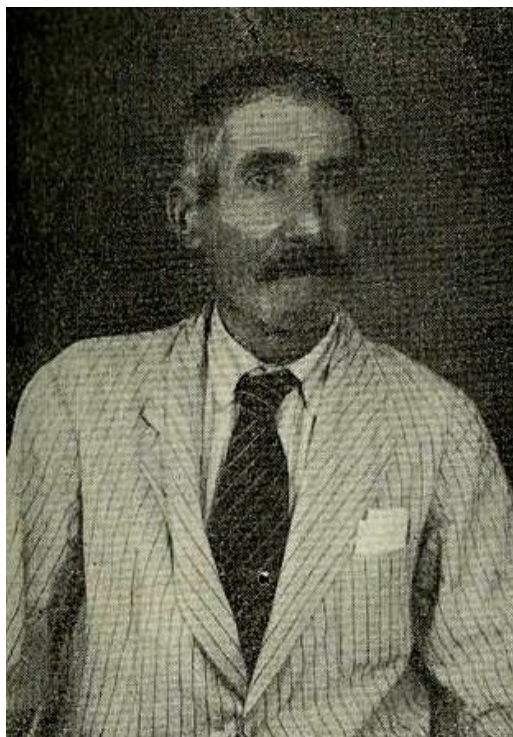
Maurice La Châtre¹, un editor francés que, cuatro años más tarde lanzaría con el sello de su empresa, entre otros volúmenes la "Historia de los Papas" y la "Historia de la Inquisición", así como el valioso Nouveau Dictionnaire Universel (El cual hace, por primera vez, referencia enciclopédica al Espiritismo), Maurice La Châtre, que se encontraba entonces exiliado en España, habiendo abandonado Francia por diferencias políticas con Napoleón III, se había establecido en Barcelona. Percibiéndose del interés que despertara en la ciudad condal las obras que trataban del Espiritismo, — el cual hacía furor en la sociedad francesa, se volvió

¹ Maurice La Châtre, 1814–1900. Editor parisiense y escritor de ideas avanzadas, Maurice La Châtre, fue condenado a prisión bajo el Imperio, por haber publicado "Les Mystères du peuple", de Eugène Süe y el "Dictionnaire Universel" (1856). Se retiró para Barcelona volviendo a París en 1870. En 1871 colaboró en el "Vengeur de Félix Pyat. Volvió a refugiarse en el extranjero después de la Comuna. Decretada la amnistía, volvió a París y reabrió su casa editora. Entre sus obras, además del "Dictionnaire Universel", en la cual los verbos "Espiritismo" y "Espirita" figuran por primera vez, lanzó: Histoire des papes (1842–1843); Histoire du Consulat et de l'Empire (1874); Histoire de l'Inquisition (1880), etc. En su Diccionario se refiere así al Espiritismo: "La doctrina Espirita contiene en sí los elementos de una transformación de las ideas, y por eso ella merece la atención de todos los hombres deseosos de progreso. Su influencia ya se extiende a todos los países civilizados, lo que confiere a su fundador una importancia considerable; todo hace prever que en un futuro próximo, Allan Kardec será tenido como uno de los reformadores del siglo XIX".

casi una moda. — se decidió a solicitar una remesa de libros envolviendo el asunto, para la venta en su librería.

En París, cuatro años antes, en 1857, un erudito profesor francés Hippolyte León Denizard Rivail, editó "El Libro de los Espíritus", bajo el pseudónimo de Allan Kardec, con el cual se expone a la luz una nueva ciencia del alma, revelada por los habitantes del Mundo del Más Allá, (esto es, el Mundo Espiritual) bajo el nombre característico de "ESPIRITISMO". En el año 1861, y relacionado al tema, fue ofrecido al examen público otro libro, fruto de idéntica inspiración, "El Libro de los Médiums", obra organizada de modo a ofrecer el discernimiento de la nueva doctrina en base a las facultades de ciertas personas que, en la historia Universal, fueron tenidas por sibilas, agoreros, magos, portadoras de otras formas de sensibilidad similares a estas, seres dotados característicamente y que el profesor Rivail había clasificado conforme las facultades que poseían, pero bajo la denominación de médiums.

El obispo de Barcelona, Don Antonio Palau y Termes, ejercía entonces la función particular de policía de prensa. Le fueron enviados, merced de tal autoridad y no obstante el cumplimiento de las exigencias aduaneras, un tomo de cada libro. Como el prelado se encontraba, por esas alturas en Madrid, le remitieron ejemplares de la importación detenida hasta que se tuviese la sentencia eclesiástica.



Este hombre vio las obras de Allan Kardec quemadas en Barcelona

Su decisión fue inapelable: los libros eran perniciosos a late católica y deberían ser confiscados por el Santo oficio, restablecido bajo el régimen de Fernando VII, entre 1814 y 1820, cuando volvió Francia al finalizar el reinado de José Bonaparte.

Vivió en Brasil un testigo ocular de la quema de las obras de Allan Kardec en la ciudad de Barcelona. Se trata del Sr. Bernardo Ramón Ferrer, que fue uno de los amigos dilectos de Cairbar Schutel. Schutel oyó de sus labios la descripción del triste evento. Por más curioso que sea, Bernardo Ramón Ferrer se hizo espírita justamente después de asistir al medievo y teatral acto ordenado por el obispado barcelonés.

Ferrer nació en 1846, en Barcelona. Tenía 14 para 15 años, cuando, en la mañana del 9 de octubre de 1861, saliendo de casa, vio una multitud en actitud de protesta que se dirigía para la

Explanada de la Ciudadela antigua de la ciudad, donde eran ajusticiados los criminales.

Allí el tribunal de la Santa Inquisición reducía a cenizas decenas de infelices e indefensas criaturas tenidas por herejes o feticheras.

Ramón se inmiscuyó en la turba. No era más que un niño, y lo que vio lo impresionó para toda la vida: una pirámide de libros nuevos, recién cogidos de sus embalajes, se erguía en el centro de la plaza. Cerca, un sacerdote vestido con traje especial, trayendo en una de las manos la cruz, y en la otra una antorcha encendida. En cuanto el notario redactaba el proceso verbal del auto de fe, gritos de protesta se erguían alrededor. Con su nariz curva y sus pequeños ojos impasibles, el sacerdote, indiferente a la multitud, vigilaba al escribiente, el empleado superior de la administración de la aduana y a los tres muchachos encargados de alimentar el fuego. Tomado de indignación, el agente de aduanas, representante del propietario de las obras que ardían, vituperaba al dirigente del acto prepotente.

Pétreo el sacerdote vio las llamas erguirse hasta que consumieron todas las encuadernaciones, folletos y revistas espíritas. Los personajes del acto se retiraron bajo insultos de la multitud, a los cuales Bernardo unió su voz:

— ¡Abajo la Inquisición!

A partir de aquel día su deseo de conocer el contenido de aquellas obras fue despertado. Vía Marsella, por mar, las obras volvieron a entrar en España. Y Bernardo las leyó. Más tarde fue compañero de Amalia Domingo Soler de Angel Aguarod, de Don Miguel Vives, de Don José María Fernández Colavida y el Vizconde Torres Solanot, esa pléyade de héroes espíritas que nunca podrán ser olvidados. A pesar de ser hombres cultos, nunca despreciaron a Bernardo, que era un simple obrero. Y se enorgullecían de él, pues Bernardo Ramón Ferrer fue el primer espírita de Barcelona en casarse por lo civil dispensando el acto religioso. Aquel auto de fe hizo que rompiera definitivamente con la iglesia.

En el Primer Congreso Internacional de Espiritismo, realizado en toda la Historia, ocurrido en Barcelona, representó el Centro Espírita San Quintín, de Mariona. Era médium de curas de

apuradas facultades, lo que le permitió, a lo largo de su vida, mitigar el sufrimiento de sus semejantes.

Atraído por las tierras libres de Brasil, Bernardo Ramón Ferrer atravesó el océano con su familia, instalándose en Pirajui, en el Nordeste del Estado de San Pablo. En el tiempo de Schutel, Bernardo era un líder espírita estimado por todos en toda aquella región, formando parte del Centro Espírita Amor y Caridad. Hombre trabajador, vivió prósperamente, pero murió casi en la indigencia en 1942, a los 96 años de edad.

Cuando en Brasil la prensa espírita se ocupó del Centenario del Auto de Fe de Barcelona, Ferrer permaneció en el olvido, incluso en la ciudad de Pirajui, cuyas tierras regara con su sudor.

Al lanzar la biografía de su ex compañera de luchas, Dña. Amalia Domingo Soler, esta editora, con inmenso júbilo, incluye la foto que el propio Don Bernardo ofreció a su querido amigo Cairbar Schutel.

Se carteaba con éste y muchas veces estuvo en Matáo. En los archivos encontramos esta foto y las anotaciones que lo acompañaron. Nota curiosa, declarando que el librero Maurice La Châtre encomendara 300 obras a Allan Kardec, Bernardo afirmaba que el pedido fue hecho por Don José María Fernández, entusiasta espírita y líder barcelonés. Esta circunstancia no es mencionada en los estudios al respecto y se hace una invitación para los investigadores de Pirajui. Según D. Bernardo el mayor interés por los libros espíritas no era propiamente de La Châtre y sí de Fernández Colavida, que pretendía usarlos en la propagación del Espiritismo.

Profesor Rivail solicitó por vía diplomática pertinente, como era de prever, que le fuesen devueltos los libros, ya que no era permitida su entrada en el país.

El obispo replicó agresiva e impropriamente:

El Gobierno no puede permitir que tales obras perviertan la moral y la religión de los países. Hacía como se ve, una pretendida

defensa moral, inclusive de la propia Francia.

Don Antonio Palau y Termes nació en 1806, en Valls, Tarragona. Estudió en el Seminario Conciliar de Barcelona. Se graduó en bachiller y licenciado 'en Teología en Cervera, donde también cursó las Matemáticas. En Tarragona hizo cursos de Teología y Filosofía. Tuvo parte activa en los trabajos preparativos de la obra de propagación de la Fe; fundó la Revista Católica, que dirigió durante once años y el Boletín Eclesiástico de Barcelona; fue catedrático del Seminario y canónico entre los más insignes de Barcelona, contribuyendo activamente para el restablecimiento de la Librería Religiosa. Escribió varias obras de su especialidad entre ellas "Novena en Obsequio de Jesús Sacramentado (1830); "Memoria sobre la obra de la Preparación a Favor de las Misiones Católicas de Ambos Mundos (1840); "Observaciones sobre la Importancia de la Educación del Bello Sexo por las Religiosas" (1840); "La Revolución, el Gobierno y las Monjas" (1850); "Historia de los padecimientos y triunfos de la iglesia de Jesucristo", etc...

De nada valieron los recursos legales, internacionales o diplomáticos para esa personalidad con opinión. Envío él los libros condenados a ser quemados en una plaza pública a manos de un verdugo, en el lugar donde se ejecutaban a los criminales condenados a la última pena".

Fue en la explanada de la Ciudadela, donde se hizo la lectura del "Auto de Fe", promulgado por el referido obispo. Y el 9 de octubre de 1861 se realizó una ridícula ceremonia de incivilidad.

La explanada constituía el amplio patio dedicado a la plaza de armas de la antigua Ciudadela de Barcelona. Fue erigida en 1716 por Felipe V en el solar que ocupaba en el barrio denominado "de la Ribera". Los planos de la misma fueron trazados por el marqués de Verboom, primer ingeniero general que tuvo la corporación de los ingenieros. La fortaleza general, cuya planta era de forma pentagonal, medía unos 15.000 metros de perímetro exterior, con cinco baluartes. En su centro se erguía la famosa torre de Santa Clara, que servía de prisión. Esta fortaleza fue una de las más importantes que jamás existieran en el mundo, por su tamaño, y por sus posiciones defensivas, consideradas, entonces,

inexpugnables.

A su frente, en la explanada que tenía una extensión de cerca de 400 metros cuadrados, donde aun parecía oírse el entrecocar de las armas y el resonar de las botas en los ejercicios de las huestes de Felipe V, se desarrolló la escena medieval.

Eran las diez y treinta minutos. El Sol iluminaba el verde del follaje, descubriendo, aquí y allí, los primeros tonos amarillos del otoño.

Un sordo murmullo producido por el viento en las ramas de los árboles, venía a confundirse con el murmullo de las voces atónitas que presenciaban el inusitado espectáculo que comenzaba a producirse.

Un niño, que su padre llevaba de la mano, le preguntó: Papá, ¿qué está ocurriendo?

Una contundente replica fue la respuesta: Un rayo los partan, aves de rapiña.

Dos ciudadanos comentan:

—Parece mentira, justamente cuando las vías de hierro hacen oír el ruido del progreso, el avance de la civilización, esta gente nos quiere hacer retroceder a épocas superadas.

¡Es verdad! Un acto de doscientos años atrás cuando, hace diez años, la vía férrea une Barcelona con la ciudad de Mataró.

Suenan campanas a lo lejos y sus ecos llegan a la plaza estrepitosos como cristales que se parten.

Hace entonces entrada en la escena un sacerdote encapuchado llevando en una de las manos una cruz y, en la otra, una antorcha encendida. Lo sigue un escriba encargado del acta del Auto de Fe, un servidor de éste, un empleado superior de la administración de la Aduana, un agente de la misma representando al propietario de las obras condenadas. Finalmente tres funcionarios de la Aduana

depositan los libros en el lugar, preparando la hoguera que con ellos se haría empleando estudiada solemnidad. El sacerdote realiza todo el aparato del ritual, lee el Auto, descende la antorcha e inicia la quema de las obras literarias. Una inmensa multitud, que obstruía los paseos y llenaba la inmensa explanada donde se erguía el siniestro catafalco, se aproxima al lugar, ya que corrió la noticia de que se iba a revivir un anacrónico proceso. Expresiones de desagrado se erguían de la masa allí reunida. Poco a poco se oían voces más exaltadas, gestos y gritos. Referencias a la Inquisición comenzaron a envolver el asunto de las personas allí presentes. Después que el fuego consumió los volúmenes, la caravana incendiaria emprende su retirada, lúgubres y con un indeciso paso.²

El rumbo de la multitud adquiere entonces uniformidad en cuanto todas las gargantas parecen emitir la misma protesta: ¡Abajo la inquisición! Los inicuos actores de la escena, para ser siempre recordada, eran despedidos así por aquella masa de ciudadanos en cuyos oídos ya habían llegado las expresiones del libre pensamiento. En los tiempos renovadores en que se vivía, se acostumbraba a aceptar tan ridícula intromisión en el libre discernimiento de los hombres.

Todos los diarios españoles, en sus ediciones del día siguiente, se ocuparon detenidamente del asunto. Los más liberales cargaron las tintas en su condenación al Santo Oficio. El periodismo en Barcelona tenía una brillante estirpe, pues uno de los representantes del "Diario de Barcelona" fuera fundador en 1792 y era tenido como el segundo diario del mundo en antigüedad.

² He aquí como lo la "Reveu Spirite", de noviembre de 1861, registra el acontecimiento: "Hoy, nueve de octubre de mil ochocientos sesenta y uno, a las 10 y media de la mañana, en la explanada de la ciudad de Barcelona, lugar donde son ejecutados los criminales condenados al último suplicio, y por orden del obispo de la ciudad, fueron quemados trescientos volúmenes Y folletos sobre el Espiritismo, a saber:

"La Revista Espirita", director Allan Kardec; "La Revista Espiritualista", director Piérard;

"El Libro de los Espíritus", por Allan Kardec; "El Libro de los Médiums", por el mismo; "Que es el Espiritismo", ídem;

"Fragmentos de Sonata dictada por el Espíritu de Mozart"; "Carta de un católico sobre el "Espiritismo", por el Dr. Grand;

"La Historia de Juana de Arco dictada por ella misma a Mlle. Ermance Dufaux";

"La Realidad de los Espíritus Demostrada por la Escritura Directa", por el Barón de Goldenstube.



Grabado de la época mostrando la quema de los libros de Allan Kardec en la ciudadela de Barcelona.

Muchos fueron los curiosos que corrieron hasta las cenizas y recogieron puñados de papeles que guardasen algo que se pudiese leer, a salvo de las llamas³.

Traeré todos los libros que deseéis en mi próximo viaje a Marsella...— Desahogo en voz alta el capitán de la marina mercante, Ramón Lagier y Pomares.

Aquella acción proveniente del Santo oficio, creó en la multitud exactamente la inquietud que deseaba evitar. Lejos de conseguir la indiferencia, consiguió aumentar la curiosidad pública. Algo de lo que se tenía apenas informaciones imprecisas o informes en conversaciones de cafeterías, tertulias familiares o por informes de segunda o tercera mano, ganaba ahora un interés directo. Y fue así que en ese mismo año de 1861, pasó a predicar el nuevo

³ Algunos escritores narran que Allan Kardec recibió de un admirador un puñado de cenizas que él conservó en su escritorio en un recipiente de cristal. Los recuerdos del heroico pasado espiritista se perdieron en Francia, los últimos, se dice, cuando los nazis, después de la invasión a París, ocuparon la "Maison des Spiritistes".

espiritualismo en España un hombre que gozaba de una ilustre reputación en los círculos filosóficos y literarios, Don Alberto Perón, que detenidamente estudió las obras de Kardec, revive de la misma un compendio, titulándolo "Carta de un espiritista a don Francisco de Paulo Canalejas" No obstante, su trabajo no tuvo la repercusión tan alta y sonora como la que alcanzó el obispo Palau, aunque con un propósito diferente.



Vista actual de la explanada donde existía la Ciudadela de Barcelona, escenario de la quema de los libros de Allan Kardec, por orden del Santo Oficio.

Cuenta la historia que, ocho años más tarde, en 1869, atendiendo a repetidas instancias del pueblo de Barcelona, se derrumbó la Ciudadela, sobre cuyos pilares más tarde se pueden admirar los jardines del Parque Municipal.

En una comunicación mediúmnica recibida en las reuniones celebradas por el grupo dirigido por Allan Kardec, en París, una entidad dio la información de que el lugar se transformaría en jardines, lugar de descanso y entretenimiento para el pueblo, hecho que realmente sucedió.

En 1888 se realizó allí la famosa Exposición Universal, con la cual la ciudad condal dio un expreso ejemplo de su dinamismo y de su potencial industrial. La exposición tuvo por entrada un Arco

del Triunfo, escultura que ofreció al siglo XIX, en su final, un panorama asaz diverso al del lúgubre y deprimente escenario donde se desarrollaron el Auto de Fe de 1861.

En varios lugares de España, hombres cultos, libre-pensadores y estudiosos de todas las disciplinas, se reunían para examinar el fenómeno que llegara de Francia bajo el título de Espiritismo. Se habían constituido núcleos, de modo general familiares, deseosos de penetrar los misterios del Más Allá, aplicando los consejos contenidos en las obras del profesor Rivail, el eminente pedagogo y distinguido discípulo del inmortal Heinrich Pestalozzi y que supiera dar a su obra una tónica didáctica que ofreciera una perfecta comprensión de sus principios filosóficos y experimentales.

Aunque el Auto de Fe no haya marcado precisamente la penetración del Espiritismo en España, se puede decir que fue la acción propagandística más eficaz que los adeptos de este pensamiento pudieran tener y justamente efectuada por quien pretendía detener su difusión. El obispo Palau y Termes moría poco después y cuando su espíritu pudo comunicarse en una sesión, conforme nos da cuenta el propio Allan Kardec en la "Revue Spirite" de agosto de 1862. El pedía:

—Rogad por mí, pues la oración agrada a Dios, sobre todo cuando el perseguido la dirige a favor del perseguidor.

Y firmaba humildemente y de manera tan diferente de sus manifestaciones en la Tierra: El que fue obispo y ahora no es más que un penitente.

El clero católico procuraba a toda costa y sin medir esfuerzo, mantener en el interior de la península una poderosa hegemonía, creando situaciones que incidían en la propia suerte política y social del país. En 1798, por ejemplo, en una reacción comprensible contra esa fuerza, el Estado procedió a la expropiación de las propiedades de la Iglesia, que amenazaba entronizar un Estado poderoso dentro del propio Estado legal. José Bonaparte, hermano de Napoleón, a su vez, suprimía durante su reinado todas las casas religiosas y confiscaba sus propiedades. Los eclesiásticos que se resistieron, eran tratados con suma violencia.

En 1812 las Cortes de Cádiz exiliaron a los obispos que protestaban, inclusive al nuncio papal.

Fernando VII anulaba en 1814 todas las medidas de represión, profundizando los resentimientos y diferencias. Entre 1820 y 1823, durante su reinado, se produjo una seria revuelta, teniendo por motivo el restablecimiento del Tribunal del Santo Oficio, se hacen sentir fuertemente el anticlericalismo. Mendizábal, eminente político de la época, firmó, como Primer Ministro, un decreto de emergencia, suprimiendo la mayoría de las instituciones católicas y confiscando sus propiedades. Fernando VII había muerto y la inquebrantable regente, Dña. María Cristina, su esposa, que lo sucedió en el trono, soportaba el embate de las corrientes liberales que brotaban de numerosas logias secretas, anteponiéndose a los absolutistas. Un ambiente revolucionario pugnaba por mejorar las condiciones reinantes en el país, ahogado en una inconcebible ignorancia. En 1837 el Estado, presionado por ese impulso, anula, con la responsabilidad propia, el culto público. Enseguida confisca propiedades de órdenes seculares, prohíbe la obligatoriedad de los décimos y de los primeros frutos, tributo obligatorio que la Iglesia Católica exigía tanto de los grandes cuanto de los productores menores. Persigue y expulsa a los obispos y los puestos desocupados permanecen sin nombramiento. En 1843, cuando la hija de Dña. María Cristina iba a ser declarada mayor de edad, asumiendo el gobierno, se inicia una era de moderación que dura hasta 1851 cuando el Estado — modificado el peso de las influencias —, firma una Concordata con la Santa Sede, la cual, entre sus artículos, estipula:

1 — El Catolicismo continúa siendo la única religión de la nación española, con exclusión de cualquier otra y ha de ser mantenido siempre con todos los derechos y privilegios que le corresponden, de acuerdo con la ley de Dios y de las prescripciones de los sagrados cánones;

2 — La instrucción en todas las escuelas estarán enteramente de acuerdo con las doctrinas de la religión católica y, por consiguiente, los obispos y sus ayudantes tendrán pleno derecho de vigilancia sobre la pureza de la fe y de las costumbres y la educación religiosa de la juventud en las escuelas públicas.

3 — Todas las autoridades tendrán la obligación de mostrar Y

hacer que otros presten a los obispos y al clero el respeto y la consideración que le son debidos de acuerdo con los preceptos divinos, y el Gobierno concederá protección y apoyo efectivo a los obispos, siempre que fueran solicitados y especialmente cuando combatieran la iniquidad de los que intenten pervertir las almas de los fieles y corromper las costumbres' o cuando fuera necesario evitar la publicación o la circulación de los libros malos o perniciosos⁴.

4 — En todos los demás puntos relativos al ejercicio de la autoridad eclesiástica y al ministerio de las sagradas órdenes, los obispos y el clero gozarán de plena libertad según los cánones sagrados".

En este caos de situaciones extremas se encontraba España cuando se dio el Auto de Fe en 1861. Esta situación perdura hasta 1868 cuando estalla en Cádiz un movimiento revolucionario que triunfa en toda la península, coincidiendo con la abdicación de la reina Isabel II.

El Gobierno provisional, dirigido por el Duque de la Torre enfrenta entonces las concepciones más heterogéneas con respecto a la suerte futura de la Nación. La tónica principal de la mayoría de las reacciones se constituía en que el clero era el primer autor de la mayoría de las reacciones. El Clero se movía de todos las formas para apropiarse del poder e impuso su doctrina a cualquier precio.

La confusión era un mar de tendencias que tocaban a todos los extremos, aunque echando mano, en determinadas circunstancias, de puntos de conciliación. Entre los liberales que predicaban el establecimiento de la república, se encontraba los socialistas que, conforme ocurría en Francia, respondía a las inspiraciones de Saint-Simón⁵ y Luis Blanc, atienden a los

⁴ Esto explica la quema de los libros el 9 de octubre de 1861.

⁵ Claude Henri Saint Simón (1790–1825), fue uno de los grandes socialistas utópicos del siglo XIX: El sistema social de Saint-Simón surgía en la época en que el proletariado se hallaba aun poco desenvuelto, o según Marx y Engels no tenía de su situación más que una idea imaginaria.

Contrariamente a los filósofos de su tiempo, que defendían el régimen burgués, Saint-Simón criticaba y soñaba con la sustitución del orden social capitalista por el socialismo. Pero, por no comprender la naturaleza del capitalismo, no supo abrir camino al socialismo.

Saint-Simón era de origen noble, tuvo como maestros a D'Alembert y tomó parte, en la calidad de voluntario, en la Guerra de la Independencia norteamericana. Durante la revolución había conquistado su simpatía, mas se decepcionó con la implantación del Terror. Saint-Simón murió en la miseria. Como dice En el, fue el espíritu más universal de su época. En lo que concierne a la historia de la sociedad humana, Saint-Simón superó el materialismo francés, del cual participaba de algunas ideas filosóficas. Tanto es así que los materialistas franceses consideraban el proceso histórico como un simple engrandecimiento de efectos de la casualidad. Saint-Simón defiende su teoría del determinismo histórico. Para él, cada sistema social constituye, al principio, un paso adelante en la Historia. El sistema esclavista, como el sistema feudal, señalaban un progreso: tanto uno como otro, contribuyeron para el desenvolvimiento de la producción de las ciencias y del cine. Saint-Simón se rebeló contra sus predecesores, Rousseau en particular, que afirmaba que el clan, nacido en los albores de la Humanidad, representaba el orden ideal. De acuerdo con su teoría de progreso histórico, la edad de oro pertenece al futuro. Sin duda, como los materialistas franceses Saint-Simón concibe como idealista, las fuerzas motrices del desenvolvimiento social, que estaría determinado por el progreso de las ciencias, de la moral y de la religión. Divide la en tres fases: Teología (periodo de dominación del régimen religioso, que comprende las sociedades esclavistas y feudal; metafísica, periodo de la fusión de los sistemas feudal y teológico y positiva, orden del futuro fundamento en la ciencia A pesar de su orientación idealista, Saint-Simón emite ideas que lo orden social del aproximan a la interpretación justa de la historia. El mayor merito de Saint-Simón consiste en la concepción del papel de la propiedad y de las clases. Según Simón, los fundamentos de nuestro orden social estarán.

En el desenvolvimiento de la sociedad. Explica toda la historia de Francia del Siglo XV hasta la Revolución Francesa, por la transición de la propiedad de las manos del clero y de la nobleza a las de los industriales, y por la lucha de clases. Según Saint Simón, los fundamentos de la nueva orden social estarán constituidos por la gran industria organizada científicamente y planificada. Como Fourier, mantiene en la sociedad que proyecta, la propiedad privada y las clases. En el orden social futuro, la función primordial debe pertenecer a la Ciencia y a la industria, a los sabios y a los industriales. Entre estos últimos, Saint Simón sitúa al operario con iguales títulos a los burgueses, fabricantes, mercaderes y banqueros. Así, pues, edifica su socialismo utópico, sobre el principio de la conciliación de las clases. "Pero Saint Simón insiste especialmente en esto: lo que a ella preocupa siempre y en primer lugar es la "suerte" de la "clase más numerosa y más pobre". (La classe la plus nombreuse el la plus pauve) (Engels). "Del socialismo utópico al socialismo científico", en Marx-Engels, Obras Escogidas, t. II, pág. 113, De. Es. Moscú, 1952). En su última obra, "El Nuevo Cristianismo", Saint Simón escribe que su objetivo final es la liberación, la supresión de la clase operario de la miseria y la elevación del nivel material y cultural de la "clase pobre". En esto ve el advenimiento del nuevo, del "verdadero" cristianismo. Entre tanto Saint Simón, considera al proletariado como una clase que sufre. Ignora la misión de esa clase, no ve en ella la clase social libre para crear una nueva sociedad. Para Saint Simón la dirección planificada de la industria debe estar de acuerdo, en lo esencial, con los intereses de la mayoría, sobre todo la clase más pobre de la sociedad. Esta debe asegurar todo el derecho al trabajo Y hacer que cada uno trabaje de acuerdo con su capacidad. La idea de Saint Simón sobre la producción planificada y socialmente organizada como base del orden social futuro, representa una gran contribución a la teoría del

problemas de los desprotegidos y especialmente del proletariado, que los avances de la ciencia harían sufrir rigores que no eran perfectamente solucionados por los que, en el comando o comandados, no encontraban quien los socorriese para que problemas graves y específicos fuesen solucionados.

En 1871, diez años después del tristemente famoso Auto de fe, propugnaban los carlistas por el coronamiento de la Monarquía, con el príncipe D. Carlos en el poder. Otros países, Francia e Inglaterra sobre todo, se introducían en los ambientes políticos españoles, procurando imponer regímenes que les eran propios. Napoleón III, superando su intromisión consigue que sea aceptado Amadeo de Saboya, hijo del rey Víctor Manuel II. Este tuvo una breve actuación, que duró de 1871 a 1873. En febrero de este último año fue proclamada la República en un mar de sangre, odios y rencores que destruyó la nación ibérica.

En crónica de la época, se afirma que, no obstante, "El Espiritismo continúa propagándose por todas partes, en las aldeas como en las ciudades grandes, en las cabañas como en los palacios, a pesar de la guerra civil, mantenida y sustentada por el fanatismo religioso, ensangrentando nuestro suelo y reduciendo inconmensurablemente nuestro pueblo hasta ayer floreciente. Por más que las huestes que irguieran el pendón del absolutismo y de

socialismo. El enuncia, en principio, la idea de que el orden social futuro... implica la transformación del gobierno político sobre los hombres en una administración de las cosas y en la dirección de los procesos de la producción..." Max cualificaba a Saint Simón como el patriarca del socialismo, junto con Fourier y Owen.

La doctrina de Saint Simón tiene carácter utópico. La futura orden industrial llegará, según él, gracias a la propaganda de la nueva filosofía "positivista", esto es, la suya. Como Owen y Fourier Saint Simón es adversario de la solución revolucionaria de las contradicciones del régimen capitalista. Su doctrina no constituye un socialismo proletario, ni científico, pero sí un socialismo utópico, ilusorio. No es una doctrina de dirigentes de masas proletarias como el socialismo científico de Marx y Engels, y sí una doctrina de socialistas solitarios, cercados por la masas. Saint Simón es eclético en filosofía y oscila entre el materialismo y el idealismo. Después de su muerte, sus discípulos, Bazard y Enfantim, prosiguieron en la propaganda de sus ideas. No obstante le escuela de Saint Simón no tardó a desagregarse para convertirse en una secta religiosa Oí predicaba una nueva religión de Amor. Esta escuela renunció y desbarató las ideas progresista de su autor y exaltó lo que había de concepciones retrogradadas en su doctrina. Las principales de Saint Simón son: "Cartas Genebrinas (1802); "Memorias sobre la ciencia Y hombre (1813-1816); "Trabajo sobre la Gravedad Universal" (1813); "Sistema Industrial" (1821)' "El catecismo de los industriales"(1823-1824); "El Nuevo Cristianismo" (1825).

la intolerancia religiosa se hagan sentir, crecidas en número y temible por su crueldad; por más que las cuestiones políticas que se agitan con inusitada violencia preocupen los ánimos de todos, penetraba en las almas de los hombres de bien que desean paz para sus espíritus, una vez que es tan difícil encontrarla en el país".

Los pilotos y capitanes de las refriegas españolas que, partiendo del puerto de Barcelona, abordaban frecuentemente Marsella, eran portadores de la Nueva, que apenas cuatro años después de su nacimiento ya se difundía por todo el mundo, a partir de su Francia natal.

El capitán Ramón Lagier y Pomares, comandaba el vapor "El Monarca". Un día llegó a Barcelona trayendo los aludidos libros y se encontró en una calle, con D. José María Fernández Colavida, hombre de gran corazón, mente vigilante, que traía el alma amargada por diversos reveses. Lagier que había superado un trauma personal gracias a la lectura y las enseñanzas de la literatura de la nueva doctrina, le dio uno de los libros a Fernández.

Tal impacto y emoción realizó la lectura del mismo en la inteligencia de D. José que, al día siguiente, muy pronto, visitaba el barco de Pomares, manifestándole su entusiasmo. En cuanto tomaban café en el camarote del capitán, analizaron ampliamente el asunto y de eso surgió la idea de hacer una traducción española, de la cual se incumbía Fernández, muy versado en la lengua de Víctor Hugo.

El capitán Lagier y Pomares nació en Alicante, hijo de un proscrito por las leyes monárquicas. Pasó su infancia en el campo, en la casa de sus abuelos, donde aprendió las primeras letras.

Llevado de vuelta a su ciudad natal, amplió los estudios y se inició en la carrera de marinero. Comenzó la travesía del Mediterráneo en barcos de cabotaje aun muy joven. Contraería matrimonio y comenzó a constituir familia, que con el paso del tiempo, fue aumentada con cuatro hijos. Las exigencias de la administración lo obligan al trabajo intenso. Y luego se ve dirigiendo su propio barco.

Cuando suponía haber alcanzado sus máximas ambiciones, se murió la compañera. Como si eso no bastase, reveses en los

negocios lo llevaron a perder su barco y su capital. Quedó con los hijos huérfanos sin tener siquiera a los abuelos para abrigo. Una epidemia de cólera, que devastó al país, le robó la compañera en tan difícil situación.

Consigue empleo en una compañía marítima española y por tal motivo, es obligado a viajar constantemente, con periódicos alejamientos de los hijos. Decide entonces llevarlos a vivir en Marsella, en cuyo puerto tocaba asiduamente el barco en que trabajaba, ya al comando y donde le era permitido permanecer más tiempo en tierra, juntamente con los hijos.

Inscribe a sus dos hijos en un colegio dirigido por jesuitas y a las dos niñas las dejó bajo la custodia de la familia encargada de la casa armadora, establecida en aquella ciudad.

Hombre honrado, fiel y apto, trabajó intensa y eficazmente para dar a los hijos lo mejor a su alcance. Todavía la fatalidad le sigue los pasos. Al regresar de uno de sus viajes, encuentra muerto a uno de sus hijos, víctima de violentas prácticas de sodomía que le habían sido impuestas en el colegio religioso. Al mismo tiempo se entera de que la casa en que dejara a sus hijas, las había prostituido.

Corre indignado a pedir justicia a los tribunales y castigo para los perversos. Tocó en todas las puertas posibles, pero las organizaciones religiosas gozaban de una impunidad que los hacía vanos a sus esfuerzos. Al contrario de conseguir justicia le atribuyen actos no merecidos que le hacen perder el empleo, el dinero que penosamente ahorrará en muchos años de trabajo y la fe en los hombres y en Dios. Volvió lleno de profundo desánimo a España, creciendo en su alma la idea del suicidio, tan cruel era el dolor que lo asaltaba. Angustiado vagaba un día por las calles en Francia— país que le era tan funesto —, y vio en una vitrina de una librería un gran cartel anunciando que se acababa de recibir "El Libro de los Espíritus". El librero tiene que abrir una de las cajas para atender su pedido.

Se dirige a un café próximo. A su alrededor estaba el gran mundo cruel. El Sol iluminaba fulgurante el caserío... Lagier y Pomares, a nada de eso dio importancia, ávido de enfrascarse sobre la lectura del libro recién adquirido, adivinando que en sus

páginas encontraría consuelo para sus desdichas. Nada ocupaba su espíritu más que el deseo de profundizar en aquella lectura. A medida que ésta transcurría, iba adquiriendo la certeza de que encontraba lo que buscaba en una intuitiva inquietud.

Sintió que le tocaban en el brazo. Era el dueño del café que deseaba cerrar y lo invitaba a retirarse. Con los ojos nublados de lágrimas, salió deambulando por la noche, convencido de que en el libro iba a encontrar la luz, el consuelo, la fe que tanto necesitaba para proseguir viviendo y vencer la terrible idea del suicidio que se la volvía obsesión. Terminada la lectura de "El Libro de los Espíritus" con un coraje nuevo, dispuesto a recomponer su vida. Pasa a trabajar para otra compañía armadora. Al inicio se siente tenso. Acepta, la colocación para garantizar su sustento y el de su familia y, también, para prestar tributo a la liberación de su patria. Le cabe colaborar con las huestes políticas que se mueven del exilio, subrepticamente favor de España, transportando líderes, con peligro de su vida, en su barco. Ya no teme la muerte. Tiene absoluta convicción de su inmortalidad y ocupa su efímera existencia en acciones que resultan en bien y alivio de los sufridores. En breve ve morir a los tres hijos que le quedaban, uno de ellos recién licenciado en la abogacía. Su nueva fe lo mantiene firme, sin caer endesespero.

Decide abandonar el mar e ir a residir a una propiedad rural que poseía en Elche donde, abriendo surcos en la tierra, empuñando el arado y plantando árboles, llevaba una vida simple y moderada. Cariñoso con todos, amando a los niños, supo granjear allí muchas simpatías.

Contrae nuevas nupcias con una gentil campesina, de cuya unión nace un niño. Estas dos almas fueron el dulce consuelo de su vejez. Con el advenimiento de la República es nombrado alcalde de Alicante, en reconocimiento de sus dones morales: todavía bien pronto debe renunciar al cargo, teniendo en cuenta las mezquinas ambiciones que le rodean. Vuelve entonces a Elche. Allí, en medio de la Naturaleza pasa sus últimos días, querido y respetado por todos. Sufriera tanto – reedición bíblica de Job –, que podía haber pasado esos instantes maldiciendo su suerte y la de cuantos le rodeaban, sino fuera por la consoladora esperanza que renaciera en su alma al leer las obras de Kardec.

Comprendiera sintiendo en la carne el bálsamo que constituía la doctrina que abrazaba. Prosiguió divulgándola incansablemente. Tanto en Alicante entre los humildes y los doctos, como en Elche, entre los campesinos, sembró la fe y la esperanza. Al mismo tiempo que enseñaba a los simples y rústicos la agricultura, les hablaba también al respecto de la astronomía. Y ellos, al mismo tiempo que se incumbían mejor de sus tareas rurales, tomaban cobro del inmenso como de que hacían parte. Debiendo mudarse para Santa Pola, para allá lleva la sublime enseñanza que le hiciera emerger del desespero. Con Manuel Ausó y Ramón Alba, compuso un trío que desconocía el cansancio y que lanzó por primera vez en aquella parte de España, la simiente del ideal espírita, en una tierra conservadora, fanáticamente católica y, al parecer, librándose de las nuevas ideas.

El campo no era así, sólo de espinas. A partir del año de 1870, el pueblo comienza a reaccionar a las ideas espíritas. Surge José María Fernández Colavida, bautizado por el Congreso Internacional Espírita de 1888 — el primero que se hacía en la historia del Espiritismo, realizado dos meses antes de su fallecimiento — con el honroso título de El Kardec Español. Colavida nació en Tortosa en 1819, estudiara para ser notario y se destacó en la primera guerra civil. Abandonó entonces aquellas armas y se reunió a las filas carlistas, llegando en ellas, a conquistar el título de coronel. Fue íntimo amigo del general Cabrera⁶ y tubo meritoria actuación junto al mismo. Terminada la guerra, perseguido en la derrota emigró para Francia. Allí aprendió, con perfección, el idioma francés. Después del indulto regresó a Barcelona donde recibió la noticia de la muerte de su padre, fusilado por rencores políticos y la de su madre, por imprudencia de un cazador.

Después fallece la hermana, con quien vive. Se sumaron todos esos acontecimientos, muy próximos unos de otros. Colavida vive un drama difícil de ser soportado, pues se unían a las tribulaciones, una serie de restricciones de que era víctima por sus

⁶ Ramón Cabrera, general español nació en 1806 y desencarnó en 1877. Después de fusilamiento de su madre, por orden del General Noguerras, desencadenó la guerra sin tregua a los liberales. Recibió de D. Carlos el título de Conde de Morella, pero continuó luchando se refugió en Francia y, más tarde, en Inglaterra. Finalmente, reconoció la soberanía de Alfonso XII, regresando a la patria en 1875.

antecedentes políticos.

Conoce entonces el Espiritismo por intermedio de Lagier y Pomares y, con su propia esposa, Ana Campos, que luego se reveló una excelente médium, pudo encarar con mayor seguridad sus estudios de la nueva filosofía, ya que los trabajos de la Señora Ana, en telegrafía psíquica despertaron poderosamente las atenciones de los entendidos e, inclusive, de Allan Kardec, con el cual Colavida tenía profundas relaciones de amistad.

Fernández Colavida era un poderoso magnetizador y profundo psicólogo. Hizo magníficos trabajos de regresión de la memoria, tales como, por ese tiempo, simultáneamente y sin que ninguno de los dos lo supiese, el célebre Coronel De Rochas realizaba en Francia. Esas experiencias resultaron con el estímulo del Vizconde Antonio de Torres Solanot, en el lanzamiento de la Revista de Estudios Psíquicos y en el Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos. Hizo también las primeras traducciones del francés, de las obras doctrinarias.

En el transcurso de la guerra civil, se adhiere a las huestes que luchaban por la libertad, con una actuación tan eficaz que mereció, por reconocimiento, patente de coronel, por haber estado en las primeras filas del Pretendiente y también teniendo en cuenta los grandes méritos de su acción en beneficio de la legalidad y del Gobierno de la Restauración, pues había evitado, con tacto e influencia, mucho derramamiento de sangre. Colavida agradecido por el ofrecimiento, no lo aceptó alegando que sus arraigadas convicciones no le permitían aceptar títulos de instituciones que pugnaban por sus propias ideas.

Falleció el día 1 de diciembre de 1888 pobre, querido y respetado por todos, trabajando hasta el último momento y no obstante sus achaques y reveses, dejó compuesto el número de su revista. En sus momentos más tristes le oían decir resignado y fuerte:

—Sea como fuere... Para adelante...

Poco después de esos momentos decisivos en la Historia de España, en 1872, D. Amalia Domingo Soler inicia el trabajo que le daría el título que supo honrosamente justificar, el de *"la cantora del Espiritismo"*.

El Espiritismo fue bautizado en España por el obispo de Barcelona; D. Fernández Colavida fue el padrino y yo, a mi vez... desempeñaré algún papel en todo eso...

5. LA POETISA EN EL PERIODISMO

"El Criterio", la hoja espírita que el Dr. Hysern prometiera a Amalia, vino a sus manos. Los órganos visuales de la muchacha no estaban aun en condiciones de darse el "lujo" de leer todo aquel texto, hecho que la llenaba de ansiedad, deseosa de tomar conocimiento de qué se trataba. El propio oftalmólogo toma para sí la tarea de ayudarla en las lecturas. Su voz era moderada y tranquila, dando un énfasis interpretativo a la tarea que, espontáneamente se atribuyese, sobre todo porque observa que aquellas lecturas benefician a su paciente.

Aunque no sea verdad— Decía el doctor exteriorizando sincera y profunda incredulidad — todo eso es muy consolador, y como es víctima de tantos golpes de la suerte, te hará bien. Por ese motivo prometo traerte cuantos periódicos espíritas me fuera posible obtener.

La enferma se pone entonces mano a la obra para conseguir las obras completas de Kardec. El profesor Rivail había fallecido en 1869. Sus obras completas constaban de seis tomos fundamentales, y aun una serie de folletos, la revista oficial "Revue Spirite" y una literatura variada en la cual estaban perfectamente clasificados los puntos básicos y normativos de la doctrina que la había alcanzado a América en una acelerada expansión, ganando la simpatía universal.

Se multiplicaban los hombres del más alto concepto, como Lagier Y Pomares, Colavida, etc., cuyos artículos poco a poco, Amalia fue asimilando, absorbiendo, alimentándose espiritualmente con el nuevo mensaje de paz y de amor, y los profundos conceptos que encontraba en la lectura espírita. Fue cuando, con plena conciencia de lo que decía, manifestó, entonces, su pensamiento de que en el Espiritismo estaba la verdad. Esa abertura en su conciencia es expresada en sus "Memorias". Es tan importante y recibida, con tan profundo júbilo, como la recuperación de sus ojos.

Cierta mañana — cuenta ella —, estando en mi casa, sentí inesperadamente en la cabeza una sensación dolorosa y extraña. Me pareció que ella se llenaba de nieve. Experimenté un estremecimiento de frío intenso, que me penetraba hasta los huesos...Enseguida juzgué oír voces extrañas y confusas. Agudicé los oídos y me pareció captar una breve palabra: "¡Luz! ¡Luz!".

Ella grito sobresaltada por una inexplicable sensación:

¡Luz es lo que desean mi alma y mis ojos! ¡De luz necesito, Dios mío!

Se puso a llorar. Lloró descontroladamente, sin tener motivos por el dolor físico o por el desconsuelo moral. Percibía que aquel llanto le daba vida. Se miró entonces en el espejo...y tuvo una exclamación de júbilo y asombro indescriptibles. Sus ojos estaban abiertos del todo. Ella cuenta:

"Yo ya no tenía los párpados caídos como antes, cuando podía recibir apenas una chispa de luz, bastando mal para una insuficiente relación con el mundo exterior..."

¡Corrió para el consultorio del médico! El Dr. Hysern la miró fijamente, le apretó las manos y olvidado del tono sobrio con que acostumbraba a expresarse aunque con gran postura, le dijo:

—Amalia, precisamos rendir gracias a Dios... A partir de mañana tú podrás trabajar, sin embargo sin excesos. Recuerda lo que ya sufriste y no cometas imprudencias.

Una nueva vida se inicia para aquel espíritu, dinámico. Busca empleo y lo obtiene enseguida. Costura y costura con tanto entusiasmo, con tal alegría..."como si hubiese heredado una gran fortuna".

Leyó acerca del Espiritismo, todo cuanto encontró a su alcance. Quiso tener revistas, muchas revistas. Y como su dinero era escaso para las subscripciones, encontró el medio de obtenerlas enviándoles colaboración. Envío una poesía al "Criterio", recibiendo, a vuelta de correo una carta muy valerosa y con mucho criterio de su director, el vizconde de Torres Solanot "Preliminares del Espiritismo" Procede de igual manera con el director de "La

Revelación", publicada en Alicante. Recibió un gentil ofrecimiento para mantener una columna en exclusiva en el periódico.

En la página del rostro de "El Criterio", en su nº 9, se encuentra el primer artículo de Amalia — inicio de su obra en prosa —, titulado "la Fe Espírita". Corría el año de 1872.

Amalia quiso participar de una sesión, en el transcurso de la cual se mantiene en relación con el mundo espiritual. Sus amigos — sus nuevos y afectuosos amigos le proporcionan esa primera oportunidad en la "Sociedad Espiritista Española". Se trataba de una reunión solemne, en el transcurso de la cual eran discutidos los principios sustentados por el Catolicismo. Oyó allí el verbo elocuente de García López, Huelves y Corchado, inteligencia de alta calidad que discutían en la más pura dialéctica, revelando conocimiento y una información singular.

Se sintió transportada a otro mundo, en el ambiente intelectual con el que siempre había soñado. Desde aquella noche no perdió más ninguna reunión, hasta que las circunstancias de su vida se modificaran.

En cuanto a eso continuaba cosiendo y escribiendo con envidiable entusiasmo. Un día, D. Alejandro Benisia, vicepresidente de la entidad, se dirigió, a Amalia y, volviéndose para los miembros de la mesa directiva, dilo de modo sentencioso:

En nuestra próxima reunión reservaremos un espacio de tiempo para Amalia Domingo. Dentro de esta cabecita hay muchas cosas preciosas. En el tiempo justo ofrecerá frutos.

Ella nunca había enfrentado a un público. Era un compromiso excesivamente grave. Por este tiempo trabajaba en el taller de una señora francesa que se aprovechaba de su buena voluntad para sobrecargarla de servicio. Entre tanto, en cuanto cosía, Amalia componía mentalmente versos que guardaba en la memoria y pasaba para el papel por la noche, en su cuarto. Otras veces una sobrina de la propietaria de la casa transcribía las estrofas que Amalia dictaba. De esa forma, tan fuera de lo común, compuso el trabajo que leyó en la reunión del grupo espírita, como deseaba Benisia.

El amplio salón de la "Espiritista Española" brillaba engalanado. Una selecta asistencia llenaba por completo el vasto salón. Cuando no hubo más espacio colocaron veinte sillas en el estrado. Presidiendo el acto, los directores exhibían frac y corbatas solemnes.

Fue en la noche del 31 de Marzo de 1874 y la reunión se destinaba a conmemorar el 5º aniversario de la desencarnación de Allan Kardec.

Por fin llegó la vez de Amalia...

Como en una tela cinematográfica, cruzan por su mente sus sufrimientos pasados. Vio a través de las lágrimas que prestaban singular brillo a su mirada, en un primer plano, la puerta del palacio, al cual se dirigía para recoger su plato de cocido. Vio la caravana de pobres desparramados, apostados frente al portón a la espera del pan viejo Y de la sopa hecha de restos. Ahora ella ocupaba el lucido estrado, cercada por hombres dignos, que la presentaban al público con expresiones elogiosas. En la imaginación de Amalia, en una rápida proyección neumónica se cruzan por un momento fugaz todas las angustias sufridas.

Fue entonces que se dio cuenta de su situación y percibió que se encontraba cercada por eminentes hombres de la Ciencia, filósofos de mérito por su saber y que ponían todo interés en investigar la doctrina que ella acababa de abrazar. Se puso a leer con voz firme y clara el artículo fluido y bien relacionado que escribiera.

La repercusión que tuvo su participación en esa noche, la consagró de modo que vino a actuar en todas las reuniones de la entidad. Prosiguió dando alas a su vena poética. Aquel juego de niña, que comenzara a los diez años de edad y que tuviera su primera eclosión pública cuando completaba los 18 años, había adquirido sólida madurez a esa altura de su vida, cuando 38 etapas cronológicas habían transcurrido. Ganó la consideración de personas cultas que la admiraban y le ofrecían su amistad, aunque sabían de su humilde origen.

Un laureado poeta, analizando en cierta ocasión la obra de la poetisa, (nos referimos a Humberto Mariotti), dijo lo siguiente:

"La poesía de Amalia y toda su literatura doctrinaria, no están aun suficientemente apreciadas con justicia. Muchos se complacen en leer frases de otros autores, menospreciando a la gran Sevillana, olvidados, más allá de esto que esa clase de espíritus son los verdaderos apoyos de la causa espírita, no tanto por lo que hicieron o escribieron, y sí porque lo hicieron sin interés ni provechos personales. Amalia voló muy alto como el águila dando sombra; y como ave libre de los bosques, cantó las verdades de la naturaleza humana visualizando, ampliamente, los infinitos caminos que desvelan a las almas las luces del Espiritismo. En efecto, su poesía no fue un oropel sin valor, con el cual se adornan muchos poetas. Por el contrario es una conquista del mundo interior. Por ese motivo fue una poetisa de los tristes, de los marginados, perseguidos y pobres. Por eso amó tanto las violetas. Sólo una verdadera espiritualidad es capaz de inclinar un poeta para el dolor de los desheredados de la suerte. Amalia, con su poesía de alta estirpe, no puede ocupar las sillas de las academias ni los cenáculos literarios.



Amalia Domingo Soler, cuando inicio su militancia

espírita. Tenía aproximadamente 37 años.

Toda su producción fue el resultado de una angustia y del amor desmedido que nutría en relación a la doctrina espírita. Sin duda es la primera mujer espírita del mundo latino, pues, hasta hoy, ninguna otra realizó un trabajo semejante al suyo".

Y en otra situación decía también Mariotti:

"Sus poemas no pasan como sombras del crepúsculo. Son permanentes, a pesar de las modificaciones a que está sometida la poesía con el paso de los años. Ella no es romántica ni altruista ni superrealista: es espírita. En base al tiempo no sufre conmociones pues manifiesta el talento de la verdad espiritual. No se vistió con los ropajes del día y que con el transcurrir del tiempo pasarían de moda y serían despreciadas por viejas y desfasadas. Sus poemas se vistieron de los ropajes de la Eternidad. A medida que los tiempos transcurren, mas se aproximan los nuevos tiempos que vendrán. Sus canciones tienen la cadencia de los corazones sinceros, el ritmo de la conciencia superior hace sus rimas y las crea, pues Amalia Domingo Soler no escribió poesías para ser coronada con los halagos de la gloria y de la admiración. Ella escribió poesía para la redención de los pueblos y de las almas. Su poesía tiene una ruta: el mundo espiritual y el amor entre los hombres.

Su lira vibra, a los impulsos de una nostalgia infinita: la de los espacios inconmensurables. Es lamentable el olvido que los hombres tienen sobre las grandes almas, que no rechazaron las debilidades de una época y de la sociedad. Su vena poética se armoniza rápidamente con su agilidad en el manejo de la pluma, consagrándose en el complejo mundo de las letras"

Los directores de periódicos y revistas espiritistas solicitaban su colaboración que ya se desenvolvía y se modificaba en una prosa vigorosa y valiente, a la cual no escapaban los acontecimientos de la vida cotidiana. Le era imposible atender a tantas invitaciones que, mientras tanto, favorecían la efervescencia de su imaginación, sagaz y crítica, que se exteriorizaba en medidas sintéticas o analíticas, conforme decía Zorrilla.

Amalia no sabía cómo atender a tantas tareas. No tenía

siquiera un diccionario, ni tratados de gramática, ni libros de consulta de cualquier especie. Apenas su memoria abastecía con razonamientos arduos lo que le faltaba.

Luego se vio con el regalo de la obra total de Allan Kardec, — por las cuales tanto suspirara.

D. José M. Fernández Colavida, en un espléndido gesto de amistad y reconocimiento, las mandó junto con toda la colección de un órgano del cual era el director: la "Revista de Estudios Psíquicos".

Esa agitación: lectura y costura, sin medida y descanso, comenzó a afectarle la vista. Le recomendaron, ante el peligro que la amenazaba, baños de mar. Fue en ese periodo que percibió la repercusión de sus escritos para más allá de Madrid. De Alicante la invitaron. Le dedicaban allí una gran admiración, demostrándole que había penetrado en el alma de aquellos correligionarios. Se relaciona, íntimamente, en la ciudad alicantina, con personas de alta distinción, entre ellas el Dr. Manuel Ausó, presidente de la sociedad espírita local. Ansó más allá de ser médico, era catedrático, hombre de alta dignidad y especial prestigio científico y moral. El le auguró un hermoso futuro, no escondiendo la gran admiración que cultivaba en relación a aquella mujer débil, bajo la cual pesaba constantemente la amenaza de la ceguera y que viva en una situación casi paupérrima, y, mientras tanto, nada dejaba traslucir. Quien la viera no podía — sin conocer su obra, — darse cuenta de cuantos quilates eran sus condiciones intelectuales.

Antes de las cuatro de la mañana ya se encontraba de pie para aprovechar enteramente el día. En la soledad matutina tomaba su baño diario en la playa desierta, para garantizar el seguimiento de su tarea que, entonces ella, ni de lejos podía sospechar a qué cumbres alcanzarían. En base a los inmensos sufrimientos, pensaba, con melancolía y temor, lo desconocido que era su futuro. Y cuando se le volvía a la mente su pasado, el terror la helaba hasta los huesos.

Animada por otros correligionarios que solicitaban su presencia, visitó Jijona, donde el cariño y el reconocimiento con que fue recibida, le demostraron que sus artículos no caían en el vacío. Enseguida la llamaron de Murcia y ella convivió con los que allí practicaban el ideal que constituía su mayor amor.

En el inicio de 1876, volvió a Madrid, donde el trabajo del taller de costura le ofrecía trabajo mejor remunerado, lo que le permitía atender con más facilidad su subsistencia. No quería vivir a expensas de la doctrina y tampoco separarse de las personas con las cuales compartía en brillantes noches de estudio y análisis de los principios espíritas.

Graves momentos cubrían de nubes espesas y oscuras el cielo de España, envuelta, entonces, en discordias políticas. Corría el año de 1873. Destronado Amadeo de Saboya, se implanta la república con los gobiernos efímeros de Francisco Pi y Margall, Nicolás y, finalmente, Emilio Castelar. Este último se vio obligado a renunciar a su cargo ante la reiterada presión de los carlistas, que pugnaban por entronizar al príncipe Carlos. El triunfo cabe, no obstante, al partido denominado Alfonsino que, dirigido por Antonio Cánovas del Castillo, se aprovechó del río revuelto, entronizó a Alfonso XII, hijo de Isabel II, restaurando con él la monarquía en enero de 1875.

Estas escaramuzas políticas, estas modificaciones frecuentes, creaban en la nación española un estado de inseguridad, de confusión e inseguridad, en el cual el clero no desistía, lo que llevo al gran filósofo Salvador de Madariaga, analizar la actuación de la monarquía establecida hasta 1923, derrocada con el advenimiento de la segunda república, escribiendo:

"Donde la facción clerical implantaba sus esfuerzos era en el campo de la enseñanza. En este terreno, la política de la iglesia se inspiraba en dos reglas: la acumulación de fondos para el cultivo de los ricos y la prohibición de toda innovación en la enseñanza oficial, mediante el juego de influencias políticas y sociales; el resultado de este doble esfuerzo de conducta llevo a un eminente técnico español, en 1923, a calcular que el cincuenta por ciento de la juventud española permanecía sin educación cualquiera, el veinticinco por ciento recibía educación oficial y el veinticinco por ciento, enseñanza clerical.

A esto se puede agregar la autoridad de la opinión de un eminente profesor norteamericano, Mines Searle Bates, que estudió exhaustivamente las cuestiones religiosas, resumiéndolas en un valioso libro documental, que tuvo por título: "Libertad Religiosa".

Bates constata lo siguiente: "En ninguna tradición fue tan significativo el patrocinio y el control de la iglesia como en España donde muchos actos eran contrarios hasta incluso la expresa voluntad de Roma".

La visión de Amalia, pese a los cuidados, los benéficos baños de mar, iba disminuyendo. Todavía no podía ni siquiera pensar en abandonar la costura, sin el riesgo de volver a vivir las angustiosas horas que tuviera entre 1860 y 1874. Tampoco quería abandonar sus escritos, que llevaran a todos consuelo y fe. En este estado de cosas, llagan a su casa dos personas que reclaman su presencia en villa de Gracia, en esa época en los arrabales de Barcelona.

Le ofrecían los visitantes catalanes una paga mejor por su trabajo, una casa amiga, con habitaciones exclusivas, exigiendo a cambio su participación en una sociedad espírita bien organizada. Y tenía el mar, tan necesario para la cura de sus ojos.

Después de esclarecidas ciertas cuestiones, parte a parte, y reconociendo la seriedad de la propuesta, así como la imposibilidad de escoger mucho, dada su situación, Amalia embarcó para la ciudad condal que iría a ser el punto de donde realizaría sus más brillantes actuaciones en la defensa y propagación de los ideales que había abrazado.

Fue el día 20, sábado del año de 1876 que ella dejó Madrid y partió al encuentro de aquellos que la habían invitado con tan especial cordialidad. D. Luis Llach, fue a su encuentro, mal había desembarcado, presentándole al simpático grupo presente. Y, después, preguntas normales sobre el viaje, le dicen en tono que sólo ella podía oír:

— ¿Ya tiene un programa para desenvolver en Barcelona, Amalia?

— ¡Trabajar, trabajar y trabajar! — Ella respondió con humildad.

¡Oh! ¡No! No fue para eso que la trajimos a Barcelona. Por aquí sobran las modistas. Lo que faltan son escritores espíritas.

— Todavía, como escribiendo no gano para vivir — Le replicó la

audaz andaluza —, tengo que coser. Las horas en que estuviera libre las dedicaría a escribir.

D. Luis Llach, presidente del centro espírita barcelonés "La Buena Nueva", entidad que funcionaba en su propia casa, era un hombre respetable, padre de dos hijos, un muchacho de 14 años y una niña de 12. Poseedor de un fuerte poder magnético, dejó subyugada a la bondadosa Amalia, desde el primer encuentro. Había en su mirada penetrante y en su voz una seguridad que recordaba a los profetas antiguos. De inmediato le infundía respeto y consideración.

— ¿Crees que tendrás tiempo suficiente para escribir? — Preguntó con mansedumbre y firmeza — Me dijo tu médico que, si prosigues cosiendo, más de lo que tus ojos pueden soportar, tu visión durará más o menos tres meses. ¡No deseo alimentar tus ilusiones! — Comentó lentamente, pesando sus palabras. — Si, en compensación te dedicaras al periodismo profesional, tus ojos tendrán luz por limitado tiempo. Y cuando ya fueras una viejita, te guardaríamos en una sombrilla, en la playa y aun allí continuarías escribiendo.

— ¡Confío en que el mar beneficiará mis ojos! — comentó ella intentando débilmente defender su proposición. — ¡Prometo coser lo menos posible! Comprenderá, señor, preciso vivir a costa de mi trabajo...

—Tú quieres, pero tus ojos se niegan a obedecer. Míralos al espejo, hoy aun y, después, dentro de tres meses, me dirás cómo se encuentran. Estoy perfectamente informado de tu caso.

D. Luis tenía razón. Por más que frecuentase la playa y se bañase en las cálidas olas del mar, sus ojos, en vez de mejorar se ponían peores. Amalia fue obligada a abandonar la costura, incluso a plena luz del día... Le pesó en el corazón... Antes no dejaba la aguja sino al apagarse los últimos rayos del Sol. Se rindió a los argumentos del nuevo amigo:

Se cumplió lo que dijiste. Una espesa neblina me tapa la visión. Me esfuerzo por coser, pero es como si me clavasen agujas en los ojos.

Amalia no se contuvo y se puso a llorar.

— ¡Dios mío! — sollozaba ella — ¿Podré volver a escribir?

D. Luis, percibiendo cuanto la afligía abandonar el periodismo, intervino diciendo:

Absténgase de cualquier trabajo con la aguja por algunos días. Cuando yo te avise, volverás a escribir. Verás cuantos artículos de la mejor calidad saldrán de tu pluma, incluso con los párpados medios caídos. No te inquietes. Haz lo que te digo. Tú viniste a la Tierra para propagar el Espiritismo.

Amalia, viéndose sola en su cuarto, lloró amargamente, suponiéndose condenada a no poder trabajar para mantenerse, como era su deseo. Sería obligada a aceptar los favores de una familia evidentemente pobre, de un hogar donde no faltaba lo necesario con el fruto del trabajo de cada uno.

Amalia aun no se habituara al nuevo ambiente. La diferencia de dialecto le sonaba extraña a sus oídos. Era como si hubiese partido a otro país...

D. Luis no sólo le ofrecía una sincera hospitalidad. Con suave tacto especial, la envalentonaba, la tranquilizaba, diciéndole que sería todavía un ser extremadamente útil, no sólo a su grupo familiar, también a la Humanidad, por los años que fuera. Sabía emplear su especial facultad de persuasión y le hablaba a las profundidades del alma de Amalia, haciéndola vislumbrar el futuro que la esperaba. Era un eficaz y delicado consejero. Y las inseguridades del comienzo se fueron esfumando. Un admirador de los artículos de Amalia, vecino de Alicante, D. Domingo Garcerán, prometió enviarle constantes remesas de sellos postales a fin de que no sólo mantuviese su gran correspondencia — hecho que ocurre con los buenos articulistas. — también, además, para que pudiese remitir su producción. Y D. José Arrufat, dueño de una librería, cierto día le dijo:

No tengas problemas con el material para tus escritos. Yo te mandaré papel, sobres, tinta, plumas, un tapete y una escribanía.

Comienza entonces a moverse los engranajes de una nueva y rutilante vida para Amalia. Los Espíritas catalanes se daban de cuerpo y alma para facilitarle la acción, entusiasmados por sus victoriosas actividades en la escritura.

Barcelona es la provincia española que se destacaba especialmente por su poder industrial. Pródiga en la fabricación de numerosos productos, era, en la época, poseedora de una industria y un comercio pujante.

Su historia remonta para más allá de la era romana. Los historiadores no consiguieron aun fijar con exactitud, la época en que ocurrió su fundación. Se calcula que fue en la más remota antigüedad cuando se encuentran las primeras menciones a Barcino. Durante el Imperio Romano fue sucesivamente denominada Pia Faventina e Julia Augusta.

Ataulfo, rey de los visigodos (410-415), vencedor de los primeros romanos y devastador de las Galias, estableció en esas tierras extendidas a los pies del Tibidabo y bañadas por el Mediterráneo, la capital de su monarquía.

Se piensa que su origen resultó de la decisión de grupos de expedicionario griegos o de comerciantes fenicios, o, quién sabe, de aventureros cartaginenses. Lo cierto es que, si bien existen algunas hipótesis de valor, no se está muy seguro en cuanto a su verdadero origen. Y esto confiere a la historia de Barcelona tradiciones que la hacen singular en el concierto de las ciudades más importantes de España, sobre todo si se tiene en cuenta que la entrada del Cristianismo en España, se dio por la puerta condal.

Se asegura que Santiago, el hijo de Zebedeo y hermano de Juan, el Evangelista, en el año 40 fue a predicar el Evangelio en España. Al llegar de Palestina desembarcó en el puerto de Barcelona, dirigiéndose a la ciudad de Lérida y Zaragoza, donde fue oído por primera vez mientras transmitía la palabra de Cristo en tierras españolas.

Barcelona, tocada por un dinamismo y predisposiciones particulares de sus hijos, tuvo siempre la gloria de marchar a la vanguardia del progreso en las tierras españolas. En cuanto el país entero era envuelto por las convulsiones de las contiendas internas

— que por momentos adquirían proyecciones externas, en vinculaciones internacionales, — y se debatía en el caos y en la desesperación de revoluciones, pronunciamientos y revueltas, ella seguía fortaleciendo su industria, su comercio, firme en una deliberación que la definía.

En ese escenario telúrico proyectó Amalia su acción, su dinamismo, encontrando eco para el ardor de su alma, su fe en el futuro, dispuesta a sacrificar su potencial físico en un agotador trabajo doctrinario.

Gracia, barrio que se extiende próximo a la ciudad condal y que fuera agregado a Barcelona por decreto real, en 1897, es el punto donde establece su trinchera y hace su periodismo que, de pronto, se proyecta con pujante influencia, abrazando regiones distantes, mucho más allá de España.

Todavía, Amalia no se muestra satisfecha con las sesiones de "La Buena Nueva". No eran de la cualidad de aquellas a las que estaba acostumbrada a asistir en Madrid, en la "Espiritista Española", pues que ahora, aunque los médiums fuesen dotados de muy buena voluntad, sólo se abstenían comunicaciones mediocres. No contenían lo que su riguroso razonamiento exigía.

Sólo cuando asistía a las reuniones presididas por Miguel Vives y Vives que, residiendo en Tarrasa acostumbraba visitar Villa de Gracia, tenía Amalia la oportunidad de "henchirse de inocente alegría". Las comunicaciones obtenidas a través de sus facultades, parecían hacerla retroceder a los tiempos de Cristo, creando una atmósfera de tranquila humildad inigualable. La mediumnidad de D. Miguel Vives le dio la primera comunicación familiar. Su madre, su dulce y bondadosa madre, se manifestó en una reunión realizada en la propia casa del médium, en Tarrasa. En una conmovedora manifestación, le afirmó que estaba siempre a su lado, viva y presente, auxiliándola, inspirándola como cuando en la Tierra vivían juntas, compartiendo infortunios.

En cuanto el médium hablaba, Amalia sentía el calor de la vida. Ese calor hace mucho tiempo faltaba en su alma atribulada, sin saber cómo proseguir la lucha por la vida en la encrucijada en que fuera puesta.

Miguel Vives nació en Barcelona en 1842.

A los dos años quedó huérfano de madre y a los cinco lo llevaron a Sabadell. A los once murió el padre, quedando bajo los cuidados de su hermano, Augusto, que siempre tuvo por él un gran cariño.

A los catorce años de edad estudiaba música ejecutando con gran destreza. Con otros niños formó sociedades corales. Escribía piezas musicales que vivamente despertaron la atención de los entendidos, dada la edad del autor. Varias personas influyentes se interesaron por él, con la intención de llevarlo al Monasterio de Montserrat, donde podría integrarse en su célebre Escuela que se volvió famosa gracias a la perfección de sus niños cantores. Y hubo también quien habló de costearle sus estudios en el Conservatorio de París. Permaneció, no obstante, en Sabadell, con sus corales, dando lecciones de música y canto.

En el año 1869 es acometido por una enfermedad que lo mantuvo inactivo cuatro años. Suspendió entonces sus estudios por completo. En 1871 lo llevaron para Tarrasa, donde residía uno de sus parientes, procurando en el cambio de clima la recuperación de su salud. En momentos difíciles de su vida, cuando ya pensaba más en la muerte que en la recuperación, vino a conocer el Espiritismo. Su doctrina le transmitió una fuerte y benéfica impresión. Lanzando mano de la cura espírita, mejora y abandona el lecho.

Se casó dos veces, (en segundas nupcias con una señora espírita) y comienza a recibir en su casa varios seguidores de ese ideal, dando inicio a sesiones que ofrecerán buenos frutos.

En 1872 fundó el Centro Espírita que recibió el sugestivo nombre de Fraternidad Humana. Mientras tanto, estudiaba el tratado de Hahnemann y, empleando la homeopatía, obtuvo curas notables, lo que le creó rivalidades encarnizadas con los médicos de la localidad, la casta clerical y los enemigos del progreso. Lo llamaron ingenuo e infantil cuando decía que era posible curar a los enfermos a través del auxilio espiritual. En su caso la ciencia fuera incapaz de obtener buenos resultados. A pesar de los ataques, prosiguió predicando la enseñanza de los espíritus,

inaugurando en España sesiones públicas en salones de Tarrasa.

D. Fernández Colavida decía que Vives estaba tan bien asistido espiritualmente que todo cuanto hacía para divulgar su ideal, daba buenos resultados.

"Está rodeado de buenos espíritus". — Decía — Y naturalmente habría de ser así, pues que hasta en las piezas teatrales que escribió, enseñaba la doctrina de los espíritus a una multitud inculta, animada apenas por la curiosidad y por el deseo de divertirse. No obstante los asistentes escuchan con atención y aplauden con entusiasmo. Solamente muchas fuerzas reunidas pueden dominar tantas y tan diversas inclinaciones.

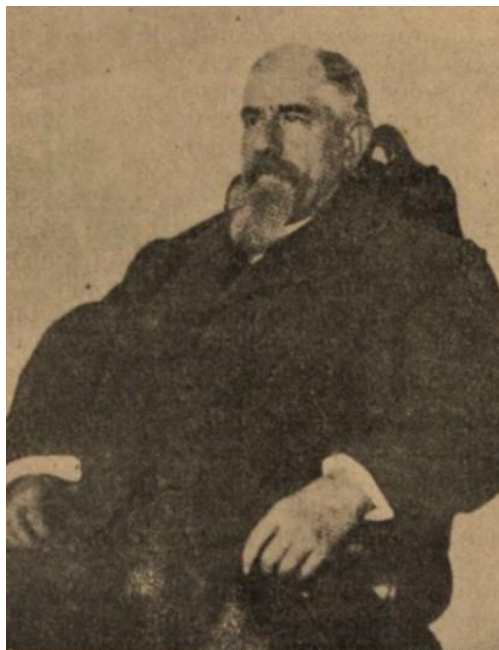
Trabajó intensamente en Tarrasa durante algunos años, empleando con todo el provecho, su palabra fácil, que abogaba a favor de los pobres. Era dotado de un espíritu de caridad ejemplar y enseñaba con cariño, volviendo inolvidables sus lecciones espíritas. Amante de la organización y dotado de una paciencia inagotable, — condiciones sino a quien desee entregarse a tal actividad. — fundó en 1882 la Federación Espírita de la región y, tres años más tarde, pasó a dirigir el periódico El Faro Espírita, que fue el órgano de prensa de la Federación hasta el año de 1889, en que dejó de circular. Se constituyó entonces la Federación Catalana, siendo su porta voz la antigua Revista de Estudios Psicológicos, hasta que la Federación creó su boletín.

Vives tomó parte activa en los congresos espíritas internacionales de Barcelona y París, donde hizo oír sus ardientes proposiciones e hizo notar su fervor y dedicación doctrinarias.

En 1891 cambió su residencia para Barcelona, buscando mejores áreas para su salud algo resentida. En los primeros días del año siguiente, fue elegido Presidente del Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos donde, no obstante su precario estado de salud, prosigue en la propagación de su querido ideal. Acostumbra a reunir a los pobres en grandes comidas fraternales, en las cuales no faltaban los manjares que recomponían el cuerpo, en cuanto con su elocuencia ofrecía el manjar del espíritu, la fe perdida, la sed de amor, la necesidad de paz interior. Cuando su hija Micaela se casó, un cortejo de centenas de mendigos acompañó a los novios,

ofreciéndoles su protección.

Amalia participaba frecuentemente de las reuniones que se hacían en Tarrasa. Entre todas sus visitas, una se marcó especialmente y se hizo inolvidable en la crónica de su vida. Fue el 19 de septiembre de 1881.



Miguel Vives y Vives

En la mañana de ese día, bien pronto, Amalia se levantó en cuanto las estrellas aun "entrelazaban en el cielo el nombre de Dios". Fue para Tarrasa. Allí se encontró con los tarraconenses que le recuerdan involuntariamente los primeros cristianos puesto que habían abrazado el Espiritismo en su aspecto religioso y practicaban con pureza la "hermosa y eterna religión", aquella que había sido enseñada por el Crucificado. Allí se sabía amar, cuidar los enfermos con desvelo fraternal, con todas las fuerzas físicas y morales.

La visitante tuvo una conmovedora recepción. El hijo de D. Miguel, a quien llamaban "protector" por las muchas atenciones que a ellos prodigaban, haciendo menos triste y afligida la condenación que soportaban.

En ese día el bondadoso hombre mandó servir una abundante comida a todos los reunidos y conseguiría, más allá de eso, la promesa del alcalde de que esta se realizase en un local cómodo y en un ambiente de alegría.

En su hogar, cerca de cuarenta personas lo rodeaban en la mesa: eran ancianos, niños, ciegos y enfermos, en una corte fraternal. Terminada la comida, fueron todos beneficiados por la palabra que, conforme más tarde fue narrada a la visitante..."podremos acompañar conforme fue publicada en Luz, sin embargo nunca las inflexiones de la voz, la expresión de su mirada, las lágrimas que rodaban de todos los ojos, en aquel ágape divino".

Cuando pasó al mundo espiritual, D. Miguel, un ser de valor excepcional, recibió del pueblo emocionado los más sentidos homenajes. Se dice que una muralla de personas, se extendía a los lados de las calles por donde pasaba el féretro, y que las fábricas y oficinas cerraron sus puertas para que los trabajadores asistiesen en silencio respetuoso y lágrimas, al homenaje prestado a aquel hombre que fue llamado, con justicia, "el Apóstol del Bien".

Cuando Vives dio a Amalia la comunicación del Espíritu de su querida madre, ella volvió llena de esperanzas a su salida del trabajo en Villa de Gracia, a los sencillos aposentos que le cedió D. Luis en su casa. Sintió allí renacer sus energías para volverse útil, de alguna forma a los amigos que tanto confiaban en ella.

A las reuniones de la Buena Nueva comparecía un joven maestro de obras, Eudaldo Pagés y Gómez, amigo de D. Luis y de su familia. Había perdido a la madre y, de ese modo, abrazó la idea espírita, en la esperanza de saber si el Espíritu de su progenitora era inmortal, tal como las obras de Allan Kardec daban a entender.

Mal comenzaban las sesiones y ya se veía a Eudaldo que se retiraba de la sala, permaneciendo ausente en cuanto estas se desarrollaban.

Cuando le preguntaban por qué obraba de aquel modo, explicaba:

—Cuando los médiums comienzan a hablar me viene un sueño irresistible. Sé que ese sueño no es natural. Siento frío, calor, angustia, e ímpetus de gritar, un peso en la cabeza como si yo la tuviese llena de plomo. Como no quiero volverme médium, — explicaba — abandono la sala. Y lo más curioso es que todos los días hago el firme propósito de no volver a la sala, pero hay una fuerza que me impele para acá. Me siento en el café, allí en frente, y maquinalmente vuelvo. Pero, como nadie me obligará a hacer ninguna cosa contra mi voluntad, me niego a hacerme médium.

D. Luis lo miraba y no decía nada.

Déjalo. ¡Que entre y salga y repita cuantas veces quiera que no desea ser médium! — confiaba a Amalia respondiendo a sus interrogaciones. — Eudaldo es una buena adquisición para el Espiritismo, pero si fuésemos impacientes, todo se perderá. Es preciso darle tiempo.

Eudaldo estuvo luchando contra su mediumnidad hacía más de un año. Cierta noche, terminada la sesión, se reunían diez o doce personas en torno de la mesa que había en el centro del salón. Eudaldo intervenía en los asuntos que venían conversando, riéndose a más no poder, haciendo graciosos comentarios sobre el tema tratado. De súbito palideció, inclinando la cabeza sobre el pecho, cerró los ojos y dejó escapar un profundo suspiro. Hubo una pausa de expectación.

Cuando digo que no quiero estar en esta sala...— Eudaldo se defendía de las influencias que lo envolvían. — Amalia, llévame a tu cuarto. Allí no me harán dormir...

Todos se dirigían al cuarto. Apenas se sentó, Eudaldo cayó en profundo silencio. Se podría suponer que estaba adormecido, pero... la voz de los del Más Allá brotó en sus labios por primera vez:

Soy Benisia. La que te hizo conocida donde nadie te conocía...

Era una presencia amiga, feliz coincidencia, pues fue Benisia quien, en Madrid, la presentó por primera vez en un centro espírita. Le daba ahora la primera comunicación a través de las facultades de uno de sus mejores colaboradores en el futuro.

Eudaldo venció, desde entonces, sus aprehensiones y, conscientemente, se decidió a prestar su concurso a la causa espírita. Amalia en él encontró el portavoz del mundo invisible, presentando a la opinión pública mensajes que ganaron repercusión internacional, obtenidas por su intermedio.

Desde entonces, y durante catorce años, sólo por enfermedad o por exigencia impostergables del trabajo, Eudaldo dejó de comparecer a las sesiones que todos los jueves, domingos y días festivos se realizaban en la Buena Nueva, donde podía ser encontrado independientemente de la actividad que estuviese realizando. A la hora indicada, abandonaba el fiscal que lo contrató y se dirigía al Centro para dar cumplimiento a lo que se volvió para él, desde aquella noche, un apostolado.

Amalia se veía satisfecha y ya no pensaba en regresar a las excelentes sesiones de las cuales participaba en Madrid.

Finalizaba agosto de 1877 cuando el periódico de la localidad, el Diario de Barcelona, publicó un artículo en el cual el Espiritismo era descrito con los más negros colores. Tenía por título: El mundo de los espíritus.

— ¿Yo, D. Luis? No tengo caudal suficiente de conocimientos para defender el Espiritismo. Por mucho que yo ame la escuela filosófica a que pertenecemos, no me meteré, — como diría el pueblo — en camisa de once varas.

D. Luis no aceptó aquellos argumentos y, sin insistir, se retiró dejando, entre tanto, sobre la escribanía de Amalia un ejemplar del Diario. Amalia lo leyó, medito, oró y escribió su primer artículo, que fue publicado en la Gaceta de Cataluña, mereciendo una total aprobación por parte del público. Poco tiempo después se dio su definitiva consagración. Provocada, inicia una polémica con un eminente prelado, el sacerdote Vicente de Manterola.

En su silencio ella recordaba los días antiguos, vividos en una terrible indigencia y ahora respetada por los hombres de bien y rebatiendo en lid pública y dialéctica, con una tan prominente personalidad. El contraste entre ambos es tan grande, que la delicada muchacha se estremece. Nunca soñaría con algo como

aquello. Entre tanto todo es real, impreso en letras de forma, provocando serenamente su prestigio y su evolución que se acentuaba cada día.

El reverendo Don Vicente de Manterola fue un destacado diputado de la facción carlista y antiguo consejero del príncipe Carlos. En el transcurso de buena parte de la guerra civil su partido desencadenara contra la república. Fue cura párroco, cargo en que se mantuvo en una importante parroquia de la Corte y, conforme describe las crónicas, se presentaba como candidato a la primera mitra que surgiese vacante.

En el inicio del año 79, no queriendo darse por vencido, a pesar de haber sido rebatido clamorosamente por las refutaciones de Amalia, publicó "El Satanismo", o sea la cátedra de Satanás combatida desde la cátedra del Espíritu Santo: Refutación de los errores de la escuela espiritista.

A esa altura Amalia ya hizo nombre y había ganado la admiración incluso fuera de los escenarios espiritistas, ganando la simpatía de las más variadas corrientes del pensamiento, respetada, admirada, envidiada, combatida siempre con todas las honras y todas las armas dignas de una gran personalidad.

Se puede ver en el número del 20 de septiembre de 1880 de El Comercio de Barcelona, su foto al lado de la de Manterola y un epígrafe que decía:

"No nos proponemos publicar el retrato del reverendo Don Vicente de Manterola y de D. Amalia Domingo Soler, para ofrecer una biografía completa de los dos personajes. El primero, no necesita de eso. La segunda, hasta cierto punto, se puede decir que no la tiene".

Con esa campaña comienza a crearse en su derredor, antes una curiosidad expectante en personas que, hasta entonces, desconocían por completo en qué consistía el Espiritismo, después, promoviendo entre los indiferentes, una inquietud, sobre todo, en aquellos que suponían era la doctrina espírita actividad de brujos o simplemente superstición de gente inculta.

Aquella mujer pequeña, físicamente insignificante, de

cultura poco mayor de la media, autodidacta y perseguida por todos los azares del infortunio, había alcanzado, a los cuarenta y cinco años, un prestigio y un crédito público que llegaron a trascender las fronteras de su España y volverse conocida y respetada en México, Cuba, Montevideo, Paraguay, Argentina y hasta incluso en Italia, donde se leía con avidez sus artículos en revistas y periódicos especializados.

La poetisa de las frases cortas y profundas, que inició empleando este recurso en la defensa de su ideal, penetra enseguida, con amplio éxito, en la prosa periodística que, en ella, se supera de manera poco común.

6. LA POLÉMICA: SATANÁS O DIOS

El inicio del gran prestigio alcanzado por D. Amalia Domingo Soler en España y en casi todos los países de habla española, a finales del siglo XIX e inicios del siglo presente, se produce con la famosa polémica por ella sustentada con el ilustre sacerdote D. Vicente de Manterola.

La posición del prelado, prominente en el mundo político, en el seno de la Iglesia Católica Romana así como en el campo literario y, sobre todo, por obra y gracia de su reconocido talento en el campo de la oratoria, no sólo lo hicieron famoso en el púlpito — su territorio —, también en las asambleas políticas, habiendo sido diputado por las huestes carlistas, habiendo allí ganado la fama de "fogoso, apegado a las ideas ultramontanas y dotado de indiscutible talento"⁷.

Las ideas espíritas ganaban más y más terrenos; corría el año de 1878, y personalidades prestigiosas por su inteligencia y lucidez, adheridas a sus filas, dedicándose entusiasmadas a la elucidación de las masas sea por escrito, sea oralmente, en las tribunas. Percibiendo que el pueblo, subyugado por la dictadura de la Iglesia encontraba en la doctrina espírita el deseo de libertades por la que su alma ansiaba, el clero se volcaba para el nuevo enemigo que ponía en peligro su estabilidad en España. Los más destacados nombres del catolicismo se lanzaron al campo, dispuestos a luchar y destruir lo que tenía por herejía, una falsedad, definiendo la doctrina de Kardec con las más necias calificaciones.

El Comercio de Barcelona ofrecía al pueblo enfoques diversos, pues el Ateneo Libre, inauguró su tarea esclarecedora en su Sección de Ciencias Exactas, con la discusión del tema: "La necesidad de hospitales en Barcelona". En el acto de inauguración decía su presidente, Manuel de Lasarte: "El objetivo de la sesión será el estudio y popularidad de las ciencias que, en nuestro país, luchan contra obsoletos preconceptos, con el grave inconveniente de dar la impresión de que sale de un fanatismo para caer en otro.

⁷ "Gaceta de Cataluña", 20 de septiembre de 1880.

Por ejemplo, salir de las manos de la Inquisición para caer en las del Espiritismo. Incluso los científicos, liberales por adhesión, según se proclama, se han ocupado con el tema".

"Volver de nuevo" es el título del tercer artículo y sólo le basta para dar una idea de lo que pasó. A lo que todo hace suponer Manterola se encolerizó ya que Amalia escribió en la nota aludida, con toda la seriedad y altivez:

D. Vicente de Manterola, a su vez, iniciaba una seria campaña que lo llevaba a los púlpitos de las iglesias de Santa Ana y de Santa Mónica. Buscaba él a través de todos los expedientes de su alta dialéctica, demostrar a todos sus parroquianos y curiosos de toda especie que iban a oírle las envestidas, que los fenómenos del Espiritismo se producían, él estaba de acuerdo, y eran reales, pero única y exclusivamente por obra y gracia de Satanás.

Nada más llega a los oídos de Amalia el tenor de esos sermones, ella corre a oír al prelado. Volviendo a su cuarto, después de los comentarios desenvueltos con los amigos, se sienta en su escribanía y prepara la refutación con febril ansiedad, procurando retener lo más posible los conceptos vertidos, para dar a cada uno su debida respuesta. Su bondadoso amigo, Luis Llach, la anima a publicar aquellas refutaciones y trató de encontrar el medio de poner en funcionamiento el propósito.

El periódico Comercio de Barcelona publicó seis artículos, en sucesivos números de sus ediciones de noviembre de 1878. El primer artículo Amalia lo tituló con marcado sentido andaluz: "Un voto de gracia". En el comienza a desenvolver su fino y sutil humor, una dignidad y una seguridad dignas de la más cultivada pluma. Dice:

"La escuela filosófica espírita debe otorgaros un voto de gracia por haberos convertido en propagandista de la religión del futuro, pues en varias ocasiones V. Reverendísima convierte los púlpitos de las iglesias católicas en cátedras de Espiritismo. Con su elevada inteligencia no desdeñáis de estudiar detenidamente las obras de Allan Kardec. Resulta que de ese modo nos suministráis con minucias y detalles, las primeras nociones de la doctrina espírita".

El segundo artículo traía por título "Explicaciones" y fue publicado exactamente cuando el sacerdote parecía haber dado por finalizados sus conferencias, en las cuales afirmaba categóricamente, la presencia de Satanás en todos los fenómenos espíritas. Enfatizaba sus conclusiones afirmando que "es imposible que las almas se comuniquen, pues San Agustín en su gran libro "Suma Teológica", desenvuelve unos convincentes razonamientos, a través de los cuales queda demostrado que las almas separadas del cuerpo no pueden relacionarse con los hombres de la Tierra".

Amalia defiende los principios de la doctrina apoyándose, segura, en la obra kardecista y esclarece meridianamente cada uno de los puntos más importantes de la exposición del sacerdote.

Y la campaña, como se juzgó, no estaba finalizada.

"El cultivo del lenguaje correcto, limpia, fija y confiere esplendor. Cuando V. Reverendísima apostrofa e insulta a los espíritas, llamándolos ladrones sacrílegos, malvados, maliciosos, nefastos, hipócritas, impíos y otras bellezas de este estilo, no da la impresión de que sois un ministro del Señor y sí simplemente un hombre que se impacienta con los demás. Un sacerdote de Cristo debe ser más dulce, más persuasivo, más tolerante. Creed V. Eminencia, señor de Manterola: "un hombre dotado de grandes conocimientos, como es vuestro caso, no debe nunca descender al terreno de los insultos para convencer. Dejad ese pobre e inútil recurso a las inteligencias vulgares, no sed ingratos para con la providencia que os concedió inspiración y memoria suficiente para engalanar vuestros discursos sin necesidad de proferir frases ofensivas".

Como el gato que brinca con el ratón, sin perder su sinceridad y sus movimientos graciosos, continuó rebatiendo los puntos salientes de toda la argumentación de Manterola. "Continuamos", — dice Amalia en su cuarta nota que se inicia con esta risueña frase:

"Sigamos ambos nuestra tarea, el señor en su doble trabajo de CIMENTAR y destruir el Espiritismo, nosotros restableciendo la verdad cuando percibimos que, en las alas de su ardiente fantasía, desfigura las obras de Kardec, al punto de volverse difícil reconocerla".

"Explicaciones" y "Con los ojos cerrados" se titula los dos últimos artículos de esta primera serie que se constituye de seis. Pareció estar cerrada la polémica que mantuvo en suspense a los lectores barceloneses durante un tiempo que pareció dictado por la prudencia.

Pero, he que un señor, firmando con las iniciales D.J.B. y P., hace su aparición en artículos estampados en La Revista Popular, números 21 y 28 de noviembre, 5 y 12 de diciembre, asumiendo la defensa de Manterola y volviendo al asunto.

Amalia, que suponía estar terminando el duelo, vuelve a esgrimir la pluma, a favor de esa misma causa. Se ve imposibilitada de establecer polémica. En la Gaceta de Cataluña es publicado sin simulación:

"Se dice, y es muy cierto, que de la discusión nace la luz. Pero como vos, incógnito campeón del señor Manterola, al defender al gran orador sacro, obráis de manera indigna y empleáis en vuestro lenguaje el insulto epigramático – un terreno resbaladizo en que no descenderemos jamás –, entre usted y nosotros no cabe la discusión. Discutí en momento propicio la filosofía con argumentos filosóficos, la razón empleando la razón, la ciencia con datos científicos, la política con reflexiones políticas, sin embargo nunca la burla torpe con la prudente moderación.

"Con los aludidos artículos, demostrando el espíritu preponderante del periódico que os da acogida, creáis visiones falsas en la opinión pública". Amalia ofrece las explicaciones pertinentes, como prometió, sin descender en el lugar en que su oponente colocó la discusión, titulándola, entre otras cosas, con bellaquería y malicia, "La profesora de Manterola".

La táctica limpia y sana de Amalia obtiene un gran triunfo pues, ocurriendo el hecho propicio de la publicación que daba acogida a sus artículos de no ser de tendencia espírita, siendo sus lectores de todas las corrientes idealistas, a la altura en que ella pone en su mira, la firmeza de sus conceptos... ¡era una cosa seria!

Siete artículos se sucedieron: "Una réplica", "Algo es algo", "¡Siempre lo mismo!", "Continuación", "¡Hoy como ayer!", "¿Quién

admitirá?" y "¡Es casi imposible", son la tónica de los ítems que fue desenvolviendo la heroína escritora para dejar bien esclarecidas las cuestiones que el señor incógnito, como denomina a su desconocido contertulio, deseaba pisotear con ironías desproporcionadas, en una defensa que poco beneficio traía al propio defendido, en este caso el orador Manterola. Por ese motivo la propia Amalia toma a su cargo decir que:

"Apreciando por el gran valor, el talento y la erudición que tiene su gran orador católico, que sin treguas ni descanso defiende su ideal, bien sabemos que ese maestro en teología no necesita de preceptores, que su inteligencia le basta y hasta le sobra, que muy bien comprende el Espiritismo, que estudio profundamente y, por eso, combate con febril denuedo, pues... cuanto mayor y trascendental es una idea, más adversarios encuentra, permitiendo que se pueda juzgar de su importancia por la violencia de aquellos ataques que le son dirigidos, somos bastantes racionales para no suponernos con suficiente caudal para servir de orientadora a espíritus tan aventajados como es el del señor Manterola, pronunció en mayo de 1877, en el púlpito de la pequeña iglesia de maestros un discurso y ni tampoco de cierta clase de defensores.

El día 9 de febrero, se cierra el debate con el incógnito D.J.B. y P.

Pero no llegó al fin lo que generó el asunto. El señor Manterola pronunció en mayo de 1877, en el púlpito de la pequeña iglesia de San Antonio del Prado, de Madrid, algunos sermones contra el Espiritismo.

El Vizconde Torres Solanot, que los oyó, invito al sacerdote a discutir el asunto valiéndose dula prensa. Recibió una olímpica respuesta, según la cual:

"El predicador evangélico no tiene absolutamente que descender de la cátedra de la Verdad, al vehículo de la prensa cotidiana. Su palabra es la palabra divina, es libre y no puede sufrir coacción ni ser discutida, ya que... la palabra de Dios es absoluta.

Pero no encuentra inconveniente en informarlo de que estaba escribiendo un libro acerca de los errores del Espiritismo y tan

pronto estuviese impreso tendría... gran placer en reservarle el primervolumen."

Este hecho ocurrió en mayo de 1877, y el libro no puede ser editado con la brevedad que se esperaba, pero... "con la gracia de Dios estará editado dentro de pocos días". Sólo vio la luz, mientras tanto, en 1879, en el mes de mayo. Traía el pomposo título de El Satanismo, o sea la cátedra de Satanás combatida desde la cátedra del Espíritu Santo.

El lanzamiento del libro invita rápidamente a Amalia a la réplica, que fue publicada en la Gaceta de Cataluña, El Comercio e incluso en La Luz del Porvenir. Cuando esta hace su aparición, poco después del libro haber sido puesto a la venta.

La polémica ganaba aspectos singulares. Conviene que se deje claro que el texto del libro fue conocido primeramente en fragmentos por el proceso de folletos entregados de puerta en puerta. A la medida en que iba siendo distribuido, Amalia los refutaba de una manera inesperada y que hizo historia en los anales del Espiritismo, e incluso de las discusiones de ideas.

De una parte el teólogo eminente buscaba demoler la estructura doctrinaria espírita. De otra, una humilde escritora que, comenzaba a agitar sus armas en el periodismo, buscando parar los golpes, devolviéndolos uno a uno y por relación, explicando sus propios puntos de vista al gran campeón de la palabra.

Empleando la dialéctica, se explica con detalles en momentos emocionantes. El lector se arrebata al ser llevado a participar de un cambio de conceptos de la más trascendental importancia.

De la cuestión Manterola–Amalia, enumerando apenas los artículos de esta última, reunidos sus debates al incógnito señor D.J.B. y P., y aun un prefacio de la autora, el editor Torrente compuso un volumen de 300 páginas en el formato de La Luz, con la explicación de que... "En sus páginas se encontraba la verdad y la verdad debe ser conocida por todos..."

El primer ejemplar fue dedicado por Amalia a su gran amigo, el señor Llach, con una dedicatoria firmada que decía:

"Luis, tú fuiste el iniciador de esta refutación, tú que tanto te preocupas con el desenvolvimiento de mi espíritu y por el engrandecimiento del Espiritismo, acepta este libro en prueba de mi fraternal cariño y de mi profunda gratitud.

Amalia Domingo Soler
Gracia, 26 de junio de 1880

La casa editora Maucci, de Barcelona, volvió a editar, treinta años después, esta misma obra en un volumen de 458 páginas, con cuidada apreciación gráfica. Ese libro se encuentra agotado, hace muchos años. Merecería una reedición⁸ por la magnífica lección que ofrece y la medida del quilate espiritual de su autora.

No nos sería posible aquí, dado el volumen de los dos textos, seguir paso a paso sus interesantes fases. Pero extraeremos, para que se tenga una pálida idea, pequeños trazos tomados aquí y allí, para que se tenga al menos la impresión esquemática de las proporciones de la discusión trabada entonces.

Emplearemos un proceso libre y original: el diálogo⁹:

Manterola: — Admitimos que ocurren los fenómenos extra-naturales; que esos fenómenos no se explican si no los atribuimos a una causa inteligente. ¿Cuál es esa causa? ¿El espíritu o el alma del muerto que es evocada en una sesión espírita? ¡De modo alguno! Respondo contestando negativamente. Pues entonces, ¿quién es el agente? ¿Qué inteligencia es esa que responde? Eliminados los casos de superstición, que no son pocos, y una u otra alucinación, si

⁸ El Ateneo de Propaganda Espírita Allan Kardec, de Avellaneda, inició en parte esa tarea, editando en folletos los primeros artículos de esa obra, con promesa de continuar en sucesivas ediciones, presentándolas. En 1966 la Editora Kier hizo una reedición similar del libro de Maucci.

⁹ Los argumentos del sacerdote, que van a ser transcritos, ya fueron extractados por Amalia del voluminoso libro "El Satanismo". Aquí tendrá que sufrir nuevos cortes aunque sean conservados sin ningún retoque de cualquier especie, motivados por la necesidad de espacio. Pero para compensar, lo mismo es hecho con las motivaciones de Amalia, de las cuales tomaremos sucintamente sus propias palabras y sin retoques, el párrafo que contesta de lo extraído, de modo que no haya imparcialidad en el diálogo así elaborado, ya que se pretende ofrecer el clima creado y un resumen estricto, leal y verdadero del singular duelo. Por ese motivo se dice que este diálogo será original y elaborado de una manera especial.

la respuesta es dada por el mundo invisible de los espíritus, quien responde es seguramente un ángel malo, el espíritu caído, es Satanás.

Amalia: — (Contesta con una frase textual de "El Libro de los Espíritus): ¿cómo podremos creer que Dios permite al Espíritu del Mal que se manifieste exclusivamente para perdernos, sin darnos como antídoto los consejos de los Buenos Espíritus? Si no lo puede hacer, es impotente y si puede hacerlo y no lo hace, esto es incompatible con su bondad; y tal suponer sería una blasfemia. Observad que, admitida la comunicación de los Espíritus malos, se reconoce el principio de las manifestaciones y, puesto que existan, sólo pueden realizarse con permiso de Dios. ¿Cómo se podría creer sin incurrir en impiedad que Dios permite el mal con exclusión del Bien? Semejante doctrina es contraria a la más simple noción del sentido común y de la religión.

Manterola: — Con insistencia se dice en "El libro de los Espíritus", conteniendo la filosofía espírita, que en las reencarnaciones de los espíritus pueden estos permanecer estacionarios, sin embargo nunca retroceden. Eso quiere decir que el espíritu va siempre mejorando, va siempre aproximándose a Dios. Pues entonces, ¿qué hacemos aquí? ¿Por qué entonces no nos despojamos de ese apego a la vida? ¿Por qué no nos damos prisa en liberarnos del enorme peso de una triste existencia, de desventuras, plena de terribles angustias y amarguras, cuando no tenemos — según la escuela espírita —, la seguridad absoluta de que en una nueva encarnación habremos de tener una existencia ni más triste ni peor que la actual? ¡Oh!

Hermanos, yo os aseguro, Dios nuestro Señor me extienda sus manos y jamás retire de mi mente la antorcha luminosa de la fe. En el día que yo me hiciera espírita, yo os aseguro, sería aquel el día en que yo habría dejado de existir. ¿Qué me importaría la pena de la muerte?

¿Por qué preocuparme con el juicio de los hombres si los hombres permanecerán aquí, en este globo, en cuanto mi espíritu planearía por regiones desconocidas, con la seguridad de que la ley del progreso se cumpliría fatalmente? Señores, esto es muy grave, es horriblemente grave. Tal vez no hayan meditado en eso suficientemente los que, atraídos por ideas supuestamente científicas, dieran sus nombres a centros espíritas.

Amalia: — ¡Ah! Señor Manterola, V. Reverendísima no dice lo que siente o lee... o no estudia el asunto. El Espíritu progresa sí, por la fuerza del trabajo y no abandona la Tierra, corriendo... como dice que lo haría si fuese espírita. ¿Qué idea hace a tal respecto? Qué con salir de un mundo violento, sin terminar las pruebas pedidas o que nos fueran impuestas, iría nuestros espíritus, en seguida, a vagar por regiones desconocidas, diciendo: ¡he ahí el fin de todo! ¡Ah! Señor Manterola, V. Eminencia merece de nuestra parte un excelente concepto y nos negamos a suponer que creéis en semejante absurdo. Si a cada uno es dado conforme sus obras — ¡qué precio tan justo! —, ¿qué loores puede conseguir aquel que no se resigna a trabajar y sufrir? El dolor es el motor de la Humanidad, dice un gran pensador y todo aquel que, como

V. Eminencia, pretende intentar escamotear esa ley, no conseguirá proseguir, en el sentido fatalista que presta a esa palabra. Progresará fatalmente al impulso de los acontecimientos desagradables que le proporcionan su propia negligencia y sufrirá millones y millones de pruebas. Sufriendo, aprenderá a ser bueno. En la escuela espírita no es admitido el Maktub, estaba escrito, de los mahometanos, ni la gracia. ¡Nos quedamos con la justicia!"

Las definiciones, las explicaciones corren a lo largo de todo el libro, más claro, la pluma vuela, como la propia Amalia acostumbra a decir y con gran seguridad, va deslizándose, sin intermitencias.

Cuando hace falta, en un momento oportuno, el texto nada añade, forzosamente. Va consignando los textos adecuados de los textos propios de la propia doctrina.

No cabía otro criterio cuando se trataba de defender un principio doctrinario. Nada mejor que apelar, de modo elocuente y derivadamente, a la propia fuente, así como los sacerdotes recurrían a los libros sagrados.

Sigamos, está claro, saltando periodos, pero extrayendo razones y sin razones.

Manterola: — aquellos que sinceramente buscan la piedad, saben infaliblemente donde encontrarla. Debe ser víctima de alucinaciones horribles o de grandes miserias morales, quien se deja prender a esa mística satánica, a esa ciencia ridícula, absurda y perversa. Incluso considerando que los objetivos de algunos

pobres locos puedan ser buenos, víctimas de Satanás, del cual son instrumentos, no dejan de ser criminales. Satán desea ser adorado. Las prácticas supersticiosas, que deploramos en sus más diferentes formas y en apariencia, muchas veces honrada, tienden siempre, tal como sucede ahora, a la adoración de Satanás.

Amalia: — ¿De qué forma, preguntamos nosotros, adoran los espíritus a Satanás (suponiéndose que exista)? ¿Qué formalismos ridículos, qué ceremonias extravagantes, qué templos misteriosos tenemos nosotros para celebrar esos conciliábulos, a qué ídolo rendimos culto, qué víctimas y en qué altares sacrificamos a nuestro dios infernal?

(Sigue una excelente exposición de principios en una síntesis sin par). Más adelante leemos:

Manterola: — No pretendan los espíritas que, por deferencia a su talento y saber, los espíritus que con ellos se comunican alteren la iglesia de Dios, la casa fuerte doctrinaria cuyo desprecio les es recomendado. Ella continuará enseñando la diferencia entre los santos ángeles y los ángeles caídos. Siempre y constantemente combatirá toda práctica supersticiosa, condenando la magia antigua y la magia moderna, en cualquier forma que se presente.

Los hijos de la luz descubrimos horizontes iluminados. Vamos con seguridad caminando en la Tierra, pues que no perdemos de vista la estrella que nos dirige al cielo. Poseedores de los misterios de Dios, en la medida en que Su Divina Majestad se dignó comunicarnos, se creó en nosotros una especie de instinto sobrenatural, una especie de clarividencia maravillosa en medio de las tinieblas extendidas en el mundo. Y explicamos satisfactoriamente las revelaciones que obtienen los sectarios del Espiritismo.

No, no son los buenos espíritus que responden a las evocaciones modernas. ¿Por qué, al hacerlo, se declararían en franca rebelión contra Dios, conforme hemos demostrado?

Amalia: — Lo que deja perfectamente demostrado el señor de Manterola es que la iglesia Romana es orgullosa como no podría serlo más. Así pues, sus sacerdotes tienen una especie de instinto

sobrenatural, ¡una clarividencia maravillosa en medio de las tinieblas extendidas en el mundo!

¿Habrá adquirido esa clarividencia maravillosa con el fuego de las hogueras de la Inquisición y, posteriormente, en España, con los incendios de la guerra civil? Lógica, señor de Manterola, tened más lógica y no llaméis iluminados de Dios a hombres que matan a otros hombres, sus hermanos. Recordad el Decálogo que bien claro dice: "No cometáis adulterio" "No hurtéis"; "No digáis falsos testimonios contra el prójimo". ¿Y esa especie de instinto sobrenatural, de que se sirvió la Iglesia Romana para sacrificar a los sabios como sacrificó a Giordano Bruno?

(En otra página leemos)

Manterola: — Hagamos constar que los espíritas no están excluidos de pecados porque, al hacer sus evocaciones, se abstienen de sacrificar niños y derramar licores para honrar a sus dioses. Esto podrá probar que los espíritas no comenten todas y cada una de las maldades que son mencionadas en el capítulo XVIII del Deuteronomio, calificadas de abominaciones a los ojos del Señor. Pero, entended que todas esas cosas, no algunas solamente, todas ellas, y entre ellas inquirir de los muertos la verdad, fueron reprobadas con énfasis divina y ejemplarmente castigadas, incluso entre los pueblos gentiles, ya que eran intrínsecamente más, sin que la bondad del objetivo pueda justificarlas por cualquier medio.

Amalia: — ¿Cómo, señor Manterola? ¿No concuerda vuestra opinión con la de San Ignacio de Loyola, que decía a sus discípulos que los fines justifican los medios? ¿Creéis que aquello que es intrínsecamente malo es siempre malo, y que la Bondad ilimitada sea impotente para justificar los medios? Entonces usted se convierte a la escuela ultramontana¹⁰ y os convertís en vuestro propio acusador.

Si la bondad del objetivo no puede justificar los medios, ¿cómo podréis santificar todos los horrores cometidos por la

¹⁰ *Ultramontanismo* — Sistema que preconiza la autoridad absoluta del Papa en materia de fe y disciplina. Defiende la doctrina de la autoridad papal, pugna por la concentración del poder eclesiástico en las manos del sumo pontífice y procura volver al Catolicismo una fuerza esencialmente política, sea por la oposición a la nacionalización de la Iglesia, sea por la intolerancia relativa a otras religiones.

Inquisición? Su finalidad era supuestamente buena, según pontifica la Iglesia Católica, pues lo que buscaba era que todos los hombres adorasen a un mismo Dios. Queriendo dar cumplimiento al adagio, según el cual... la letra con sangre entra... Dña. Isabel la Católica, llevada por su fervoroso celo y aconsejada por su confesor, el inolvidable Torquemada, solicito al Papa una bula para el establecimiento de la Santa Inquisición en sus Estados. Expedida la autorización fue constituido el Santo Tribunal, en 1481, y apenas en el primer año de sus funciones fueron quemadas más de mil víctimas en Andalucía. Millares de cadáveres fueron enterrados o condenados a prisión perpetua. Fue un sálvate si puedes, general. Torquemada, revestido de las funciones de Gran Inquisidor, de Castilla y león, marcó su carrera por la ferocidad.

La obra de Manterola, como ya fue dicho, era publicada en folletos y entregados a domicilio, sistema muy empleado en la época para la compensación económica de los trabajos muy extensos. Cuando el material del mismo se fue aproximando a la mitad, las entregas se fueron haciendo cada vez más espaciadas.

Amalia no se muestra sorprendida y titula una ingeniosa fábula a los desesperados esfuerzos hechos por el sacerdote por defender una causa perdida. Y eso viene comentando en el artículo de refutación, en que se encontraban las tres publicaciones aludidas.

A la medida en que aparecían los fragmentos, aumentados y corregidos para disfrazar el estilo de la oratoria, la dinámica andaluza contestaba sin pausa, llegando a completar cuarenta y seis artículos en un lapsus de tiempo que va del 5 de marzo de 1879, hasta abril del año siguiente.

A estas alturas la polémica parece ganar otro defensor de Manterola, pues el periódico La Academia, publica un artículo en el que son mencionadas las notas publicadas por Amalia en la Gaceta de Cataluña, "haciendo gala de especial erudición y talento acerca del Espiritismo", lamentando al mismo tiempo que "no se hubiese escogido asunto más simpático y ameno y, sobre todo, más propio de su sexo, a fin de que brillasen mejor sus notables facultades". Anota el articulista cuales deben ser los temas "propios del sexo": el culto amoroso y pacífico de las bellas artes; el estudio de las ciencias, (aunque destaque un poco del conjunto), pero nunca,

jamás, la teología, " esa metafísica de Dios y del alma, esa oscuridad que sólo ilumina la fe", cosa que debería ser — según el criterio del periodista, ifruto prohibido de tan bello como débil sexo!

La dinámica pluma de Amalia no deja pasar la provocación que pretende darle el periódico y, como de pasada, encabezando uno de sus artículos de la polémica original, responde debidamente al articulista y sus preconceptos... sigue en su función de combatir...

Manterola: — Las comunicaciones de ultratumba que los discípulos de la escuela espírita obtienen, son dignas del ángel de la bondad. Además, ¿qué se puede esperar atribuido a los santos ángeles? ¡No! ¡Imposible! ¿A qué conducen todas las revelaciones del Espiritismo, según los tenemos compilados por su gran profeta, Allan Kardec? ¿A qué? A la destrucción completa, radical de todos los dogmas católicos. Luego no es un ángel bueno el autor de las revelaciones espíritas. No os olvidéis de que me refiero a los católicos para los cuales la argumentación debe ser de fuerza incontrastable,

Amalia: — Hace bien, Señor Manterola en dirigirse solamente a los católicos, ya que solamente los católicos ortodoxos podrán admitir como argumentación de fuerza incontrastable, los argumentos que presentáis. Sí, sólo aquellos que se dejan llevar sin interrogaciones por el credo romano, el cual, a pesar de no haber encontrado por medio de la Geología y de la Geografía ni el infierno ni el purgatorio en las entrañas de la Tierra; ni en la Astronomía los localizaran en el espacio: a pesar de esa negativa científica, los sacerdotes desentendiéndose por completo de la ciencia, siguen indiferentes su predicación. El señor es uno de ellos. Creemos que no se debería dedicar a la prédica para unos pocos, debería hablar a todos. Por eso nos da tanto placer el lenguaje de la ciencia: porque su predicación es universal.

Daremos un salto para otro momento polémico.

Manterola: — El catolicismo es la verdad de Dios: luego el ángel de Dios no puede ser contrario al Catolicismo. Las manifestaciones espíritas la contrarían, radical y absolutamente. Luego no es el ángel bueno el autor de las respuestas obtenidas

por los sectarios del Espiritismo. Nos dedicamos a la demostración que realmente las doctrinas espíritas son revelaciones obtenidas no de ultratumba, mas de quien, viene a contrariar radical y completamente todo el dogma católico.

Amalia: — El Espiritismo, señor Manterola, no viene a contrariar radical y completamente todos los dogmas católicos... Ni en todo ni en una mínima parte sirve de blanco a la filosofía espírita para lanzar acusaciones y anatemas. El Espiritismo no viene a destruir ningún dogma, ya que ellos se van destruyendo por sí mismos. El Espiritismo viene a decir: La verdadera sabiduría del hombre en la Tierra es saber sufrir; el hombre se eleva por su paciencia y mansedumbre, pues la humildad es la delegación de Dios. Viene a demostrar que ninguna religión hará creer que el vicario de Cristo en la Tierra debe vestir púrpura y armiño. La filosofía espírita no ataca ningún dogma. No se queje pues, señor Manterola lamentándose de que deseamos destruir el dogma católico. Entienda bien esto: La misión del Espiritismo no es destruir, no es lanzar por tierra nada de lo que existe. No viene a seguir las sangrientas infamias marcadas por las otras religiones, ya que todas, sin excepción, hicieron correr en la tierra torrentes de sangre que se mezclaban con los ríos de lágrimas.

Volviendo a la carga, el sacerdote dice en otra parte:

Manterola: — Los espíritus nos dejan sin la Encarnación a la fuerza de infinitas reencarnaciones. Y sin la Trinidad, en virtud de su estupenda trinidad universal: ¡Dios, espíritu, materia! Pero, por qué nos quejamos, si no obstante, nos dejan a Dios, un dios bonachón, el dios imbécil de Epicuro, pues que ellos saben que no hay penas eternas. Todos los días les dicen esto los espíritus. Por eso viven tan tranquilos, gozando de una paz inalterable. Y ved como son inútiles las revelaciones de los espíritus. Nos sirven, es cierto, como dice Allan Kardec, para auxiliarnos a alcanzar un conocimiento gradual de las cosas. Pero, se prestan a retirar del Espíritu humano el temor a la Divinidad. ¿No están con la tarea suficientemente retribuida todos los trabajos espíritas con la seguridad que ofrece de que no existe y ni es preciso temer el infierno? ¡Ah! ¡No nos equivocamos al juzgar que este y no otro era el trabajo del Espiritismo!

Amalia — Por cierto la finalidad del Espiritismo es dar la paz al hombre; sin embargo no en el sentido irónicamente intencional con que se expresa el señor Manterola. Nuestro Dios no es un Dios bonachón, el Dios imbécil de Epicuro y también no tenemos por regla de nuestras vidas, la máxima de Epicuro: "... de que la vida debe ser una fiesta en la cual no figure la virtud sino como condimento del placer y la templanza como medio de durabilidad..." El Dios de los espíritas ni es un dios terrible, vibrando el rayo vengador con la mano derecha —, creadora y destructora al mismo tiempo —, ni el ídolo deformado que autoriza el desorden y deja desenfrenar el espíritu. Nuestro Dios es el Creador Omnipotente que pobló el espacio con numerosos mundos de luz y que, fijando su mirada en un átomo del Universo, dijo: "¡Hágase la Tierra y crezca en ella una raza dotada de razón, para que esta comprenda en sus días, mi ley, que es la del progreso Universal!"

El sacerdote renueva sus párrafos dialécticos que, suponen ser capaces de aniquilar la doctrina en discusión.

Manterola: — Concordamos en que el alma del muerto no tiene capacidad natural para producir esos efectos, sin embargo puede recibir esta de Dios y ponerla en ejercicio. Luego es posible que sea el alma del muerto. Por eso es que estamos obligados a decir que es Satanás. Dios puede conceder privilegios a las almas de los muertos. Si consideramos la cuestión de modo abstracto, es indudable que Dios no puede hacerlo, más concretamente conforme afirma la escuela espírita, digo y repito que es absolutamente imposible que tal se haga. No es filosófico decir que Dios no puede hacer sea lo que fuera, una misma cosa al mismo tiempo bajo el mismo concepto. Lo filosófico es decir que la cosa en sí es imposible y lo contradictorio no es, es nada, y cierto que cuando Dios hace, jamás hace nada, siempre hace algo, y algo digno de su grandeza soberana. Digo que esto es absolutamente imposible y daré la razón. Este privilegio que mencionáis, sería un verdadero milagro. ¿Preguntáis si Dios puede dar al alma del muerto la virtud de producir milagros? ¿Quién duda de eso? ¡Quien pretenderá cortar el brazo omnipotente del Señor! Pero, en la cuestión concreta que discutimos y debatimos, insisto que es imposible admitir milagros entre los procesos espíritas.

Amalia: — ¿Quién dice que son milagros, señor Manterola? Las comunicaciones de los espíritus constituye simplemente el resultado de las leyes naturales cuyas manifestaciones, como la generalidad de las personas no las conoce, les da el nombre de fenómenos, que son muchas de las cosas que en este mundo no tiene nombre propio. Todavía esto no es un obstáculo para que la comunicación espírita sea un efecto lógico, causado por la misma en Vida.

Y continua más adelante la discusión en el mismo tono.

Manterola: — ¿Este sistema, estos procedimientos, cuyos resultados acabamos de analizar, responden a la glorificación de Dios? ¿Dios es glorificado en la propagación de doctrinas insensatas que, apoderándose de la Humanidad, harían imposible en la Tierra el reinado de Jesús Cristo, el conocimiento y el amor práctico de Dios y toda noción moral en el mundo? He ahí porque dije que la cosa en sí es imposible, porque Dios jamás contribuirá para la destrucción de su gran obra y no autorizará a través de milagros, el error y el mal, ni abdicará su soberanía, ni olvidará su sabiduría ni poder.

Amalia: — ¿En qué estaría pensando el señor Manterola cuando tuvo el valor de escribir que Dios jamás contribuirá para la destrucción de su gran obra, no autorizará con milagros el error y el mal? Qué Dios tan mezquino tenéis señor Manterola que, como un simple mortal tratará de no contribuir a la destrucción de su gran obra!

¿Quién puede destruir la obra de Dios?... Se percibe que, a pesar de poseer un gran talento, no meditó seguramente en lo que escribió el señor Manterola. Vuestra Eminencia fue mal inspirado. Es realmente una blasfemia deicida lo que tomasteis como principio. ¡Se destruye la obra de Dios! ¿Qué representan los antagonismos de los hombres? ¿Qué son las luchas de las ideas? ¿Qué son la destrucción de pueblos enteros? ¿Qué representa la desaparición de un planeta ante la continuidad del infinito? Menos, mucho menos de lo que un grano de arena perdido en el mar. ¿Qué es la Tierra en la Creación? Un átomo que gira en el espacio. ¿Y porque las hormigas este hormiguero luchan y se

agitan, eso vuelve flaca y enflaquece la obra de Dios en sus principios indestructibles? ¿Quién puede admitir un error tan lamentable? Y quién puede asegurar que la escuela que afirma el sistema de la nada, no existe, y prueba que el espíritu es la simiente preciosa lanzada por Dios, el cual nos ha dado vida para vivir, fuerza para progresar. ¿Puede esa doctrina en sana lógica destruir el sentimiento de adoración innato en el hombre?

A estas alturas de las circunstancias, el señor Manterola prosigue haciendo la entrega de folletos, lo que antes hacía semanalmente. Pero, prosiguiendo el diálogo, se fueron esparciendo, transcurriendo a veces más de un mes sin la aparición de los folletos. No obstante, el sacerdote no abandona su propósito y vuelve a la carga.

Manterola: — Para proceder con orden y claridad en cualquier discusión, se recomienda que nos limitemos ahora a demostrar que no son los buenos espíritus los autores de los fenómenos espíritas. Intentar la demostración y concluirla, ¡es tan fácil! Es llevar la convicción de esta verdad al ánimo de los que no están ciegos por una lamentable preocupación.

Acepto en hipótesis la clasificación hecha por los espíritas y les pregunto: ¿Los espíritus que responden a vuestras evocaciones son perfectos o imperfectos? Si son impuros, livianos, portadores de falsa ciencia, que se complacen en explotar la credulidad del hombre y conducirlo al error, ninguna fe merecen sus palabras. ¿Pretendéis que las revelaciones que nos dais a conocer provenientes de los espíritus en vuestros libros convencionales proceden de espíritus buenos? Pero, a esta pretensión opongo la afirmativa contraria. Ved como intento demostrarla. Los espíritus puros, los perfectos, no pueden contrariar las órdenes de Dios, no pueden oponerse a los designios de su Altísima Providencia. No pueden rebelarse contra su autoridad divina. ¿Dejarían de ser espíritus puros, si acudiesen sistemáticamente al llamamiento piadoso que le hace el evocador? Pues la simple razón de que esa evocación está terminantemente prohibida por la santa ley de Dios, no puede por eso ser piadosa y sí enteramente impía.

Amalia: — Pongo a parte la apreciación de que la evocación espírita es piadosa o grandemente impía, fijemos las dos líneas que

afirman que no son buenos espíritus los autores de los fenómenos espíritas.

El señor Manterola reconoce y declara voluntariamente que los autores de los fenómenos espíritas son espíritus: No se trata pues de una alucinación. ¿No se trata de superstición? (hablamos del espiritismo kardecista). No es fruto de patrañas que en su nombre se ejecutan. El señor Manterola afirma que los fenómenos espíritas son producidos por los espíritus. Esto está claro como el Sol que, aun cuando lo cubren muchas nubes, el soplo más leve de viento entreabre las fluctuantes capas atmosféricas y un rayo del astro rey ilumina la superficie de la Tierra. Del mismo modo la verdad, incluso cuando la envuelven con el espeso velo del sofisma la máscara deja al descubierto la cara real. Esto sucede al señor Manterola.

Amontona argumentos sobre argumentos y, por fin, reconoce una causa inteligente operando en las manifestaciones espíritas, si bien que añade que son obra de Satanás. ¡Oh! Suprema candidez teológica. Vuestra argumentación es inútil.

Se había efectuado la entrega de treinta y cuatros El Satanismo, donde se publican los razonamientos arriba transcritos y el buen señor Manterola no encontró otro argumento más sólido del que atribuir toda la culpa a Satanás. No percibía que al manifestarse, estaba yendo al choque de la propia tesis que deseaba sustentar. El motivo principal de su ataque era dirigido de manera a negar la posibilidad de la comunicación con el Mundo de los Espíritus, tal como el Espiritismo enseña. Al echar mano de Satanás, una fuerza que, según lo que creía era un serio oponente al propio Dios, estaba dando, en cierta manera, razón a la comunicabilidad con el Mundo extracorpóreo. Amalia tenía en el duelo argumentos más sólidos y presentaba ideas, conceptos, ejemplos y teorías que alcanzaban gran altura en una polémica en la cual se podía, por su exposición eclesiástica, sustentar con el dogma y oponerse al libre y franco examen, considerando cada una de las partes un pesado y convencional juego de recursos y argumentos.

En cierto pasaje el libro discurre de la siguiente manera:

Manterola: — Concuerdo con vosotros, efectivamente, que

en siglos menos ilustrados que el nuestro, cuando se presentaban fenómenos que no podían, de manera alguna ser explicados por medio de los conocimientos científicos hasta entonces alcanzados e, incluso así unos pocos, con facilidad excesiva los atribuían a la intervención de Satanás. Y que hubo en muchas tanta falta de crítica tanto como en otras había sobra de buena fe. Y que no todo es histórico en las leyendas con que el entusiasmo religioso embelleció las leyendas de los héroes del Cristianismo. No quiero decir que todo cuanto se llame Satanás sea Satanás, ni que todo lo que se tiene por milagro, sea un milagro.

Amalia: — Y hace mucho bien, señor Manterola en afirmar que "no quiere decir que todo lo que se llama Satanás, sea Satanás, ni todo cuanto es llamado milagro sea milagro". Sabéis, por experiencia propia, que los fenómenos espíritas no son obra de ese Lucifer no creado. Mientras tanto deicida — y que no nació —, se desea atribuirle la revelación espírita, aunque sabiendo perfectamente y con convicción, que son las almas de los muertos las únicas mensajeras que hablan de un Más Allá.

Grave, solemne, continúa Manterola más adelante.

Manterola: — Señores y hermanos míos: Dominus non irridetur, nadie impunemente se ríe de Dios, dijo el apóstol Pablo; patiens quia aeternem: es paciente porque es eterno, dice San Agustín. Miremos con saludable terror lo que nos inspira la amenaza de Dios. Observemos, hermanos de mi alma, que la soberana justicia no dejará impune a quien se ríe de la eternidad de las penas. Observemos, hermanos de mi corazón, que no es prudente combatir el dogma católico, pretendiendo tachar de dogmático lo que realmente no lo es. Como supone Allan Kardec, no es el dogma católico aquella infinita fila de sillas, las cuales de vez en cuando el ángel del cielo viene a erguir sus tapaderas y complacerse con el infortunio de las pobres almas que allí están quemándose. Esto no es el dogma católico, lo sabía Allan Kardec y lo saben los espíritas. Es preciso, antes, estudiar el dogma católico, y para estudiar es menester volver a estudiar un libro, por desgracia muy olvidado: el Catecismo de la Doctrina Cristiana. El dogma terrible, sí, más grandemente racional de la eternidad de las penas consiste en la creencia de que las almas, que por rebeldía sistemática se rebelan contra la Soberanía del Omnipotente, que

desatendiendo y resistiendo a los amorosos llamamientos de la gracia, preferían permanecer y morir distanciadas de Dios, distantes de Dios, allí permanecen por toda la Eternidad. He aquí el tremendo castigo, la desgracia máxima, la propia esencia de la condenación. Descendi te a me maledicti in ignem aeternum. En el infierno, es cierto, se padecen también pena de dolores. Y autores escépticos trataron de sensibilizar a aquellas penas con imágenes que juzgaron propiciar el mayor bien a las almas. ¿Y el propio Salvador, Nuestro Señor Jesucristo no empleó también imágenes terroríficas para hacer nacer en nosotros el saludable temor y, por ese medio, sustraernos del pecado?

Con respecto al purgatorio, ni el lugar, ni la naturaleza de las penas, ni el tiempo de su duración constituyen el dogma católico: el dogma católico consiste en creerse que estas almas, separadas de sus cuerpos en gracia de Dios, sin embargo sin haber purgado suficientemente la penitencia temporal de sus culpas, sufren gran tormento. Es este: verse distanciados de Dios, bondad infinita, por quien aspiran con ardiente y constante deseo.

Recordemos lo que fue anteriormente establecido. Esto es, que el espíritu está allí, en aquel ambiente, y comprenderemos que Satanás no necesita para, su tormento, de un lugar determinado. Allí, en lo íntimo de cada ser está su infierno. Hermanos de mi alma, no olvidemos las palabras del apóstol: lo más horrendo es caer en las manos de Dios vivo, tanto más horrendo porque Dios, misericordia divina, nos ha de juzgar con la medida de esa misericordia. Temblemos hermanos míos, temblemos. Las gracias de Dios, sus dones, sus favores y luces y sus reiterados llamamientos han de convertirse para nosotros en el día tremendo de la eternidad, en argumentos que justificaran plenamente nuestra eterna condenación.

Amalia: — Ya percibieron nuestros lectores como la Iglesia católica, o mejor dicho, uno de sus más dignos representantes destruye el infierno que durante tantos siglos fue el terror de la Humanidad. Pues, si con justicia nos dice el señor Manterola que temblemos porque Dios nos ha de juzgar con la medida de su infinita misericordia, eso da a entender que igualará su castigo a su bondad, y el espíritu rebelde estará eternamente lejos de Dios, si bien sea eso un absurdo lamentable, pues, ante la voluntad de

Dios, ese estacionamiento eterno no puede existir. Con todo, el señor Manterola dio un gran paso, olvidándose por completo de lo que dicen otros grandes padres de la Iglesia, entre ellos Santo Tomás de Aquino, que enseñaba:

Los bienaventurados, sin salir del lugar que ocupan, podrán en virtud de su don de inteligencia y clarividencia, contemplar los tormentos de los condenados y, viéndolos, no sólo no sentirán "piedad", mas al contrario, "se llenaran de alegría" y darán gracias a Dios por su destino personal, asistiendo a terribles calamidades impuestas a los impíos... Estas palabras no necesitan comentario —anota Amalia.

Un poco más allá el señor Manterola hace objeciones a la interpretación de la fe que Allan Kardec presenta en sus libros.

Manterola: — Allan Kardec habla de la fe razonada y del la fe ciega, pero lastimosamente confunde el sentido verdadero de esas palabras. El acto de fe es meritorio y racional al mismo tiempo. Meritorio porque el entendimiento humano se somete aceptando y creyendo en una verdad que no comprende por deferencia únicamente a la autoridad relevante de Dios. Ese mismo acto de fe, es grandemente racional, ya que la razón humana, estudiando los motivos de la credulidad de la religión católica que, presenta pruebas, la única que resiste la discusión, la única que de ella sale victoriosa, siempre y siempre triunfante, conoce que el dogma católico que, por su naturaleza no puede ser evidente es, aun, evidentemente creíble.

Para creer, no basta ver, es necesario por encima de todo comprender, dice Allan Kardec. Lo cierto es lo contrario, segurísimo con toda la evidencia. Para hacer un acto de fe, es necesario no ver o comprender. Ver es comprender con la vista, comprender es ver con los ojos del entendimiento. Y cuando se ve y se comprende, no hace falta acto de fe.

Pero, ¿será un acto de razón, de mayor valor de lo que todas las fe del mundo habidas y por haber?

Amalia: —El señor Manterola dice que para haber un acto de fe es necesario no ver no comprender. Es lamentable que los

creyentes se hayan de convertir en topos. Dice un gran pensador que la fe es el pedestal de Dios. Que para tener una fe razonada se necesita una convicción profunda. Si Dios nos dio luz, la claridad en todo, ¿por qué han de estar los hombres ciegos para creer en El?

Dando secuencia al asunto, leemos:

Manterola: — ¿Qué mérito tiene el hombre en aceptar la verdad que se impone por su propia evidencia? Allan Kardec es un hombre de buena fe. Necesitaba ver y, más allá de eso, comprender. Y entonces, ¿de qué nos vale la fe?

Amalia: — ¿Qué es la fe ciega, señor Manterola? De hecho no nos hace falta puesto que, desgraciadamente, por estar bajo su dominio, se estacionó la Humanidad.

Hay muchos argumentos en las páginas 458 del libro de Amalia, imposibles de ser copiados para un extracto total, como merece la obra comentada. Amalia trae una gran cantidad de datos y elementos a la discusión, rebatiendo complejos argumentos dogmáticos de Manterola y este diálogo hace difícil la selección, pues para que se mantenga en su nivel, Amalia se ve obligada, muchas veces, a superar con elegancia la mediocridad con que se confunde el sacerdote, con sus composturas estáticas, a veces prepotente, condenando a las mentalidades que no aprueban sus modificadas consideraciones. Manterola tiene que echar mano, frecuentemente, de cabriolas dialécticas para salvar en parte la situación que le fue creando aquella humilde mujer que sabe muy bien lo que dice que, en verdad no escribe tan bien como él, pues no es letrada, pero que conoce el terreno en que pisa, no se deja engañar, para eso sirviéndose de principios que podrán ser discutidos, pero con argumentaciones de peso y no con las imposiciones dogmáticas que sólo se refieren a una escuela o religión determinada.

Parece que el sacerdote, en algunas ocasiones, se enreda en sus propias palabras y al terminar algunas páginas que procuran manchar a los espíritas.

Manterola: — Antes de continuar combatiendo el Espiritismo

y antes de comenzar a condenar el Comunismo¹¹, decidme mis hermanos: ¿No será oportuno comenzar a condenarnos a nosotros mismos, a los cristianos, a los católicos, que tenemos la presunción de ser fervorosos discípulos del Salvador?

¿Seremos discípulos de Jesucristo? ¿De qué modo lo seguiremos? ¿En qué lo imitaremos?

Amalia: — En nada, señor Manterola. En absolutamente nada. Tenéis toda la razón.

Manterola ataca con acerbo el Espiritismo en otra ocasión, ya que este niega el pecado original, una vez que sin él — Asevera —, no se justifica la venida de Cristo. En la exposición en que defiende ese principio, escribe:

Manterola: — mientras tanto, importa fundamentalmente no confundir ese error histórico, dejando bien asegurado el hecho sobre el cual se fundamenta el dogma de la transmisión del pecado original, pues, suprimido el hecho, el dogma desaparece. Suprimido el dogma no existió la caída. Si no hubo caída, no hubo rehabilitación. Si no hubo Adán, falta el carácter nobilísimo de Adán, según Nuestro Señor Jesucristo y faltan los títulos de su reinado en el Universo.

Amalia: — A Cristo, señor Manterola, no le faltaran títulos para reinar sobre la conciencia de toda la Humanidad, en sus edades Pasada, Presente y Futura. ¿La Iglesia Romana necesita de la fábula de Adán y del primer pecado para apreciar en todo su valor, el sacrificio de Jesús? Cristo trasciende lo que puede ser necesario. No le es preciso, para ser grande, la tradición del pecado original. ¿Qué pecado necesitamos más, que el pecado universal de toda la Humanidad en todas sus edades?

Prosigue el debate sobre el pecado.

Manterola: — No basta reivindicar el dogma católico. Debo ahora, preguntar a los espíritas como irán a conciliar la bondad y

¹¹ No nos olvidemos que estas palabras fueron escritas entre 1878 y 1880 y no en nuestros días.

la sabiduría de Dios con la lamentable situación en que nacemos para vivir en este mundo, pues repugna a la bondad, a la sabiduría, a la justicia de Dios, que nazcamos miserables por el pecado cometido por Adán y Eva, en el Paraíso. ¿Cuán contrario parecerán a los Divinos Atributos que el hombre nazca y viva tantas y tan grandes miserias, cuando no hay pecado alguno a ser expiado?

(Y no se hable de reencarnación, en existencia anterior.)

Amalia: — ¿Podéis comprender la Vida, señor Manterola, sin las existencias anteriores, la reencarnación? ¿Cómo explicáis que por la falta de una gracia santificante que, según el dogma católico, perdemos por el pecado de Adán, haya tanta diversidad de padecimientos en la Tierra? Pues la gracia, todos nosotros la perdemos, sujetos como estamos a la pena de muerte; ¡es verdad! De cuantas maneras diferentes vivimos en este mundo, cada cual llevando su dolor.

¿Y si todos pecamos de igual manera, por qué son tan diversos los castigos? Y que no se diga que el hombre, según su procedimiento, consigue crear para sí mismo un futuro, pues vemos las más de las veces, que el hombre más honrado sufre las mayores tribulaciones. ¿Y no nacen sordomudos? ¿Y ciegos? ¿Idiotas? ¿Y seres malvados que desde pequeños, se complacen en atormentar a los animales, en cuanto otros hombres los acarician? ¿Cómo explicarse eso, señor Manterola?

Lo que da continuidad al mismo tema, transcurre por la dialéctica de Manterola en un obtuso entendimiento del dogma, en sus laberintos interpretativos y conceptuales. Por otro lado, Amalia lo invita intermitentemente para que apele para fuentes más racionales, colocando la polémica en un plano de realidad concreta, con ejemplo vivos que nos puedan dar estabilidad lógica de la cuestión. Todavía el cura prosigue envuelto en sus dogmas, y no sale de eso sino para enredarse cada vez más en sus propios conceptos, caminando muchas veces por encrucijadas que hacen peligrar su cetro de hombre, dialécticamente capaz.

Más adelante toma por tema el panteísmo y, aunque gaste páginas y páginas diciendo que los espíritas son esencialmente panteístas, comienza después a conducir el diálogo de tal manera

que advierte a estos que su teoría lleva insensiblemente al más peligroso panteísmo.

Manterola: — En el mundo moderno todas las escuelas que niegan la divinidad de Jesús, llegan hasta la negación de Dios, pues todas ellas se disuelven en el caos del panteísmo. Y sabido es que el panteísmo es el ateísmo disfrazado de Dios. Todo-Dios es sinónimo de Dios-Nada. Una brillante inteligencia cristiana escribió en los siglos de antaño: Pluralidad de dioses es la nulidad de dios. Esto que se dice de los paganos, es perfectamente aplicable a los panteístas.

Amalia: — Esto es muy bien aplicado a los católicos, señor Manterola, una vez que estos, después de adorar la sagrada familia entera, bien sabéis que levantarán millones de altares a santas y santos, a los cuales rinden culto reverente. Una porque es la abogada de lo imposible, a otra porque guía en los caminos, y aquel porque libra de la peste, aquella porque protege durante la tempestad, aquella otra porque cura las enfermedades de los ojos. Y para todos los actos de la vida terrena tienen los católicos a quien encomendarse. Por esa razón son los creyentes que menos comprenden a Dios. Usted mismo lo dice, señor Manterola. Usted mismo lo afirma y con mucho acierto: Pluralidad de dioses es la nulidad de dios. Por ese motivo los católicos se vuelcan para un Dios tan ínfimo: porque tienen pluralidad de dioses. Al contrario, los espíritas no adoran sino a Dios, y en Dios reconocen al autor de todo lo creado y creen que la caridad y la ciencia son síntesis del progreso universal.

Nuevo tropiezo del sacerdote que la terrible andaluza se encarga de hacer notar, siempre sin perder su compostura, en su atalaya racional.

Manterola: — ¿Sabéis por qué Dios ama a la Humanidad, a pesar de ésta haber sufrido la horrible degradación de la culpa? ¿Sabéis por qué la ama hasta el punto de dar por ella a su único Hijo? Porque el Hijo de Dios había de salir de la raza culpable y se hallaba en cierto momento entra ella, como se encuentra desde entonces. Occisus ab gine mundi.

Amalia: — ¡Ah! ¿Entonces Dios no habría amado a la

Humanidad de este globo terrenal si en ella no estuviese contenida, en cierta manera, la esencia de su Hijo? Por consiguiente, si Cristo no hubiese venido a este mundo, Dios no habría amado a la Humanidad, creada por él, pues fue culpable, dándole el libre albedrío para caer en la tentación o salvarse del pecado.

Así, Dios es como un simple mortal: quiere o deja de querer conforme determinadas condiciones. Y lo que es más grave aún, Dios crea al hombre, lo lanza en el torbellino de la vida con libertad de acción y si ama a la Humanidad culpable, es por esta o aquella razón

¡Señor! ¡Señor! ¡Perdona a quien no sabe lo que dice!

Setecientas cincuenta y ocho páginas constituyen el libro del sacerdote, pero las entregas se hacen cada vez más espaciadas, transcurriendo a veces largos espacios de tiempo sin dar razón de esos fallos. Es justamente en la página 758 donde deja escapar un despropósito en perfecto desacuerdo con lo que venía sustentando en las páginas anteriores.

No hay duda de que las réplicas de Amalia hacían al eminente prelado perder la cordura.

Manterola: – Entremos en un orden de consideraciones que a primera vista puede parecer atrevida, pero que a vosotros, en vuestra cultura juzgaréis exacta. ¿Qué hizo Nuestro Señor Jesucristo durante su vida mortal? ¿Qué prosélitos consiguió? ¿Cuántas almas convirtió definitivamente? ¿Cuál fue el efecto sensible, el efecto inmediato de la predicación del Salvador? ¿Y qué efectos!? ¿Queréis que os lo diga? Inmediatos y permanentes...

¡¡Ningunos!!

Después de tres años sí, de tres años de constante predicación, de fatigas sin fin, de copiosos sudores, de privaciones de todo género. ¿Dónde están los pueblos, las naciones que El convirtió al conocimiento y al amor de Dios?

¡Murió! Y después de muerto y enterrado, surgen alrededor del sepulcro, como gigantescos fantasmas, el abandono, la desolación, el silencio, el olvido... Es el caos, la nada. Hablándose humanamente, la obra de Jesucristo fracasó por completo.

Pero, ¿es eso injurioso al Divino Redentor? De modo ninguno.

Es, al contrario la realización de un plan, la ejecución de su pensamiento eterno que el Verbo de Dios cuidó de anunciar al mundo a través de sus profetas. "Se elevará — cantó David —, como árbol que se yergue del suelo ávido. No tendrá gracia ni belleza. Curvado al peso de los oprobios, abandonado. Los hombres y todo le volverán la cara. Cubierto de ignominia será tenido por nada". Isaías denominado con razón "El Evangelista anticipado", escribe: Su sepulcro fue mirado como el de un perverso, y su muerte como la de un impío. Decid, señor conmigo, sin temor de incurrir en blasfemia: he aquí Jesucristo como Dios. Aquí donde el hombre termina, comienza Dios.

Amalia: — ¡Allí donde termina el hombre, comienza Dios!... ¿Qué decís señor Manterola?

¿Acaso Dios comienza? El comienzo supone un intervalo, un descanso, una paralización de acción. Y el poder y la sabiduría de Dios no pueden sufrir esos accidentes, acabar y comenzar. Su omnipotencia es su actividad y exactitud indefinidas. Dios no se esconde y se muestra. Dios El es el conocimiento, la manifestación eterna de la fuerza creadora. Los hombres pueden conocerlo, aun El es inmutable en su esencia y en su acción. Así como no hay solución para el infinito, ni para el primer periodo del espíritu, tan poco puede existir para fijar el tiempo de las acciones de Dios.

Al llegar el señor Manterola al caudal de 592 páginas, parece que la fatiga es de él, pues no es entregado el texto restante. Amalia intrigada, escribe dos artículos más sin que haya ninguna novedad. Ella también está cansada y, hasta cierto punto, psicológicamente mareada. El tiempo es otro para ella. No le agrada proseguir rebatiendo aquellos argumentos viejos, pues lo que ya había dicho era más que suficiente en defensa del Espiritismo, tanto como doctrina, como en su aspecto literario. Ya había publicado 33 artículos, con claridad y precisión. Ya puso una argolla en el ilustre sacerdote y, ahora desea pasar algunas semanas sin publicar nada, a la espera de que aparezcan nuevos argumentos por parte de Manterola.

Finalmente aparece el primer cuaderno Satanismo que, a pesar de ser una repetición de sus conferencias pronunciadas anteriormente, pretende ofrecer motivos nuevos y de especial interés, posiblemente por contener retoques obligatorios después

de las incisivas replicas de Amalia. Sólo así se justificaría el retraso en la aparición de las entregas. Ya que — conforme lo decía la propia Amalia, en cierto día —, no fue por apuros económicos, ya que este factor nunca puede pesar para una personalidad de la Iglesia Católica, la principal y tan apreciada por la sociedad de su época.

En las páginas de estos folletos la intención es abordar los milagros realizados por Jesucristo y la importancia de María en el dogma en que es considerada la madre de Dios.

En cuanto a este tema, Amalia aclaró en el artículo 34 que no tiene ningún interés en discutir el dogma, por considerarlo el apoyo casi exclusivo de la religión defendida por su opositor. ¡Cada cual con lo que le pertenece! Lo que interesa concretamente es lanzar luces en los puntos en que busca desmerecer el Espiritismo, echando mano de razonamientos muy poco... racionales.

Con un poco más de regularidad aparecen los folletos 20 y el 21, siempre con la pauta del dogma.

Dice Amalia en sus artículos que dejaría todo aquello para ser discutido por los propios miembros de la Iglesia, una vez que, para ella (escribe posiblemente algo aburrida con toda aquella cascada de palabras obtusas), aquello está muy lleno de palabras y muy vacío de hechos. Mujer positiva, se reafirma en los hechos, en las realidades positivas y nunca en el laberinto de la compleja interpretación de las cosas sagradas.

La inmortalidad del alma y la pluralidad de las existencias, es ahora el tema, tal como se puede leer en las páginas 688 del Satanismo, y que ofrece motivos a Amalia para una réplica firme y lógica, valiéndose de lo concreto existente en la refutación.

Manterola: — El Espiritismo discute la negación del espíritu y de la inmortalidad del alma, niega una vida futura, el germen fecundo de todos los males que afligen a la sociedad humana y quiere resistir a los funestos resultados del materialismo, estableciendo como dogma indiscutible, la pluralidad de las existencias de cada hombre. Pero, ¿por qué valerse de la pluralidad de existencias para cada ser? ¿Por qué? Para explicar, se

dice, la razón primera de todo cuanto ocurre en el mundo y el verdadero sentido de todas las verdades consignadas en la ley Moral de Jesucristo. Según el Espiritismo, esa pluralidad de existencias se armoniza con la ley moral de Cristo, el cual dice: ¡Bien aventurados los que lloran, pues serán consolados! ¿Bienaventurados los que lloran? El Espiritismo explica el porqué de las lágrimas y de los sufrimientos, procurando ofrecer un consuelo. El hombre sufre porque viene para sufrir, porque tiene pecados para expiar, cometidos en existencias anteriores. Por eso no debe entregarse a la desesperación, pues, soportando virilmente las pruebas de la existencia actual, se habrá consolado pasando una existencia mejor. Si al materialismo no pudimos oponerle la idea de una vida futura, tal como lo afirma el Espiritismo, seguramente mis hermanos, no conseguiremos dar un paso al frente en los caminos de la regeneración moral del mundo.

Amalia: — ¿Juzga el señor Manterola, más moralizador el tormento eterno del alma que el progreso eterno del espíritu? ¿Cree más consoladora la terrorífica perspectiva de la muerte sin ninguna esperanza, de lo que la seguridad en la clemencia de Dios? Si al materialista decimos: es un pecador obstinado y, según el dogma católico si no abjuraras tus errores, la Iglesia no te ofrece más que la eternidad del dolor: según la escuela espírita, tienes el infinito por patrimonio y el tiempo para pensar y trabajar, elevándote del seno de la ignorancia al capitolio de la ciencia. ¿Cuál de los dos caminos es más a propósito para el incrédulo? ¿El de una conversión a ciegas, el de un acto violento, el de un arrepentimiento forzado o el trabajo del razonamiento, o el aprendizaje de la razón, dando tiempo al tiempo, ya que la fruta no madura si la cogemos fuera del tiempo justo? El trabajo, señor Manterola, el tiempo para progresar es el único que necesita la humanidad, para regenerarse y nunca de una institución que atemoriza. La escuela teológica inspira el miedo, y nunca el respeto.

Vamos a saltar sobre las páginas y páginas en que los argumentos de Manterola parecen pálidos y sin solidez, en cuanto la literatura de Amalia se revela clara, fascinante la lectura, pues su estilo no es el de una maestra malhumorada con la vara en la mano, por más profunda que sea la cuestión.

¡Hasta que ella escribe su artículo nº 42, 784 páginas! Y

Manterola le dice:

Manterola: — No me cansaré de repetir que entre los fenómenos espíritas, algunos hay que, para su explicación racional y satisfactoria, exigen necesariamente que se admita una causa inteligente más allá del hombre y, por consiguiente, del alma humana. Esto supuesto, ¿puede ser cuestionable que los médiums y cuantos concurren a las sesiones espíritas, se ponen en relación con el demonio? ¿Es dudoso que haya pacto, sino explícito, por los menos implícito, pues está en la propia naturaleza de las cosas que haya ese pacto entre el Espiritismo y el espíritu infernal? Si así fue, ¿por qué no lo será ahora? Sí, la historia sagrada está plena de esos fenómenos que, hace algunos pocos de año están siendo acogidos con una sonrisa de desprecio, como se acogen los trabajos mal hechos. Mientras tanto, si esos fenómenos existieron siempre, con mayor o menos frecuencia y en mayor extensión, ¿por qué no se producirían en nuestro tiempo?

Amalia: — Que importa que el señor y los suyos digan que es preciso combatir el Espiritismo, si al mismo tiempo que lo combaten dicen que son verdaderos sus fenómenos, pues con mayor claridad no podrían afirmarlo cuando dice: "entre los fenómenos espíritas algunos hay que, para su explicación racional y satisfactoria, exigen necesariamente que se admita una causa inteligente muy superior a la del hombre y, por tanto, del alma humana". Vuestra Reverendísima añade después que es el demonio la causa de aquellos efectos inteligentes...

¿Quién hoy en día, cree en el demonio, señor Manterola? Nadie que tenga sentido común. El señor es un hombre de talento, de iniciativa, de acción, no es, como se dice vulgarmente un cura de misa y olla, en absoluto. Hay en Vuestra Eminencia genio y erudición. Si su pluma se deslizase por el papel obedeciendo, realmente, a vuestros pensamientos, estoy plenamente convencida de que pondría a Satanás a un lado, ya que la civilización lo sepultó hace mucho y se encuentra entre las sombras del olvido.

Garibaldi entra por ese tiempo en escena como una fuente poderosa de inspiración, conforme se puede leer en la página 788 de El Satanismo.

Manterola: — Es un hecho perfectamente comprobado y yo

vengo aquí a decir la verdad, toda la verdad, pues soy un deudor de la verdad, que no es un misterio para nadie que existe un plan preconcebido, uniforme y, por consiguiente, de verdadera solidaridad entre las sociedades secretas y los llamados solidarios de esa secta tremenda, verdaderamente satánica, cuyo objetivo es evitar que los católicos moribundos reciban los sacramentos religiosos. No es un misterio, y deseo que lo sepáis. Los centros espíritas no son los que se titulan centros, los verdaderos centros están en relaciones directas, continuas con Garibaldi. Sus palabras de orden son: "¡Roma o muerte! Esto es el Espiritismo.

Amalia: — Fue necesario que el señor Manterola nos hiciese saber que el Espiritismo tiene palabras de ordenen, ya que esa frase Roma o muerte, es la primera vez que la oímos. Hasta ahora sabíamos apenas que el lema del Espiritismo, que es Progresar para Dios a través de la caridad y de la ciencia, y que sin caridad no hay salvación. Todavía ese santo y seña tan significativo y tan colérico nos era desconocido por completo.

Siguen páginas con recomendaciones especiales para los acólitos del Catolicismo, a fin de que no se dejen sorprender por la tentación espírita. Así, en la página 808 de El Satanismo, se puede leer:

Manterola: — Comentario delicioso de las palabras del apóstol, es aquella graciosa frase del gran sacerdote de la Iglesia, San Agustín, en la cual, comparando el demonio a un perro rabioso, atado con fuertes cadenas, dice que puede ladrar, sin embargo nunca morder sino a quien se le aproxima lo suficiente. ¡Es cierto! Esa corriente es la limitación que Dios le impuso. Esa corriente está sustentada por una mano omnipotente. ¡No nos inquietemos pues! El demonio nada podrá contra nosotros sino lo que le permite el Señor y eso ha de tener por efecto un mayor bien para nuestras almas, si nosotros mismos queremos.

Amalia: — pues entonces, señor Manterola, si el demonio nada puede hacer contra los católicos, si eso no lo permite el Señor, ese hecho ha de redundar en mayor provecho para vuestras almas si así lo quisierais. Entonces, ¿por qué os preocupáis tanto con algo que no lo perjudicará, por el contrario, redundará en su provecho?

El sacerdote continúa trabajando y ya había escrito 825 páginas — excesivas para un libro de formato común y que cayó luego en el olvido. En ellas se puede leer un interesante comentario que, lejos de favorecer a las ideas sustentadas, las funde y obliga a su propio expositor a hacer un juego de sofismas para alcanzar su intención de demoler el argumento muy complejo a favor de los espíritas, como se puede constatar en el texto que sigue:

Manterola: — En todos los siglos del Cristianismo, encontramos personas más o menos impregnadas por el espíritu satánico. En todos ellos descubrimos la intervención de Satanás hasta llegar al siglo XIX. Y en este siglo hay ciertos fenómenos en los que se constata la presencia y la intervención del diablo. Citaré un solo nombre: Mr. Home¹². Vino de América y desembarcó, en primer lugar en Inglaterra. Ya en América se hace famoso por realizar fenómenos realmente sorprendentes. Fue visto, incluso sin querer, poner en movimiento mesas sobre las cuales estaban sentadas las personas y, sin ningún auxilio, mantenerse volando en el aire. Mencionó cosas que eran guardadas en absoluto secreto y que fueron confirmadas por las personas que las conocían. Fue visto, en una palabra, ser taumaturgo de Dios, taumaturgo de Satanás.

Enseguida, desembarcó en Inglaterra donde fue recibido en los salones de la aristocracia, siendo invitado incesantemente, pues Mr. Home entretenía en demasía a los presentes produciendo fenómenos que no pueden ser explicados de ninguna manera, yendo al encuentro con las leyes conocidas de la naturaleza.

Hablo de la naturaleza, de las fuerzas naturales del hombre — continúa Manterola con larga tirada —, pues bien se yo que lo que no es posible a la naturaleza del hombre, es posible a la naturaleza angelical. Home visitó las capitales de Europa, estuvo en Bélgica, Italia, Rusia. Últimamente volvió a Londres y, de esta capital, más tarde, repitió una visita a Italia donde, con el don de profetizar, supo de una muerte que acababa de ocurrir en una región lejana de América. Era recibido en las Tullerías. Napoleón III tuvo gran

¹² El sacerdote hace mención a Daniel Douglas Home.

placer en recibirlo. El Zar de Rusia también lo invitaba frecuentemente y con especial deferencia. En Rusia se casó con la hermana de una condesa. Vino a París en 1856. Ya percibisteis que hablo de acontecimientos recientes y de dominio público.

Habiendo abandonado el Espiritismo, perdió su mediumnidad y no pudo obtener más ningún fenómeno, pues Mr. Home no es ningún impostor, ni charlatán. Era un verdadero espírita.

Dios nuestro Señor tocó su corazón, eligió al sabio y santo jesuita padre Rabignac, célebre por los formidables prodigios que realizó en Santa María de Mordau, en París. El padre Rabignac lo instruyó en la doctrina católica, pues Home tuvo la desgracia de ser educado en el protestantismo. Se reconcilió con la Iglesia e inició una vida en apariencia perfectamente católica. El padre Rabignac continuaba siendo su director espiritual. Ahí tenemos un médium espírita que, después de asombrar al mundo, por fin se reconcilia con la santa Iglesia de Dios y abandona todas aquellas prácticas supersticiosas.

Todavía — continúa Manterola —, os digo con profundo dolor: un año había transcurrido y Mr. Home, solicitado nuevamente por los espíritus, volvió a sus antiguas prácticas.

Vanamente el padre Rabignac, con el don magnífico de su espíritu elevado le hizo ver que estaba caminando para el abismo, que se deslizaba para la ruina. Entonces Mr. Home continuó en su tortuosa senda, marcada por Satanás. Continúa siendo médium espírita y asombra al mundo con los prodigios de sus facultades. Después de ese funesto retroceso al Espiritismo, fue que contrajo matrimonio en Rusia, el cual, como podéis comprender, hizo difícil su nueva conversión a la Verdad.

Amalia: — Mil gracias os doy, señor Manterola. Una voz tan autorizada como la vuestra, un hombre de vuestra estatura y de vuestro valor, necesitaba del Espiritismo para proclamar las verdades de sus innegables fenómenos. Ya no cabe duda de ninguna clase. Las manifestaciones de los espíritus son una verdad indiscutible que, bajo su autoridad, la testimonia un sacerdote moderno de la Iglesia Romana. Ciertamente es que la Divina providencia utiliza todos los hombres cuando llega el momento de difundir la luz. ¡Nada más refractario al Espiritismo que el ultramontanismo! Un distinguido orador ultramontano dijo en la cátedra del Espíritu

Santo, que el Espiritismo es una verdad. Cuando llegan las crisis supremas — subraya Amalia aprovechándose de las propias palabras de Manterola, las horas decisivas, cuando los grandes deban sus crisálidas para convertirse en mariposa y lanzar vuelo rumbo al infinito, los ciegos ven y los mudos hablan, pues las tradiciones religiosas y filosóficas que modifican la cara de los pueblos exige que todos las vean y las comprendan para entonar, unísonas la hosanna universal.

En mala hora dirigió el sacerdote Manterola el blanco para donde iría a tirar sus dardos e intentar abatir las ideas espíritas.

Daniel Douglas Home, en efecto, es justamente una de las más serias expresiones humanas indicadoras de la existencia de ese mundo supranormal en el cual Amalia apoyaba sus convicciones. Manterola intenta el enfoque del asunto para manejar argumentos de peso a favor de su tesis combativa. Estas, sin embargo, no pueden soportar tan gran gravitación en su falta defavor.

Sir Arthur Conan Doyle, que se ocupo con cuidado del asunto, en su gran libro, *Historia del Espiritismo*, presenta al médium escocés, escribiendo al fin su nota biográfica referente a Home que...Aquel hombre fue uno de los paladinos del progreso de la Humanidad venciendo la ignorancia.

La seriedad científica que confirma la realidad de los fenómenos producidos por ese médium dotado de facultades prodigiosas, fue testificada, entre otros por hombres del porte del Profesor Welles de la Universidad de Harvard y por los profesores Hare y Mapes, así como por el juez Edmonds. Ninguno de esos hombres dudo en divulgar a los cuatro vientos, desafiando el cerrado convencionalismo de su era, rubricando sus afirmaciones en condiciones higiénicas de test científico, la realidad de los hechos producidos por Home.

Desde los tres años era dotado de una extraordinaria personalidad y presentó manifestaciones de sus facultades singulares. En efecto, en esa edad hizo un pacto con un amiguito de la infancia, combinando que el primero que falleciera aparecería al otro en ese momento para anunciar lo ocurrido.

Hallándose distanciados uno del otro, una noche, al acostarse,

Daniel vio formarse la imagen de Edwin tal como fue acordado. Al completar los 17 años tuvo también la visión de su madre que agonizaba. Encontrándose muy distante de la casa paterna, la madre le surgió ante los ojos estupefactos.

En esa ocasión vivía con una tía que tomó a su cargo la educación del muchacho. Después de ocurrir ese fenómeno, se comenzó a oír en la casa golpes sordos. Otras veces los muebles se movían en una misteriosa danza que dejó a la tía llena de espanto y, suponiendo que aquello se debía a su sobrino, juzgó que él atraía para sí influencias demoníacas. La supersticiosa señora, llena de pavor, expulsó al adolescente de su casa, no pensó que lo dejaba al desamparo y en la miseria.

No obstante, desde entonces, comenzó para él su carrera pública, salpicada de numerosos incidentes de todo tipo. Lo cierto es que su mediumnidad — Home la poseía en todos los matices posibles —, era ejercida con pasmosa facilidad, incluso en el aspecto de la cura que no pudo ser suficientemente desenvuelta, pues él mismo estaba atacado por la tuberculosis.

Nunca cobró un céntimo por el ejercicio de sus facultades y, la más de las veces las experiencias eran realizadas con celo científico, por eminentes personalidades, sacrificando su salud minada. En cierta fecha, el Club Unión de París le ofreció dos mil libras esterlinas por una sola sesión. Aunque pobre y enfermo, rechazó el ofrecimiento, explicando:

Fui enviado para realizar una misión —, Y añadía para aclarar su situación —, Mi misión es demostrar la inmortalidad. Nunca cobré dinero por eso y jamás cobraré.

Por eso se ponía a disposición para toda clase de experiencias serias, las cuales están narradas en un libro por él mismo editado y que tiene el título Incidentes de mi vida. Se dice que, llevado por su extrema sensibilidad y recato, no consigna los nombres de los grandes científicos que lo tuvieron bajo control, ya que no está seguro de que, socialmente, no lo comprometía. Una revista muy en boga, interpretando sarcásticamente ciertas iniciales existentes en el libro, insinuó la sospecha de que fuesen falsas. Poco después vieron la luz los nombres completos de personas de la alta sociedad, con títulos nobiliarios y que lo autorizaban a defenderse

de las sospechas insidiosas.

El gran científico, Sir David Brewster, el notable inventor del Caleidoscopio y del estetoscopio por refracción, así como de los discos segmentados usados en los faroles, fundador de la "Asociación Británica para el Progreso de las Ciencias". Comentando las magníficas pruebas obtenidas con Home a plena luz del día, dice:

—Esto pone por tierra lo que la filosofía sustentó en los últimos cincuenta años.

Los fenómenos de levitación habidos con Home no tienen similares, pues en sesiones a la luz del día era visto levitando hasta alcanzar el techo, salir por una ventana con su cuerpo en posición horizontal, permanecer algún tiempo en el aire en pleno vacío y volver a su lugar.

Estas demostraciones y muchas otras, divulgadas en extensa literatura especializada, fueron presenciadas y constatadas por personas de funciones públicas y notorias, como el propio señor Manterola afirmó. Más allá de las valiosas referencias científicas de apreciable valor, que certificaron los hechos, es preciso mencionar otras que, por su posición, pueden también ser tomadas como documentos y prueba de inestimable valor como, por ejemplo, Napoleón III, la emperatriz Eugenia, el Zar Alejandro, el Emperador Guillermo I de Alemania, los reyes de Baviera y Wutemberg, sin mencionar otras de menor importancia pública, sin embargo no menos notables.

En una conferencia hecha por Home en el Willis Hall, de Londres, el día 15 de febrero de 1866, sintetizó con esta frase su actuación:

Creo de todo corazón que esa fuerza se desenvuelve más y más cada día, aproximándonos a Dios. Si me preguntarais si con eso nos volvemos más puros, responderé apenas que somos inmortales y, como tales, estamos sujetos al error. Que los más puros de corazón —concluía Home—, enseñarán los deberes que tienen para con el prójimo y que, según lo que siembren, dependerá la cosecha. A todos nos enseñará la resignación, disipará las nubes del error y atraerá la espléndida aurora de un día sin fin.

Este gran hombre, que dio perfectas muestras de la existencia del mundo espiritual y de la posibilidad de una relación directa con el mundo material, hace parte de la lista en la que se integran los grandes médiums, tales como Florence Cook, Elizabeth D'Esperance, Eusapia Paladino y, más recientemente, Francisco Cándido Xavier y muchos otros dotados de maravillosas facultades supranormales.

Ocuparse, pues, de este personaje tan original en una campaña como la que fue emprendida por Manterola, no podía dejar de ser una difícil tarea, principalmente teniéndose en cuenta que la tesis que sustentaba antes, en el púlpito y, enseguida en un libro, cargada de preconceptos y convencionalismo más que de ideas, conceptos, fundamentos, no correspondía a lo que con insistencia, su contendiente le pedía.

Tal vez teniendo fe en el poder de su capacidad de impartir sermones, el sacerdote buscase la prueba, sin prevenirse con argumentos suficientemente poderosos como habría sido necesario para sustentar tan elevada polémica.

En sus grandes tiradas, se contradice por momentos, repite cosas que más parecen dichas a favor que en contra del asunto enfocado. Así, se lee en las páginas 835 y siguientes, entre otros datos estrictamente biográficos que se refieren a Home, cuando es expulsado de la casa de sus tíos, después de los estrépitos provocados por sus facultades:

Manterola: —El hecho es que el niño fue abandonado por sus tíos y quedó sin apoyo, sin fortuna y sin nada que pudiese recomendarlo a la vista de los mortales. ¿Esto es el comienzo de la vida de un prestidigitador? — pregunta Manterola creando un singular suspense... Y se responde así mismo — ¡No! El prestidigitador lo habría hecho mejor de lo que lo hizo Home.

El prestidigitador no abandona su situación de seguridad para lanzarse a la aventura — Remata su opinión con una verdad que lo honra — Home jamás tuvo lucros con su oficio.

Pero, ¿cómo trata el señor de Manterola el asunto Home para colocarlo en el punto de mira del Espiritismo? Leyendo los

párrafos que siguen, saltando por encima de los datos biográficos e históricos ya conocidos, como se puede constatar por lo siguiente:

Manterola: — ¿Estos prodigios pueden ser atribuidos a Dios? ¿A Dios que los ejecutaría por medio de sus ángeles? Sabemos que los milagros de Dios como primera causa eficiente, sólo pueden ser hechos por El. Sabido es que en los verdaderos milagros, brillan siempre estos tres caracteres: utilidad, grandeza, dignidad, en cuanto que esos pequeños o supuestos milagros del Espiritismo se notan tres caracteres: inutilidad, puerilidad, bufonería, ya que siempre unen lo maravilloso con lo grotesco. ¿De qué sirven esas mesas que adquieren un peso tal que todas las fuerzas del hombre no serían capaces de levantar y, enseguida, esa ligereza absoluta que les permite ir de un lugar para otro?

¿Por qué — insiste — esos milagros que sirven para entretener a un público lleno de emoción?

¿Para qué tantos prodigios ocurriendo incesantemente, repitiéndose entre aquellos que se ponen en relación con uno de los mayores entre los espíritas¹³? No es así que Dios hace uso de su omnipotencia. Dios nunca hizo milagros a no ser para dar crédito a la verdad del Cristianismo y a la santidad de algunos de sus siervos. ¿Hay pues templanza? ¿Hay pues, como dijimos antes, utilidad, grandeza, dignidad? Yo insisto en esto hermanos míos — prosigue él —, porque aquí no me dirijo a los espíritas, y sí a los católicos y si me preguntáis si el diablo puede hacer esas maravillas y otras más mayores, yo os responderé: "¡Sí!" ¿Y sabéis en qué me baso? Yo os lo diré. Las Sagradas Escrituras anunciaron los últimos días de este mundo y el apóstol S. Pablo, en su primera carta a Timoteo, le dice que..."En aquellos días surgirán falsos profetas seductores, que enseñarán el error y la doctrina de los demonios"

...En su segunda carta al mismo discípulo, Timoteo, como si no hubiese sido bastante explícito en la primera, vuelve a hablar de esos falsos profetas que, convencerían grandes números de discípulos y que se resistirán sistemáticamente a la verdad como Janes o Manbré a los milagros del Faraón.

¹³ Aquí el padre Manterola incide en un error. Daniel Douglas Home, a pesar de sus notables facultades, se decía católico y, por los documentos que tenemos nos lleva a suponer, nunca se adhirió a las filas espíritas.

Su adversaria no necesita mucho para refutar esos párrafos:

Amalia: —No podría ser más explícito ni dar mejores detalles el señor de Manterola para probar que el Espiritismo tiene médiums realmente maravillosos. Y en cuanto a la manera de clasificar los fenómenos espíritas, diciendo que se destacan por su inutilidad, puerilidad, bufonería, no son tan inútiles, pueriles y bufones, ya que, para combatirlos, los sacerdotes de la Iglesia vienen ocupándose con ellos en sus sermones y escribiendo obras de 931 páginas. El valor de una doctrina se calcula por los medios que se emplean para refutarla. Algo valdrá el Espiritismo cuando el clero ultramontano en masa se dedica con preferencia en sus misiones y en sus ocios literarios a combatir la escuela espírita.

El libro va llegando al fin cuando a Manterola se le ocurre entonar una triste retractación pública, cantando el mea culpa que hace a Amalia recordar las palabras pronunciadas por un "distinguido escritor" y que son las siguientes:

Manterola: —Los últimos mártires de todas las religiones, son los que sufren el calvario más tremendo, por cuanto, sintiendo que el suelo tiembla bajo sus pies, las antiguas creencias multiplican sus restricciones y vuelven extrema su influencia. Aquel que, durante este último periodo de su existencia acepta su dominación, contrae el deber de sufrir martirios y se somete a la voluntaria perdida. ¿No es verdad que estamos entregados a los placeres de los sentidos? ¿No es verdad que olvidamos por completo el cuidado con el espíritu? ¿No es verdad que el temor de Dios se distanció, largamente de nuestro corazón? ¿Si el anticristo o sus precursores encuentran también en nosotros fácil acogida? ¡Cosa extraña es que haya prosélitos! ¡Qué extraño es que la defección amenace volverse universal! Y el Espiritismo nada hizo a ocultas. El Espiritismo, a través de formulas muy suaves y dulces, inspiradas por la mansedumbre aparente e hipócrita, deja percibir, no obstante, una horrible amenaza. El Espiritismo nos amenaza como la religión del futuro, entre tanto, no es la única amenaza. El Espiritismo no sólo amenaza la religión, amenaza la existencia material de la sociedad humana.

¿Qué debemos deducir de todo esto hermanos míos? La necesidad de que reformemos nuestras costumbres; de que

volvamos cristianas nuestra vida que no es cristiana, esta vida sensual, que rinde culto a la materia. Esta no es una vida cristiana, esta no es la vida del que murió en la cruz en medio de los horrores de un gran suplicio. ¡No, señores, no! No nos engañemos. ¡Esta no es una vida cristiana! Convengamos en que los enemigos de la religión son más consecuentes que nosotros. Ellos, por lo menos no reconocen los dogmas severos en los cuales hacemos profesión de creer. El materialista rinde culto a la materia, ya que, para él, nada no existe nada más que la materia. Hay lógica en el error, hay lógica en la perversidad, pero, ¿habrá lógica con nosotros? ¿En nosotros, los católicos, en nosotros los hijos de la Iglesia? ¿Dónde está la lógica? Por eso los espíritas hacen una acusación gravísima cuando dicen que nosotros no creemos en lo que enseñamos y eso os dirá también: que no creéis en lo que estáis profesando.

¡No hermanos! Nosotros enseñamos aquello en lo que creemos. Desgraciadamente no practicamos aquello en que creemos, lo que da ocasión al enemigo para que ponga en duda nuestra fe.

Amalia: — ¿Y cómo no poner en duda señor de Manterola? ¿Qué da vida a la creencia? La verdad innegable de los hechos, la realidad matemática de sus convincentes efectos. Sin esto la palabra es letra muerta, la teoría sin la práctica es la utopía perdida en el campo de las hipótesis. Por eso el ultramontanismo perdió su antigua preponderancia, pues sus adeptos no sustentaron un buen ejemplo y buenas obras, puramente evangélicas, que son la columna maestra de su fe. Y usted mismo, señor de Manterola, eso confiesa, ingenuamente, y se somete a perder, viendo que, en realidad, a causa del oscurantismo es juzgada por los hombres y sentenciada por el tiempo, sin ninguna apelación.

Y si el tiempo — subraya intencionadamente Amalia —, ese anciano de la creación, ese testimonio del infinito, ese eterno agente de la Providencia, si el mudo testimonio de los siglos no hubiese sentenciado el oscurantismo, señor de Manterola incluso firma la sentencia de la Iglesia tradicionales, escribiendo las páginas 861 de El Satanismo: "Es verdad. Y por más que nos confunda debemos confesar esto: que estamos anestesiados, que somos creyentes a medias. La verdad es que hay católicos de buena fe y tal vez piadosos fervientes, que juzgan conveniente transigir

hasta cierto punto con las corrientes del siglo actual. La verdad es que hasta nosotros, los eclesiásticos cometemos, tal vez, la estupidez de tener muy buena fe (sin duda, sin embargo siempre una estupidez), de pretender ocultar ciertos dogmas odiosos de la doctrina católica".

Si nosotros, los espíritas, hubiésemos dicho que la doctrina católica tenía ciertos dogmas odiosos, los ultramontanos retrucarían que somos miserables impostores. Pero, cuando la confesión parte de uno de sus más notables ministros, se está obligado a admitir que la doctrina católica tiene ciertos dogmas odiosos.

Se dice, y muy bien dicho, termina Amalia — ¡que no es mal sastre el que conoce el paño!

El sacerdote prosigue inmediatamente, expresándose en el mismo tono, tirando sus dardos en el mismo blanco:

Manterola: — La verdad es que hasta incluso los eclesiásticos cometemos tal vez la estupidez, de muy buena fe, sin duda, sin embargo siempre estupidez, de pretender ocultar ciertos dogmas odiosos de la doctrina católica con la finalidad de atraer mejor a los incrédulos. La verdad es que fácilmente cedemos terreno cuando se trata de ciertas cuestiones que la antigüedad cristiana atribuía al demonio. La verdad es que a finales del siglo pasado algunas de mis conferencias habrían merecido, de parte de ciertos católicos, el calificativo de productos de la mente de un visionario y demente. No obstante ved que mi doctrina no es nueva. Estudiamos todos los siglos cristianos, invocamos de memoria, no con invocaciones sacrílegas, las nobles figuras de los santos sacerdotes y de sus labios recogemos esas doctrinas.

¿Y por qué habríamos de ocultarlo? ¿Por qué lanzar la sombra del misterio, por qué no decir la verdad? Pues bien señores, cuando el mundo llamado cristiano estaba entregado al sensualismo, cuando el mundo era prácticamente materialista, cuando el mundo no se atrevía a hablar del diablo y a oír esa palabra, tal vez una sonrisa asomase en sus labios; he ahí que Dios permite con su magnanimidad ilimitada, que se vean prodigios que no pueden ser negados. He ahí que aparece un hombre, Mr. Home, que ya

mencionamos en conferencias anteriores, y recorre dos continentes, presentando fenómenos que desesperan a la ciencia, pues no son explicables por las leyes que están al servicio del hombre y de que él dispone. Es necesario contar, en realidad, con ese mundo invisible de los espíritus. Es pues necesario, así concluyo, pues esa verdad debe tener algo de superior al hombre.

He aquí como se vuelven fáciles los caminos para distinguir lo sobrenatural satánico de lo verdadero sobrenatural. Dios tiene Sus designios, os dice, es preciso repetir. Dios no permite que el diablo ejecute operaciones diabólicas sin que estas den siempre lugar, en último término, a la mayor gloria de Dios y al mayor bien de las almas que desean permanecer fieles al Señor.

¿No habéis visto, hermanos míos – prosigue Manterola –, o al menos no tuvisteis noticias de católicos que, sin creer, por eso abdicaron el nombre de cristianos, sin incluso merecer el nombre de apostatas y que, todavía, quisieron, por vana curiosidad, ponerse en relación con el fluido ódico o con las llamadas fuerzas etéreas, y concluyeron que ese fluido, esa fuerza oculta era una fuerza pensante, era una inteligencia poderosa y no pudieron percibir que la Iglesia llama Satanás lo que el Espiritismo llama fluido?

Pues – exclama aparentemente victorioso –, ¿no fue esto un triunfo para la Iglesia católica?

Pero la respuesta de Amalia, que se afirma en datos concretos de la evolución de la civilización en sus conquistas científicas y filosóficas, puede sintetizarse en su primer párrafo que dice:

Amalia: – ¿Llamáis a eso triunfo, señor de Manterola? Pero se trata de la lamentable confusión que la Iglesia católica hace de su ignorancia. Esa victoria teológica es una derrota científica. Confundir la verdad suprema con un mito no creado es lo absoluto llevado al delirio.

La extensa exposición de Manterola llega a su fin con una exhortación a la Iglesia Católica, a su parroquia, en el sentido de que se defienda de las satánicas ideas en boga, descendiendo del plano de su dialéctica para proferir un agonizante reto:

Manterola: — Huye Satanás, huye con tu vergüenza a las negras cavernas del Infierno. Huye malvado, arrastrando esas pesadas corrientes, para donde este arrojó, Aquel cuyo nombre es Omnipotente. Huye, mil veces, huye con la lanza de la justicia divina pesando sobre ti, huye para tu eterna maldición y vergüenza. Huye y agrégate en tu ruina a los antros del Infierno. Déjanos cantar el himno de hosanna al Sagrado Corazón de Jesús. ¡Huye! ¡Venció el Galileo, venció la cruz, venció Jesucristo!

Y no creáis que al abandonarte en las regiones del dolor y del desaliento, perderemos de vista tus pisadas, tus vestigios en la Tierra. ¡Ah no! en cuanto la fe en Jesús brilla en nuestra alma, en cuanto una chispa siquiera del fuego consumidor venga a devorar nuestro corazón, te declaramos la guerra abiertamente, sin tregua, guerra en el tiempo, guerra en la eternidad.

Amalia: —No tuvimos la felicidad de oír al señor de Manterola en la mayor parte de sus conferencias. Sin perder la última, mientras tanto, tuvimos la impresión de que habíamos retrocedido siglos. No nos parecía que usaba de la palabra el sacerdote del progreso, el ungido del Señor. ¡No! ¡No hablaba por él el hombre de nuestros días, y sí la sombra de la Inquisición! El Espíritu de Torquemada parecía erguirse en aquellos instantes para convocar al exterminio los pueblos oprimidos de la Tierra.

Enseguida el señor Manterola tomó posesión de sí mismo y narro mil patrañas al respecto de los franco masones que, por absurdas ni merecen ser leídas. Y concluyó, como era de esperar, anatematizando a la prensa. Los términos empleados por el sacerdote, desprestigian a la prensa.

Manterola: — ¿De qué medios dispone especialmente la propaganda satánica, cuyo éxito no puede dejar de ser reconocido por nosotros? De la prensa principalmente — afirma categórico el clérigo, demostrando cabalmente que la actividad periodística de Amalia no caía en el vacío —, de la prensa, del periodismo. Como vengo dispuesto a decir toda la verdad, es necesario que esta salga, en lo alto de esta cátedra sagrada. ¿Habría yo de tener consideración por intereses mezquinos, intereses periodísticos cuando se trata de la fe, cuando se trata de intereses sagrados de nuestra religión sacrosanta, cuando se trata del culto a Jesucristo,

cuando se trata del cielo, cuando se trata de la eternidad?

¿No sabéis, mis hermanos, no sabéis qué periódicos existen cuya razón de ser consiste en combatir el catolicismo? ¿No sabéis, tan nueva es para vosotros la idea, que hay publicaciones, diarios que están en todos los números saturadísimos del espíritu de Satanás?

¿No lo sabéis? Yo os pregunto — prosigue indagando — ¿quién hace esas publicaciones, quién a no ser los prosélitos católicos? ¡Qué vergüenza! Los católicos inventan municiones, inventan armas para favorecer el campo de los enemigos de Jesús. ¿Y no lo habéis pensado?, — prosigue rencoroso —. ¿Si no habéis pensando, de qué sirven vuestras cabezas? ¿Para qué tenéis entendimiento?

Amalia: — Para progresar, señor de Manterola. Para eso la raza humana tiene, hoy en día entendimiento. Hace muchos siglos, salió del idiotismo y de la barbarie.

El hombre se convenció — arremete Amalia — de que tiene el derecho de pensar por sí mismo y quiere hacer uso de esa legítima propiedad. Así, pues, inútiles son los anatemas y las excomuniones. La violencia teológica perdió su terrible soberanía que, como bien escribió un autor entendido: "Los encargados de dirigir la religión oficial del Estado, olvidando que, cuanto más esta influye en las esferas del poder, mayor terreno pierde en las conciencias. Y si estas no se ponen de acuerdo con la razón, de peor manera se pondrá al servicio de la fuerza".

Terminan en este punto, después de la exposición final de Amalia, 931 páginas de textos, frutos de la elucubración de Manterola y 46 artículos que editó con profusión su ocasional opositora. Estos últimos están recogidos en un libro que se transmitió a la posteridad como un valioso ejemplo de réplica, es leído con admiración. La literatura del sacerdote, ya que no tuvo el merecimiento e interés de Amalia, tuvo la vida efímera de las cosas destituidas de trascendencia.

7. LA CRONISTA DE LOS POBRES

Fue en el mes de mayo de 1879, que el Dr. Luis tocó a la puerta del aposento de Amalia. Se hacía acompañar por D. Juan Torrens.

—Amalia — le dijo a quemarropa — Torrens está de acuerdo conmigo en que tenemos falta de un periódico espírita, dedicado exclusivamente a la mujer y donde sólo escriban mujeres. En los primeros días de este mes será publicado el primer número — Prosiguió marcando sus palabras con firmeza — ya que estás avisada, escribe el artículo de fondo, conversa con tus amigas Matilde Fernández y Cándida Sanz. Verás que interesante semanario haréis. Saldrá los jueves — Dijo dando por terminado lo que tenía en mente.

— ¡Pero es una locura, hombre de Dios! — Respondió Amalia sorprendida. ¿Cómo podría yo arreglarme entre las dificultades naturales a la publicación de un seminario?

— ¡Exactamente! De un seminario, nada menos que eso.

—Pero, ¿qué te pasa por la cabeza? — Dijo Amalia con su peculiar tono astuto en que las S eran siempre sustituidas por C. — ¿Juzgas que los artículos son masas que se extienden para Freír? ¡Pues estás equivocado! — prosiguió algo nerviosa y pensativa.

D. Luis la dejaba hablar. Un rictus en sus labios y el brillo de sus ojos hablaban para Amalia más que sus labios podrían articular.

Hasta entonces ocupadísima con la preparación de los artículos de la refutación a Manterola, Amalia suponía que, en esos momentos, no fuese capaz de hacer nada más.

— ¡Sólo yo sé cómo tengo la cabeza de cansada! — se quejó — ¡No es fácil contestar a un hombre célebre e inteligente como Manterola!

Con bien poco te asustas. ¿No imaginaste cuánto tienes que

escribir en este mundo? Yo puedo suponer... — Dijo con firmeza D. Luis — Escoge un título que te parezca bueno para el nuevo periódico.

Ella dijo instantáneamente: La Luz del Porvenir.

Fue como si las palabras brotasen de su boca, de modo que ella misma se calló sorprendida.

Es un buen título... — Dijo D. Luis después de un pequeño silencio, volviendo para Torrens su mirada inteligente.

El otro sonrió y asintió con la cabeza.

— ¿Y si nos denuncian? ¿Al final, que título tengo yo para dirigir un periódico? Una cosa es colaborar y otra dirigir, escoger originales...

No te inquietes en cuanto a las denuncias. No tendrás otro trabajo, sino el de escribir. Torrens cuida de la parte material y yo la propaganda y conseguiré los subscriptores — Dijo D. Luis sin pestañear — ¿Y entonces? ¿Está hecho el trato?

En la mente de Amalia había un vórtice, donde las ideas rodaban en desorden. Se veía en la miseria de sus primeros tiempos y, ahora era, de súbito, puesta en un pedestal, siendo generalmente denominada La Espiritista Española. En su retentiva volvía a ver el imponente palacio donde iba a mendigar una porción de cocido. Retrocedía a los momentos en que enfrentó las eminencias eclesiásticas, las autoridades relevantes de la Iglesia Católica. Esos cuadros se sucedían en su mente. Era como un racconto de tormentas, como si su cabeza se hubiese transformado en una trompeta acústica. Se quedó mirando a D. Luis, mientras este se apartaba en dirección a la puerta. El editor le decía:

Por ahora, Amalia, no tendrás salario. Los primeros números sólo nos traerán prejuicios. Cuando hubiésemos pagado los gastos, tendrás lo mejor posible a pagarte.

Torrens poseía en la calle Triunfo, nº 24, de San Martín de Provensals, además de una importante gráfica, la "Librería Espírita Española", destinada a la venta, a los distribuidores y al público, de

libros espíritas escritos en el país y en el extranjero. Hombre entusiasmado con las ideas espíritas, no ahorra esfuerzos a favor de su difusión.

¡Se cerró la puerta del cuarto y, para Amalia, se abrían los portales del mundo!

El día 22 de mayo de 1879 fue entregada a la crítica popular "La Luz del Porvenir".

"El porqué de nuestro lanzamiento", es el título del primer número. "El título de nuestro humilde seminario —, decía el texto — responde a esta pregunta. Surgimos para decir a los hombres: Mirad el futuro ¿No veis entre las brumas del mañana un rayo de luz? ¿No veis como algunas inteligencias entorpecidas por el sueño de los siglos se van despertando lentamente? Miran el Sol, cierran los ojos deslumbrados y vuelven a abrirlos, mirando alrededor para convencerse de que no sueñan. Y al persuadirse de que están despiertas, se maravillan, dan un paso, retroceden y emprenden nuevamente el camino, deseosas de ver más de cerca la luz.

¿No veis como algunas imaginaciones mueven sus mejores fuerzas leyendo, comentando, analizando, apelando para su razón y lucidez de modo a seguir sin vacilaciones la senda del progreso universal?

Quien no reconoce que el hombre de hoy ya no guarda en su mente la crédula convicción que lo caracterizaba ayer, cuando creía en el Dios del exterminio porque le decían: ¡Creed o muere! En cuanto hoy el progreso murmura en sus oído: ¡Lee bien de prisa y crecerás!

La luz del futuro va disipando las nebulosas del pasado y sólo permanece una bruma que, paulatinamente, se va deshaciendo bajo los vivificantes rayos de la verdad. Un reflejo de ese foco luminoso, una orla de esa irradiación universal, una pequeña onda de luz espírita: he ahí la presente publicación: "Nuestro único propósito es decir a los hombres: ¿Queréis ver?

¿Queréis leer? ¿Queréis estudiar? Nosotros os diremos donde encontraréis obras filosóficas que llevarán la paz a vuestros corazones y la esperanza a vuestras mentes. Guías humildes, pero de muy buena voluntad, os indicaremos las cumbres más elevadas,

de donde podréis descubrir los vastos horizontes, y os diremos:

La Luz del Porvenir

TOMO XVIII — AÑO XVIII

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Barcelona, trimestre adelantado.	1 peseta
Fuera de Barcelona, un año id.	4 . 1.
Ultramar y Extranjero, un año id.	8 id.

PUNTOS DE SUSCRIPCION

En GRACIA: Redacción y Administración, Cañó, 9, principal y plaza del Sol, 5, bajos.

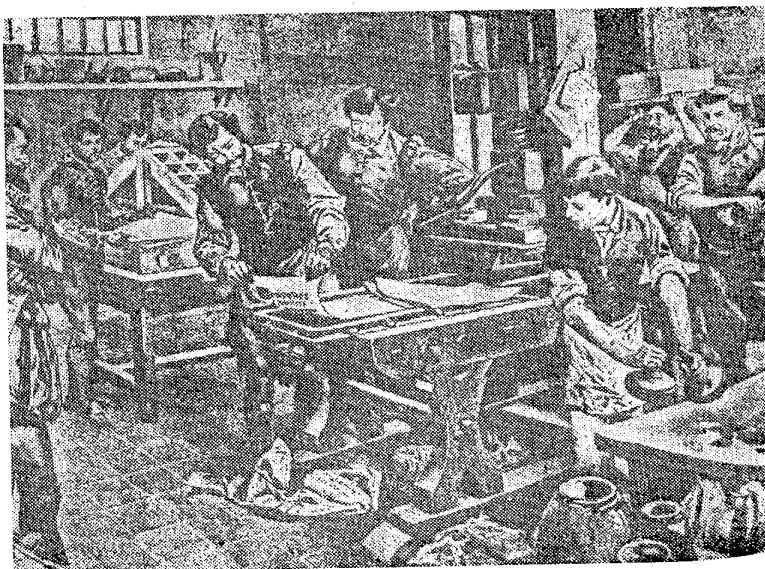
En BARCELONA, D. G. número 16, / En ALICANTE, Alfonso el Sabio, /
entresuelo. / número 30.

GRACIA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LA VIUDA DE CAMPINS

CALLE DE SANTA MADRONA, 5 y 10

1897



¡Deteneos! Mirad, contemplad y bendecid las numerosas maravillas de la creación. Leed el gran libro sin prólogo y sin epílogo. Lo escribió el Eterno Historiador de los Siglos. ¡Leed, leed en la Naturaleza, pues esta es el álbum de Dios! Esto quiero deciros – Es el final del artículo – el modesto semanario "La Luz del Porvenir"

Constantemente y con la firma de Amalia Domingo Soler, se lee los artículos portadores de la idea de Dios. Uno de ellos, mencionado que se trata de una comunicación del espíritu de Goethe, dice lo siguiente:

La idea de Dios ha sido extremadamente mal comprendida por aquellos a los cuales cupo el encargo de instruir al pueblo: Lo elevan demasiado alto y lo humillan enseguida hasta la sordidez; exaltan su Bondad y, enseguida, sin piedad, lo colocan entre los hombres más bárbaros, crueles e injustos. El espíritu humano no podía, pues, concebir a Dios. Cuando se hablaba de su bondad, estaba demasiado distante para que lo alcanzase. Y cuando se hablaba de su juicio, venganza y castigo, estaba demasiado a ras para que se pudiese descender hasta El.

La ciencia – Dice rematando –, "es el análisis de Dios y de la oración".

El artículo que ocupaba casi tres páginas de la revista, que tenía apenas ocho, tapa colorida, formato 25 x 18, mereció el honorífico premio de ser denunciado a la policía de imprenta de Alfonso XII, puesta en las manos del clero.

Fue condenada a una suspensión de 42 semanas, lo que ocurrió al ser publicado el tercer número, con fecha del 5 de junio. El segundo número es fechado el 29 de mayo.

Revisando la parte medular del texto de la primera edición, se puede leer un artículo titulado: "Progreso". Su autora es una de las colaboradoras mencionadas por Llach: María Fernández y Casanova.

El trabajo de esa colaboradora, de la cual nada se encuentra en el número siguiente, buscaba despertar en la mujer de su tiempo la

idea de la evolución en el ámbito estrecho en que vivía. También daba énfasis a la doctrina a la cual servía. Se trataba de un artículo muy bien inspirado, claro, preciso y que, a pesar de ser escrito con simplicidad, para que pudiese ser comprendido por las mentalidades menos aficionadas a los ejercicios mentales y al razonamiento demasiado complejo, no caía en banalidades y ni hacía concesiones a lo vulgar o a lo intranscendente.

Completan ese primer número una poesía de Amalia: La oración, otra firmada por Lelia, titulada: La Sombra de la Vida, completando así el material de modos aprobados para su flamante directora.

La "Oración" dice lo siguiente: Para rogar al Eterno
Yo no encuentro necesario Entrar en un santuario Que la
costumbre fijó.
Cuando el alma dolorida
No encuentra a su mal consuelo Le basta mirar al cielo.
¿Hay templo más grande?... ¡No!

Así estaba concebida la primera estrofa del verso, que se componía de diecinueve, en la misma métrica. En el segundo número Amalia comienza su colaboración que, prosiguiendo en números sucesivos del semanario, trae el título genérico de la "La soledad de la mujer".

Pinta la autora, con rasgos seguros, rápidos y claros, la idiosincrasia de la mujer de la época relativamente a la manera como le es retribuido el trabajo. En los trabajos siguientes va analizando los errores, las posibilidades y el encadenamiento que el asunto exige, siempre con una tónica tan accesible que ganó rápidamente el interés de gran cantidad de lectores, mereciendo tantos aplausos como otros tantos similares que ella fue publicando en separatas

"La mujer de la aristocracia — Escribe —, generalmente celebra su casamiento en la iglesia. Esto es, el sacerdote bendice los novios y la joven desposada sólo quita su precioso traje de virgen para vestir el elegante acostumbrado del viaje. Siguen para el extranjero, son esos los primeros eventos de su vida conyugal.

"Transcurrida la luna de miel (es de mal gusto que dure mucho

tiempo), los esposos vuelven a la ciudad, a su país. Para los jóvenes esposos comienza una nueva vida de real independencia, viviendo cada cual para sí. La política, el casino, el teatro, los amigos, el juego y los romances fáciles absorben la atención del marido. Y a la mujer tocan los paseos, el teatro, las reuniones, las visitas constantes a la modista, las recepciones, las amigas y otros mil pequeños entretenimientos que la ocupan y la distraen por completo.

"En la clase media la mujer generalmente vive más en casa que en la calle, las atenciones de la familia la reclaman y el cuidado con los hijos absorben la mayor parte de su tiempo, sin embargo ni por eso es feliz.

"La mujer del pueblo trabaja en su casa y fuera de ella. Es una mártir del trabajo. Ocurre muchas veces que tiene a sus hijos sin zapatos. Y dice:

Si la paga fuese doble daría para que la gente fuese ir llegando. Pero, cuando llega el sábado él aparece con la mitad de lo que recibió y, a veces, con menos. Si de noche permaneciese en casa... los compañeros del café o la taberna lo mandan de vuelta en un ruin estado. ¡Qué vida esta Señor!"

Los conceptos bien dispuestos, aplicados con justicia, los ejemplos, los temas se desenvuelven de manera que el lector, cuando menos, se deja subyugar, pues allí están estampados pedazos de la vida, retratados apropiadamente, sin que el lenguaje se abastarde ni se de a lujos literarios o mórbidos, sin angustiarse con la descripción de crueldades deformadas y propósitos de hacer vulgar proselitismo..."

Así era la viril Amalia, la periodista.

El día 12 junio de 1879 era la fecha en que debía salir el cuarto número de La Luz del Porvenir. La censura impuesta no permitió que este se diese.

El triángulo de indomables: Amalia, Llach y Torrens no se dio por vencido. Con el título de El Eco de la Verdad hace su aparición como una revista original, un suplemento, con el mismo formato y la presentación tipográfica que tenía su antecesora.

Sin alardes, con la misma firme disposición de lucha, se presenta diciendo en el título de su editorial:

— ¿Qué, repetiremos?



Amalia junto a Angela Lopez de Ayala y Teresa Claramunt, entre otros amigos.

No hay novedad. La presentación fue abolida. Hay repetición... ¡y a proseguir adelante, pues el trabajo es intenso!

"Es absolutamente necesario que améis — el cierre de oro con que la directora cierra su editorial — y perdonéis a vuestros enemigos, pues el que no perdona no es perdonado. Esto afirma el evangelio y lo mismo repetía El Eco de la Verdad.

Este primer ejemplar se inicia con la colaboración de Cándida Sans, con un poema titulado:

¿Qué es la vida?

Cándida Sans y Cresini estaba un día en una reunión de

amigos en la cual se hablaba del amor. Se analizaba las diferentes maneras de amar.

Fueron expuestos muchos conceptos, los cuales poblaban su mente de múltiples reflexiones.

Por la noche, en su cuarto, entregada a la placidez del sueño, su espíritu se libera del entorpecimiento de la carne.

— ¡Cuan hermosa es la libertad! — exclama — Qué agradable vivir lejos de la Tierra y cuan suave es la atmósfera que se respira. ¿Qué siento? ¡Dios mío! La delicia es tanta que tengo la impresión de un desmayo. Dame fuerza, Señor — pide —, para poder moverme en busca de ese amor purísimo que vivifica, regenera y sublima. Bien quisiera yo aspirar toda su esencia y que, al regresar al cuerpo, mi mirada, mis acciones y mis frases fuesen efluvios del amor celestial. Un anciano de noble aspecto surge en la visión. Cándida le besa la mano pues, sin saber quién era, percibe en su tranquila mirada algo inexplicable que la subyuga. Siente por él respeto y cariño ya que parece recibir del anciano sensaciones de felicidad y vida.

¿Quieres saber cómo es practicado el amor entre los espíritus de gran progreso? — pregunta el interlocutor espiritual envolviéndola en sus amorosos efluvios — Observa y procura guardar cuanto veas. Cuando vuelvas a tu cuerpo no olvidarás, pues eso te servirá como una brújula en lo que respecta a tu existencia.

La mirada profunda de su imponderable amigo reforzó sus inusitadas fuerzas. Su apariencia era al mismo tiempo la de un atleta que desafiaba la Tierra y los horizontes, viendo mas allá de lo que los atletas acusan. El espectáculo es majestuoso: de un lado la Tierra iluminada por la luna, del otro la aurora que despunta; más allá la estela de mundos rutilantes. ¡Luces diáfanas de fuego! Una manifestación de la creación divina.

Aprovecha, pobre espíritu — le dice el anciano —, ¡aprovecha las maravillas celestiales y que el aliento de la amorosa providencia te fortalezca!

Sin embargo, no fue de esa fuente que el Espíritu extrajo el ejemplo vivido de lo que era el amor, el verdadero Amor. El

anciano despertó las atenciones de Cándida para un humilde y pequeño hogar de la Tierra, donde los lazos del cariño afloraban en torno del lecho en que reposaba un moribundo. El singular cicerón relató la historia referente al grupo y que constituía una melancólica escena de vicisitudes. La esposa del hombre agonizante daba pruebas de resignación y de saber que en la Tierra no estaba huérfana del Amor, del verdadero amor desinteresado y puro: el Amor santificado. Y con esta simple y ejemplar lección, el Espíritu del campesino egipcio pide que regrese al cuerpo transitoriamente liberado, diciéndole:

Vuelve a tu cuerpo, amiga mía. Haz que la esencia de tu alma se desprenda de la Tierra. Ama desde el niño al anciano, ama de igual forma al mendigo y al que ciñe la corona de los reyes, al amigo y al adversario. Ama a los criminales pues que — ¡Quién sabe! — Estos, más que los otros, carecen del amor en este mundo. Ama la justicia y la razón para que envuelta en el amor divino, al dejar la vida terrestre, alcances a los espíritus del Amor.

Cándida San representa un arquetipo, como Amalia, del Espiritismo que mueve y acciona aquel periodismo singular.

A medida en que se recorre las páginas de El Eco, se verifica que el pulso de Amalia es firme en la selección de las colaboraciones a las cuales van sumando las de Encarnación del Riego; Violeta; que oculta el verdadero nombre de una extraña personalidad intelectual; Lelia; María Orberá; algunas transcripciones (pocas) de revistas especializadas en idéntica doctrina y otras corrientes; Lola Larroca; Soledad Maneo de Ferrer.

Con regularidad ejemplar prosiguen Amalia y Cándida ofreciendo los más consistentes en cada número donde, todavía, son también recibidas las escritoras iniciadas. Un pseudónimo, Fa, es encontrado en muchas páginas. En cierta fecha es transcrita una selección hecha de un discurso pronunciado por Juana A. de Navajas en la sociedad argentina Constancia, con un comentario al margen elogiando a la directora.

La Sra. Navajas fue una de las mejores médiums de que se tiene noticias en Argentina. Sin poseer cualidades intelectuales primorosas, podía filtrar por sus facultades comunicaciones

intelectuales del más alto valor filosófico. Una intuición poderosa le permitió ocupar la tribuna, cosa que jamás estaría a su alcance en sus condiciones normales. Amalia, en quien calaban hondo la apreciación de tales valores psíquicos, cogió partido de trechos escogidos y ya seleccionados para la revista *Constancia*.

Uno de los recursos peculiares de Amalia, en su trabajo periodístico, era la publicación de textos de cartas íntimas, en las cuales captaba con excelente efecto, la curiosidad del lector, ya que se le introduce en los secretos compartimentos de la confidencia, atrayéndolo para que se examinase a la luz del consejo ofrecido a la persona con la que se comunicaba.

Una correspondencia como esta, es natural, estaba dispensada de recursos literarios y venía salpicada de graciosos recursos, como los que se lee en el ejemplar de *El Eco*, dirigida a un destinatario lleno de pasiones poco recomendables.

Dijo un domador de fieras Si he amansado los leones Si he vencido bravas hienas Y los tigres más feroces,

¿Quién me gana en heroísmo? Cierta sabio le contestó: Aquel que vence sus vicios. El que doma sus pasiones.

La fábula pertenecía al poeta Sala, uno de los muchos profetas a quien Amalia recurría en su febril camino por las sendas literarias. A cada instante, apelaba las citas oportunas para reforzar sus conceptos y el audaz y valiente vuelo de su imaginación poderosa.

En la obra literaria impresa en *La Luz del porvenir* y en *El Eco*, se encuentra al cabo de veinte años de actuación (1879/1899) algunas novelas hijas del talento gigantesco de la dinámica directora. Uno de sus más íntimos deseos había sido el de encaminarse por este género literario. Pero sólo fueran permitidas las volcánica precipitación de los hechos que exteriorizase esas inquietudes en trabajos que iba publicando en sucesivas entregas de la revista, generando impactos certeros en la emoción y en el gusto de sus muchos lectores, en la cárceles, en las fábricas, en los hogares humildes, donde se encontraban sus más fervientes admiradores.

Algunos de esos trabajos fueron publicados en separatas, pero no alcanzaron la penetración extraordinaria y la difusión de sus

otros libros.

Gran número de trabajos humanistas caían en las manos de Amalia.

En Murcia, afectando también Lorca, Orihuela y Almería se produjo una inundación que redunda en horribles pérdidas para centenas de familias humildes. El Eco levanta entre sus lectores una subscripción para concurrir en la ayuda de aquellos desgraciados, añadiendo en la invitación publicada en las páginas: "No sólo para las víctimas de Murcia, es también para los trabajadores catalanes que hace mucho tiempo sufren la inundación de la miseria... En la calle Fonollá 24 y 25, sede de El Eco, se recibieron los donativos que no tardan en hacerse voluminosos, gracias al prestigio de tan acatada pedidora, yendo desde los minúsculos céntimos a las sólidas pesetas de los más acomodados aunque estas pudieran ser mayores ante la urgencia de las necesidades.

En varios números Amalia aborda el asunto Murcia. En uno de ellos exalta el gesto de un millonario que hace llegar la suma de cinco millones de pesetas en títulos, colocando paralelamente a este, otro gesto, el del un trabajador que no teniendo nada de nada, se presentó a la redacción del periódico, ofreciendo la colecta en favor de las víctimas, el abrigo que vestía, con el cual quiso, humilde y anónimamente, adherirse a las donaciones populares.

El comentario que acompaña esas dos actitudes tan diferentes, sirvió a Amalia para crear, con énfasis, el deseo de colaboración entre sus lectores. Y el trabajo aumenta... La pluma de la viril escritora no descansa y su afán de servir menos aun. En el número 23 de El Eco de la Verdad, aparece una novedad, la creación de un Montepío regional. Se forma con el "loable fin de mejorar la suerte de los obreros españoles". Una especie de Asociación de Socorros mutuos. Firman manifiestos de organización: Amalia, Cándida, D. Luis, el médium Eudaldo y Vicente Sierra. En el día 12 de febrero de 1.880, se solicita personalidad civil para la entidad, que le fue negada por ser de tal envergadura y tener ese objetivo. Debe ser dejado entre cúmulos de proyectos plenos de buenas y serias intenciones, archivados en algún rincón polvoriento y destinado al olvido.

En Villa de Gracia se muestra tan fuerte la necesidad de auxiliar a los necesitados de Murcia, que se consigue fundar una junta de auxilios, integrada por elementos por todas las corrientes de ideas.

El católico, el indiferente, el materialista, el protestante, el espírita — Dice Amalia en un comentario de El Eco —, todos se unirán en un fraternal abrazo.

Bonita actitud, especial situación para registrar los beneficios de la fraternidad humana. Todo hecho, cada circunstancia servían a la directora de materia útil, para demostrar sus conceptos idealistas. En ciertas ocasiones, las hazañas de la policía de la prensa le inspiran unas pequeñas salidas irónicas:

Pésames damos a nuestra querida colega Gaceta de Cataluña, por haber sido condenada a veinte días de suspensión. Afortunadamente, el vuelo del espíritu no tiene fiscal que lo pueda prohibir.

En otra ocasión, los pésames son dirigidos a un nuevo colega condenado.

Le damos el pésame a nuestro colega La Correspondencia de Cataluña, por haber sido condenado a treinta y cinco días de suspensión, pero... ¿qué son treinta y cinco días, cuando sabemos que todos los ideales para desenvolverse disponen de un día sin noche, pues las ideas no pueden ser prohibidas, están perpetuamente vivas? Así, pues querido colega, esperemos.

En circunstancias sucesivas el comentario habla de un periódico excomulgado:

Un síntoma de la intransigencia de la época, por parte de los representantes del clero, lo da la noticia de que el periódico espírita El Faro, que se edita en Sevilla "fue excomulgado por el eminentísimo prelado que gobierna aquella diócesis, afectando a todos los operarios que trabajaban en su impresión, distribución, etc. etc... y aun más a todos los suscriptores".

El comentario que remata la redacción de La Luz,

mencionando la noticia, dice lacónicamente, pero con justicia:

¿No es verdad que algunas veces parece una mentira que estemos en pleno siglo de las luces? Para todo llega un día en que se adhiere al muelle, Las excomuniones son, por lo visto, el último grito.

Josefa Pujol de Collado, una brillante colaboradora de Amalia, fundó una revista El Parthenon. Las columnas de El Eco se adornaron fraternales para firmar la aparición y hacer comentarios entusiasmados que son parte de la ética profesional. Pero no se detiene apenas en esto. Ofrece la dirección de la redacción, teniendo en cuenta los suscriptores, así como los diversos locales en que se pueden tomar suscriptores. Aclara en cuanto a la noticia de su precio y ofrece todos los detalles que puedan favorecer la búsqueda de lectores.

Trabajando así, vence el plazo de la prohibición que cayera sobre La Luz del Porvenir. Por decreto real, que dice en su parte fundamental: "Se suspende la prohibición de todos los periódicos que están censurados y que se encuentren cumpliendo pena o deban cumplirla, en virtud de la sentencia dictada anteriormente a la publicación del presente decreto.

Gracias a la gracia – Escribe Amalia con muy buen humor.

Por concesión de Su Majestad, D. Alfonso XII, La Luz del Porvenir vuelve a surgir entre los demás órganos de la prensa. Y lo hace diciendo:

La luz vuelve a brillar.

Así se titula el editorial de retorno con fecha de 11 de diciembre de 1.879. El periódico estuvo interrumpido durante cinco meses, sin embargo gracias al suplemento regular de los 26 números de El Eco de la Verdad, siguió su tarea sin cambiar, sólo el título. El que se renueva es el apresuramiento de Amalia de estar en los editoriales, con vivacidad efectiva y afectiva. Trabajo de periodismo y humanitario.

El relato de un caso real de amor conyugal arranca lágrimas y levanta esperanzas en los lectores humildes o poderosos, pues hay

de todo en lo que redacta la vivaz andaluza ya entonces puesto a la cabeza de tareas de grandes proyecciones.

—Fuimos a ver a una amiga — Dice el resumen de uno de sus muchos relatos — En frente de su casa están construyendo un palacio. Al tocar las doce horas, los trabajadores se esparcen por la plaza. Van llegando varias mujeres con sus cestas. Las sombras de los árboles se acomodan con los hijos del trabajo para restaurar sus fuerzas. Uno de los picapedreros vino a sentarse cerca de la ventana en la cual estábamos apoyadas. Era un hombre joven de rostro agradable. En poco tiempo llegó una jovencita simpática y encantadora. Vestía pobremente, pero con cuidadosa limpieza. En el brazo derecho sostenía a un niño de un año. Del izquierdo colgaba una gran cesta. Al verla el hombre cogió al niño en los brazos diciendo alegremente.

— ¡Vaya! ¿Este pillo no quiso dormir hoy? — y besó con cariño el rostro del pequeño.

—Ya verás — dijo ella —, era la hora de dormir del pobrecito, pero como tú te distraes tanto con él, yo me dije: Vamos haremos que tenga un almuerzo completo.

Al decir esto, la joven comenzó a descargar la cesta. Cogió primero un paño de los platos más blanco que la nieve, lo extendió en el suelo, colocando después dos platos, una botella de vino, dos vasos, pan y manzanas. Por último llenó los platos con una porción humeante de arroz que traía en una brillante cacerola.

— ¿De qué santo es el día hoy? ¿Por qué hiciste arroz a la valenciana? — Preguntó él alegremente, sentándose en el suelo, y buscando acomodar confortablemente al niño.

Como veo que comes tan poco cuando te traigo el cocido — replico ella cariñosamente —, traje arroz para mejorarte el apetito.

El hombre, sin duda para hacer honor al plato que su esposa cocinó, se dio prisa en comer como si tuviese un hambre devoradora.

La escena deja a Amalia pensativa. Se queda seria ante ese simple y gracioso cuadro conyugal, que luego se transforma en un

artículo.

Así escribía y procedía la cronista de los pobres.

Las personas medianamente acomodadas le pedían con frecuencia que escribiese sobre cosas más alegres y risueñas y la advertían de que, generalmente, el tema de sus escritos era la tragedia que los conmovía demasiado.

¡No puede ser! — contestaba sonriendo — ¿No veis que soy la cronista de los pobres? Estos no saben lo que son alegrías. Si los que constantemente sufren se consuelan con mis escritos, y como mi objetivo es consolar con mis palabras — ya que no puedo hacerlo con mis buenas obras —, escribo para mis lectores especiales. Si me entienden, si mis narraciones despiertan sus sentimientos y el horizonte de su vida les parece menos cargado de nubes, me doy por satisfecha, pues este es mi objetivo: Ser útil a una fracción de la Humanidad, la que más necesita de atenciones cariñosas... yo no escribo para aquellos que sufren todas las amarguras, y dan la impresión de ser un estorbo por todas partes porque son pobres.

Las noticias diarias de los periódicos le servían de tema: la pena de muerte aplicada en diversas partes del mundo; una operación de cesárea; un niño fenómeno; todo eran elementos propios para las páginas de La Luz, persiguiendo las finalidades propuestas en sus elevadas campañas.

Recibe diariamente correspondencia con periódicos para que se ocupe con tal o cual tema angustiante; que solicite al mundo espiritual consuelo y soluciones de problemas; la explicación de intrigas que trascienden los límites de lo normal conocido e inaceptable al simple análisis. Ella no puede atender a toda la avalancha de pedidos que llegan.

Tendría que escribir día y noche, durante más de medio siglo — Decía — Yo no soy médium mecánico. Acepto de los espíritus aquello que está conforme con mi razón. Trabajamos a media.

Seleccionaba entonces los pedidos, extraía los más angustiosos, los que venían de los pobres, de los desvalidos, de los desheredados de la suerte. Y he ahí una nueva crónica...

No sólo dedicaba su atención a lo material que llegaba a su mesa de trabajo. Amante extraordinaria de la libertad, se daba el deber de visitar las cárceles, donde iba a llevar consuelo a los que los azares de la vida habían enterrado en aquellos túmulos para vivos, como acostumbraba llamarlos. La cárcel de Barcelona, por ejemplo, no podía reunir peores condiciones. El edificio no fue construido como prisión. Abrigaba, según se sabía, un convento erigido para una comunidad religiosa. Era un casaron de formación estrambótica, lleno de escaleras, corredores, curvas y esquinas, dorado de salas sombrías en las que vivían almacenadas — si se puede decir vivían — gran cantidad de hombres, sin aire y sin luz suficiente, sin la más elemental comodidad, sin tener siquiera donde sentarse.

Había también lugares reservados para los que pudieran pagar el lujo de tener derecho a alguna comodidad. Pero los pobres, los que no tenían los privilegios que el dinero da, sólo disponían de dormitorios y patios donde se refleja patéticamente el horror del crimen y del abandono social.

— Allí estaban aquellos hombres — Describía La Luz —, como perros, perros sin dueño, vagando por patios o debajo de una pequeña cubierta que medio los resguardaba de las lluvias torrenciales del invierno y del Sol abrasador del verano. Allí estaban aquellos desgraciados, la mayor parte jóvenes y llenos de vida, en la más perjudicial disponibilidad, pues sólo trabajaba su imaginación, odiando una sociedad estúpida que no sabe evitar el crimen y tampoco castigarlo. La sociedad — Concluye Amalia en su pertinente comentario — reúne la imbecilidad a la crueldad: destruye el cuerpo y desmoraliza el alma.

Casi todas las cárceles españolas de ese tiempo, salvo ligeras excepciones se encontraban en las mismas condiciones de la penitenciaría catalana.

— Son las universidades del robo — Decía Amalia al respecto — Los hombres no podían allí, de ninguna manera, moralizarse. Era totalmente imposible, les faltaba todo para proseguir viviendo — Dice en el mismo comentario en otra parte —, sus camas son miserables, las salas pestilentas. Los presos enfermos, prefieren la

muerte a verse en el sucio aposento que pretenciosamente es denominado enfermería. Allí el corazón más duro se siente oprimido viendo los pobres enfermos que eran depositados en aquel lugar. La sección designada de las mujeres, de la cárcel barcelonesa, no poseía aspecto tan repugnante como la otra dependencia. Había un poco más de higiene, mayor cuidado y esmero. Se hacían alinear las reclusas en dos filas. Entre ellas había jóvenes bellas, al lado de ancianas repulsivas. En unas y otras pesaba el delito del crimen.

Ante aquellas Venus pecadoras, Amalia reflexionaba:

¿Cómo puede ser tan perfecto el cuerpo y tan atrasada el alma?

Los otros casos, tristes disturbios psicológicos, manifestaban fieles reflejos de una encarnación transcurrida en el lodo y la sombra. Sus rostros mostraban el innegable retrato de sus desvíos. Amalia recorre esos antros encontrando los más decepcionantes especímenes humanos. Uno de los reclusos le pedía tranquila y serenamente una camisa. Matara pocos días antes, dos mujeres. Otro criminal le dirige ásperamente una broma de muy mal gusto, dada su situación:

No sé porqué se empeñan en mantenernos aquí. ¡Sin duda es para que no nos constipemos!

Terminada una de esas terribles visitas, al oír el crujir de las llaves que cerraban detrás de ella el portón de entrada sentía una vaga compasión y desprecio por la Humanidad. Se volvía para lanzar una triste mirada al sombrío edificio y exclamaba con profundo suspiro:

— Soy libre como las águilas.

Y allá se iba la periodista seria, la fuerte, la que no se divertía con sus poemas frescos y sutiles. Acababa de penetrar las profundidades de la miseria humana para recoger material destinado á sus artículos, al mismo tiempo que llevaba el consuelo a quien quería oírla, el auxilio al que lo solicitaba, rayos de esperanzas que, en muchas ocasiones, se revertían luego en sus

cartas que los presos le enviaban, y en las cuales la hacían saber que su obra no caía en el vacío.

Un detenido que se consumía en el desespero, cuando iba a ser firmado su indulto, este le fue negado. Su esposa se encontraba entonces gravemente enferma y empeoró, dejando a sus hijos en la mayor desolación. Desesperado el infeliz pensaba en el suicidio. Fue cuando llegó a sus manos una colección de La Luz del Porvenir. Modificó entonces sus ideas suicidas y, en una carta que dirigió personalmente en su parte final dice:

Hoy puedo creer, Amalia Domingo. Soporto con resignación mis muchos sufrimientos y sólo deseo que no me falten libros espíritas.

La penetración que había conseguido La Luz en las cárceles, demuestra su valor incalculable. La cárcel de Tarragona había recibido la suma de diez mil pesetas y treinta céntimos, resultado de las muchas colectas iniciadas por Amalia para los necesitados y que llegaban con una nota sentimental, firmada por varios confinados. Hojeando las colecciones de la revista, a menudo se encontraba referencias de humildes donativos mínimos, más elocuentes, ya que partía de los propios presos, de los más diversos puntos del país.

Hechas pintorescos para el lector de nuestros días es el material enfocado por otros temas. La noticia viene de un lector. En Villaseca, Tarragona, falleció el dueño de la casa donde se instaló un grupo espírita. Cuando se trataba de darle sepultura, en el último lugar del cementerio local, se tuvo que pedir el socorro de las autoridades locales, pues se trataba definitivamente de dar curso al expediente sin orden superior, la cual era ofrecida por el obispado de Tarragona.

Se envió a una persona al obispo. Este firmó una orden terminante en el sentido de que en ninguna hipótesis fuese permitido enterrar el cadáver en el cementerio ya que era este un lugar sagrado y el difunto pertenecía a la maldita escuela espiritista. Los representantes del clero, imbuidos de preconceptos y falsas ideas y que Amalia llamaba sabios doctores ultramontanos, cargaban sus viejos arcabuces conceptuales contra

toda idea o acción espírita, que eran recogidos en La Luz poniendo en evidencia los acontecimientos, denunciándolos a la opinión pública. Decían los representantes clericales en una de esas ocasiones:

"El Espiritismo es obra exclusiva del demonio que hace sus prosélitos en las naciones católicas, pues entre los pueblos temerosos a Dios, los santos exorcismos expulsan a los malos espíritus. Los espíritas son gente de costumbres licenciosas. Los amantes del orden nunca aceptan creencias execrables. Los espíritas son amigos del libertinaje. Todo lo atribuyen a la materia, no recordando el alma. Son los cartomantes que leen la "buena dicha". Los curas de la iglesia prohíben a la multitud que se acerquen a los espíritas, de los cuales todos deben huir, dejándolos en el más completo aislamiento. Las almas cristianas deben pedir a Dios que castiguen a los prevaricadores de su Iglesia y eso deben hacerlo las autoridades de la Tierra: castigar a los espíritas, como mentirosos y farsantes. Por motivo de haber muchos espíritas, los que profesan esas creencias maléficas no se creen obligados a ir a confesar. Viven sin creer en Dios, en el Padre Eterno, o en lo que dice la Biblia".

Un sacerdote de Monistrol – Otro episodio –, debía hacer el sermón de práctica correspondiente al 25 de enero de 1.880, dedicado a San Antonio, cuya fiesta se conmemoraba en aquel día. En lugar de hacerlo, se dedicó a descalificar a los espíritas, acusándolos de sustentar una doctrina perniciosa, inmoral, subversiva, llamándolos de la "desgracia y ruina de la sociedad" y otras calificaciones de más subido tono ofensivo.

Los fieles protestaban al sacerdote el olvido hecho al panegírico del santo del día, pues, por tradición se debía proceder a la bendición de los animales. El clérigo adujo que en esa oportunidad quería dar la bendición a los espíritas que eran animales de primera clase. Tan simples e ingenuos conceptos podían ser rebatidos fácilmente por el brillante racionalismo de la directora de la Luz. Lo más grave era que, por detrás de tales expansiones de la curia, existían fuerzas que los volvía dueños de la situación, al menos aparentemente, en todas las edades de la vida del ser humano, incluso en los aspectos más íntimos.

La Iglesia Católica tenía patrio poder en relación a la vida y la muerte de los habitantes del país. Los cementerios estaban bajo su dominio exclusivo y no recibía sagrada sepultura quien no estuviese en gracia con la organización. La referida tutela repugnaba a mucha gente liberal, que no aceptaba aquella dependencia absolutista y caprichosa que no respetaba una circunstancia tan especial, tan personal, tan íntima como deben ser los últimos deseos de un individuo.

Los conflictos resultantes de ese hecho son numerosos. Había casos en que no se encontraba donde sepultar los cadáveres por causa de la prohibición establecida por las autoridades dogmáticas. Era como si los muertos les pertenecieran. Por otro lado, la Ley establecía que los muertos tenían que ser enterrados en los cementerios.

La Luz hizo eco a los numerosos incidentes provocados por esa situación. Había casos verdaderamente singulares. Uno de ellos es descrito. Se trataba del pariente de un espírita. Se deseaba promover un proceso judicial contra el clero por haber prohibido que los restos mortales del muerto fuesen depositados en un nicho de su propiedad, en el Cementerio de San Ginés.

En esa pugna andaban las cosas cuando, en una reunión mediúmnica, en la cual estaban presentes los litigantes, el espíritu del muerto se manifiesta aconsejando:

Prohíbo terminantemente a mis hijos y amigos que establezcan una demanda contra un hombre que apenas cumplió con su deber. No es él quien me deja en mi antigua casa, fui yo quien abandone por mi libre voluntad las Iglesias y sus sombríos cementerios. Si en mis últimos años de vida nada quise de los vicarios del Cristo, si estando vivo los deje, ¿por qué pretendéis que ellos me quieran muerto? ¿No comprendéis que eso no es justo?

Otro caso también interesante y que hoy parece el cuento de la caperucita, sucedió de la siguiente manera:

Un libre pensador falleció y, en sus últimos instantes solicitó que no le dedicasen ninguna ceremonia religiosa, por haber sido contrario a ellas durante su actividad pública.

Se cumple el pedido. Todavía, como su cuerpo debería ser depositado en un nicho que la familia poseía en el cementerio católico de Barcelona, los parientes tuvieron que soportar los contratiempos de la rutina y pagar al capellán para que cantase en el local.

Siendo un hombre público, el finado atraía un gran cortejo público, calculado en unas mil personas ansiosas por oír discursos fúnebres pautados por la lógica, con los cuales se despedían civilmente de un amigo que partía. Esto fue, mientras tanto, terminantemente prohibido. En cuanto los empleados partían la losa para introducir el féretro, se comienza a oír voces que reclaman el justo homenaje. Así estaban las cosas cuando el cura encargado del cementerio, quiso cumplir con su misión, comenzando a recitar sus oraciones. Fue cuando uno de los presentes grito airado:

¿Cómo ese hombre puede hablar y nosotros no?

Las voces se irguieron al punto de provocar una confusión impropia en tan solemnes circunstancias. Hubo un poco de silencio y uno de los oradores comenzó a expresar sus sentimientos de un núcleo de amigos que habían velado al muerto y compartido con él luchas en el pasado.

Los enterradores, a su vez, creyendo que la calma había vuelto, volvieron a golpear la losa, a fin de abrirla.

— ¡Silencio!

— ¡Abajo la Iglesia Católica!

— ¡Fuera! — sonaban amenazadoras las protestas promoviendo un estado de tensión bastante impropio.

Una voz potente rezumando energía obtuvo la paz y los oradores dijeron sus panegíricos en cuanto los demás engullían su ira...

Dentro de aquel cementerio parece que estábamos en el siglo XIII — Fue la expresión de uno de los presentes, pintando con

rápida pincelada lo sucedido.

La Luz se hace eco del episodio. Y saca de él lógicas conclusiones. Mientras tanto, cierto día, se produce una revolucionaria novedad motivada por tal situación. Fue en la vigorosa Barcelona, en Tarrasa, dentro de las actividades de D. Miguel Vives y Vives, donde se fundó la Sociedad Humanitaria de Entierros Civiles, con personajes civiles otorgada por autoridades competentes. Los objetivos de la sociedad "como sucede en todos los países civilizados" — según se consigna en el Estatuto Social —, son los de, sin hacer cuestión de credo político o religioso, ni del más rico o del más pobre, concurrir para la celebración de entierros laicos en la forma más económica posible.

Una junta nombrada por los socios se encargaría de cuidar de todos los trámites inherentes a su función a cambio de una módica suma de cuota mensual.

Los pobres, sin recursos económicos gozarían de los servicios sin efectuar pagos. Estas muestras de avance social encontraban adecuada resonancia en La Luz.

Amalia comenzó a sentirse triste poco después de dar comienzo su trabajo periodístico. Su dirección no tenía aun seis meses y su trabajo era considerado justo y castizo. Un día, sintiéndose más meditativa que de costumbre, subió la terraza y se puso a escribir. El tema que surgía de su pluma era basado en pura melancolía. Allá se encontraba cuando Eudaldo entró. Era el amigo y el médium de confianza. Mal el muchacho tomó asiento junto a la periodista, cayó en trance. Y al influjo de la inteligencia que lo dominaba dijo:

Amalia, no extrañes la emoción que sientes: son mis fluidos que te envuelven. Después que te hayas acostumbrado a ellos, al revés de darte tristeza, te proporcionará alegrías. Necesitas de alguien que te auxilie en tus trabajos. No bastará la inspiración que recibas, ni las instrucciones que te dan indirectamente en las sesiones. Necesitas más aun. Como cada cual tiene lo que es de imprescindible necesidad, de hoy en adelante, sin día determinado ni hora fija, cuando tuvieras que redactar algún artículo que te parezca de mayor importancia, llama al médium y yo te daré las

explicaciones que te sean necesarias para que tu tarea se haga más fácil.

Era el Padre Germán. Su buen amigo espiritual, consejero y consolador de dolores, o instructor de todos los problemas, en los cuales necesitaba de consejo de su asociado del Más Allá.

Como enseñanza y para recreación de tu espíritu — Continuó la presencia imponderable —, dictaré algunos capítulos de mis memorias.

Esas memorias, una vez ordenadas, en febrero de 1900 y después de ser puestas en capítulos y lanzadas por La Luz, constituyen una lectura apasionante en que se destaca la vida ejemplar de ese simple cura que supo hacer de su eclesiástica un apostolado del bien y del amor al prójimo.

Con este impulso, esta maravillosa protección, Amalia puede redactar, en 1884, diez artículos refutando conceptos de un clérigo perteneciente a las Escuelas Pías: Francisco Sallarés, pronunciados en una serie de conferencias hechas en la Catedral de Barcelona y en las cuales combatía El Falso sobrenaturalismo de la secta Espírita. Las notas fueron publicadas en el periódico El Diluvio y en La Luz.

El capellán, Francisco Sallarés, esculapio, al leer los artículos refutando sus sermones, publicados en la Cuaresma, dirige una carta al director de El Diluvio, diciéndole que en las notas habían publicado una serie de inexactitudes, de modo que al revés de poner a cubierto la pureza doctrinaria de sus enseñanzas, se desautorizaba y los destruía sin más discusión.

Amalia aprovecha la coyuntura para iniciar en la edición de La Luz del 17 de junio un nuevo ataque contra la publicación in extenso de la carta del sacerdote y la continuación que ella enviara en contestación. En esta decía entre otros argumentos: "Los miembros de la Iglesia Católica romana sólo provocan las escuelas filosóficas en el interior de sus templos donde nadie puede contestarlos. Pero en la prensa, los sacerdotes católicos enmudecen, dan evasivas o, llegan a escribir algún libro, y cuando ya se pasó el momento oportuno, cuando se olvidó el asunto en pauta, como

sucedió a Manterola con su libro Satanismo".

Hace valor, en la misma situación de sus derechos de argumentar públicamente en una discusión que se había propuesto, ya que había desmerecido el ideal por ella sustentado.

En el número 24 de junio de 1884, la revista, bajo el título de Impresiones en la catedral al oír al Padre Sallarés refutar el Espiritismo, inicia una serie de cinco artículos que finalizan en la edición del número de 21 de agosto.

El tono con que se expresa Sallarés no difiere de los otros en cuanto a la originalidad. Basta extraer un párrafo para tener una idea de la inflexión que sirve de base a su sermón.

"La inmerecida moda del Espiritismo — dice Sallarés —, se debe a que el pueblo es destituido de la fe. Por eso Lucifer, aprovechándose de la ocasión quiere tomar así a los incautos, proclamando el Espiritismo como una novedosa religión cuando en verdad, es de carácter demoníaco. Los hechos maravillosos, verdaderamente sobrenaturales, que pertenecen a la influencia de Dios son la de detener el Sol, pedido por Josué, dar luz a los ciegos y agilidad a los paralíticos. Eso no lo hacen los fenómenos espíritas. Luego, sus demostraciones no son de Dios".

Amalia no tiene dificultades en echar abajo los argumentos tan tontos, propios de una parroquia acostumbrada a no pensar. En ese mismo año, una década después de la aparición de la revista, D. Juan Torrens le cede la propiedad de La Luz del Porvenir, que ya tenía la vida asegurada. La publicación cubría sus gastos y gozaba de alto prestigio en todo el ámbito espírita de habla española. En el número de La Luz del Porvenir del 23 de febrero de 1884, trae una Advertencia importante. Inmediatamente surgen los títulos de cabecera, dando la noticia del hecho.

No puede hacer menos la directora, es la ocasión, además de dedicar, con trazos emocionados y sinceros, el editorial subsiguiente, titulado con la simbólica frase Una deuda de gratitud, dedicada a los fundadores del semanario espírita La Luz del Porvenir, como sólo ella sabía hacerlo.

Teje la historia de su trayectoria periodística y deja sellado su profundo agradecimiento a Llach y a Torrens, que fueron los que hicieron posible materialmente una tan colorida actuación, cual era la suya, crear sin miedo la revista que permitía irradiar su Luz en el mundo de sombras, de dolores y de pobreza.

Desde entonces la revista ya no conservaba aquel conocido pie de prensa que sellara, hasta entonces, el esfuerzo tipográfico de Torrens. Los números siguientes vienen con la dirección: prensa de Cayetano Campins, calle Sta. Madona 8 y 10, Gracia. En 1885, febrero, durante un lapsus motivado por la Cuaresma, otro sacerdote y nuevamente en la Catedral Basílica de Barcelona, el Padre Fita, famoso orador sacro de la Compañía de Jesús, inicia otro ataque al ideal defendido valientemente por Amalia.

En nueve artículos la tenaz andaluza rebate uno a uno los conceptos del sacerdote.

Estos son publicados en El Diluvio. La tónica de los ataques al Espiritismo por parte de estos sacerdotes — para el cual Amalia no dejó de llamar la atención, particularmente por la sombra de Ignacio de Loyola —, como sucedía a todos los oradores del púlpito, estaban concebidos, como siempre, en el pilar satánico.

Son precisos también los artículos de la Luz, hechos bajo el título de Comentarios sobre los sermones del Padre Fita.

De inicio la dirección pide disculpas a sus lectores por tratar allí de asuntos tan áridos y que no eran de su gusto. Tomaba tal medida a pedido de un gran número de ilustres amigos que habían leído El Diluvio.

El párrafo síntesis, en el cual puede resumirse la elocuencia inspirada de la directora, se lee textual y elocuentemente:

Una de las grandes debilidades de que sufre la religión romana, es la de presentarse como la única poseedora de la verdad, la dispensadora de todas las merced, queriendo aparecer como liberadora de la Humanidad, cuando fue y será, la dominadora absoluta del libre pensamiento.

De todo eso surge un hecho lisonjero, que Amalia reconoce y

no deja pasar. Esas polémicas la obligan a proveerse de datos, que distribuye a caudales y a estudiar constante y febrilmente, aumentando sus conocimientos, dando vuelo a su tremendo y siempre creciente afán de saber más y más.

Tanto éxito obtuvieron los artículos, oponiéndose al delirio de Sallarés y Fita, que sus amigos de Cienfuegos resuelven editar, con los artículos, un folleto que titularon: Impresiones y comentarios sobre los sermones de un escolapio y un jesuita.

Esperando la tarea de la difusión espírita en Barcelona, había un periódico mensual denominado Revista Espiritista – Diario de Estudios Psicológicos, fundado en 1868 y dirigido por D. José María Fernández Colavida. Era esta una revista de 28 páginas, portadora de la colaboración de hombres muy eminentes en el ramo de las ciencias y dotados de capacidad mental digna de la mayor empresa. Su material era copioso y sin desperdicio de espacios, en la defensa y divulgación del ideal que habían abrazado, destacándose artículos de Mateo Arnaldo y Manuel Navarro Murillo, nombres célebres en los ambientes filosóficos y de los cuales la revista argentina Constancia publicó algunos trabajos en aquel tiempo.

D. Fernández Colavida era un gran amigo y admirador de Amalia – admiración además que era reciproca. Tuvo una vida difícil, llena de reveses, pero supo superar la adversidad y adherirse a la causa espírita, a la cual daba todos sus mejores esfuerzos con ardor y constancia. El día 3 de diciembre de 1880 pasó a la posteridad. Muy pronto, en la mañana de ese día, Amalia recibió la noticia de que Fernández expiraba. Cuando llegó al pie de la cama del amigo... ya no respiraba el aire de este mundo.

Amalia envió telegramas a Llach y a Vives que se encontraban fuera de Barcelona. Se reunió a los correligionarios y manifestó su deseo de decir algo al respecto de la muerte ante el túmulo que se abría para recibir en su seno al gran amigo.

En Barcelona los preconceptos sociales, los convencionalismos de la curia no permitían que las mujeres fuesen hasta el cementerio en los entierros. Más allá de eso, como Fernández fue en vida un hombre muy modesto y poco amigo de exteriorizaciones

demasiados aparatosas, algunos compañeros convinieron en que Amalia no debería hacer aquello que se le pasaba febrilmente por la cabeza.

Al día siguiente llegaba Llach, que dejó todo a fin de participar en los homenajes prestados al querido maestro barcelonés. Con su buen tino y autoridad de siempre, se dirigió a Amalia preguntándole:

— ¿Qué piensas hacer?

— Deseo acompañar a Fernández — respondió ella emocionada, añadiendo: — Los amigos de Barcelona dicen que no queda bien que las mujeres acompañen los féretros al cementerio.

— Pues yo te digo — le interrumpió D. Luis —, que no sólo tienes la obligación de ir, sino también la de escribir una poesía para ser leída ante él fue, nuestro gran amigo.

A la hora del entierro, hecha la poesía, sabedoras de que Amalia integraría el cortejo, varias damas se unieron al grupo, tomando idéntica deliberación.

Junto al túmulo, Amalia leyó su poesía. Y un golpe más se daba a los convencionalismos de la España católica, soberbia por la fuerza de su clero, dispuesto a imponer su voluntad a cualquier precio.

Los diversos pedidos de auxilio en dinero, destinados a los necesitados, permitieron a la directora de La Luz publicar en sus páginas lo que repartió entre los pobres, desde el 26 de abril de 1881 al 8 de abril de 1891 la cantidad de 9.272 y 35 céntimos, con las cuales se enjugaban muchas lágrimas, se consolaba a muchas viudas y se dio pan y abrigo a los pobres huérfanos necesitados de todo.

Con respecto al dinero que recogía, hay episodios muy pintorescos. Uno de ellos es relatado por el gran pensador argentino D. Cosme Mariño en su obra El Espiritismo en la Argentina. Amalia había comenzado a colaborar en la revista Constancia desde la época de la aparición de La Luz (1879) y continuó mandando sus artículos hasta el fin de sus días. Su

última colaboración fue incluida en la revista argentina en junio de 1909, dos meses después del fallecimiento de la autora.

Envista de la tarea que la infatigable periodista realizaba a favor de los desvalidos, la comisión directora de la sociedad Constancia acordó pagarle una mensualidad de cincuenta pesetas.

Al agradecer a Mariño la contribución de la sociedad por él dirigida, escribió Amalia en su misiva:

"No puedes imaginar (Amalia acostumbra a tutear a todos sus amigos) cuán grande es el auxilio que me dan los argentinos con ese pequeño puñado de pesetas. Debes saber que yo vivo y me sustento siempre confiando en la Providencia y si alguien existe sin que su economía se resienta de algunas pesetas por darlas a fin de mantener la causa abrazada, este no sabe lo que es dar, pues toda su vida está concentrada en tomar".

En otra carta decía a D. Cosme Mariño:

Yo vivo en la esperanza de la Providencia. La Providencia es mucho más poderosa y benéfica de lo que yo podía imaginar cuando, por primera vez y a falta de todo, me senté a escribir a favor de la difusión de la causa espírita. Ahora el dinero me llega de todas partes, no con mucha regularidad (asómbtrate), pero siempre con una oportunidad tan exacta que no puedo dejar de creer que estoy muy protegida por el mundo espiritual".

Debido a un momento de necesidad eminente que debía desequilibrar las finanzas de Constancia, se hace necesario suprimir el pago dirigido a Amalia. Mariño decide, por su cuenta, apelando a través de la revista a los muchos amigos de Amalia, realizar una colecta en beneficio de su obra. Al término de un mes se consiguió reunir mil trescientas pesetas.

Aconsejaron a Mariño remitir la suma. "Conociéndose la" mano abierta" de Amalia, le pidió que no se excediese en compartir con sus pobres y pensase un poco en ella y en sus ojos afectados.

La andaluza, que vivía permanentemente en ella, responde que la medida era justa, pero que no garantizaba su éxito. Pedirle que no diese lo necesario cuando en su bolso había, era como decía

ella, graciosamente pedir "peras al olmo".

El gran prestigio de que gozaba Amalia puede ser demostrado por la segunda colecta que Mariño promovió. Por ese tiempo Amalia ya se encontraba muy mal de salud. La campaña rinde tres mil seiscientas pesetas. Una sección casi permanente en la revista española, llevando por título Dinero para los pobres, invitaba a sus lectores a la contribución para el amparo de los desvalidos. Amalia administraba minuciosamente cada peseta, cada céntimo, dando periódicamente cuenta de lo que recibía y de lo que iba distribuyendo describiendo como era hecha la dádiva. Muchas veces se leía al finalizar esos informes, frases lapidarias que eran un verdadero llamamiento: Despertando las atenciones: Es preciso que nada permanezca en las cajas de los pobres.

Un singular pedido está impreso en varios números del año 1892 Suscripción permanente para un mártir del Espiritismo, y en uno de los informes se lee: Suplicamos encarecidamente a los espíritas que no olviden a un "mártir del espiritismo". Para muchos la dádiva no llega a ser un sacrificio y se hace una obra de justicia atendiendo a quien podía nadar en la abundancia y que, para no traicionar sus ideales, hoy se ve reducido a la miseria. Cumplamos con nuestro deber y haremos un bien a quien honra nuestra escuela filosófica.

Todavía su acción, con este objetivo, no se circunscribía apenas a solicitar subcripciones a los amigos. Cuando nada existía en la caja de los pobres recurría a los muchos y valiosos regalos que le llegaban de sus numerosos admiradores, agradecidos y beneficiados espiritualmente. Convertidos en dinero, circulaba el producto a los cuatro vientos de la necesidad.

Muchas veces, abrumada por el dolor, en la vehemencia de su temperamento ardiente, se quejaba de su suerte y de la miseria que la oprimía. En esos estados del alma, partía presurosa para el hospital de Santa Cruz. Allí hacía examen de conciencia. Ante el dolor, la desventura de los internados, sentía alivio para su angustia. Percibía que blasfemaba al quejarse de sus males. Buscaba el ejemplo más patético del dolor y, ante el cuadro, se inspiraba para decir:

—En mis visitas al hospital aprendí a conocer la justicia de Dios y me convencí de la inferioridad de mi espíritu. Allí me sentí muy pequeña y muy grande al mismo tiempo.

— Qué falta de sentido, ¿no es cierto? No tiene explicación posible al lenguaje humano para lo que sentí junto al lecho de un enfermo en la sombría sala de un hospital.

A veces siente su cabeza como vacía. A su pluma le falta la debida agilidad que es necesaria para redactar un texto apropiado; se resiente por no dar respuesta adecuada a ciertas preguntas filosóficamente más profundas, que surgen acerca de la interpretación primera de los fenómenos del espíritu, partidas de un indagador profano.

En su literatura, espontánea y fluida, se nota a veces la falta de altura filosófica de que no dispone la pluma hábil, ejercitada en tales especulaciones. Mientras tanto se puede percibir sin esfuerzo cuando Amalia apela a los ejemplos vivos, a las circunstancias nacidas de los acontecimientos diarios, comentando con habilidad y destreza. Alcanza el ejemplo y ofrece un ejemplo que sirve para todos.

— ¿Cómo se presentan los espíritus?

— ¿Cómo son percibidos?

— ¿Cómo sonoídos?

— ¿Se muestran claramente?

— ¿Son bonitos o feos?

Y así sucesivamente. Así de complejas, son las preguntas que llegan a su mesa de trabajo para que las responda bajo la medida de cada inquietud con que es formulada.

Entonces enfoca la lente de su imaginación en acontecimientos similares promovidos por la vida cotidiana. Procura el ejemplo adecuado adaptándolo a las circunstancias y, de ahí, extrae la respuesta, la clara y feliz respuesta que, de las columnas de su revista lleva la conformidad a un contingente

numeroso de ansiosos y deprimidos.

Cuando los recursos no llegan por esa vía, apelaba a Eudaldo, que recibía las influencias del Padre Germán y elucidaba los más intrincados problemas psicológicos, espirituales o incluso de origen material.

Amalia no podía albergar el desaliento por mucho tiempo pues cuando no venía el auxilio, llagaba la carta humilde del hombre común, del presidiario, del desvalido. O la palabra de la mujer del pueblo que decía:

Mi marido me encargo felicitarla en su nombre, pues lo que la señora escribe es lo que más le agrada. Y a mí también. Yo no sé leer. Mi marido lee la luz del Porvenir para que yo lo oiga. Y pasamos bellos momentos.

Un trabajador escribió:

Llevo la Luz cuando voy para el campo y a la hora de la siesta, la leo con mejor entendimiento.

Son confesiones plenas de sinceridad. Adhesiones sinceras, estímulos para quien eligiera como materia de sus escritos precisamente destacar las vicisitudes de los desheredados del mundo.

Por eso decía Joaquín Dicenta, dando un discurso en una reunión y propugnando por la enseñanza laica en las escuelas elementales:

Según el último censo de la población, el número de ciudadanos españoles que no saben leer alcanza la pavorosa suma de 11.945.871. Parece mentira que eso ocurra en un país que se dice civilizado. Esas personas poseen todos los elementos necesarios para disfrutar de los beneficios de la lectura. Tienen un cerebro para pensar, un alma que puede sentir, inteligencia y sentimiento, lo que, en último análisis, diferencia al hombre de los restantes seres animados. Mientras tanto, ¿de qué le sirve el cerebro si lo dejan tal como la naturaleza lo entregó, sin modificarlo, sin ejercitarlo, sin pulirlo, entregado a sus propios impulsos, cerrado, con triple cerrojo a toda idea y a todo progreso?

¿De qué le sirve el alma si nadie se preocupa en educarla?

En ese escenario es necesario que se coloque Amalia para comprender la tarea por ella realizada en condiciones tan difíciles como son las culturales que, con todo el empeño procuraba mejorar valiéndose de sus humildes recursos.

Madrid ya no era la capital de España y contaba con 173.032 analfabetos para una población de 470.283.

Espectáculos de la calle, de un dramático estremecedor, tal como lo que relata en una de sus páginas, traduce esa luchadora que desconocía treguas.

Por una calle de la ciudad, en cuanto la nieve caía, se veía un niño paralítico, aterrorizado, lívido, envuelto en harapos. Tocaba una pequeña guitarra para llamar la atención de los transeúntes en la esperanza de coger una limosna. El cuadro era patético...Un letrero colocado detrás del pequeño, sentado en un sucio cajón, decía: "Manuel Gay, huérfano de madre que, al venir al mundo, perdió también al padre. Se quedó paralítico tres meses después de nacer. Tiene 10 años y vive en el barrio sur.

La figura del niño causaba una penosa impresión. Entonces surgen en escena una hermosa niña acompañada por un lacayo vestido de librea, dando la impresión de uno de esos criados de familia muy adinerada. La niña demostraba gozar de todos los beneficios y favores de la fortuna.

Se aproximó al pequeño inválido y, compadeciéndose, le dirigió algunas frases amables y le dejó unas monedas cogidas del bolso de su abrigo, metiendo en su nuevo abrigo sus manitas, pues el frío era intenso. La vivaz niña percibió que al muchacho no se le escapó el lugar donde cayeran las monedas.

Todo se desenvolvía con tal espontaneidad, que dejó atónitos a aquellos que presenciaron las escenas.

Amalia respiró profundamente:

¡Qué cuadro reclamando un buen pincel!

En el siguiente número de La Luz, describía, con mano maestra, esta escena, con el comentario sobre el pasado espiritual de aquellas almas, todo en estilo tan agradable que de inmediato penetraba hondo en las almas de sus asiduos lectores.

Amalia era vidente. Su formación rígida y racional, haciendo presión en su subconsciente, impedía que esa facultad se desenvolviese en toda su plenitud. Sentada un día junto al balcón de su gabinete, en perfecto estado de vigilia, consciente con todos sus sentidos, he ahí que el panorama real, que se le presentaba delante de los ojos, gana un ambiente nocturno y una especie de sol resplandeciente ilumina una inmensa y solitaria planicie. Una dama se hace visible... Rostro hermosísimo, pero de sus ojos descendían abundantes lagrimas, aunque en sus labios se diseñara una enigmática sonrisa. Se aproxima a Amalia y se detiene. Aprieta contra el pecho un libro preso en una de sus manos; en la otra trae un ramo de flores secas que, lentamente va deshojando. Con la mirada, con el pensamiento, Amalia, le preguntó el motivo de su visita... La visión permaneció inmóvil y muda, todavía en su cabeza surgían dos letras: FE. Ellas se apagan en cuanto la señora lentamente se hace invisible y Amalia lee aun, en su cabeza la palabra: ¡Adiós! Cuando nada más queda de ella, en su lugar tiene la visión de cúpulas de catedrales que se consumen envueltas en un voraz incendio. Fuera al desaparecer la palabra FE se muestran las basílicas. Es un símbolo que, pocos días más tarde, Amalia iba a tener la ocasión de asociar a hechos reales.

En muchas situaciones tanto su pluma como sus palabras no le parecen capaces de ofrecer el consuelo que ella desea. Entonces apelaba para un ejemplo real.

Clara Ledesma era una amiga que, según ella misma, nació "bajo una mala estrella". Al ver la luz, su madre murió. La madrastra, que sustituyó a la ausente en un mísero hogar, la convierte en una mártir de su mal genio. Fue criada de una gran cantidad de pequeños endiablados que iban naciendo con el propósito, parecía de volver más amarga su existencia. Cuando la ocasión se presentó, se casó con un poeta enfermo. El procuró

dulcificar sus horas conyugales con un amor puro y un inocente romanticismo. Pero el pauperismo, cada vez más agudo, y la llegada de los hijos, no le permitieron disfrutar de esa peregrina felicidad que le viniera furtivamente con el matrimonio.

Un tercer hijo llega y el compañero parte...

Amalia procura consolarla con todos los argumentos a su alcance pues, ahora Clara era una viuda dependiendo de la caridad pública. Urge que inspire a la pobre amiga fuerzas para vivir.

¿Bastaría el ejemplo en palabras? Clara no podía darse por vencida. No podía retirar su alma de la desesperación. Amalia apeló para sus argumentos más racionales:

Existen mujeres más desgraciadas que tú, ¡muchísimo más! — le dijo un día.

La incredulidad que se pintó en el rostro de la otra fue una elocuente respuesta. La pobre mujer creía haber llegado a los límites de la desgracia humana.

— ¡Tú irás a verlas esta noche! — Exclamó Amalia.

Y cuando el manto de las sombras nocturnas envolvió la ciudad, partieron juntas a fin de aprender una gran lección del libro de la vida. Se encaminan por una calle que se denomina de Ramalledas donde, conforme Amalia iba diciendo en cuanto proseguían, se albergaban mujeres aun más desdichadas que ella, Clara.

Llegaron a una pequeña casa, en cuyo estrecho portal, inmerso en la penumbra, se reunían mujeres vestidas de blanco, pegadas a los portales, faltas de cualquier noción de pudor, ofreciendo su cuerpo al transeúnte que pudiese o quisiese alquilarlo. Amalia explica a la amiga cual es el destino de la meretriz.

— Su destino es más triste que el de la raza negra. Esta, por lo menos tiene la alegría de la maternidad, amamantar al hijito que guardó en su seno. La mujer pública debe librarse de ese fruto, pues estorba en su ruin oficio. Si un día se arrepiente y desea

regenerarse, todas las puertas se les cierran. Las condena el estigma de la difamación.

— Algunas entidades benéficas las acogen, pero sufren allí los peores martirios. Obligadas a los más rudos trabajos, les echan a la cara su vida pasada con satíricos refinamientos de crueldad.

No tienen ninguna esperanza más allá del degradante oficio. Si enferman, son llevadas a un hospital donde no pueden recibir visitas, como todos los enfermos. Y cuando la convalecencia les permite abandonar la cama, son sometidas a las hermanas de la caridad para encargarse de los trabajos más groseros de la casa.

Así charlando, iban recorriendo el antro de la prostitución, modelo vivo del más cruel y patético cuadro.

Amalia explicaba, intentaba convencer...

— ¡Qué horror! — Exclamaba Clara.

No desea seguir más lejos. Ya no piensa más en lamentarse. Al final gozaba de la felicidad proporcionada por un marido bueno y cariñoso, la delicia de ser madre y ver a los hijitos crecer; la de sentirse asistida por almas caritativas que la trataban como a un ser humano y no como lo hacían aquellas desdichadas: peor que los animales...

Viril, enérgica, práctica, Amalia hacía su obra. Observadora atenta del alma humana, apreciaba detenerse en las aldeas donde, según se decía: "Se ofrecía a la lectura las primeras páginas de la Historia, analizando los rudimentos de la ciencia del hombre en sus humildes y oscuras casas de tosco mobiliario, en torno de los fogones encendidos, en la vacilante luz de las candelas.

Cada uno de esos cuadros a sus ojos eran como los primeros pasos para la civilización.

Se dirigía un día para la provincia de Murcia, donde se celebraba la fiesta de los Reyes, denominada El Cabezón de Torres. En la pequeña plaza, Rambla, se ve llegar primeramente al ángel, un muchacho caracterizado con absoluta falta de arte. Montado en

una yegua se detiene en medio de la plaza y recita un desabrido monólogo ante la multitud apiñada en su espera.

Los habitantes del lugar abandonan sus casas en las montañas y se dirigen presurosos en bandos, para el escenario central. Una salva de tiros en el aire anuncia la llegada del mensajero. Todo es rústico, estéticamente pobre y denotando un inmenso mal gusto.

Aquel aparato, impregnado por un misticismo sui generis, hizo a la propia Amalia estremecerse. Era al final dotada de un alma sensible a toda la revelación íntima. Ella veía resaltarse en todo ese rudo aparato, en esa parodia que, en el fondo, era un modelo para recordar la tradición religiosa de aquel pueblo, una primitiva e ingenua concepción de todo cuanto se relacionaba con la fe.

Algunos actores amontonados en buenas cabalgaduras, representaban, de lamentable manera su admiración bromista, en la cual surge, ridiculizado, Herodes. La comitiva se dirige para la Iglesia, en la cual culmina la pantomima girando en torno del Adorado Infante.

La imaginación de Amalia, vibrando en todas las manifestaciones del espíritu, aunque las manifestaciones asistidas fuesen tan rústicas y pobres, supo comprender. Y ella escribió:

El culto es prestado a Cristo, no importa la forma. Tiene siempre algo que habla al corazón y esa fiesta también lo tiene. Pobres habitantes de las ladeas. Yo quisiera que cada día de vuestras vidas se multiplicasen y valiesen la cifra de un año, para que pudieseis rendir culto a Dios sin la necesidad de mascarar. Así veréis a Jesús el regenerador de los hombres y siguieseis Su santa doctrina, sin valerse del ridículo.

Todo tema de actualidad tenía para la gran periodista motivos que podían ser señalizados en la doctrina que abrazaba con tanto ahínco.

Para su pluma inquieta, esa actividad vivaz, que no necesitaba recurrir a las palabras altisonantes para ser incisiva, que no atacaba demoliendo sin el cuidado de construir en su lugar, le servía. Procuraba siempre ejemplo en los más complicados

aspectos de la vida humana, donde su enfoque afinado se encuadraba doctrinariamente.

Los dramas más angustiosos, la ralea humana arrastrándose por el lodo y las cenizas de las pasiones, cabían en las medidas morales de sus comentarios; tomando siempre los preceptos programados por la ciencia del alma, que sabía proclamar y aplicar adecuadamente en cada caso.

Cuando el detalle minucioso hacía falta, relacionando el hecho al pasado, recurría al asesoramiento del Padre Germán, su valioso consejero del Espacio, el cual le permitía comprender el hecho ocurrido.

La Luz en su número 30 de noviembre de 1882, por ejemplo, trae un artículo distribuido con un suelto publicado en el periódico La Montaña, en el cual es relatado un cómico episodio ocurrido en razón de una polémica pública entre un cura y un espírita.

Todo sucedió en Miralles.

Un predicador, por nombre José Alsina, describió en uno de sus sermones, un relato de cómo transcurrían las discusiones con los espíritas. Un ilustre hombre del lugar D. Diego Riera, tomó para sí los insultos. El escenario fue la propia plaza pública de la villa, a la cual acudió una inmensa multitud para oír la singular polémica.

Dice la crónica de un periódico imparcial de aquella región, que el primer orador, el señor Riera oído con mucho silencio y suma atención, siendo interrumpido apenas por las salvas de palmas, justificadas por sus conceptos sabios y justos con respecto a Dios y su sublime poder.

Cuando tocó al sacerdote hablar, este empleó tan groseros y flojos argumentos, que el público lo siguió con un "bum bum", murmullos y ruidos cómicos.

No paró ahí la cosa. Un asno que se encontraba cerca, bebiendo agua en el pozo de la plaza, comenzó en medio de la perorata del sacerdote a "soltar bramidos tan fuertes e insolentes

que provocó la risa general.

— ¿Será algo semejante a la burra de Balaan? — comentaba Amalia risueña en el paréntesis que abre en la Luz del Porvenir — esa inesperada circunstancia y que, no obstante, se desarrolló en el escenario en que debían enfrentarse los dos hombres, rivales en ideales, los cuales tenían lanzas en ristre contra la ignorancia y la intolerancia.

En cierto número, la cremación es el motivo de sus reflexiones. El artículo publicado en El Imparcial, debido a la valiosa pluma de D. Ceferino Treserra, le sirve de introducción cuando, oyendo la frase *defunctorum quieti et solarium sacri*, resuelve abordar el delicado asunto.

Entra la noche en una de esas ciudades de la muerte... —Amalia copia de Treserra — Cuantos ruidos y murmullos. Todo ruge, todo resuena, se oyen golpes acompañados de chirridos, pasos sobre la arena, ecos que parecen suspiros.

No son los misteriosos murmullos del silencio. Aquel tropel de seres que se agitan, caen, chocan entre sí, no son tampoco la obra de vuestra imaginación exaltada. Ciertamente hay allí motivos naturales para que se oiga toda suerte de ruidos. Es una inmensa población que trabaja incansable: un inmenso laboratorio químico en acción... Ejércitos de roedores desmontando ataúdes y abriendo verjas. Mil gérmenes de larvas incubando en los cadáveres que, más tarde, irán a saciar su hambre voraz. La tierra, empapándose de surcos, los surcos exhalando gases, sales reaccionando contra las sales, el aire escapándose por la cavidad y el hidrógeno y el fósforo inflamándose. Todo allí es movimiento y ruido. No la quietud de los muertos.

Este artículo de Treserra puesto en el laboratorio de la observación de Amalia, es analizado bajo la lente espírita, da al lector excelente material para reflexiones.

El aparato religioso, con sus teatrales representaciones, le daba siempre asunto para artículos que surgían rutilantes de su pluma. Así ella cumplía, cada jueves de la semana, con la obligación de proveer la lectura de sus muchos admiradores. Captaba episodios religiosos en las ciudades de España que visitaba y donde el

fanatismo religioso fuera entronizado. Y se inspiraba para una nueva crónica. Ponía en destaque la actitud de las mujeres que, no contentas con orar en los templos, salían a la calle, en grupos rezando el monocordio ora pro nobis.

El examen de la reacción de Amalia ante esos espectáculos ofrece una evaluación del valor y del coraje de esa pionera ideal, que cometía la herejía de mirar de frente los acontecimientos que no podían ni al menos ser discutidos.

Muchas veces, al entrar en esas ciudades tan poco evolucionadas y sofocadas bajo el predominio de un clero conservador y prepotente le recordaría que... "años antes, en cualquier momento, yo podría estar siendo arrastrada a la sombra fría y oscura de las cárceles de Felipe II y de sus fieles inquisidores".

Un día le llamó la atención un curioso acontecimiento. En uno de esos templos se celebraba una misa dedicada a las almas. Al finalizar la misma, sería cantada la "aurora de los muertos". Con la atención agudizada por el anuncio se dirigió al templo donde oyó, al finalizar la ceremonia, en la penumbra del recinto imponente, junto al altar de la Virgen, hombres del pueblo que cantaban acompañados por el sonido más o menos rítmico de una campana. Era un canto especial, especie de acción de gracias y oración combinada, pausada y monótona que se fue elevando con cadencia y gravemente, amortiguando el conjunto coral.

La imaginación de Amalia retrocedió varios siglos atrás: Se creyó transportada a las antiquísimas pagodas, enclavadas en el seno de las montañas y reflexionaba:

"Aquella campana tocada con cierto gusto y maestría nos haría creer que estábamos delante de los primeros pobladores de la Tierra. La escena no pertenecía a este siglo. El ruido de raíles de hieiro, que aun no habían establecido estación en la ciudad, apagaría la campana.

Existe algo incompatible entre ambos".

Síntoma más que evidente de que la mentalidad de aquellos hombres, que en nombre de la religión católica pregonaban su credo en esa España nacida en la distancia inmensurable del tiempo y que se deseaba imponer a toda costa, puede ser verificado en la

descripción de un cuento publicado en una revista católica de Barcelona y que la Luz del porvenir comenta como una muestra singular de estupidez:

"Excelente aviso dado por los ángeles a un ladrón" y su texto:

"Nuestros ángeles benditos, inclinados a la compasión, para imitar al Padre de las misericordias, se convierten algunas veces en ejecutores de la justicia divina contra el alma endurecida que la insulta. El Señor perdona con mucha más frecuencia de lo que castiga, pues la vida presente es el tiempo de gracia. Pero cuando, en sus inescrutables juicios, oprime al pecador, sus latigazos se manifiestan de modo terrible y, sin ningún alivio.

"Refiere el Padre P. Marín en su obra, "Vida de los Santos", libro 3º —, cap. 14, que un ladrón que robaba dos ovejas a un pastor, fue acusado y, queriendo justificarse del crimen que se le atribuía, consintió en seguir a su acusador hasta el sepulcro de S. Eutimio que había sido abad de un monasterio cerca de Jerusalén y era muy venerado por toda la comarca, merced a sus virtudes y a los milagros que realizaba junto a su cadáver.

"Sin el menor escrúpulo, el ladrón tomó por testimonio a Dios y a su fiel siervo, jurando varias veces que no había robado las dos ovejas que le reclamaban.

"Nadie se atrevió ni siquiera a sospechar que fuera perjurio y así fue que lo dejaron en libertad. Pero, he que estando solo durante la noche, y teniendo las puertas perfectamente cerradas, se abrieron de súbito por sí mismas, dando paso a un venerable anciano, acompañado por otros cinco personajes, rodeados todos por una viva luz, que inundó de claridad el aposento como si fuera día de verano.

"Eran S. Eutimio y cinco ángeles de Dios que aplicaron un tremendo castigo al perjurio. El santo anciano, adelantándose hasta el ladrón y lanzando sobre su cara una mirada severa, le dijo con grave acento:

"— Infeliz, ¿cómo tuviste coraje para llevar a cabo una acción tan criminal sobre el sepulcro de un viejo?

"Mientras tanto el ladrón, dominado por el horror, enmudeció sin saber qué decir. En seguida se al infeliz cuatro ángeles benditos que acompañaban a S. Eutimio y se apoderaron de él y en cuanto lo sostenían por la fuerza, el quinto ángel dio sobre su cuerpo tan repentinos y vigorosos bastonazos, que dejó al ladrón enteramente cubierto de sangrientas llagas.

"Después del castigo de los latigazos, el santo anciano lo cogió por los cabellos y añadió:

"— ¿Entonces? ¿Por ventura ignorabas, villano, que en el Más Allá, en el Cielo hay un Dios que sabe castigar los crímenes incluso en esta vida? En breve te arrancarán el alma. Dime lo que has adquirido de ruin manera en la Tierra, ¿a quién lo dejaras? El Señor te castigó de modo tan severo para que sirvas de ejemplo a los demás y para que no sólo eviten el perjurio sino también no juren y no den testimonio de la verdad sin que haya necesidad eminente y absoluta.

"Horrorizado al oír estas palabras y no pudiendo soportar el dolor de las llagas abiertas en su carne, el desgraciado rogó por auxilio y suplicó que lo llevaran al lugar donde estaba sepultado S. Eutimio. Allí, postrado en la presencia de los religiosos, confesó públicamente su crimen y mostró su cuerpo tan horriblemente herido, lo que a todos inspiró la más profunda compasión. Pidió humildemente perdón y, derramando lágrimas de dolor por sus pecados, mereció, por su arrepentimiento, la gracia de Dios que no quería perderlo, al contrario, salvarlo, castigándolo maravillosamente con la intervención de los ángeles benditos, ejecutores de su recta justicia.

Fue preciso trasladarlo rápidamente a su casa, donde no tardó en dar su último suspiro, después de haber purgado sus faltas de un modo ejemplar y provechoso para su alma y la de sus hermanos".

¿No es verdad — Comenta Amalia en su pertinente comentario, que es altamente irrisorio semejante cuento? ¿No es cierto que los santos padres de la iglesia comparan a Dios con un cruel tratador de bestias de carga y que como bestias de carga a los hombres? ¿De dónde vienen espíritus tan atrasados al punto de

forjar un Dios más cruel que un hombre brutal aquí en la Tierra, donde ya existen sociedades protectoras de los animales? ¿Y manda para castigar al culpable, un ángel, un espíritu puro provisto con una vara a dar bastonazos y garrotazos, a fin de dar por terminado el asunto?

"Ya pasó esa época de oscurantismo y barbarie... ¡Despertad! Estáis bajo el efecto de un narcótico letal. Los días se suceden pero no lo parece: cada segundo lleva consigo una partícula de ignorancia. No intentad oponeros a la marcha del tiempo, pues esto es inmutable y vuestros esfuerzos serán vanos, vuestro empeño inútil. Las cadenas se rompen donde irradiaba el Sol de la Verdad.

Así, en ese tono de amonestación, seguro, sin dudas o agresividad, continúa Amalia su comentario, labrando sin superioridad o ironía, dirigiéndose a los espíritus humanos, en vueltos en la bruma del fanatismo y de la intransigencia y que apelan para pueriles consejos, ridículos incluso para la mentalidad infantil, aunque deseen dar la idea de Justicia Superior.

En los escondrijos del alma de la gran andaluza hay inesperados recursos que la definen como una personalidad dotada de mil facetas. Se confiesa, con énfasis y orgullo una racionalista y prefiere y prefiere al materialista por su elocuente y alternativa sinceridad a aquellos que ocultamente y por rodeos, revelan su espíritu deterioradamente religioso. No se muestra favorable a los místicos que exhiben su ideología por imitación.

Cuando las tardes caían, recordando lo que dijo el maestro de Nazaret, elevaba a lo Alto sus oraciones, rogando asistencia al mundo espiritual, en la soledad de su cuarto. Cuando su alma vibraba fuertemente después de experimentar el diapasón de la compasión o de la alegría, tomaba su pluma y grababa sus impresiones. Y, se exaltaba su imaginación, su voluntad, sus deseos la llevaban a un transporte y de este al mundo espiritual. Fue en esos trances que obtuvo las comunicaciones del Padre Germán.

En un espíritu de elección, capaz de disipar dudas, dar consejos, sugerir soluciones y explicar lo que parecía enigmático.

Al volver a su estado normal, allí estaban las hojas cargadas

de gruesas y apretadas letras, componiendo el próximo capítulo para su exigente revista. No se sabe si Amalia alguna vez enamoró la Gloria, si irguió los ojos para las estrellas de la celebridad, suspirando por conseguir un lugar, por pequeño que fuese, en el gran número literario. Las páginas de La Luz fueron testimonios de sus inquietudes, sin embargo nada aclara en ese sentido. Muchas traen trabajos en números consecutivos, teniendo el carácter de una novela o de un cuento.

Mientras tanto su espíritu de análisis, su sentido crítico, agudo, en la observación del hombre y de la vida, tuvo ejemplos por lecciones, como si ella estuviese deseosa de no desviarse de la senda en la cual las circunstancias la habían colocado particularmente, con destino bien definido.

Admiraba fervorosamente a un gran escritor; leyéndolo percibía que se trataba de un espíritu amplio, de alma generosa, sabia y digna de las mayores consideraciones. Un día le vio y deseó conocer personalmente a ese ídolo. Al lograr su intento, vio caer por tierra, estrepitosamente, el castillo en que lo había colocado imaginariamente. En el interior de su hogar, el artista de la pluma era un ególatra insoportable, que hacía que todo se desmoronase alrededor a su alrededor a los golpes de su celebridad. Su digna esposa, lejos de ser considerada como la buena y abnegada responsable por la virtud y estabilidad del hogar — función que, en bien de la verdad es preciso decir que ella la realizaba en la medida de las reglas establecidas y exigidas —, sufría la prepotencia del "ídolo"; padecía la triste resignación de la pobre Gata Cenicienta.

En otra ocasión — Tal vez llevada sin darse cuenta por el Mundo Espiritual — tuvo un encuentro personal con un poeta laureado, objeto de los aplausos de sus admiradores. Sufrió entonces otra seria decepción que hirió su alma integra, tierna y amante sincera. El poeta, que decía cosas graciosas a aquellos que no se arrodillaban a sus pies, se rió de la simplicidad del pueblo fiel a Amalia, a la cual llamaba... "Tan poca cosa". Ella entonces comprendió que el medio en que debía trabajar no era aquel. No creía que la literatura pudiese volverse un mero vehículo para servir a la vanidad humana o una exposición de virtuosismo para adornar un escenario vacío.

La vida de Amalia era marcada de serios problemas. Veía en la literatura un elemento propicio para educar tanto al desprevenido hombre como la masa humilde. Especialmente a esta — porque su condición no le permitía oropeles y plumas — se dirigía su mayor interés.

Visitaba los antros, oía los problemas que le describían, anotaba la mentalidad de aquellos que enfrentaba y que, casi siempre, eran impermeables a los complejos juegos prosódicos.

La mujer — meta prioritaria de La Luz — era quien más necesitaba de ese esfuerzo educativo. Para ello su directora recurría a veces al auxilio de los filósofos y pensadores, para llevar a cabo eficientemente su delicada tarea. Y así que colecciona los artículos de Concepción Arenal, comentando aspectos que corresponden a una acertada pintura de la mujer de su época, valiéndose de su libro "La Mujer del Porvenir".

Las ideas de Amalia no difieren de las opiniones de Arenal cuando esta reclama para la mujer todos los derechos civiles, de modo a que tenga habilitación para ejercer las profesiones que no repugnen a su natural fragilidad. Reclama el derecho al cariño y los que fue establecido por la naturaleza. Rechazaba la independencia apoyada en leyes injustas, en costumbres inmorales o absurdas a la pobreza o la miseria de quien no tiene medios de ganar su subsistencia. Quiere la independencia, la dignidad, la liberación moral y digna de un ser racional y responsable, aunque reconozca que la felicidad de la mujer no está en la independencia y sí en el cariño. Conforme ame y sea amada, así cederá sus esfuerzos para complacer a su marido, al padre y a los hijos. Propugnaba la gran escritora española por la docilidad de la maternidad. Para ella la mujer debía ser una dulce madre, una dulce compañera e hija, antes de todo; su misión es una especie de sacerdocio. Ella todo lo llenaba con el amor de su corazón y con las facultades de su inteligencia.

Reconoce Arenal que, hasta entonces, no fue concedida a la mujer una libertad más amplia de lo que era disfrutada por la mujer del oriente, de la Edad Media e incluso a la mujer de los principios del siglo XIX. Reclamaba que le proporcionasen una educación pertinente y que le permitiese usarla debidamente. Así pues — según continuaba sustentando Arenal con la aprobación

admirada de Amalia — sería una verdadera compañera de los hombres ignorantes de los siglos antiguos, no lo podría hacer más evolucionado de esta época. Si no hubiese la comunicación de ideas, ¿cómo podría haber de sentimientos?

Reclama también y vibrante comentario a la abolición de todas las diferencias caprichosas entre los dos sexos, siendo suficiente las establecidas por la naturaleza, que sólo se basan en el carácter. Por eso, sustenta Arenal que en la vida social debería estar representado sus sentimientos y admitida la realidad de sus reivindicaciones.

Esta iniciativa está a cargo de la mujer obtenerla, principalmente para que pueda conducir las costumbres, la opinión y, por tanto, las Leyes, un elemento que muchas veces le falta. Sin negar la razón de sus derechos, considera que la mujer puede también exigir los derechos del corazón, diciendo esto, prueba que hay casos y cuestiones en las cuales un "Ay" sería un argumento y una lágrima una protesta.

Anhela para la mujer el avivamiento de sus sentimientos religiosos, por medios que están en armonía con la evolución de la época, en la que ya no se impone creencias por autoridad, ni son obligadas por el martirio. La caridad y la razón —sustenta— deben fortalecer la idea de Dios. Añadiendo lo siguiente: "La caridad está viva, pero la razón está muerta para la mujer. Es como la historia del misionero que ignoraba el idioma de los pueblos a quienes iba a convertir. Urge que se aprenda ese lenguaje, que se purifique su creencia de todas las supersticiones y, como su ejemplo, se combata la idea de los que pretende volver incompatible la instrucción y la piedad, que se multiplique los caminos para llegar a Dios y, sobre todo, que no se haga reflexionar sobre la religión cualquier falta de crédito intelectual por parte de quien la práctica".

Dulce, casta, grave, instruida, modesta y amorosa, así Arenal desea a la mujer; y que trabaje en lo que sea útil pensando en lo que sea elevado, sintiendo lo que sea santo, tomando parte en las cosas del corazón, en la tarea del hombre y en las cuestiones del entendimiento.

Al transcribir los conceptos del libro de Arenal, parece tenerlo siempre a mano, pues puede ser considerado hasta cierto punto un

norte que la conducía en las tareas llevadas a efectos en sus actividades llevadas a cabo en el campo espírita. De esta forma, se enciende su genio y vuelve a las inquietudes personales en sus páginas, que se enriquecen de consideraciones a propósitos hasta componer una editorial para un nuevo número de La Luz.

"Instruirse, moralizarse y engrandecerse es lo que necesita la mujer. —Sustenta Amalia—. Pues la mujer de nuestros días se empequeñece, se contenta con poco. Se asemeja a los primitivos salvajes que se entretenían con las pequeñas bagatelas; Seguir el exagerado capricho de la moda la enloqueció al punto de adornarse incluso con atavíos ridículos. Toda la cuestión es seguir la moda sin mirar el color ni la forma de los vestidos que mejor se adapten a su figura y a su edad".

Amalia se lamenta un poco más delante de la insipidez de los diálogos tenidos por la mayoría de las mujeres. "Hablan de ropas, comentan la vida ajena, se quejan del servicio y de la carístia de la vida. ¡Solo! ¿Son capaces de hablar solamente a las otras mujeres? Pregunta compungida y sin rodeos: nada de imaginación activa, sentimientos desbordados, racionales que las eleven de la marginalidad común. Son indolentes en instruirse. Adoran los esplendores de la ciencia pero si las sustenta con el enorme número de páginas de un libro que les es ofrecido para que se documenten de qué se trata y las asombra. Tienen horror al estudio — dice —, y son favorables a la educación descuidada, no obstante las consecuencias que urgía evitar, conforme ella iba demostrando con su permanente cuidado a favor de la dignidad de las hijas de Eva.

Amalia propone la necesidad de varias el sistema de la educación femenina, que es apenas superficial, conforme las costumbres de la época. Considera que ese estado de cosas sólo produce mujeres ignorantes, aunque sea tan útil a la mujer frívola, que sepa bailar con perfección y conozca, varios idiomas, todo exactamente como quien conoce el "A, E, I, O, U".

Reclama con justicia que las humildes mujeres del pueblo, pobres víctimas de un trabajo superior a sus fuerzas, adquieran en su infancia apenas las nociones de enseñanza: Leer y escribir correctamente para que en sus raros espacios de tiempo puedan

entregarse a la lectura útil.

"Es preciso comenzar a regenerar al pueblo, iniciando la educación por las mujeres. Para eso trabajamos. Nuestro lenguaje es simple, nunca tratamos de hacerlo difícil. Nuestro objetivo no es ser alabada por los intelectuales y sí entendida por nuestros necesitados y los carentes de conocimientos nuevos.

Un poco más adelante se refiere a un cierto tipo humano que tuviera la ocasión de observar en multitud de oportunidades. Y anotaba con una admiración sincera y limpia:

Estas mujeres tienen un inmenso valor, inmensa fuerza de voluntad y, por eso, viven. Pues arrastran privaciones de todas clases y toda la gama de sufrimientos. ¿No habrá escritores en la escuela espírita que les hablen de Dios y de la vida eterna del Espíritu? Pues ellas serían las primeras en comprender el porqué de los sufrimientos para la ley de reencarnación. Los que más sufren son los que más necesitan de los efluvios benéficos de la verdad...

Ese objetivo, esa meta, ese ferviente deseo es lo que motiva su pluma y lo que le valió el calificativo que le diera un Espíritu, el cual la asistía en todos los momentos: el Padre Germán, que la denominaba... "La Cronista de los Pobres"

Amalia era una rebelde en el sentido que empleaba Eduard Shuré en su obra "Precursores y Rebeldes", donde dice:

"En cada siglo hay un determinado número de espíritus que pertenecen más a la centuria siguiente que a la suya y que, por eso mismo, se presentan ante sus contemporáneos con el aspecto de inquietantes extranjeros. Ellos reciben en sí, como un chorro intenso y sutil, los primeros influjos de los sentimientos y de las ideas que forman ese océano invisible suspendido sobre la Tierra y que inundará el mundo cincuenta o cien años después de su muerte.

"Fuerte, viril, insobornable, firme en su meta, cruza lanzas con las fuerzas de la intolerancia y del oscurantismo que persisten en sustentarse con el cetro del poder del oscurantismo que subyugara

la Edad Media, valiéndose de los métodos más absurdos de la prepotencia y del fanatismo.

Veía, por ejemplo, con horror cuando llegaba el día de los fallecidos prepararse exaltadas caravanas que corrían en bandos a los cementerios para rendir un inútil culto a los muertos. Llantos, gritos, escenas de dolor y de luto casi teatrales, juguetes que se depositaban en los túmulos de los niños para permanecer en la mayor de las inutilidades y soledad después que los pesados portones eran cerrados.

Ya pasó el Día de los Difuntos. La fúnebre parodia. ¡El carnaval de sentimientos!

Así se expresaba en uno de sus artículos, resultado de una visita suya a uno de esos lugares en el transcurrir de tales acontecimientos. Los cementerios ofrecieron temas para profundas meditaciones a Amalia.

El trabajo se realizaba. Viviendo la realidad y transportándola enseguida para el papel, se filtraba por la doctrina espírita. La prensa reclama sus originales. El texto debería ser "compuesto a mano", esto es, hecha la confección del artículo en letras móviles, "separadas una a una", hasta que en 1884 Ottmar Mergenthale¹⁴ patentó el linotipo, con el cual se daba un salto sorprendente en cuanto a la rapidez de la confección de los textos y publicaciones. Y los escritores respiraron aliviados por la prontitud de las entregas de sus textos.

Era preciso programar, ordenar, disponer el material para un número; y en cuanto este estaba circulando en la calle, el siguiente ya debía estar listo. Fue así que, durante veinte años, circuló "La Luz del Porvenir".

En 1903, Amalia da publicidad a su "Ramo de Violetas".

¹⁴ *Mergenthaler, Ottmar— Inventor americano de origen alemán. Nació en 1854 y desencarnó en 1899. Se trasladó a los Estados Unidos en 1872, iniciando, poco después, experiencias con máquinas tipográficas. Inventó el "linotipo" en 1885, el cual sufrió perfeccionamiento en los años siguientes y, aun hoy, es una excelente colaboradora de los métodos del "offset".*

Hacía cuatro años que La Luz dejara de circular. Para el libro ella entregaba a la impresión cerca de mil artículos. No se conforma aun con su trabajo. Considera que no está de acuerdo con su desiderato. En medio de algunas piezas literarias en prosa, predominan los versos. Amalia se mortifica con el deseo de superarse a sí mismo y juzga el resultado de lo que hace insuficiente y opaco. Acostumbra a decir que si no fuese por la urgencia de la imprenta, sus trabajos serían como "la tela de Penélope", o sea, se desharía por la noche lo que fue hecho durante el día.

No podía hacer más de lo que "se deja así mismo", aunque su deseo de mejorarlos y, en repetidas ocasiones de destruirlos, insatisfecha con ellos.

Una larga lista de personas colaboran más o menos en La Luz del Porvenir. Pocos hombres, con honrosas excepciones, firmaban sus artículos. "De la mujer para la mujer", era propuesto por Amalia.

Joaquín Cepeda, María Pujol, que de la Argentina le enviaban colaboración al mismo tiempo en que escribían para la revista argentina *Constancia*, Pilar Rafecas, Joaquina Pasqued, Concepción Llach, hija de D. Luis, Adela Castell, residente en Montevideo, Paulina Sellés de Caballero, Lola Baldoni, Soledad Gustavo, Adela Sánchez de Pinedo, María Macías de Parés Llansó, Elvira Villa, Josefa Esparolini y Carrión, María del Pilar Simés, Rita Arañó, Avelina Colon y Gutiérrez, Julieta Armstrong de Ponce, Puert Rico, y una extensa lista de nombres pasaron por las páginas de esa singular expresión del periodismo español.

Concha Seras tiene a su cargo, en diversos números la exposición y comentario de los principios doctrinarios para mayor comprensión de los textos básicos del Espiritismo. Eugenia N. Estopa Fernández comienza a colaborar en La Luz a sus floridos 23 años. Hija de andaluces, nacida en Gibraltar el 19 de diciembre de 1859, es una mujer dotada de inteligencia poco común, con muy buena disposición para los estudios, los cuales inició a tierna edad. Los padres procuraron darle una educación esmerada que más tarde se completa con el cultivo de las artes y letras. Modelo de precocidad y aplicación, gana los primeros premios en todas las situaciones que se le presentan. Termina sus estudios y conoce

varias lenguas, tiene cultivo musical y ejecuta muy bien al piano. También diseña y pinta primorosamente, perfeccionándose en el Museo de Bellas Artes de Sevilla; al mismo tiempo se dedica a la literatura por la cual experimentó siempre una profunda y decidida vocación. Sus escritos, en prosa o en verso, revelan instrucción y talento. Fueron publicados en la prensa española de Gibraltar haciéndose su nombre conocido y apreciado y su colaboración solicitada por la prensa de la zona andaluza y de otras importantes provincias. En La Habana trabajos suyos fueron incluidos en una Antología de poetas andaluces contemporáneos. Mujer de carácter observador y un tanto cerrado, espiritual y soñador, poseía un corazón tierno y apasionado. Sus poesías se distinguían por el sentimentalismo que las inspiraba, en su mayoría dedicados a asuntos y efectos delicados y tristes. Sus artículos eran muy apreciados por las personas ilustres. En ellos dejaba traslucir los profundos conocimientos que poseía de literatura, destacándose las magníficas interpretaciones que valorizaban las primeras páginas de La Luz con un exhaustivo análisis e interpretación de los principios espíritas. Como acto de fe decía:

"Soy cristiana racional, espírita desde que mi razón supiese apreciar las doctrinas filosóficas, y teniendo convicción de mis opiniones, pregoné a los cuatro vientos el conocimiento que tengo de ellas".

Era bella de rostro como de alma. Poseía grandes ojos oscuros y una expresión de melancólica amargura que parecía haber sido adquirida o por el recuerdo continuo de algún dolor oculto o quizás por desengaños y decepciones. Su conversación era suave, elevada y cariñosa, de modo que encantaba a quien la escuchaba. Amaba a su familia hasta el sacrificio, siendo amiga noble y leal, dispuesta a atender siempre con admirable rapidez y delicadeza a quien reclamaba sus servicios muy especialmente cuando estos tenían fines beneméritos.

Más allá de La Luz, colaboraba en la Revista de Estudios Psicológicos, El Heraldo, de Madrid, El Globo y La Ilustración. Fue laureada con títulos honoríficos en diferentes ocasiones, obteniendo en 1899 la Palma de Plata en el Concurso Internacional de ese año, celebrado por la Academia Montreal de Toulouse (Francia), con una composición titulada leyenda. Fue

socia benemérita de la Junta poética Malcitana, socia benemérita con medalla de honra del ilustre Circulo Promotore Partenopeo Giovanni Battista Vico, de Nápoles, miembro titulado de primera clase de la Academia de Escritores Laureados de Madrid, y fue socia de la Biblioteca de Madrid. Otras Academias y Centros Literarios la propusieron como honorable personalidad, para integrar sus cuadros. Fue fundadora y presidenta honorada del grupo Espírita Los Hijos de la Fe, en la Línea de la Concepción. Ocupó más allá de eso con mucho éxito la tribuna, como distinguida oradora.

Antonia Pagés otra colaboradora de La Luz, era una mujer joven que había sufrido y llorado mucho durante su corta existencia. Muy tímida y con extremado sentido del pudor, vivió en la soledad con los hijos inadaptados a las expansiones comunes a la edad. A los 15 años perdió a la madre, lo que le causó un profundo dolor. Educada en un ambiente ciegamente religioso no podía dar expansión a sus innatas inclinaciones para la fe. Sufrió muchas absoluciones al pie del concesionario, pidiendo por fin a su padre que la internase en una escuela de monjas. Allí, comenzó impresionada por el ambiente monacal, luego percibió que el favoritismo reinaba en la llamada casa santa, repugnando su alma liberal. Y comenzó a rasgar los velos que la envolvían. Al besar peor primera vez el anillo episcopal, se acordó de los niños mendigos que diariamente venían a rogar un pedazo de pan y pensó: "Con el valor de esta joya se mataría por mucho tiempo el hambre de esas infelices criaturas". Al recibir de una alta dignidad eclesiástica el sacramento de la Eucaristía, no dio valor a ese ritual, uno de los más importantes católicos. Su devoción se debilitó tan rápidamente que, siendo aun niña abjuró lo que juzgaba craso error.

Con ese bagaje de instrucción y fuerte complejo de inferioridad, contrajo matrimonio. Su suerte cambió por algún tiempo. Su padre, esposo e hijo le dan un periodo de transición y tranquilidad apenas perturbada por un vago presentimiento. Este se concreta con el fallecimiento de su hijo, hecho que la lanza a la más tremenda desesperación. Conoce entonces el Espiritismo y se relaciona con Fernández Colavida, su gran amigo y consejero. Comienza entonces sus colaboraciones en La Luz.

Amalia Torres de Maresma retrata particularmente un problema que la Barcelona pujante e industrial de aquellos tiempos

ofrecía material excelente a las páginas de La Luz: la mujer trabajadora.

"Ilustrar la deprimida joven de la clase proletaria – Decía en una de sus vibrantes notas – purificar su espíritu en el crisol de la razón, separar la inmensa mayoría del peligroso abismo en que se precipita la ignorancia, rehabilitar el santuario del hogar disminuyendo el repugnante contingente que invade los harenes modernos". He su programa.

Porque según decía otra defensora de este digno sector humano, Ángeles L. de Ayala al referirse al asunto, la pobre trabajadora, al ingresar en la fábrica, tiene que abdicar casi siempre de toda noción de pudor, por coacción, llevada por objetivos innobles que ejercen sobre su espíritu los directores de los centros industriales, poniendo a aquellas infelices en la cruel alternativa de ceder a sus indignas sugerencias o ser expulsadas de la oficina, donde ganan un modesto salario. Esta es otra escritora libre pensadora, alma generosa que lucha contra la corriente del fanatismo religioso. Es excomulgada por la iglesia por la peligrosa manía de discutir.

Antonia Amat de Torres a su vez discute los conceptos de las religiones universales y las vuelve fáciles a la comprensión por una enseñanza sintética y clara, sobre todo liberal y amplia.

Concha Geras a su vez, era otra colaboradora con un alma entusiasta que soñaba con el amor universal y que, en todas sus conversaciones o artículos, demuestra su generosa inspiración. Belén Sagarra de Ferrero es la directora de una escuelita laica de niños, que lleva el nombre de Sócrates. Allí se enseñaba aquel prometedor contingente humano a saber discernir, a saber gozar de la más sana moral y a ser conscientes cumplidores de sus deberes.

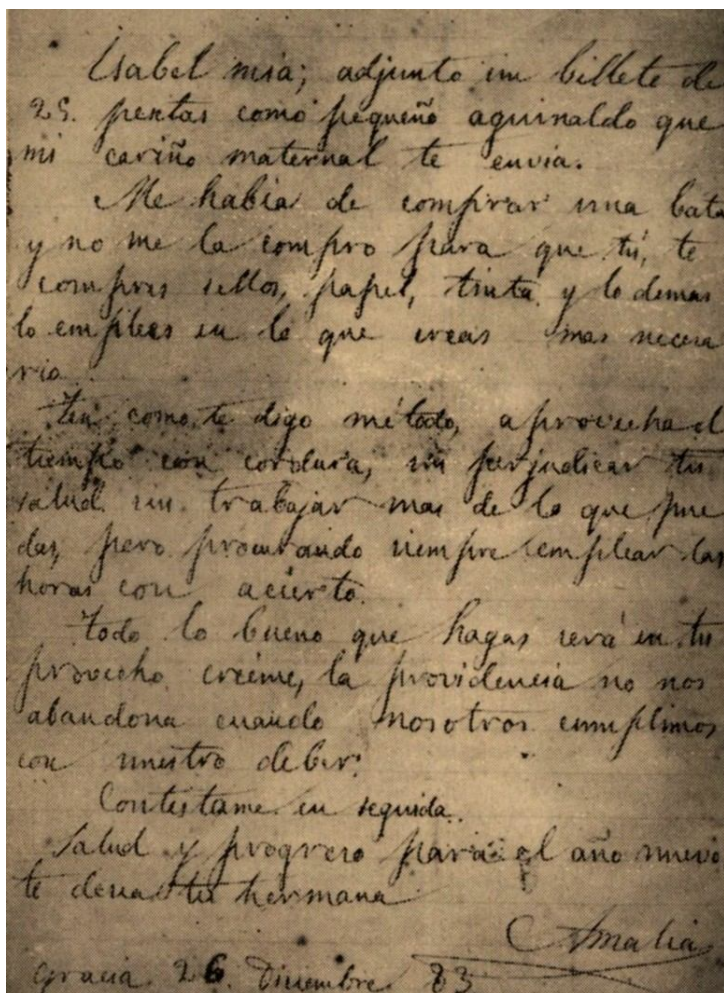
La Luz del Porvenir, más allá de las escritoras del quilate que enumeramos, cuenta con su cuerpo de colaboradoras con mujeres extraordinarias, todas las plumas puestas al servicio de ese órgano de combate, corresponden a temperamentos equilibrados, en primera instancia, pues no se necesita de poco coraje para enfrentar el sector religioso de un lado y, el convencionalismo de otro, los cuales condenaban a la mujer que tuviese dudas, calificándolas de Marisabidillas o de nihilistas intolerables. Por

otro lado, eran inteligencias bien desenvueltas, algunas de ellas con mayor capacidad intelectual y preparación que la propia Amalia.

Rosario de Acuña e Isabel Peña son dos altas culturas que dieron buena parte del gran prestigio de que disfrutaba las páginas de La luz.

La señora de Acuña, libre pensadora, independiente, se califica a sí misma de la siguiente manera: "Una mujer que siente y piensa, que medita y habla, que busca y pregunta, que vive y cree, que duda y ama, que lucha y espera. Tiene fe en lo Absoluto, en lo Infinito, en lo Eterno, aunque no desee afiliarse a ninguna secta u organización definida. Cree que debe ser demolido "el último bastón de la muralla hasta el último fundamento" para crearse una nueva sociedad. Cuando los sectores teológicos la llamaron Materialista y las legiones fisiológicas o naturalista le dicen Espiritualista, ella responde: Libre pensadora que respeta integralmente el pensamiento ajeno, siempre al sabor de la gran corriente de la vida que lleva por nombre este lema indestructible: Ama a tus semejantes". Mujer de una cultura extraordinaria, intrépida, fuerte, desafía los más crueles embates ideológicos y se pone al frente de su tarea ocupando las páginas de célebres periódicos vehículos del libre pensamiento, encarando con valentía el problema de la redención de la mujer, contra los convencionalismos que la prenden a tantas injusticias y a tantos desniveles conceptuales. Amalia supo aprovechar ese torrente de inspiración con característico sello catalán, adosado por una lúcida inteligencia, para incorporarla al equipo de sus colaboradoras. Olvidó la directora la falta de adhesión de la escritora a su querida doctrina espírita, aprovechando en un amplio sentido de libertad, tan hermosos frutos de la inspiración ferviente de la señora Acuña. Una extensa serie de trabajos suyos valoran las páginas de la publicación espírita, donde lo útil, lo práctico, los problemas de la vida, los encantos de la naturaleza, la belleza, el amor, el bien, eran pintados con trazos secos, crudo a veces, pero siempre claros, nítidos y ejemplares. Ni por eso dejaba de advertir que, por detrás de esa temperamental literatura que no llegaba nunca a extremismos innecesarios o disonantes, se encontraba un corazón palpitante, herido, pero que aun no perdió su capacidad de amar. Aun vibraba a favor de los desprotegidos de la suerte, de los que

sufrían, a quien, como Cristo, parecía decir: "Levántate y camina". La insigne colaboradora de La Luz escribía páginas dignas de ser reproducidas en cualquier periódico que apreciase acoger buena y sensata literatura.



Isabel mía; adjunto un billete de
25. pesetas como pequeño aguinaldo que
mi cariño maternal te envía.
Me había de comprar una bata
y no me la compro para que tú, te
compras sellos, papel, tinta y lo demás
lo emplees en lo que creas mas necesa-
rio.
Tú como te digo métele a proveer el
tiempo con cordura, sin perjudicar tu
salud. no trabajes mas de lo que pue-
das pero procurando siempre emplear las
horas con acierto.
Todo lo bueno que hagas verá en tu
provecho. creime, la providencia no nos
abandona cuando nosotros cumplimos
con nuestro deber.
Contéstame en seguida.
Salud y progreso para el año nuevo.
te desea tu hermana
Amalia
Cádiz 26. Diciembre 83.

Carta de Amalia a Isabel Peña de Córdoba

Isabel Peña de Córdoba, nació en Cádiz, aunque casándose transfirió residencia para Argentina donde tuvo destacada actuación en el movimiento espírita.

Isabel Peña, llegó a las páginas de la Luz por recomendación

que de ella hizo un amigo común, el ingeniero Juan Marín y Contreras. Este, siendo compadre de la muchacha, que era casi una niña (Isabel aun no había cumplido los 17 años) había leído algunas páginas de su inspiración y no tardó en mandarlas a Barcelona para que fuesen leídas y publicadas. Los trabajos fueron bien acogidos estableciendo entre las dos mujeres una amistad que duró 27 años a pesar de la diferencia de edad, pues Amalia contaba entonces 47 años. Isabel, joven retraída, voluntariosa, no encontrando la tranquilidad necesaria para verter en el papel sus inquietudes, en su Cádiz natal, se dirigía al cementerio local y allí, rodeada por la paz de los túmulos, elucubraba sus trabajos que comenzaron a ser estampados en la revista catalana. El primer artículo publicado el día 14 de septiembre de 1882 – Isabel nació en diciembre de 1865 – se titulaba "El Amor". No es un simple entusiasmo juvenil, y sí un trabajo medular que Amalia encabezó con un verso dedicado a la joven gaditana:

¿Será tal vez que algún lazo En otra existencia unió a Amalia con Isabel?

¡Quien lo sabe! ¡Sólo Dios!

En el número de La Luz del Porvenir del 20 de septiembre de 1883, Amalia juzga tan interesante un artículo enviado por la joven, titulada: Impresiones que, como se hace con el principal plato de un banquete, le cede el lugar del editorial siempre ocupado por la directora. Una copiosa correspondencia se trata entre ambas en la cual se puede verificar a la manera por la cual Amalia trataba sus misivas y colaboradores. Relación afable, amorosa autoridad moral en sus ejemplos y consejos, amabilidad y un trato familiar conmovedor salpican a menudo sus cartas de fino buen humor. Un día, deseando testimoniarle con un regalo de su amistad, le envía por intermedio de un amigo, el Sr. Felipe de Córdoba daba algunos objetos. Este gentil mensajero se enamoró de la joven iniciándose entre ellos dos un romance que terminó en casamiento. Constituido el hogar, los amorosos esposos deciden intentar suerte en Argentina. Es entonces Amalia, quien aproxima su buena amiga a los señores Cosme Mariño, Antonio Ugarte, Canter y Saens Cortés, respetados miembros del Espiritismo argentino que ya conocía los trabajos de Isabel Peña de Córdoba la cual, luego pusieron a la voluntad en su patria de adopción, propiciándole oportunidad de exteriorizar su alta capacidad intelectual.

Muy extenso resultaría el catálogo de colabores que, de forma continúa o circunstancial, dejaban sus nombres en La Luz durante 20 laboriosos años de irradiación. Hacerlo exigiría un trabajo improductivo. Cierra el rol, no obstante, una personalidad singular: Josefa Martínez, cuya firma era acompañada por la siguiente leyenda: **médium auditiva, Ponce, Puerto Rico.**

De Puerto Rico llegan a la dirección de La Luz originales de gran importancia que comienzan a ser publicados a primero de junio de 1880. Esa colaboradora estaba privada de la vista — importante circunstancia para Amalia que la llamaba Cieguita de la Cantera. Al desencarnar el 7 de diciembre de 1881, La Luz del Porvenir del 19 de enero del año siguiente publica a su respecto:

"¡Un desgraciado menos en el mundo! ¡Un ángel más en las regiones del cielo! Nació esta niña bajo el signo de la infelicidad, con los ojos enfermos, perdiendo uno de ellos a los dos años de vida. Queda ciega de todo a los 8 años de edad. A los diez pierde a su madre y queda al cuidado de una hermana que vive de su trabajo. Comenzó a frecuentar un centro espírita en 1879 donde pasó a manifestar facultad sonambúlica. Incluso así cantaba, reía y bailaba.

Dormía con frecuencia en sus sesiones y fuera de ellas. Un espírita inteligente la advirtió que se trataba de estados de obsesión y era necesario tratarla hasta canalizar su mediumnidad.

Cuando esto se realizó, vieron los frutos que se esperaba. Comienza a redactar artículos, que le eran inspirados mediúmicamente ya sin caer en trance. Desde entonces siempre que su débil organismo se lo permitía, continuaba dictando hasta los 19 años terminando su querida tarea mediúmica, respetada por todos cuantos la conocían. Su última composición tiene por título: Belleza de la Luna y en él emprende algo de paradoja: ¡una ciega casi de nacimiento haciendo elogios a la luz del Sol!

Desde el 4 de abril de 1874, día en que, con gran emoción se presentó en el lujoso salón de la Sociedad Española, de Madrid, la experiencia y el trato continuo con la tribuna le habían dado una seguridad y una firmeza que la volvían perfectamente apta a su tarea de oradora, a través de la cual ampliaba su acción en la difusión del ideal que tanto amara.

Barcelona, pujante y viva ciudad, donde se entrecruzaban las

más diversas ideas, era un magnífico ámbito de acción. Si bien por un lado el clero ejerciese sus presiones para imponer el dogma y su poderío, por otro las ideas liberales, las conquistas modernas de la libertad, se iban eclosionando con un vigor extraordinario propio de la exuberancia que caracterizaba al auténtico catalán.

A pesar de los movimientos revolucionarios que conmovieron al país, la ciudad condal pudo crear un clima de cultura superior, al menos en escenarios cada vez más amplios, que servían a ateneos, orfeones, centros recreativos, sociedades de socorros mutuos, sociedades de libres pensadores, eran creados y funcionaban activamente. De las más diferentes maneras con debates políticos, masones o simplemente revolucionarios, procuraban mejorar el intelecto humano con el ejercicio de la sabiduría y del sentimiento.

Con esta tónica se funda en Gracia, en 1881, una asociación cultural denominada "El Fomento Graciense" que pasó en breve de vida activa a periodos agónicos, por falta de socios y dificultades económicas. En tales circunstancias el Sr. Derch, tomó el timón de la misma, asumiendo la presidencia. El hombre, amante de la luz, trabajó intensamente para devolver a la institución el vigor con que hiciera su aparición.

Inauguró sobre su presidencia un nuevo ciclo de conferencias con la colaboración valiosa de Amalia y sus compañeras de redacción. Orador incansable Derch supo llevar su emprendimiento al punto de sustituir a los oradores que no se presentaban en la fecha establecida, por tal o cual motivo, conformando el auditorio que se presentaba y que por ese motivo fortuito corría el riesgo de verse condenado a perder su tiempo. Este dúctil personaje hacía la sustitución y todos quedaban satisfechos.

En mayo de 1881, cuando Amalia hizo por primera vez uso de la tribuna, propuso la ardiente en su pieza oratoria, que se reuniesen, en la institución, escritores de las más diversas escuelas haciendo desaparecer las odiosas separaciones existentes entre unas y otras, buscando especialmente dejar bien claro que la legión espírita no era compuesta de simples visionarios como algunos grupos literarios la consideraban.

La primera reunión tuvo una repercusión bastante animada a

pesar del escepticismo con que ciertos grupos habían visto el emprendimiento, dudando de cierta manera, de su éxito dada la mediana cultura general entonces existente.

Hizo parte de esa opinión la escritora Josefa Pujol Decollado, que inició su exposición con ideas un tanto desordenadas, sin definiciones concretas, sin embargo demostrando inherentes cualidades que le sirvieron para ser, más tarde, discreta colaboradora de La Luz. Cándida Sanz y Concepción Llach participan también, haciendo esta última, creada en un ambiente y formada intelectualmente por su valiosa maestra, ya que era hija de D. Luis Llach, su bautismo en la tribuna. A pesar de tener 18 años da expansión en ese día a las inquietudes que le hervían en el alma y que luego también canalizó para la revista de Amalia.

Las noches tienen resultados peculiares, pues encontrándose presente en la sala un joven escultor, Delfín Reguant, este se entusiasma con la elocuencia de Amalia y de la señora Collado y prometió hacer la escultura de los bustos de las mismas. Pocos días más tarde, en un magnífico acto que se llevó a cabo en el Fomento Graciense, el 22 de mayo se entregaron públicamente las referidas obras.

En Diciembre de 1881 se realizó la segunda reunión en la cual Amalia tiene la oportunidad de enfocar, como era su norma, los temas de su predicción, los que había estudiado al vivo con su poderoso vigor y razonamiento: el hogar, la familia, las circunstancias comunes de la vida que la rodean, mueven y definen. El ejemplo anecdótico es impresionante, va marcando puntos de alta exposición, con reflejos filosóficos que cada caso merecía.

En Febrero de 1882 le toca ocupar nuevamente la tribuna de esa muy concurrida entidad, en una situación especial que se desprende de sus palabras. En el mes anterior un señor de nombre Roig y Miguet, había ocupado aquella misma tribuna para hacer un análisis muy personal y de cualidad materialista, refiriéndose a alas liviandades del Espiritismo.

Sustentaba que según este, el alma no era más que las intrínsecas propiedades que poseía la materia. Pretendía ofrecer con lujo de detalles, habilidad y un cuidadoso juego didáctico, la

impresión de que no sería posible rebatirlo.

La postura del señor Miguel desvirtuó un tanto los propósitos de la entidad, que buscaba la aproximación, máxime cuando se trataba de una tribuna de la cual el auditorio estaba dispuesto antes a conocer de lo que a dar acogida a las ideas discutidas.

Nuestro auditorio — Dice ella en el curso de su explicación —, se compone en su mayor número de adversario, de mentalidades contrarias a la doctrina espírita, a la cual pertenecemos, y como, en la noche de hoy nos vamos ocupar de las ventajas y desventajas del Espiritismo, no nos queda la mínima duda de que seremos oída con esa paciencia con que se oye todo cuanto no está conforme con nuestras convicciones.

El asunto era delicado. Ella confiesa al auditorio que nunca ocupara aquel recinto para exponer la doctrina espírita a no ser como oyente. Apelando para razonamientos, con gran vigor declara, con espíritu paladino, que se ponía a la disposición del orador que la anteciedera, teniendo en cuenta que la escuela materialista, merecía de ella respeto y simpatía. Para probar que "no era hipócrita, ni jesuita y porque los adeptos del Espiritismo no son 'sepulcros blancos' y buscaba la verdad y la ciencia, tomaba tal deliberación".

Ni el Materialismo ni el Espiritismo — decía más adelante —, jamás causaron una única víctima en el mundo. Lo mismo no pueden decir las otras religiones positivas, pues las guerras religiosas han sido las más horribles, las más crueles, las más implacables, creando torturas inconcebibles, derramamiento de sangre y persecuciones inverosímiles...

Hechas esas declaraciones tuvo que enfrentar el auditorio heterogéneo y al cual declaró no tener intención, con su exposición, hacer proselitismo. Y comenzó, enseguida, a demoler con serenidad los conceptos de Roig y Minguet.

Con sencilla lógica pero con seguridad y firmeza, Amalia afirma que la materia, para tener su amplitud, necesitaba ser fortalecida y apoyada por la inteligencia y el pensamiento. Para demostrar eso dio a su explicación tan valiosos informes como los

había ofrecido en la exposición que la precedió. Desde el mismo ángulo, comprendiendo la mentalidad de sus oyentes fue, poco a poco, exponiendo su crítica. No pretende, dice ella, hacer a los materialistas creer en la existencia de Dios, pues bien sabía, "por vasta experiencia", que "el orgullo de los sabios los hace infalibles, más infalibles que el Sumo Pontífice".

No desea tampoco llevar a nadie al campo de la experimentación espírita pues unos y otros, muy avaros del tiempo, no podían distraerse en polémicas o tés que los distanciaban de sus trabajos específicos. Desea tan solamente demostrar las ventajas morales garantizadas por el ideal que tan valientemente defiende.

Amalia reconoce que el Sr. Minguet en algunos pasajes es asistido por la razón, sobre todo en aquellas en que se refiere a los errores cometidos por muchos titulares espíritas y que el orador tomó como común denominador, señalando cual era el verdadero sentido de la práctica y de la doctrina espírita.

No se podrá decir que de esa conferencia haya salido un auditorio convencido de lo que es en esencia el Espiritismo, pero gracias a las vibrantes, seguras y elevadas explicaciones de Amalia, quedó allí bien claro que quien quisiera ocuparse del tema, debía perfeccionar sus argumentos, pues si hiciera estremecer a un orador tenido como "fogoso" y "capaz" como el sacerdote Manterola, no se dejaba vencer en su propio terreno por quien, esgrimiendo el escepticismo y la falta de fe, pretendiese menoscabar o desconocer lo que para ella tanto valor contenía.

Los grupos espíritas, que reclamaban con interés su palabra, la hicieron una oradora capaz, bien informada, consciente de su misión. Todavía cuando se trataba, como en el caso anterior, de ocupar una tribuna adversa a su ideal, sabía demostrar que su cultura de autodidacta alcanzaba grandes alturas y que sus conceptos personales podían medirse en el lugar de combate de cualquier discusión pura, sana y con finalidades bien intencionadas.

Fue convidada en una de esas tantas ocasiones, por fuerza de sus vastas relaciones con los más diversos círculos, a pronunciar una conferencia en el "Círculo Progreso".

Allí, sin mencionar su doctrina, haciendo uso exclusivo de sus conocimientos filosófico y científicos, realizó una conferencia que arrebató la admiración de todos cuantos tuvieran el placer de oír la pequeña mujer que no tenía títulos a exhibir sino cualidades morales e intelectuales, ampliamente manifestadas a través de su conocida acción pública.

Su actuación como oradora la llevó a muchas tribunas no espíritas en las cuales entre tanto, se admiraba la excelencia de su verbo y el peso riguroso de sus conceptos plenos de adecuada práctica. En suma, expresiones de amor y sabiduría extraordinarias.

Un día, en 1883 – un ejemplo apenas –, fue invitada a pronunciar una conferencia en la escuela laica dirigida por el Sr. Bartolomé Sabarró. Tomó por tema las "ventajas de la Enseñanza Laica", presentando contribuciones valiosas, argumentaciones y recursos de cultura sin precisar recurrir a los que podían traerle la doctrina espírita. Le bastó poner en libertad una pequeña parte de su acervo cultural amplio, para alcanzar el objetivo deseado.

Terminado el año electivo del Colegio Luis Llach, fue invitada a pronunciar una conferencia que llevó por título: "De la necesidad de la agremiación".

"Lo que hace falta – fue el extracto de su oratoria – a un pueblo sometido en un profundo abismo de ignorancia, es la instrucción".

Expone entonces su sólida argumentación a favor de la cultura del pueblo, siendo oída atentamente por un culto auditorio que no dejó de reconocer virtudes insospechadas en su misión de proporcionar el bien al prójimo.

En el "Círculo Progreso", que luego modificó su denominación para la de "Centro de la Alianza", entidad de cultura general, deja también Amalia el recuerdo de la exposición de las elevadas finalidades que la guían.

En diciembre de 1884 fue invitada a hablar en una reunión promovida por la "Confederación de Enseñanza laica", en el "Círculo Ecuestre". Se hace allí un erudito discurso sobre el tema que define la entidad y enseguida pasa a comparecer en diferentes ocasiones en la revista por el grupo.

Esta gran mujer era muy respetuosa a lo relativo a las opiniones políticas y religiosas de todos en general. Creía con firmeza en que todo el pueblo civilizado debía gozar de absoluta libertad de culto. Sustentaba que, junto a la mezquita de los hijos de Alá, debía levantarse la pagoda de los orientales, cerca de la sinagoga judía, los templos católicos romanos, más allá los templos evangélicos con sus salmos, donde los creyentes de los diversos cultos, recen, canten y hagan como mejor les parezcan. Confesaba ingenuamente que no se cansaba de buscar almas buenas pues podía suponer que la Tierra fuese un vivero de víboras.

Rendía culto al progreso, soñaba con la Humanidad regenerada. Buscaba sin descanso a los seres virtuosos para seguirles el ejemplo y se apresuraba a relatar los hechos en su Luz del Porvenir, para que otras almas se impresionasen y siguiese el mismo camino. Ansiaba por superarse, quería ser como los grandes oradores que electrizan las multitudes o como los escritores que, con su habilidad y fecundidad, conmueven, gracias a la experiencia adquirida en las leyes espíritas, numerosos lectores.

Muestra a menudo una febril manifestación de superación personal en sus artículos. A pesar de escribir generalmente corriendo la pluma, dado el exceso de su trabajo, se nota en su individualidad, un estilo propio, un sentido orientador y una gama de recursos que sólo con la frecuencia asidua a los clásicos y a los buenos escritores se puede obtener.

Su norte, su objetivo, su ejercicio periodístico, eran los humildes, y ella los alcanzó apenas iniciada su tarea en La Luz del Porvenir. Pero no eran sólo los humildes que atendía y con los cuales tenía relaciones: eran todos los pobres, que son los poseedores de muchos bienes materiales. Amalia sabía muy bien que la pobreza no residía sólo en el bien exterior. Sabía que existían criaturas que, adornadas con el mayor lujo, llevan en el fondo de su ego un pauperismo desesperante.

Visitaba en determinadas ocasiones un colegio " de esos de gran lujo con profusión, maestros de diseño, de idiomas, de música, de canto, dotado de un buen gimnasio de deportes y todo lo necesario para una esmerada educación intelectual y al mismo

tiempo de las fuerzas físicas", cuando tienen ocasión de reforzar sus ideas al respecto.

Había allí varias niñas que le respondían como papagayos a sus preguntas. En ninguno encontró originalidad, y ni inteligencia. Recitaban como ciegos, fábulas y consejos, sin saber lo que decían. Ese no era el ambiente de La Luz...

No buscamos a los hombres — acostumbraba a decir Amalia —, en los ateneos, ni en las academias, ni en los Congresos, ni en el Senado. Estudiamos a la Humanidad, desnuda del esplendor de la gloria, en las posiciones más humildes y oscuras, cuantas veces vemos un verdadero hombre vestido con la camisa de trabajador, que denota pobreza y origen humilde, con las manos ennegrecidas, ir revelando en su porte al simple trabajador! Al mirarlo de frente, al observar la expresión de su semblante, decimos: "He aquí a un hombre que vive fuera de su ambiente... y si tenemos ocasión de hablarle casi siempre nos revela que son criaturas de mayor categoría que los titulados "académicos". Hay muchísimos que pasan desapercibidos y, que no obstante, son verdaderos genios.

Roque Barcia, un gran filósofo, escritor y dramaturgo, autor del famoso "Diccionario Etimológico de la lengua Castellana y Sinónimos Castellanos", que la distinguía con su amistad, le contó una vez con toda su eminencia cultural, como apreciaba a los humildes, pues en bien poco tenía las opiniones de sus amigos, que todo admiraban, todo veían bien y no pasaban de envidiosos si los pasasen por un microscopio de observación. Le contaba Barcia en una ocasión como sometió uno de sus escritos a la opinión de un hombre humilde que cargaba carbón para su casa y que, en varias ocasiones, demostraba sentir admiración por sus trabaos. Tuvo que rendirse ante el sensato juicio de aquella mentalidad no tan cultivada como la suya, reconocía el gran filósofo, pero dotado de una sinceridad y de una perspicacia poco común, que le apuntaba tanto lo que prestaba como lo que era apenas mediocre.

Igualmente, la gran admiración que Amalia sentía por el ilustre tribuno Emilio Castelar no la inhibía cuando le surgía oportunidad de revelar su asombro en declaraciones de público, incluso en uno de los grandes periódicos del país, donde escribió... "el propio Dios se mostrara satisfecho contemplando la obra

creativa de Amalia"...

Se lamentaba la brava andaluza de que esas celebridades expresasen tales conceptos de manera tan materialista. No duda entonces en descender a su ídolo un instante del pedestal para mostrarlo en su pequeñez en lo que decir al respecto a la grandeza divina.

Sabe expresar a su respecto a los libres pensadores y liberales, que trabajan por el bien de la Humanidad sin hacer cuestión de posiciones políticas e ideológicas. La Luz estaba siempre dispuesta a transcribir las expresiones luminosas, así como hacer eco de todo cuanto de bueno surgiese a favor de los hombres en este áspero mundo.

La Iglesia Anglicana pública en Madrid un folleto que se titula "El Espiritismo a la Luz del Evangelio". La directora de La Luz, juzga que es necesario dedicar algunas líneas a los adeptos de Lutero.

El opúsculo es dedicado a los que consideran el Evangelio como una verdad revelada por Dios, proponiendo cuestiones científicas, físicas y astronómicas relacionadas al asunto y que pudiesen poner en juicio sus determinadas y dogmáticas conclusiones.

Por ese lado Amalia analiza el opúsculo, dejando de lado los versículos y las sentencias bíblicas que, según afirma serenamente, son tomadas de acuerdo con el criterio que cada una da a su interpretación, adecuando sus opiniones a particulares maneras de ver, pensar y sentir.

No entra en esa encrucijada dogmática, dejándolo a la interpretación parcial de los lectores pero, en cambio se fortalece en cuanto al texto desde las primeras premisas, siguiendo las elucubraciones de que ni el cristiano puede ser espírita ni el espírita cristiano. Señala con precisión que quien práctica la moral de Cristo, no puede jamás ser tratado tan irrespetuosamente como lo hace dicha publicación.

Cita su caso personal, a través de lo cual demuestra que incluso sin la más elemental educación ni recursos suficientes,

tiraba por tierra todo cuanto el dogma quería imponer como dotado de esencia cristiana. Poder entre tanto encontrar lógica para todas las referencias cuando examina el problema totalmente por el prisma espírita.

Con una copiosa documentación demuestra al pastor protestante que su teoría podría solidificarse en los moldes cerrados del dogmatismo sin embargo nunca al razonamiento de los que cultivan la auténtica y meridiana verdad, tal como fue enseñado por la más alta personalidad y la perfección que pasó por la Tierra.

Mantener una revista ideológica y que es dirigida más predominantemente a los sectores más humildes de la sociedad, como era La Luz, es y siempre fue una tarea de gigante.

No era apenas el material de lectura que precisaba atraer a los lectores; se apelaba, como recurso heroico y muy de moda en tales circunstancias; hacerse obsequios extraordinarios.

Al renovar la subscripción de cada año y en cuanto era editada por Torrents, se obsequiaba a los subscriptores con un almanaque, aquellos folletos interesantes tan conocidos hasta hace poco, en los cuales se reunía un material heterogéneo que incluía horóscopos, consejos para el hogar, divulgaciones científicas y de arte, poesía, manifestaciones sintéticas del saber y del sentir humanos todo en minúsculas expresiones.

Se sabe que grandes hombres de la Historia pasaron penurias, como fuese para mantener una hoja periodística, rallando los límites del heroísmo. Imaginemos a esa débil mujer, sin recursos económicos propios, viviendo ella misma del auxilio fraterno de los que la rodeaban tanto y tan complejos elementos de acción. Imaginémosla un día, al ponerse de pie para iniciar la labor diaria.

Entornemos los ojos... Pongamos la mente en blanco...

Veámosla en su mesa de trabajo mirando una voluminosa correspondencia que le llega de diversos puntos del globo: es la el correo le trajo en los dos o tres días anteriores. Sobre el escritorio se encuentra el papel en blanco para ser lleno con su letra redonda

y nerviosa — nada de máquina de escribir ni de secretarias —, para atender las demandas urgentes de la prensa. Es una avalancha de dolores y angustias que tocan de su corazón, buscando consuelo, el consejo útil, la "peseta" que es dada discretamente para que, ese día, se lleve algo a la boca hambrienta, a la enfermedad, al frío, al desasosiego llamando por ella, rogando el bálsamo que cura tanto el cuerpo como el alma. Y todavía ella también carecía de lo más elemental...

España tuvo uno de esos héroes. Junto a Amalia otros enfrentaron tremendas tareas. Valga el ejemplo de dos de sus grandes amigos, Quintín López Gómez. No encontraba editor que le imprimiese las obras, dada sus tendencias. Un periódico que decidió ofrecer a la opinión pública, la entidad donde actuaba la Sociedad Satoria de Estudios psicológicos, decidió con sus valientes dirigentes y un grupo de herreros, hacer su propia máquina, rudimentaria, que funcionó en la única pieza disponible, el cuarto que compartía con el herrero. Este, hombre habituado al oficio, se proveyó rápidamente de tipos, tinta y elementos de accesorios de imprenta, con los cuales se puso mano a la obra en una acción tan particular. Fue así, en esas precarias condiciones que Quintín López Gómez se convirtió en un eficaz propagandista del ideal que sustentaba como un privilegiado intelectual sin precio.

Decía de sí mismo el estoico idealista:

Se hace la prensa y comenzó a ser publicada el "Iris de la Paz", del cual, impresor, prensador, hice las fichas y la redacción de todas las secciones. Todo, como se ve a base de ingentes sacrificios.

Todo a costa de su comodidad, su tiempo y su propia salud física. Sobre el ilustre varón, nacido en Salamanca un año antes de Amalia (1864), que sufriera en su infancia los inconvenientes de las revueltas promovidas por los carlistas haciendo que su padre tuviese que cambiar frecuentemente de residencia, no puede, por esa razón tener la educación elemental conveniente a su natural inteligencia.

A los 14 años de edad ingresó en una oficina de imprenta en Huesca, donde aprendió los trabajos gráficos. Comenzó entonces a

redactar pequeñas notas que fueron publicadas en un pequeño periódico entre ellas "La Abeja del Pirineo". Más tarde, trabajando en otra oficina existente igualmente en Huesca, que se dedicaba a la política y era dirigida por el Vizconde de Torres Solanot, tuvo oportunidades de escribir acerca del Espiritismo.

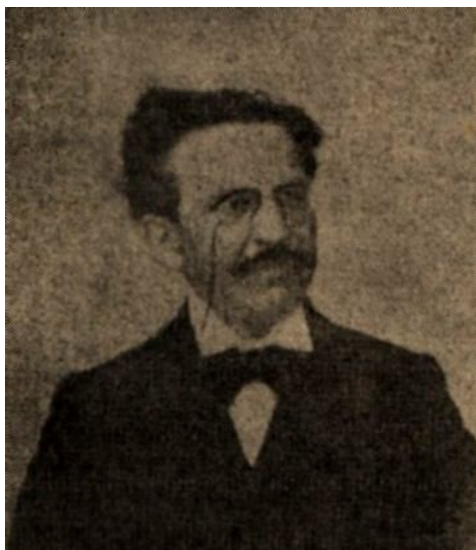
Un muchacho de 17 años, Quintín una broma que sus compañeros de oficina acostumbraban a hacer con el imperturbable Torres Solanot. Y le preguntó con una sonrisa astuta:

¿Qué dijeron hoy los espíritus?

La pregunta dada por el interpelado fue la causa de su conversión al Espiritismo, cuya lectura comenzó inmediatamente. Y en cuanto se impregnaba de los principios doctrinarios el asunto más y más lo envolvía y él se decidió a pasar al papel los argumentos que le tornaban el espíritu. Todavía después los rasgaba y los tiraba a la cesta de los papeles, juzgando que el resultado no correspondía a lo que tenía en mente. Uno de esos artículos fue a parar a las manos de Torres Solanot que paternalmente lo aconsejó a "estudiar ordenadamente la gramática". No obstante, corrigió, él mismo, el original que fue publicado.

Años después se revela como el gran filósofo que en él esperaba ser despertado y cuan oportuno fue el consejo recibido. Su bibliografía es abundante, especialmente en opúsculos, ensayos, críticas, así como un valioso "ABC del Espiritismo", donde revela una pluma hábil en la exposición de sus ideas, como una contribución personal a la filosofía de los hombres encarnados.

CÉSAR BOGO



Quintín López Gómez



El Vizconde de Torres Solanot

El Vizconde de Torres Solanot, personalidad prominente en el campo político, defensor firme y decidido de la filosofía espírita, puede ser pintado con trazos rápidos en la siguiente anécdota:

El hijo de una opulenta duquesa tuvo con él un serio desentendimiento. Hombre vehemente, que poca importancia daba a su título y a las costumbres que le eran impuestas, aceptó el duelo para el cual fue invitado.

Los periódicos se ocuparon interesados en el caso. La Gaceta de Barcelona, escribió textualmente sobre el incidente:

"El señor Vizconde de Torres de Solanot aceptó el desafío, pero de la siguiente manera: el asunto propuesto era al primero sangre o muerte. En el primer caso, al revés de correr al lugar, cada uno con un arma para dar crédito a un valor sin finalidad, se debía emprender una gran obra de caridad que impusiese verdaderamente un sacrificio: el establecimiento de un asilo, por ejemplo, para la educación de huérfanos, etc... Los padrinos, después de realizado el acto serían llamados para decidir quién

había vencido. Si el duelo era de muerte, los desafiados debían ir a un cierto punto donde reinaba una epidemia y cuidar de los contagiados y de los moribundos hasta que uno de los dos sucumbiese víctima de la dolencia. O, si esto no fuese aceptado, se engancharía en la próxima guerra que ocurriese —, había en esa ocasión una en Oriente —, liberar del servicio a un soldado que tuviese familia y batirse hasta que no de los dos rivales cayese en el campo".

La crónica termina lacónicamente diciendo: "El hijo de la duquesa no aceptó".

Hombre público que gozaba de especial notoriedad, no dudó en ponerse al frente de las instituciones espíritas y ni a escribir sobre el tema, con habilidad y emoción singulares, poniendo en riesgo las enseñanzas que la filosofía aprobaba y las cuales despreció. Fue precisamente el Vizconde quien provocó las primeras escaramuzas polémicas con el sacerdote Manterola. Con gran dignidad invitó al cura a descender al terreno de la discusión en público, tomando por tema el mismo que provocó los ataques del púlpito.

"El Iris de Paz", la revista que ponía Quintín López Gómez a juicio de la opinión pública, vincula su nombre al de otro gran luchador espírita, el cual como el Vizconde, tuvo también una destacada actuación política en las huestes que propugnaban por la implantación de la república en España. Terminó sus días en Argentina, después de vivir muchos años. Se trata de Bernabé Morera.

Aragonés nacido en 1862, abrazó el ideal espírita con el mismo fervor con que actuó en el campo político, participando de la Sociedad Sartoria y firmando vibrantes columnas en "El Iris". Bien pronto tomó contacto con el público a través de las revistas porteñas, Constancia, dirigida por D. Cosme Mariño y la "Fraternidad", dirigida por D. Antonio Ugarte.

A veces versando, sus poesías surgieron en esas publicaciones y fueron un día recogidas en un volumen que tuvo por título "Hojas de Morera". Aportó a las tierras argentinas en los inicios de este siglo, poniéndose en contacto con los líderes de la época y

fundando el periódico La unión, además colaborando ininterrumpidamente con el Diario Español, editado en Buenos Aires.

Cuando Morera decidió hacer un viaje a tierras de España y desembarcó en Barcelona para tomar su navío, decidió ir personalmente a conocer a su bondadosa y constante amiga, a quien conocía tan bien a través de sus escritos, así como a través de la correspondencia mutua entre los dos.

Llega a su casa al medio día de un espléndido día luminoso. "Una brisa suave perfumaba el ambiente. Bajo un castaño en flor, contrastando la blancura de la flor con su vestido negro ensimismada en su trabajo, se encontraba Amalia. Morera se aproximó acompañado de Quintín López Gómez. La escritora no se percibió de aquella visita. Quintín exclama en un susurro:

Ahí tienes a nuestra heroína, doña Amalia Domingo Soler.

Morera describe la escena: "Ella parecía absorta en su trabajo; en torno había algunas sillas y una mesita donde se veían libros, periódicos y apuntes. No sabía lo que decir a la vista de aquella santa mujer... Nos acercamos lentamente. Quintín la llamó. Se saludaron familiarmente y entonces él me la presentó. Estrechamos las manos efusivamente. La mirada de Amalia y su rostro mostraban un gesto entre severo y amable cuando me acusó de dejar morir a Iris de Paz. Una epidemia de cólera movilizó a todos los trabajadores de aquella hoja, convirtiéndolos en enfermeros voluntarios y gratuitos de las personas afectadas por el mal.

Esto provocó la interrupción y salida del periódico. No se podía pensar en continuar editando en tal situación..."

¡Pero el tiempo pasó y El Iris nunca más volvió a circular! Amalia, que tanto luchaba por su pequeña publicación, la mantuvo siempre viva. Se sentía, pues, con autoridad de llamar la atención de los amigos que no habían sabido mantener encendida esas antorchas doctrinarias.

Los visitantes se sentaron. Se habló de los asuntos que los interesaban. Mientras Morera observaba a su interlocutora: "Tenía una expresión especial – Dijo en una conferencia dada y publicada

en 1914 —, y su rostro tenía algo indefinible. Sus ojos parecían depósitos de agua así como en sus labios se fijaba una sonrisa que a intervalos dejaba transparentar un rictus amable cuando era dicha una sátira fina, la cual se diluía en frases cáusticas, sin embargo bondadosas, con el acento y ceceo de Andalucía. Con un modo gracioso, sin embargo con razón, nos fustigó a los dos, aludiendo a los espíritas en general que, siendo tantos, no sabían mantener pujante La Luz del Porvenir, publicación que estaba también amenazada de desaparecer por falta de recursos.

"Su rostro mostraba tanta altivez — Cuenta Morera —, que sólo con agudeza se descubría que había allí un cansancio que se denunciaba sobre todo en la manera por la cual se reclinaba en el respaldo de la silla. Quintín y yo desde el principio nos comportábamos como dos acusados de un crimen. Apenas pudimos articular algunos monosílabos en floja defensa propia. Nos sentíamos sobremanera avergonzados. Tal vez doña Amalia se encontraba sobrecargada de problemas aquella mañana y, por eso, nos provocaba con aguda ironía".

La situación se modificó con la entrada de cuatro trabajadoras jóvenes que, volviendo del trabajo en una fábrica próxima, hicieron una interrupción bulliciosa al saludar a su amada consejera.

D. Bernabé describió la escena: "Las cuatro jóvenes se curvaron sobre la insigne luchadora de nuestros ideales. Le besaron la cara, la cabeza, el cuello y los cabellos. Una de ellas le cogió las manos y las besó ansiosamente. Otra le alisaba los pliegues del vestido con cuidadoso cariño. Todas tenían, en fin, sus exteriorizaciones de tierna caricia, llamándola con los apelativos más cariñosos, formando un grupo encantador... como un ramillete de flores...

¡Ah! ¡Loquitas, mis loquitas! — le dijo ella — Me queréis mucho sin embargo yo os quiero aun más.

Rieron las cuatro y salieron corriendo aunque se detuvieron a la entrada para tirarles besos con graciosos movimientos. Desaparecieron. Durante todo ese tiempo Quintín y yo permanecimos olvidados. Las invasoras ni notaron nuestra presencia. Entonces el tono de la conversación de Amalia se vuelve dulce y cordial. "La figura de Amalia — cuenta Bernabé —, era

contraída. Tenía los hombros algo echados para adelante. Era de pequeña estatura y frágil. Su rostro mostraba por sus arrugas profundas, los amargos pesares de su vida dolorosa. Como no sería amargo aquel ser, exteriormente algo grotesco, con una envoltura corpórea poco estética, contener el espíritu de una artista, un alma poética... Era un ser todo ternura, todo corazón, consagrado al consuelo de sus semejantes, a los humildes, a los desheredados, a los tristes y caídos, a los que tienen hambre y sed de justicia, los pobres, los huérfanos, los ciegos y enfermos, los encarcelados...

"Mirando a doña Amalia, nuestra mirada parecía ignorar su apariencia física para fijarla en su interior, la esencia divina e invisible de aquel espíritu, feliz, intermediario entre los habitantes del Espacio y los de la Tierra, autora de composiciones literarias emocionantes y de obras filosóficas que tantos adeptos dio a su causa espírita.

En un artículo de La Luz del Porvenir podemos leer esos comentarios sobre la heroína espírita:

"Espanta pensar que una pobre mujer que vive de su trabajo de humilde costurera, sin más instrucción más allá de la recibida en la escuela primaria, tenga tiempo para ejercitar su inteligencia, cultivar sus facultades y se vuelve la escritora más popular, amada por millares de lectores que aun hoy, medio siglo pasado, prosiguen leyendo sus libros y nombrándola con cariño.

"De una sensibilidad femenina y educada, constantemente recordándonos el hogar. Tiene un tierno afecto por la naturaleza y por el arte. Amada por un lado por su ingenuidad propia de la hija del pueblo, es admirada por otro gracias a su erudición y cultura. Es tan dada a emociones místicas cuando se rodea de correligionarios de ambos sexos, ignorantes y simples, que les habla en el único lenguaje que comprenden. Participa igualmente de las emociones humanitarias y no huye a las disgregaciones científicas. Sigue la escuela espiritista, cree en la reencarnación, en una verdad ideal y en una virtud metafísica y psicológica. Libre pensadora profunda, tiene una continua tensión de nervios como si estos fuesen caldeados por la fiebre de la difusión de las ideas espíritas. A ellas se entrega con toda la pasión de su alma.

"Amalia es pura y simplemente una escritora. Existen personas que nacen hablando y escribiendo. Nuestra heroína debe haber nacido esgrimiendo con su pluma en la mano derecha. Amalia reduce su vida enteramente a leer, a charlar y escribir. Es incansable en sus lecturas hasta que sus ojos lo impidan. Al conversar es prodiga y diferente de cuando escribe. Sus escritos exhiben una erudición castiza y su conversación es pintorescamente andaluza.

Ella se abandona en devaneos y modismos de su tierra natal.

"Cuando escribe, Amalia se sujeta a las reglas gramaticales y a los cánones del estilo castellano, conduciendo su fantasía según el mandato de la soberana razón. Poetisa de nacimiento, toca la lira con extraordinaria maestría sin haber ningún curso literario y ni siquiera haber ojeado tratados de poética y retórica. Cantaba como los pájaros y a fuerza de escribir versos produjo hermosas composiciones sentimentales, en todas las métricas, con ritmo libre de su elección. Al respecto de algunos de sus trabajos no los llamamos obras de arte porque son eclosiones puras de sentimiento, ecos de un alma dolorosa que siente, sabe sentir y hace vibrar las fibras del alma del lector, una vez que las de su alma están de continuo vibrando hasta el éxtasis. Herida por espinas, contrariedades y turbulencias del mundo – así es Amalia.

"El afán por escribir, en Amalia, se hace sentir desde su infancia en el inmoderado empleo de la pluma y en el incalculable número de cartas y artículos de su creación, impresos en una multitud de periódicos y revistas. Así se constituyeron los volúmenes de su obra, ya publicados.

"Escribía a cualquier hora, sobre todos los asuntos imaginables, descargando así de su cabeza el pesimismo que podría entristecerla, ahoga en su corazón afectos mal dominados; es grata en comunicar sus emociones e irradiarlas como se irradian de las luces el calor.

"De ese modo escribió artículos sobre tan diversos temas tan diversos y tan variados matices como la policromía de un bosque. Hablaba de tranquilidad de un hogar tierno y culto, de una madre en que gira el atardecer de una cumbre cerca del cielo... No podría

ver la migración de aves, la vuelta de las golondrinas, la flor primaveral perfumar el ambiente, detenerse un ave en el tejado, comentar la vida de un filósofo moderno sin que fuese a relatar todo eso en poesía o en artículos, aumentando su producción literaria.

"Cierta día escribía al señor Ausó y Monzó, director de La Revelación, de Alicante; otro día al señor Colavida, en Barcelona, fundador de la Revista de Estudios Psicológicos, y luego a

D. José Amigo, el autor de Nicodemo y director de El Buen Sentido, de Lérida, diciéndoles, a unos y otros, que aceptasen sus artículos a cambio del valor de la suscripción, una vez que no podía pagarlas con dinero en metálico. Y escribiendo durante toda su vida, llenaba todas las hojas espíritas de España y de América en una profusión y profundidad increíbles.

"No creer en el dolor, vigilar el placer, desobstruir los oídos con avisos acerca del vicio, hacer de la conciencia el verdadero Sol de la vida, no ceder a las tentaciones más imperiosas de la carne, huir de la voluptuosidad y respetar el deber: he ahí lo que Amalia proponía a sus lectores vencer franquezas y dominarlas.

"Es preciso consignar la principal virtud de esa mujer histórica, de esa heroína del pensamiento libre, apóstol inolvidable de sublime Espiritismo. Al dedicarse a la propaganda activa de sus ideas tan revolucionarias, tan reformadoras y progresivas, corría por un lado el riesgo de contar sólo con una minoría exigua de combatientes decididos; del otro de enfrentar las potentes huestes del oscurantismo religioso, del fanatismo católico, de la monarquía entronizada y del poder autocrático triunfante y poderoso. Y aun, en medio de las luchas políticas, pasiones desatadas, con leyes vigentes prontas á hacer enmudecer la prensa y sus redactores, encerrándolos en las prisiones, bajo la amenaza del destierro y el peligro de muerte en caso de rebeldía. Nada más fácil que caer en una denuncia sobre un periódico liberal, un proceso, un castigo brutalmente ejecutado por las huestes del gobierno, receloso y enemigo acérrimo de toda invocación ideal y de todo intento progresista.

En este estado de cosas y enfrentando los peligros, se yergue esta pobre mujer defendiendo a todos los oprimidos y a todos los desheredados, poniéndose en comunicación con numerosos presos

de las cárceles y prisiones del Estado, proclamando la libertad de conciencia frente a frente al dogma; desafía las iras clericales y se bate en duelo con un ilustre miembro de la jerarquía de la Iglesia de Roma, el elocuente y renombrado canónigo Don Vicente Manterola, refutando brillantemente, con razones irrefutables los errores y los absurdos contenidos en la lujosa y voluminosa obra *El Satanismo*, escrita especialmente para confundir y anonadar la *Doctrina Espírita*".

"Y la obra prima de Amalia". Así escribían anónimamente, plumas más afinadas intelectualmente que la suya. Pero ninguna podía superarla en fervor, coraje y amor a sus semejantes.

Cada estocada de la activa andaluza tiene rebates peculiares. Todas las veces en que exterioriza sus inquietudes o sus observaciones en el papel, transportados luego para las páginas de su querida *La Luz*, describía un cuadro de la vida que arrebatava a sus lectores, los seducía haciéndolos penetrar en la medula misma de los más cruentos como de los más felices problemas humanos.

Esta tónica, esa temática no sólo aparece en *La Luz*. Una gran cantidad de periódicos y revistas también recibieron en sus páginas esa influencia literaria, como *El Criterio* y *El Espiritista*, de Madrid; *La Gaceta de Cataluña*, *El Diluvio* y la *Revista de Estudios Psicológicos*, todos de tradición Espírita, de Montevideo; *Constancia* y la *Fraternidad*, de Argentina; *Annali dello Spiritismo*, de Italia; *El Buen Sentido*, de Lérida y otros más que fácilmente pueden escapar en esta relación.

En uno de esos muchos artículos expone la vía crucis de Milagros.

Esta es una pobre cieguita que quedó privada de la visión a los dos años de edad. Es hija de una familia pudiente, de esas que sufren los reveses de la fortuna hasta caer en la más abyecta miseria. El padre de la ciega quedó paralítico. La niña se ve obligada a cantar por las calles para garantizar la sopa rala que alimenta escasamente a la desdichada familia.

Un día contrae casamiento con un muchacho casi ciego, huérfano de padre y madre, criado en un orfanato. Amalia promete a los jóvenes acompañarlos en la ceremonia que debería unirlos en

matrimonio.

El acto, por ser gratuito, debe ser realizado antes de las seis de la mañana. Sale pues, de Villa de Gracia a las cinco y media, en el primer tranvía que va para la ciudad. La noche no había aun retirado sus oscuros mantos...

Llovía y el agua se mezclaba con la nieve, haciendo desagradable y peligroso el tránsito por las calles inundadas. Amalia alcanza, en esa atmósfera de color rosácea, la Iglesia de San Pablo. Olvidada ya de la costumbre de penetrar en los templos, experimenta esta vez, al hacerlo, una desagradable impresión. Hacía muchos años que se evadiera de las sombras que en ellos impera, de sus luces trémulas y vacilantes, de ese olor especial, de humedad, incienso y de muchas respiraciones...

Su imaginación comienza, rebelde, a hacer reflexiones que, de cuando en cuando, la arrebatan. Su espíritu se acobarda ante el cúmulo de recuerdos que le acudían, de ideas que se entrecruzaban y se confundían en una amargura creciente. Aquel angustioso espectáculo le quebraba elánimo.

Surgen los novios con la madre de la joven. Esta, cumpliendo con los requisitos de la religión, se arrodilla delante del confesionario para "confiar a un hombre extraño sus más íntimas confidencias".

¿Acaso no debería ser la madre o el padre, quien recogiese aquellas sagradas confesiones? — pensaba con amargura. Aquella excéntrica unión activa su imaginación. ¡Ella piensa! Y La Luz recibirá la descarga de sus elucubraciones.

Ve salir a los novios confusos y radiantes. Enseguida asiste a otro resplandor: la luz del verdadero amor.

Vuelve a su cuarto ahora iluminado por los rayos del astro rey. No obstante le parece sombrío. Era su propia melancolía que tiznaba el ambiente. El cuadro que acababa de presenciar la compungía.

"Que destino estaba reservado a aquellos seres. Apenas una perspectiva: ¡la vida plena de vicisitudes! — Pensaba triste.

Una vez más se siente envuelta por la influencia del Más Allá... La presencia del padre Germán se hace sentir. Una vida anterior, una encarnación mal vivida: un mundo de luz en sus manos y ellos la habían desperdiciado. Hoy constituían un ejemplo para aquellos que no siguiesen por el buen camino...

Y la crónica se enriquece con la profunda lección. Y va, en las alas de La Luz a penetrar en las almas de sus lectores, como un manantial de redención humana.

La tarea de periodista prosigue. ¡Peculiar, sincera!

"La historia de siempre", es el título de artículo que encabeza la revista del 26 de junio de 1883, que se ocupa de la intolerancia y del absolutismo — ¡Una vez más! — denuncia las huestes católicas en el país, en aquellos días.

Inicia rememorando la historia de cómo habían procedido en España con judíos y mahometanos, perjudicando al país en sus industrias, creadas por esas corrientes raciales con pujante impulso. Se expulsa el caudal de habitantes, por desear imponer a toda costa el dogma romano. La historia prosigue minuciosa y detallada, hasta llegar a un hecho reciente, en el cual el dogmatismo se manifiesta de nueva forma para expresar la misma actitud.

Los alumnos del "Centro Escolar Dominical de Operarios" habían tenido por tema de estudio La Iniquidad o, La Superstición del Espiritismo. El hecho es publicado en un periódico barcelonés, El Eco de Navarra.

Un estudioso espiritista — Narra La Luz —, había remitido una nota sensata al director del Instituto, llamando su atención por la forma en que era encarado un asunto tan serio, entregándolo a los jóvenes educándolos con tanta desconsideración e imparcialidad. El director no se da por vencido y la carta cae en el olvido sin respuesta.

Mientras tanto El Eco de Navarra inmediatamente publica, firmado con iniciales, un artículo en el cual se enfrenta al Espiritismo. Sin hacer ninguna mención a las investidas dadas al

Espiritismo, dejaba bien claro que aquella nota asumía el carácter de una respuesta a dicha carta.

La reacción lógica de la misiva se manifiesta entonces en el envío de otra nota con la petición de ser publicada al director del periódico. Este responde, en una de las columnas de su hoja que, siendo fiel súbdito de la iglesia católica, no podía ceder espacio a publicaciones contrarias a la religión que profesaba, no obstante el tono respetuoso con que el solicitante trataba el asunto.

Este es, el motivo que provoca la enérgica reacción de Amalia y la lleva a escribir el citado artículo. Para reforzar los ejemplos, consigna dos episodios pintorescos que documenta en las más dignas fuentes de información. Sucedieron en Pisa, en 1857, y en España, en Cervera, Rioja, en 1877.

El caso ocurrido en Italia se refiere a un joven corso que acabara de enterrar a un muerto, su amigo, el cual no cediera a las solicitudes de los sacerdotes de someterse, en los últimos momentos, al ritual en uso. El joven ya se iba a acostar esa noche, cuando entró en su cuarto una figura envuelta en un manto blanco, arrastrando cadenas... Ante la aparición fantasmal, toma rápidamente su revólver y tira en dirección a la aparición, casi a quema ropa.

Cuando los vecinos y curiosos acuden a fin de enterarse de lo ocurrido, encuentran en el suelo, moribundo, al campanero de la iglesia local. El caso promueve un gran escándalo, pues el campanero, obedeciendo las órdenes de los clérigos insatisfechos con la rebeldía del fallecido, dejaba viuda y cuatro hijos.

El caso ocurrido en Cervera no es muy diferente. Un rico propietario del lugar rechaza los rituales romanos, pues alimenta ideas contrarias a los mismos. No obstante presentándose el cura de la parroquia a la cabecera del moribundo, insiste en sus propósitos junto a los parientes del agonizante. Al oír nuevamente la negativa de estos, se retira airado, proclamando en voz alta de modo que lo oyeran todos los que estaban presentes, que el diablo vendría a buscar el cadáver para llevarlo al infierno.

Se hacía el velatorio cuando apareció en la sala mortuoria una

ridícula figura vestida de rojo, llenando el aire con fuerte olor a azufre quemado y arrastrando una cola larga. El espantajo provocó miedo y la desbandada de los presentes. Un criado que oyera el ruido y la gritería, acudió presuroso. Vio al intruso y volvió en busca de un revolver. Descargó tres balazos sobre la aparición, dejando tendido y muerto al sacristán de la parroquia que se vistió de diablo.

Estos episodios relatados por alto, sin darles mucha importancia, demuestran a qué punto puede llegar la intolerancia y la falta de respeto para con las ideas ajenas. De ellos se sirve Amalia apenas como pretexto para salpicar su trabajo con referencias episódicas ya que sus lectores no tenían condiciones para acompañarla en elucubraciones más agudas.

No obstante esta parte que juzgaba menos importante fue la de que se sirvió un culto católico de Calahorra, localidad vecina a Cervera, Rioja, para publicar en el Eco de Navarra un artículo afirmando que el episodio español no podía ser probado y que al respecto de lo de Pisa no era presentada la documentación pertinente de modo a ser tomado en consideración. En el artículo en referencia, titulado Refutación a una falsedad, el señor Serafín Clave y Diez, que es el que contesta, se refiere a la nota de La Luz del Porvenir, diciendo que deseaba saber si la redacción de la revista aceptaba una polémica al respecto de las importantes cuestiones puestas en juego.

En un artículo de título El tiempo es oro, Amalia publica el 30 de agosto del mismo año su respuesta, haciendo saber a su interrogador que su periódico estaba dispuesto a ceder dos de sus números mensuales para transcribir cualquier refutación siempre y cuando esta poseyeran la dignidad que las circunstancias requerían. Además, agregaba que las informaciones discutidas por Clave, referentes a los casos de Pisa y Cervera, eran retiradas del periódico El Globo al cual daba tanto crédito como la propia realidad. Dispuesta estaba, decía, a considerar todo falso ya que los hechos no invalidaban los argumentos sólidos e indiscutibles publicados en la ocasión.

Con una ironía sutil y un lenguaje fino, artificial y altisonante, el católico prefiere destruir los fundamentos espíritas si, realmente

ella le cediese el espacio prometido, esperando con eso convencer a su contendiente "por medio de razonamientos matemáticos, presentados algunos que Amalia nunca oyó ni alcanzaría a oír. Con subrepticio lenguaje, lleno de florituras y consejos en el sentido de que Amalia se modifique, así concluye su carta el señor Clave y Diez, el cual afirma que no precisa ser espírita para comunicarse con los Espíritus. Basta seguir los consejos del dulcísimo Francisco de Sales. Tenía por fin la esperanza de poder convertirla a su religión, en cuyo seno espero verla algún día..."

El tiempo es la tela de la vida, Amalia titula entonces el artículo con el cual da fin al pugilato destituido de sustancia con el señor Clave y Diez. No tiene tiempo para convencer el arraigado criterio de su rival. Y no piensa por el momento modificar sus consideraciones.

Y como los lectores de La Luz, desde los más humildes hogares, a los hospitales y las cárceles, esperan con avidez la prosa simple y grata a sus mentalidades, empleada por su directora, no podía estar perdiendo su precioso tiempo en engendrar sutilezas que a nada práctico conducían; ya ampliamente puestas en discusión no traían ningún provecho para los desheredados, los sufridores que necesitaban de la palabra de consejo, del consejo amoroso, del mensaje de paz que todas las semanas les llegaba con la humilde hoja.

Así termina uno de los tantos encuentros con los señores defensores de las ideas ultramontanas, como acostumbra llamarlos Amalia. Pero no sin antes darles una preciosa lección, muy a propósito de cómo se deben encarar asuntos tan delicados, distribuyendo sobre el tapete de la razón conceptos, ideas, ejemplos, pruebas, todo el pasado detenidamente, pasándolos por el fino tamiz de la razón.

En otra ocasión... El excelentísimo e ilustrísimo doctor Jaime Catalé y Albosa, obispo, en esa ocasión, en Barcelona, administrador católico de la Diócesis de Ceuta, Caballero de la Gran Cruz de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, senador del reino, del Consejo de Su Majestad, que poseía en 1883 el cargo de Principado, dirigió pastoral al clero y a los miembros de su parroquia criticando a los espíritas y a los hombres de ideas

liberales. La palabra de Amalia se hace oír entonces en su tónica clara, sonora, precisa, sin por eso, dejar de ser altamente respetuosa.

¿Con qué derecho, señor obispo de Barcelona, decís en vuestra Pastoral que "el genio del mal abrió sus amplias y negras alas sobre el ámbito de la Iglesia?" Con ella hicisteis que de todas partes surgiesen secuaces de la impiedad, cargados con el ariete de vuestras mentiras, invistiendo ferozmente, reforzados por vuestros ministros, dogmas y una falsa moral, sea disfrazado bajo el manto de la filantropía, sea en nombre de la civilización y del interés humano, pero por todos los medios, algunos enteramente reprobables, buscando arrasar incluso a costa de recursos de los más condenables, los fundamentos de nuestra fe. Dice vuestra Pastoral que se trabajó sin descanso para que desapareciese el espíritu católico de las familias, de la sociedad y de las costumbres públicas; se intentó sustituir nuestras convicciones por una religión acomodaticia que sirviese de puente para la más descarada impiedad, el caduco Protestantismo y el Espiritismo, con sus artes diabólicas, prestaron su cooperación para la obra nefasta de volver anticatólico al pueblo.

"Todo resulta en los mismo", tituló el artículo comentando el asunto. Aclara en la valiente réplica con que recibe la pastoral, numerosos ejemplos de que la actitud de esos señores era siempre agresiva y altisonante.

Lejos de convocar a su rebaño a la paz y a la concordia, de proveerla de recursos necesarios al alma para ese fin, decía, encendía una nueva hoguera de intolerancia... "Todo resulta en los mismo... No podría haber replica para tan desmedido desplante".

Toda la campaña o acción, donde quiera que transcurriese o de parte de quien fuese iniciada, viniese a favor del bien, a ella adhería La Luz del Porvenir con armas y bagajes. Es así que adhiere una campaña iniciada en Londres, cuando la "Federación Británica Internacional Contra la Prostitución", deseosa de combatir el tráfico de blancas y que creaba filiales en diversos países del mundo. Amalia toma conocimiento de que el juez San Beltrán está trabajando enérgica y eficientemente en tal sentido y le envía una carta respetuosa, felicitándolo. El referido juez, Dr. Narciso

Maestre Gil, se digna a responderle agradeciendo los elogios y el apoyo, ya que en aquellos días — conforme él mismo afirma —, la prostitución en Barcelona es una de las llagas que más lo afligen.

El día 27 de enero se funda en Barcelona una sociedad denominada Proceción Filarmónica, integrada por músicos ciegos, dispuestos a realizar conciertos para costear sus gastos sin recurrir a la caridad pública. Amalia, conociendo en su propia carne la gravedad de la situación de esos infelices, emplea en esa ocasión, generosamente las páginas de La Luz para cooperar con eficacia en la difusión y éxito de tal obra. En noviembre de ese mismo año se concreta el concierto que se realiza en un lujoso salón en el centro de la ciudad, con páginas de Beethoven.

¡Gracias a Dios! — decía Amalia —, ellos podrán ganar honrada y decentemente su pan sin recurrir a la caridad pública, haciendo sonar sus instrumentos por las calles.

En sus columnas no duda, por otro lado, en publicar duros reproches cuando se trataba de poner al descubierto los malos espíritus. Hay gente que denominándose así, no cumplía debidamente con los postulados que decían sustentar. En Peñas de San Pedro, por ejemplo, un señor que se denominaba espírita, quiso bautizar a su hijo y el cura, a su vez, se negó a hacerlo, teniendo en cuenta la ideología del padre, Amalia comenta el hecho dando a su vez un tirón de orejas al idealista que no supo entender bien la doctrina que decía profesar.

A este respecto se decía que en España... "de todo hay", incluso tipos denominados con el apelativo satírico de animales anfibios.

Pues según se decía, leen las obras de Kardec y encienden una vela al Cristo de la Salud. Evocan a los Espíritus y al día siguiente van a oír misa por el alma de los difuntos, rezando diez o doce rosarios para el aumento de gracias o desagracias."

Merecen esas críticas, confundidas aun en el caos de la ignorancia — Amalia termina interrogando —, ¿el sagrado nombre de espíritas...?

Todo acto indigno, publicaciones insuficientes o negativas, encuentran su réplica, su amonestación severa y bondadosa. — De

la misma forma las buenas acciones, los actos ejemplares encuentran en La Luz, tan pronto ocurren, el elogio, el estímulo y el aplauso sincero y cordial, sin reticencias.

Si la revista de Amalia prosperaba y ampliaba su radio de acción, no se volvía menor el centro al que pertenecía. La entidad que Luis Llach dirige con tanto tino, con tanto amor, puede realizar en octubre de 1882 la inauguración de nuevas dependencias que, según se consigna en la crónica de la época, estuvieron así dispuestas:

En el piso inferior se encuentran la biblioteca, el salón de lectura y la secretaria. En el piso principal residía el presidente con su familia; en el segundo hay un salón para sesiones, de trece metros de largo por cerca de ocho de anchura, con un estrado al frente en el cual se encuentran colocadas dos mesas, una cubierta por un paño y la otra redonda, destinada a los médiums escribientes; doce sillas y una butaca. Las paredes estaban adornadas por escudos de todos los países y banderas de los mismos, entrelazadas con la de España significando la hermandad universal. Además de eso hay retratos de los principales personajes espíritas del mundo. La platea estaba dispuesta con doscientas catorce sillas y podía ser ampliada en caso de necesidad hasta trescientas, dejando lugar para el piano y el armonio. Una galería extensa sirve de local donde los caballeros fuman y en la antesala hay un armario para las señoras; en la galería, otro para los hombres.

El propósito principal de esas ampliaciones son las conferencias públicas, destinadas especialmente a las mujeres, pues como publica La Luz, cuando Amalia llegó a Barcelona las sesiones de La Buena Nueva se realizaban casi a escondidas y huyendo generalmente del conocimiento del gran público. La expansión de las instalaciones decía a las claras la gran afluencia de público en las reuniones de la noche.

El ciclo de conferencias es inaugurado por Amalia que desarrolla el tema: "La influencia del jesuismo en la familia", y a esta le seguían otras brillantes noches litero-musicales que se realizaban en homenaje a Allan Kardec el día 31 de marzo (día de su desencarnación) y el 3 de octubre (fecha de su nacimiento). En 1883 el público llenó las instalaciones de la entidad. Las actividades

desenvueltas en el centro sucesivamente debían aumentar a fin de conformarse con las amplias comodidades.

En su agitada y activa vida de conferenciante, Amalia participó de una de las celebres noches que el Centro Barcelonés de Estudios psicológicos promovía y que servían para que fuesen expuestos conceptos al respecto del ideal que reunía personajes de gran valor intelectual y moral.

Eran presididas por el Vizconde Torres Solanot y en noche se hicieron oír Ángel Aguarod, el Dr. Manuel Sanz Benito, José Amigó y Pellicer, Quintín López Gómez entre los más destacados por las altas virtudes y el saber que los engalanaban.

D. Ángel Aguarod nació en Villa Ayerbe, Huesca, el 2 de octubre de 1860. Fue educado en una escuela católica y recibió su primera instrucción de un tío, párroco de Novares, también de Huesca. A los 11 años se mudó para Barcelona participando con entusiasmo en las luchas sindicales de la época, ocupando a los 17 años el cargo de secretario general del Centro Federativo de Sociedades Obreras.

A los 20 años comenzó a interesarse por el Espiritismo, consagrándose a estudios exhaustivo de las obras de la codificación. Se inició en una sociedad eminentemente racionalista denominada La Cosmopolita, mudándose enseguida para el Centro Barcelonés del cual fue uno de los fundadores como lo fue también de la Unión Espírita Kardeciana, de los centros "Sócrates" y Amor y Ciencia. En 1905 se mudó para Argentina donde colaboró ininterrumpidamente en la revista Constancia y La Fraternidad. Fue un destacado y brillante orador que hizo oír su palabra vibrante y consistente en varios auditorios de la capital y del interior del país, los cuales visitaba frecuentemente, siendo recibido en todos con gran entusiasmo.

Volvió a España en 1919, pero fijó su residencia en Puerto Alegre donde desarrolló gran actividad, actuando en varias sociedades y dando colaboración a revistas locales como "La eternidad" y "Alián Kardec", dirigiendo esta última hasta su desaparición.

Se unió a los trabajadores brasileños y, en 1921, fundó en Porto Alegre el grupo idealista "Paz"; en 1922 la sociedad "Paz y Amor", de que fue Presidente hasta su muerte ocurrida el 13 de noviembre de 1932, cumpliendo 72 años de vida. Escribió varios libros: "Los mensajes del abuelo Pablo; Orientación hacia las cumbres; Del Maestro al Discípulo; Confidencias espirituales; Grandes y pequeños problemas a la luz de la nueva revelación; y Voces del Más Allá.

Decía que todos sus escritos provenían de mandato e influencia del Mundo mayor del cual era un simple intermediario.

El doctor Samuel Sanz Benito, otro participante del "Centro Barcelonés", poseía un lenguaje dulce y armonioso que hacían de él un orador que nunca se imponía con gritos y no se valía de bombo y platillos conforme narran las crónicas. Llegaba a las almas como un suave perfume devioletas.

Según el mismo decía, no llegó al Espiritismo por los caminos del martirio, como sucede con muchas personas, ni por la senda del dolor, en que el alma se engrandece y se depura por medio del sufrimiento. Creía haber nacido espírita pues siempre había soñado con la verdad de ese ideal, a pesar de ser dado a otros estudios. Sin esfuerzo, sin ningún acontecimiento que lo hiciera buscar alivio para sus pesares, joven aun se vio atraído por los estudios espíritas que se armonizaban perfectamente con sus autores predilectos, llegando a ser miembro de la gran familia española que se abrigaba bajo esa singular bandera.

Era Sanz Benito, en el decir de Amalia, agradabilísimo en el trato. Poseía una simplicidad y amabilidad que atraía a todos cuantos lo conocían. Catedrático de metafísica, era dueño de una memoria admirable, que hacía que se destacase en todos los ámbitos de su actuación.

Miguel Vives y Vives lo llamaba cariñosamente "el niño sabio".

Otra figura de talla prominente en ese ámbito de estudios era José Amigó y Pellicer que, en mayo de 1873 comenzó a realizar reuniones con algunos de sus más cultos amigos, insatisfecho con la religión en la que nació, la católica, a la cual estuviera firmemente vinculado pues "católicos fueron sus padres, católico el

país en que nació, España, católico era por educación y porque sólo le habían enseñado a pensar con criterios católicos.

Un día tuvo un acto de rebeldía. Se preguntó a sí mismo:

¿Por qué soy católico?

El mismo respondió:

—Por sentimiento, en virtud de una serie de circunstancias que se desarrollaron en torno de ti, independientemente de tu voluntad, ajenas a tu iniciativa, sin convicción, que penetran suavemente por todos los caminos del espíritu y es el resultado progresivo de la comparación y de la comprobación, sin la convicción que procede de la armonía de las leyes y de los hechos, con el juicio de la conciencia.

La exteriorización del catolicismo estaba muy lejos de convencerlo. Así comenzó un día a enterarse de la filosofía espírita, al principio con temor a hablar al respecto de la nueva doctrina, en la cual juzgaba que encontraría conceptos ridículos, vulnerables y motivos de sobra para relegarla al desprecio, después al olvido, contando aun condenarla como culpable de atentar a las leyes morales evangélicas. Pero mientras se iba internando en su estudio e iba recibiendo sublimes y convincentes mensajes del Mundo Superior, sus preconceptos se fueron deshaciendo y en septiembre del mismo año (1873), decidió con sus amigos dar a sus reuniones un "carácter más formal", y fundaron en Lérida, el "Círculo Cristiano Espírita".

Por decisiones propias y mensajes recibidos es organizado y vio la luz pública en 1874. Lanzó *Roma y el Evangelio*, libro sólido, conteniendo mensajes bien argumentados que produjo una profunda revolución en los medios científicos, religiosos y filosóficos. Su éxito tuvo un eco extraordinario: El primer ministro de la Restauración, Marqués de Orovia suspende, por esos desacuerdos, como director de la Escuela Normal de Lérida, a Domingo de Miguel, que también era Presidente del Círculo Cristiano Espírita, que imprimió y publicó el libro. Y en su cargo de segundo profesor del mismo expediente, al propio Amigó y Pellicer.

Dieciocho años más tarde, firmes en sus puestos, los integrantes del dedicado grupo lanzan una segunda edición de la obra. En Argentina, la Editorial "Víctor Hugo", reimprime en 1946, el valioso texto firmado por Amigó y Pellicer.

En 1879 surge de la misma fuente y con los mismos recursos, el libro teniendo por título Nicodemo, una importante orientación de cuanto se puede hacer a través de la intervención mediúmnica, señalando los errores del catolicismo y, nuevamente, la interpretación de los principios críticos en su contexto particular. Se decía que sus escritos eran tan profundos que "rasgaban el papel".

Ejercía Don Amigó y Pellicer el órgano principal de la entidad, El Buen Sentido, de donde partían dardos certeros contra los errores expresados en tiradas como esta:

"No nos maldecís, sacerdotes de Cristo, vosotros que os creéis depositarios de la verdad absoluta: somos vuestros hermanos y no dejaremos de serlo aunque cerréis vuestro corazón a la caridad, tan recomendada por el Enviado del Altísimo. Nosotros os amamos y os bendecimos pues debemos amarlos y bendecirlos como seres emanados del pensamiento de Dios. No nos maldecís, ¿no es cierto? Vosotros os tituláis cristianos y procedéis cristianamente: de eso estamos seguros, pues Jesús reprendió severamente a Santiago y a Juan que deseaban descender el fuego de los cielos sobre los samaritanos por haberse estos negado a recibirlos en sus ciudades".

Y dirigiéndose a los humildes con el mismo diapasón dialéctico, añadía:

"Vosotros, hijos del pueblo, pobres hijos del pueblo, que nacéis envueltos en la atmósfera insana del infortunio, que vivís en la obscuridad y en la miseria, que trabajáis y con vuestro trabajo aplacáis el hambre de vuestros hijos; que tiritáis de frío por falta de abrigo, de fiebre, por falta de alimentación y de desesperación por vuestro futuro, se llegaréis y por el futuro de vuestras desafortunadas familias si una muerte prematura les arrebatara vuestro amparo; venid con nosotros, venid a uniros con otros hijos del pueblo que os aman como hermanos y lamentan vuestras necesidades y amarguras".

En septiembre de 1888 se realizó en la ciudad condal un magno acontecimiento. Bajo la iniciativa del Vizconde de Torres Solanot y un grupo de selectas personalidades que ilustraban a Barcelona a finales del siglo XIX, se lleva a cabo un "Congreso Espiritista Mundial, aprovechando la gran afluencia del pueblo atraído por la famosa Exposición Internacional que, en esas fecha, de ámbito nacional, irradiaba sus luces y esplendor, con proyecciones ecuménicas.

El deseo de los organizadores fue el de realizar el acto en una de las mejores y más amplias salas de cuantas había en la ciudad, pero los teatros, poseedores de mayor capacidad, estaban entonces ocupados con la programación de repetidas funciones, aprovechando el público que lo llenaba.

Se tuvo que recurrir a un gran salón de fiestas, dedicado a bailes populares, denominado Salón Eslava, de considerable amplitud pero no dotado de los esplendores que los organizadores entusiasmados deseaban. No obstante gracias a la diligencia, el buen gusto y el esfuerzo de todos, la sala pudo engalanarse de modo a quedar lo más posible de acuerdo con el deseo general.

El estrado fue cubierto con tapetes de terciopelo rojo, mostrando en el centro el busto de Allan Kardec rodeado de palmeras y laureles; el suelo fue cubierto de alfombras, se reservó una mesa para los periodistas, se pudieron banderas de todos los países del globo, se busco una profusa iluminación, flores y plantas en una artística ornamentación, todo estaba brillando. La presencia era de más de dos mil personas, las cuales, al finalizar cada reunión, hacían entusiasmados comentarios felicitando y recibiendo a las delegaciones de modo a que, en un clima de franca amistad, discutiesen los más importantes aspectos del ideal espírita que sustentaban en los más lejanos puntos del planeta.

Sólo de España, de diversas provincias concurren de más de cincuenta sociedades. De ultra mar—Cuba, Puerto Rico, Chile, Perú, México, Venezuela, Argentina, Estados Unidos, Bélgica, Italia presentaron numerosas delegaciones, inscribiéndose Rumania y Rusia. Gran número de revistas y periódicos espíritas se hicieron representar en un acontecimiento tan grande.

Este famoso cónclave, por la cualidad de los organizadores, nombró como presidente honorario a Don José María Fernández Colavida, como homenaje a las altas cualidades intelectuales y morales que lo acompañaban. Fue elegido Presidente electo Torres Solanot, Pierre Gaetan Leymarie, ilustre discípulo de Allan Kardec, representó a Francia, el caballero Efisio Ungher, de la Academia Internacional de Roma y el Dr. Huelves Temprado, español. Ocupó la Vicepresidencia, como un reconocimiento de mérito, Amalia Domingo Soler, compartiendo ese cargo con el Dr. Giovanni Hoffman, italiano, Facunco Usich y su gran amigo Miguel Vives y Vives. Para secretario de la asamblea fue escogido el Dr. Manuel Sanz Benito.

Uno de los más brillantes expositores, fue el Dr. Víctor Oscáriz y Lasaga, autor del libro "Universo Espírita", catedrático en Retórica y Poética en el Instituto de Gerona, profesor de la Escuela Normal, fundador del periódico "La Solución".

Magnifico es el horizonte de Barcelona, ciudad industrial, mercantil, marítima, que escribe en el espacio con la humareda de las chimeneas de sus fábricas, la palabra progreso. Magnifica es la exposición en la cual se ostentan los primores del artista y los triunfos del trabajador.

Otra razón, la más importante para alimentar la fervorosa pluma de la incansable escritora.

El Espiritismo sustenta la inmortalidad del alma. Este principio, antiguo y mencionado en diversas corrientes religiosas y filosóficas, fue incluido en el texto de la doctrina de Allan Kardec.

El hombre es, según sustenta el concepto doctrinario, más allá de una manifestación biológica, entidad espiritual nacida en un remoto pasado y que se manifiesta a través de sucesivas reencarnaciones o avatares, por diversos cuerpos, a través del tiempo.

Es el Espíritu que, al morir uno de sus cuerpos, pasa un periodo en la erraticidad, en el espacio infinito y vuelve a encarnar en otro cuerpo, comenzando una nueva vida con el propósito de

purificar su valor intrínseco hasta el punto ideal que será alcanzado al fin de una larga jornada evolutiva, de encarnación en encarnación, a través del tiempo.

Es la doctrina de la reencarnación sustentada desde los Vedas, en la noche de los tiempos y por ilustres filósofos de la India, Grecia y Egipto, en las primeras manifestaciones de la civilización.

El hombre es, pues, el artífice de su propio destino en el proceso de las vidas sucesivas, en una carrera imponderable rumbo al infinito y a la eternidad.

Amalia no sólo comprendió la teoría espírita; la aplicó en su día a día y la asimiló en toda su dramática potencialidad. Por eso supo comprender la tragedia de su vida. Puede justificar la desdicha y su ceguera cuando era niña. Comprendió la causa de su agonía moral cuando, a los 25 años, vio partir a su querida madre, único sustento, apoyo y consuelo de su vida. Tuvo una comprensión exacta de su compromiso ante la vida cuando las circunstancias la pusieron ante la prueba de fuego de su obra periodística. Se afirmó así en una posición que, para otra persona podría haber sido aventura sin propósito.

Así puede, un día, cuando conmemoraba 58 años, reflexionar sobre su situación, dejando sus pensamientos registrados en La Luz para ejemplo de sus lectores en una nota a la cual tituló: Concurso de acreedores.

Los incidentes de mi encarnación actual — Decía —, no sólo para dejar en mí la marca de terribles remordimientos ni de inefables satisfacciones. Siempre se adquiere responsabilidades, pero, esta vez, como apenas pude intentar el vuelo, no tuve ocasión de poner en juego mi limitada voluntad. Así es que mi presente existencia no me puede causar ni miedo del castigo ni la dulce esperanza de gloriosa recompensa.

Se lamentaba no obstante de una profunda tristeza que la agobiaba, tristeza que iba aumentando de forma alarmante y que, aparentemente no tenía motivo de ser.

— "A decir verdad — Confiesa más tarde — si bien haya

sufrido mucho en la actualidad, estoy tan distante de la felicidad como de la desgracia. Si me comparo a los felices de la Tierra, como las mujeres que se unían a los hombres amados, que vieron nacer a sus hijos, que vivieron siempre rodeadas de cariñosas atenciones y no saben lo que es la miseria con todo su cortejo de horrores, su soledad, sus peligros y su enorme abandono, al lado de esos seres venturosos yo indudablemente soy un árbol seco, sin hojas, sin flores ni frutos, un cero sin valor en la suma social, un ciego que no vio la luz, un sordo que nunca oyó el dulcísimo canto de los ruiseñores, un mundo que jamás puede decir: "¡Yo amo!"..., un idiota que pasó por la Tierra sin dejar las señales de su pasaje. Pero, si me comparo a esas mujeres que prenden su destino al de un hombre indigno y brutal, que se embriaga y, al entrar en su casa parece una fiera que atormenta sin piedad a la esposa y a los hijos, y atacan implacablemente, y el resultado de todo eso es la entrada de la pobre mujer en el hospital, dejando a los hijos al abandono... O la ramera que se vende por vicios y que terminan sus días en una casa de corrección.... Al lado de esas mujeres yo estoy en la gloria ya que nadie me atormenta ni levanta la mano contra mí; porque los agentes de la policía no conocen mi nombre; porque tengo una familia adoptiva con la cual vivo de la mejor forma posible y estoy presa, por mis ideales filosóficos, familia inmensa, ¡qué son los espíritas! Por eso el día de mañana no me aterra y tengo la comunicación de los espíritus que me dan valor, que me estimulan al trabajo que me consuelan extraordinariamente, me convencen de que el progreso infinito libera a todos los esclavos de sus violentas pasiones y yo que soy una parte infinitesimal de la Humanidad también podré ser sabio entre los sabios. Bueno entre los buenos, grande entre los grandes y esta convicción íntima de mi progreso eterno me hace vivir, no diré... dichosa pero si, al menos distanciado de la separación.

A si es que en realidad no tengo motivos para sentir esa tristeza que de tanto en tanto me atormenta. Sé que en mi actual existencia no tengo recuerdos alegres, pues siempre la miseria y el dolor me estuvieron rondando, también es cierto que hoy mi lucha es menos dolorosa que en mi juventud. Mis aspiraciones terrenas están concluidas, los placeres naturales de la vida ya no tienen atracción para mí. Mis pensamientos ya no tienen el objetivo más allá de despojarme lentamente de mis numerosos defectos para tener el derecho de volver en mejores condiciones.

Cuando la lucha de las pasiones termina, cesan también los motivos de la desesperación. Por eso digo que estoy tan lejos de la felicidad como de la desgracia. Mi tristeza no tiene razón de ser... Mientras tanto..."

Al declinar la tarde, al avanzar las primeras horas de la noche, si ella se encuentra lejos de su hogar, por las calles de Barcelona, las lagrimas afluyen a sus ojos y le parece que la soledad será interminable. Olvida las comunicaciones de los Espíritus, sus consejos y sus enseñanzas y sólo experimenta íntimamente un deseo inconmensurable. Como si fuese proyectada por una película cinematográfica, cruza entonces por su mente, en esa hora crepuscular, el recuerdo de todos los seres que conoció en su existencia actual.

No encuentra en el examen retrospectivo ningún reflejo de odio o de rencor. Todavía, en el fondo de su percepción espiritual oye claras y mayúsculas palabras. Alguien susurra.

Enseguida, con los ojos del alma, ve reflejarse en la bruma del atardecer una especie de puntitos luminosos que se unen formando las sentenciosas palabras:

Reunión de Acreedores

Atónita lee el singular mensaje espiritual. Y comprende que no está sola, que el mundo espiritual la asiste, que la tristeza tiene su razón de ser. Una legión de Espíritus la rodean, la acusan espiritualmente, pidiendo cuentas de sus actos pasados. Ella reacciona. Enfrenta la situación y solicita a sus acreedores, al más acérrimo de ellos, que la envuelva en sus fluidos y que la haga comprender mediante psicografía cuál es el motivo de su odio. Se sienta a su mesa de trabajo, con la pluma en la mano y la mente en blanco... Y la comunicación del Más Allá se va delineando en palabras nerviosas, apresuradas, marcando fundamentalmente el papel.

—Ya es hora de enfrentarse a la realidad. En el transcurrir de largo tiempo, anduviste en pos de delirios y quimeras. La tristeza que te abrumba también te sorprende. Esto significa la prueba total

de tu olvido del pasado. No dijiste muchas veces (cuando sufrías una enfermedad en la Tierra), ¿qué es más doloroso la convalecencia o el periodo crítico de la enfermedad? Esto es, porque en la convalecencia, si un día el enfermo tiene apetito, sufre después inapetencias interminables, se levanta hoy para volver a la cama mañana. Y las recaídas son terribles.

Imagina que la encarnación del Espíritu es una enfermedad que puede durar siglos y la convalecencia son esas existencia expiatorias en las cuales se pierde un defecto y se adquiere mil imperfecciones. Prosiguen explicando sus ideas, sus conceptos brillan claros, precisos, adecuados al ejemplo diario, a la propia vida con sus mil variantes.

¿Y a ti te parece — Continúa la sombra del Espacio —, que si en esta existencia hiciste el trabajo de las hormigas ya estás en paz con tu pasado? ¡No! ¡No estás! Si supones esto, estás en un error. ¿Qué es una gota de agua cristalina en un mar de lodo? ¿Qué es un pálido rayo de luna ante la sombra de la noche de los siglos? ¿Qué es una existencia sin grandes responsabilidades ante numerosas encarnaciones pasadas en los torpes placeres desenfrenados? ¿Qué es un momento de compasión ante numerosos siglos de completa indiferencia para con los dolores ajenos? Dices — continúa expresándose la letra inspirada del Mundo Invisible —, que no quieres vivir de ilusiones, y sí de realidades por más amargas que estas sean. Pues si quieres la amargura de verdad, yo te la ofrezco en nombre de muchos espíritus que no te perdonan el daño que les causaste. Tú te muestras muy satisfecha porque más de una vez los Espíritus te dijeron que el libro de tu historia no tiene muchas páginas manchadas de sangre. ¡Es cierto! Pero, ¿ignoras acaso que hay muertes mucho más horribles que aquella que una profunda estocada o una bala que encuentra por blanco el corazón, pueden provocar? ¿No sabes que morir lentamente es mucho más doloroso que dejar la existencia en el fragor de las luchas en el campo de batalla o en una emboscada de traidores sin escrúpulos?

En varias ocasiones se habían mostrado a Amalia en sueños, en cuadros vividos del pasado. Al despertar, decía con amargura:

— ¡Aquel era yo!... ¡Qué horror!...

La escritura automática continuaba revelando pasajes:

—No viste montones de cadáveres, no charcos de sangre, ni moribundos gritando maldiciones. No viste nada de extraordinario, solamente una mansión señorial, donde una familia numerosa atravesaba los salones con ansiedad:

— ¡Como tarda! ¡Es preciso salir en su busca! ¡Hace tantos días que partió!... Tu mirabas aquel cuadro atentamente cuando viste avanzar por el camino espacioso a un hombre joven y bien puesto, vistiendo un rico traje de cazador. Uno de los servidores le salió al encuentro diciendo: "Señor, todos os aguardan. La señora está desesperada.

— ¿Sí? Pues que esperen. No digas que me vistes — El hombre desapareció.

"Eras tú, se lee en la escritura psicografiada — Era tu espíritu alcanzado por una vida aventurera. Desapareció, se perdió en el bosque y nunca más volvió. Te molestabas con la amorosa atención de los tuyos...

En otra ocasión fuiste un arrogante señor que se burlaba de la timidez y de la pobreza de una joven que huía de ti motivada por tu pedante actitud.

Amalia ve la escena.

El hombre — su propio espíritu en otra encarnación anterior —, insultaba el pudor de una joven a quien tiraba un puñado de monedas de oro. Se alardeaba de que el oro todo compraba.

Al final lee con argucia la comunicación, con los ojos cargados de llanto y comprende... Su tristeza se esfuma. Comprende que debe hacer frente a sus acreedores, los cuales reclaman su deuda y Amalia tendrá que pagar con la única moneda corriente en la plaza: el dolor.

Recuerda también, en ese trance, otra situación de idéntico origen. Siendo muy pequeña aun, tuvo una horrible pesadilla. A pesar del tiempo transcurrido no se va el sueño de su memoria. Veía entonces una calle amplia. De un lado rodeada por una muralla, de otro se ven casas de triste apariencia. Unos faroles triangulares

clarean, la escena con tétrica luz. Va sola, como si estuviese perdida en esa calle. Experimenta una angustia inexplicable. De súbito una mano le toca el brazo y la detiene. Vuelve la cabeza y ve una mesa de zapatero con sus respectivos instrumentos. Delante suya hay un hombre de mediana estatura, seco de carnes como un esqueleto. Tiene los cabellos enmarañados, hirsutos, que dan lúgubre sombra a sus grandes e impresionantes ojos.

Una sensación repulsiva se apodera de Amalia. La incita a huir desesperadamente. Su cuerpo entorpecido permanece, no obstante, como un soldado fijo, inamovible en el lugar donde está. El horror la priva de cualquier movimiento. El hombre estaba silencioso pero, a medida que el tiempo transcurría — Inconmensurable en su brevedad onírica —, su rostro se aproximaba más y más al de ella con una muda maldición en su terrible expresión.

Amalia no sabe cuánto tiempo dura aquel martirio. Tal vez un fugaz instante en la inmensurable transitoriedad del sueño. El recuerdo es imperecible. Gran trabajo le había costado a su bondadosa madre, distraerla y hacerla olvidar el triste espectáculo.

Cierta noche de verano paseaba con su madre por la principal vía pública de Sevilla: la Plaza del Duque. Una mujer vestida de negro, alocada se acercó tocando el hombro de la niña con su huesuda mano y pronuncia una frase incongruente, propia de una mente desequilibrada.

El episodio puede no tener importancia, pero la niña lo asocia al sueño y permanece en su memoria como un sello vivo y duradero. Corría el año 1983 cuando, teniendo delante una hoja de papel en blanco, Amalia se dispone a preparar el material para el número de La Luz de aquella semana. El hecho le acude con notable precisión.

Intenta abordar el asunto refiriéndose a las razones o falta de razón de los sueños cuando percibe que la envuelve una influencia pesada, angustiosa, cargada de odio, la misma sensación que quedó impresa en su alma en el sueño infantil...

Un fuerte estremecimiento le mueve el cuerpo. Siente una opresiva inhibición que, dominando su voluntad, exige que trace en su trabajo, comenzando, una línea cortante, incomprensible.

Correspondía esa sensación a la influencia de un Espíritu que fue uno de sus grandes enemigos en una vida anterior. Un drama pasional de que habían sido actores en encarnaciones anteriores, engendró un terrible odio en aquel Espíritu. Una mala acción, una baja traición del ser que encarnó entonces como Amalia, dotado de pocas y elogiabiles disposiciones. El odio de aquella entidad espiritual, ya en el más allá, persigue a su antagonista, proyecta sus influjos cargados de odio sobre el lecho infantil, intentando envolver a la que ahora es víctima, en una atmósfera de infelicidad. El éxito se coronó de reprobables resultados. Las vicisitudes vividas por Amalia en su infancia lo demuestran claramente.

Al desencarnar su madre, el espíritu liberado crea un biombo de protección espiritual en torno de ella, preservándola de cierta manera del rencor del obsesor el cual declara en el escrito en el cual ahora se manifiesta que, tuvo que enviar sus fluidos a distancia por la coraza de la madre protectora.

No hay odio que no se deshaga cuando surge la circunstancia que hace eso posible. El gran sufrimiento, el gran dolor de Amalia en su angustiosa existencia, consiguen aplacar las iras de aquel Espíritu, que le propone, en esa ocasión, hacer las paces. Da por terminada la persecución aunque no sepa como iniciar la reconciliación.

Una inseguridad terrible atenaza el alma de Amalia durante la transcripción del escrito. Muchas veces intentó dejarlo sin concluir, agobiada por terribles impresiones. Una voz interior le decía: "¡Llega hasta el fin!"

El resultado obtenido dio motivo a una invitación. Cuando puso, finalmente, el punto final en la comunicación, se sintió liberada de un peso terrible. Un profundo suspiro, lento y penoso se desprendió de su alma y llevó consigo la amargura descrita, en buena parte, por su propia pluma.

Tuvo entonces plena conciencia de que desde entonces tenía en su haber espiritual un enemigo menos...

Así era la vida íntima de esta gran mujer, a quien generalmente se evoca con pensamientos de serenidad y belleza en sus cálidos poemas, entrelazando rimas y cantando loores. Muy diferente era la atormentada vida de esa periodista escrupulosa, que enfrentó todos los embates de la vida y estuvo sometida a la falta de recursos físicos, más allá de lo necesario— Amalia fue, en su más amplia expresión, lo que se puede tener por una luchadora. Luchaba contra un terrible mundo invisible, contra todos los reveses que este le impone, pero luchaba también contra un mundo más terrible aun: el espiritual.

El 18 de febrero de 1897 comenzó a publicar en La Luz el texto de la comunicación más importante del catálogo de las obras solerianas, recibidas en el Centro La Buena Nueva, bajo el título de Te Perdono, y que constituye un valioso volumen de más de 400 páginas.

El 27 de mayo de ese mismo año, entrando La Luz en el último mes de su XVIII aniversario, comienzan a surgir las más serias dificultades para dar continuidad a su existencia. Se solicitaba después en el encabezamiento solicitud dirigida a los subscriptores en el sentido de saber si estaban dispuestos a proseguir con su suscripción. Justamente en el ejemplar en que se publicaba el 17° capítulo de Te Perdono, fue preciso hacer a este respeto un paréntesis algo lamentable.

Las comunicaciones transmitidas por el Espíritu que se daba el nombre de Iris, ocasionan controversia. Algunos lectores encontraban misteriosas contradicciones en lo que se relataba. Deseaban, con impaciencia que fuesen esclarecidas por el propio Espíritu comunicante.

Otros, entre tanto, eran capaces de leer entrelíneas e iban cogiendo conclusiones de los más hermosos de los capítulos redactados.

Amalia se disculpó por no poder dar respuesta a tantas preguntas. El médium actuaba una vez por semana y como las comunicaciones ya iban avanzadas, no podía estar interrumpiendo la tarea para solicitar esclarecimientos.

El Espíritu comunicante confirma lo que escribe y declara que, en un momento oportuno ofrecerá respuesta y esclarecimiento a

todos.

La Luz sufría tropiezos, sin embargo, gracias a los buenos oficios de anónimas almas caritativas proseguía su marcha y superaba su XVIII aniversario con una tranquilidad que no se podía prever cuando fue iniciada.

La hormiga del Espiritismo, como Amalia apreciaba llamar a su La Luz, puede iniciar el XIX año de publicación en junio de 1897 manteniéndose su directora junto a su gran familia, esa parentela del espíritu que eran sus lectores, a quien mucho amaba a pesar de que muchos se encontraban a grandes distancias. Todo eso dice en un tono familiar, cariñoso, estimulante, pero... dejando entrever en el empleo de los vocablos que algo no iba bien.

Para sus pobres recibe en ese periodo setecientas cuarenta y seis pesetas, con las cuales cubre aunque precariamente, a los más necesitados. Las comunicaciones de Iris van siendo publicadas a medida que son recibidas. Por esa razón el número 17 de febrero de 1898 no pudo llevar el texto correspondiente, ya que el médium se encontraba enfermo. Debajo del título en la primera página de La Luz del 31 de marzo de 1898 se lee un apelo dramático:

A los Espíritus—se titula —y dice: "Mis hermanos, con mucho sentimiento debo llamar vuestra atención. Los responsables de La Luz del Porvenir, por efecto tal vez de la situación dolorosa que atravesamos, no cumplen como deberían con su publicación. Hay subscriptores que nos deben 500 pesetas. Es humanamente imposible proseguir publicando La Luz si no nos ayudan, unos pagando lo que deben, otros remitiendo los donativos que puedan, por pequeño que sea. Nos es muy doloroso tener que socorrernos de vosotros, pues sabiendo que en su mayoría carecéis de bienes de fortuna. Pero como no podemos disponer de nuestro trabajo para sustentarla, es La Luz el único medio legal para que podamos vivir. Por eso una vez más os decimos: hermanos, La Luz del Porvenir que es nuestra vida, está amenazada de muerte si vosotros no oís nuestro ruego. Vuestra hermana en creencia.

Amalia Domingo Soler

Su prudencia y severidad crítica hizo al respecto de sus

escritos volverla cada vez más firme y cautelosa. Muchas de las cartas que recibe contienen el lamento de personas desdichadas que desean que los Espíritus resuelvan sus propias situaciones. Eso escapa a lo que la doctrina enseña. Por un lado Amalia desea de todo corazón satisfacer a todos los sufridores, los pobres material y espiritualmente. Por otro lado teme que sus respuestas no sean explícitas, que no se comunique de manera doctrinaria satisfactoria. Todavía, de vez en cuando, surge la inspiración del Padre Germán y sus palabras inspiradas, una vez leídas por Amalia, surgen apropiadas y conformes. Amalia las publica amenizando de alguna manera, la angustia de los necesitados de consuelo, ya que, según la información espiritual "muchas preguntas no pueden ser respondidas ya que hay verdades tan amargas que no pueden ser dichas".

En 1898 Amalia hace 63 años de pesada y amarga existencia. Envejeció con el alma centelleando de virtudes, aunque el contrapeso de muchas angustias y dolores, superiores a lo que comúnmente se soporta. Luchas y ansiedades... Glorias y carencias de toda suerte....

En el número de La Luz del 26 de mayo de 1898, al finalizar el décimo noveno año para entrar al vigésimo, Amalia vuelve a lanzar su S.O.S. Ruega a los subscriptores, colaboradores y amigos que envíen su ayuda a fin de que ella continúe su obra. Te Perdono va llegando a su fase final.

Ella agradece la continuación, por honra y justicia — de una ayuda fraterna y valiosa que, anónimamente, equilibró la revista estremecida en sus fundamentos. Una desgracia familiar impide a Amalia publicar una edición que correspondía al mes de noviembre. El problema fue la enfermedad del médium Eudaldo que hizo imposible la sesión en la cual sería recibido el capítulo para ser publicado. Todavía, enseguida las publicaciones continúan su ritmo. Todavía...



Una de las últimas fotografías de Amalia, muy poco conocida, muestra a la gran luchadora con una fisonomía que no concuerda con su vibrante personalidad, en pleno vigor hasta el último instante de su vida.

En ese campo de luchas, tropiezos, decepciones y de lágrimas furtivas que menudo rodaban por el rostro envejecido de la infatigable directora se llega a diciembre de 1899 con el fatal anuncio de que La Luz suspendería su salida por falta de recursos. La guerra que estalla, en Cuba roba gran número de suscriptores de ese país y de Puerto Rico, agravando la situación económica paupérrima imperante que amenaza la propia estabilidad de España. La delicada situación hace apremiante.

“Con enorme sentimiento suspendemos la publicación de La Luz del Porvenir y, en la imposibilidad de momento, inclinamos la cabeza abatidos por el infortunio, abatimiento que durará poco tiempo. Recobramos nuestras fuerzas y seguiremos trabajando en la propaganda racional del Espiritismo”.

Así termina la nota del 8 de diciembre de 1899. Y la suspensión se cumple hasta la reaparición el 24 de agosto de 1900

con el reinicio de la publicación de los últimos capítulos de Te Perdonó. Todos esos altos y bajos no aniquilan la decisión y el dinamismo de la directora, ya anciana.

En el número del 26 de octubre de 1899, no obstante se anuncie la edición del primer libro de Amalia, Memorias del Padre Germán, con las notas dictadas al médium en las sesiones de La Buena Nueva por un largo espacio de tiempo que va del 29 de abril de 1880 al 10 de enero de 1884, se solicita a los lectores que, en esa situación, reserven sus pedidos a fin de que ajusten a la edición. No sólo se anuncia la edición de este libro sino también, otro de mayor envergadura. Se notifica que en cuanto estuvo suspendida la publicación de La Luz, "Las Memorias de un espíritu: Te Perdonó" fueron publicadas en ocho tomos tan grande era el número de páginas.



ABEL GÓMEZ

Se termina de divulgar el texto en La Luz el 23 de noviembre de 1899. Falta aun publicar, para cerrar el año XX, catorce números de la revista. En breve, en mayo de 1900, se cerraría el ciclo de veinte años de vida que no puede llegar al final por razones muy justas y de fuerza mayor.

Las energías exhaustas de la dirección imposibilitan seguir adelante en ese estado de cosas. Es forzoso suspender nuevamente la publicación "hasta reunir fondos suficientes para terminar el XX aniversario...

8. SE APAGA UNA LUZ

1899 – 1990 Entra la Humanidad en un nuevo periodo cronológico. Queda atrás el siglo XIX con sus valiosas conquistas científicas y una seria promesa de evolución social. Todo permitía pensar que se venía abajo un mundo caduco para dar lugar al siglo de la Luz.

No obstante, en el terreno de las transiciones no se produce el hecho esperado, las promesas deseadas. ¡Inseguridad! Choques de ideas y de opiniones, divisiones entre los que sustentan los poderes vigentes, tradicionales, y los que predicaban la renovación total de los valores e instituciones existentes. Este estado de cosas, infelizmente, va preparando el resultado trágico de la 12 Gran Guerra, entre 1914 y 1918. España comienza a apagarse en planos inferiores en el panorama mundial, donde fue principal figura en épocas no muy distantes, hasta el reinado de Alfonso XII, en permanente fermentación interna, siempre con repercusiones exteriores y viceversa. Ya se encontraba muerto Alfonso XII y bajo el reinado de María Cristina el país se transforma en un abismo de silencio. Se diría que su ardiente impotencia se aniquiló en la quietud de la indiferencia.

Por suerte el declive español fue más en el aspecto político y guerrero. Gracias a los genios tutelares de los generales Prim y Espartero. Ya en 1898 se proyectaba para el mundo toda una generación de brillantes expresiones en las letras que la colocaría en alta consideración en el plano universal del intelecto.

Ramón del Valle Inclán, Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu, Azorín, Manuel y Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, llamado con justicia, la potencia intelectual que definía al país, como la generación dei 98, entraban en el escenario mundial en otro campo que no era el de la escritura convencional. Definían una revolución: la revolución del pensamiento, que no podía ser olvidada o desconocida, pero que cayó vencida porque llevaba la inspiración divina y su arma más potente era el alma.

¿Sería esa angustiosa situación general en esos instantes lo que provocó una disminución alarmante entre los subscriptores de La Luz? ¿La crisis económica consecuente e imperante habría sido el único motivo y la causa final?

En enero de 1899, culminando una serie de desastres, se arriaba la bandera española del castillo del Morro después de cuatro siglos de dominación española sobre Cuba, rompiendo los vínculos entre las dos naciones. Los subscriptores desde la isla mucho archipiélago de las Antillas, con ese acontecimiento perturbando la atmósfera general, hace que La Luz pierda un gran número de fieles sustentáculos con malas consecuencias pues, si bien el hecho tenía gravedad para la propia España, no dejaba de repercutir de forma crítica para el periódico de Amalia.

No fueron extrañas tampoco a esa situación crítica, las guerras sustentadas por la nación ibérica en los años de 1894 en Melilla, durante 1896–1897 con Filipinas y en 1898 con América del Norte. Perdidas las subcripciones de tierras tan lejanas se perdía también la continuidad de las comunicaciones. La crisis nacional hacía disminuir la lista de contribuciones y falta los números necesarios. Un cúmulo de acontecimientos demasiados graves estremecía los pilares de las instituciones españolas. Fue preciso investigar cuidadosamente todos los hechos, examinar tanto las cuestiones aparentemente minúsculas, como las más prominentes, para llegar a las razones reales de la situación. Investigando estas últimas tal vez las encontrásemos en los rumores desagradables y amargos. Dejemos pues, el asunto y prosigamos...

A lo largo de este itinerario agotador se habló de Amalia la periodista. Se podría examinar hasta los recónditos de su alma, a través precisamente del ritmo de sus palabras escritas en el periodo periodístico, de sus páginas puestas al servicio del bien humano. Paralizado el instrumento de pruebas y de trabajos, tenemos ahora que dirigirnos por un camino incierto donde situarlas. Habiendo terminado su función periodística, gran parte de la vida de Amalia – de 45 a 65 años de edad que ejerció la función de directora en La Luz del Porvenir –, da por finalizado su trabajo. Dejaba de existir la cronista de los pobres, tal como era llamada.

Pero...

¿Más por acaso entra en declive con La Luz el espíritu dinámico de Amalia? ¿Dejaba de ser famosa? ¿Terminaron sus sinsabores? ¿Dejaba de existir la periodista?

Hasta el día 29 de Abril de 1909, día en que se esfuma su existencia física, se mantienen activas y vivas sus virtudes, angustias y capacidades. Su celebridad supera su presencia física y dura más de medio siglo. Los sinsabores prosiguen atenazando su alma hasta el final de sus días terrenales. Si por un lado sus muchos amigos le rendían pleitesía de amor, reconocimiento y consideración, no faltaban por esto conflictos y complicaciones que le arrancaban lágrimas de sus débiles ojos. La periodista, ágil, diestra moderada, ya no tenía la hija de sus inquietudes. La Luz. En Cuba, Puerto Rico, Argentina, México, no faltaban periódicos y revistas ávidos por ser sus escritos plenos de humanidad, vida y calor. Hay está pues, E, el dolor activa, radiante, colosal, tanto por su celebridad como por su sufrir, en las encrucijadas de los siglos XIX y XX esta insigne escritora que se llamó Amalia Domingo Soler.

Amalia ya atravesaba los 60 años, muchos parara su salud quebrada y, además sometida como estaba, a una faena de trabajos y emociones intensas y sin tregua. Aunque el tipógrafo nunca estuviese de pie ante su mesa, esperando material para cerrar la edición de un número de La Luz, no descansaba su pluma ágil. Todos los temas que habían herido su inquietud, encontraban debido a eco en las páginas en blanco, siempre a la mano. Y volaban por tierra y por mares, valorando publicaciones de los dos continentes. Una nueva actividad la reclaman también: suslibros.

En la febril producción dio material para varios volúmenes bibliográficos que, en folletos o en libros, formaran valiosas separatas que extendieron su trabajo en un campo más amplio.

En 1880 se había producido la separata editada por el propio Torrens de "El Espiritismo refutando los errores del Catolicismo", un alentador volumen. Se cuenta otros muchos folletos: Cánticos, especialmente dedicados a la Escuela dominical de La Buena Nueva, en el cual se encuentran 44 canciones para dar a los niños una noción elemental de los principios sobre los sermones de un

esculapio y un jesuita, editado a través de las refutaciones de La Luz, ribeteando los sermones pronunciados contra el Espiritismo por los sacerdotes Sallarés, y el esculapio Fita, de la Compañía de Jesús. Consejeros de ultratumba, es una historia de dos almas, otro hijo de su inspiración y experiencia filosófica. Historia de un presidiario "dedicado a los que pagan culpas en las cárceles". Salvador Sellés es el título de otra separata dedicada al gran poeta y amigo. Versos de Amalia es el título de una selección de poesías, conocidas pero inéditas. Hay otras que no tuvieron tanto clamor y no se volvieron al a reeditar, especialmente en Argentina donde se nombre a un gozaba y goza hoy de gran simpatía y respeto.

"Memorias del Padre Germán" inicia la más importante etapa de la bibliografía soleriana después de La Luz. La historia del sacerdote que en espíritu fuera su guía, su maestro y permanente estímulo surge a la consideración de un enorme contingente de lectores con un éxito de ventas que se prolonga hasta nuestros días. Son 354 páginas con una serie de relatos conmovedores, simples y dramáticos, de una vida ejemplar, sublime, dedicada al bien de sus semejantes y al amor a los niños teniendo por gran inspirador al Maestro de Galilea.

Desde el 29 de Abril de 1880 hasta el 12 de Marzo de 1884, Amalia copió fielmente todas las semanas, lo que era transmitido a través de Eudaldo, inspirado por el Padre Germán. Además de haber publicados esos relatos en La Luz, en sucesivos números, surgen entre sus amigos la idea de lanzarlos al conocimiento general, como un ejemplo vivo de virtudes.

En Febrero de 1900 este libro había tenido varias reediciones. Inmediatamente después surge Te Perdonó: Memorias de un Espíritu. También publicado angustiosamente en los últimos números de la revista de Amalia.

Este último libro que fue inicialmente publicado en 8 tomos, debido a su extensión, 870 páginas de tipo común, se hace una realidad gracias a las comunicaciones obtenidas en "La Buena Nueva" por el espíritu de Iris, que habría sido María de Magdalena, la mujer convertida por Jesús, Teresa de Ávila en otra encarnación y asociada del Rabí Galileo en sucesivas situaciones. Es un libro profundamente dramático, discutible, pues se hace

necesario leer entrelineas para captar su profundo significado, requiriendo, conforme Amalia advierte en el prólogo de la obra, "saber leer y no fijarse apenas en la letra sin buscar el espíritu que da vida a aquellas frases hiperbólicas".

En los primeros días del año de 1897 se inicia la copia de su texto y, con breves intermitencias, trabajando un día por semana, fue el libro dado por finalizado a mediados de 1899. El día 5 de Enero de 1904 estaban encuadernados los 8 volúmenes por la buena voluntad de los editores Carbonell y Esteva, que aprobaban las ideas contenidas en sus páginas y juzgaban una gigantesca aventura editar el volumen, aunque ya hubiesen editado otras obras fundamentales, espíritas de menor porte. En 1904 se hace una reedición en 2 tomos en Argentina y continuó cautivando e intrigando a una amplia cantidad de lectores.

Tal vez como un homenaje inspirados en los sacrificios de Amalia en cuanto al testimonio de La Luz, sus muchos amigos, de varias partes del mundo juzgan oportuno reunir en libros los escritos aparecidos en la revista. En una ocasión se llegó a pensar en la gigantesca tarea de imprimir sus obras completas, empresa de una proporción extraordinaria e imposible, debido al gran número de trabajos firmados por Amalia. Sus muchos amigos de Cuba inician una suscripción para colaborar en la impresión de ese emprendimiento. Un impresor, Loberia de la ciudad de Buenos Aires, en Argentina, se ofreció para imprimir las obras completas por el simple costo del papel.

De todo ese conjunto de trabajos, aparece en 1903, en dos tomos, de más de 300 páginas cada uno, "Ramos de Violetas", una valiosa selección de artículos y poemas que habían sido publicados en La Luz, con un prólogo emocionado de la autora. En 1947 en Buenos Aires, se lanza la 4 edición de estos libros.

Su obra continua siendo impresa incluso después de que Amalia hubiese dejado el plano terrenal. Inmediatamente después de su desencarnación, una entidad de La Pampa, Argentina, Caridad Cristiana, costea la edición, impresa con el sello de la gran casa editora barcelonesa Maucci, de otra interesante selección de escritos, precisamente con el título "Sus Más Hermosos Escritos".

En 1913 se publican sus memorias, que Amalia dejó inacabadas comprendiendo el periodo que va hasta 1891. Este libro posee la originalidad de contener un prólogo dictado por Amalia desde el Mundo Espiritual en 1912, tres años después de su partida, así como la continuación a partir de 1891 hasta su desencarnación, con particularidades e impresiones sobre la vida en el Más Allá. El espíritu usó las facultades mediúnicas de María, con las cuales Amalia continuaba sus trabajos en la entidad de sus amores, después que Eudaldo también partiera rumbo a la vida espiritual.

En 1956 se realizó otra interesante selección de trabajos, todos basados en el filón de La Ley de reencarnación, bajo el título de "Hechos que Prueban".

Amalia comprende entonces que puede, en tales circunstancias pagar la deuda de afecto contraída con aquellos seres. Comienza a trabajar para dar ánimo al enfermo con afán de que sus fuerzas no se debiliten. Toma por un compromiso moral no dejarse vencer ni desfallecer. Imagina un tema: "Ahora llegó el momento de dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César"...

El padre Germán, en sus mensajes, le dice: "ahora ha llegado el momento de dar la mano a tu protector". Siente nacer una nueva responsabilidad. Ya no está en el abismo de la angustia en el que se precipitó al terminar la edición de La Luz. Cuando la esposa de D. Luis partió para el infinito este confió a Amalia la atención de su hija Concepción, la "niña" que, desde muy pequeña, Amalia se acostumbró a tener por compañera afectuosa.

¡Amalia ahora iba a ser "madre"!

Trató, en la medida de sus posibilidades, de ser una tutora amorosa, consejera, guardián celosa de los problemas de la joven en edad de casarse, compromiso que se agravaba para ella, pues deseaba cumplir con sus deberes sin fallos, teniendo en cuenta el afecto que sentía por D. Luis y los suyos.

Un día la muchacha contrae matrimonio y parte lejos estableciendo su propio hogar. Deja un vacío en su alma cuando la desdichada anciana ya se había acostumbrado a la misión

maternal.

D. Luis contrae nuevo matrimonio. Su cónyuge no compartía los ideales de su marido por lo que se agravan las distancias entre los dos. Amalia pierde, de esa forma el afecto del amigo y ve la situación que se agrava con la partida del mundo terrenal del Sr. Llach. El desamparo en que queda es aminorado por Eudaldo que constantemente corría en su ayuda y, en los momentos angustiosos que vivió la anciana, se ponía en contacto con el amparo del Padre Germán del cual provenía el consuelo oportuno con el cual iba venciendo y superando las angustias. Amalia dirigía entonces su atención con mayor empeño para su querido Centro que, sin la presencia, auxilio, autoridad y capacidad de organización del incomparable Luis Llach le recaía sobre los hombros. Entre los remanentes del grupo no se encuentra una persona capaz de asumir la tremenda responsabilidad, de modo que todo amenazaba cada instante para sucumbir, dado el alto nivel que el Centro alcanzó gracias al porte social de sus directores.

Amalia depositaba toda su atención en el Centro, buscando dar consuelo a los humildes que, antes atendían en las columnas de La Luz. Un día, María, humilde componente del grupo le comunica que el Mundo Espiritual la inspira, quiere ayudarla en su misión valiéndose de sus facultades mediúnicas.

Acostumbrada a la seguridad y fidelidad de Eudaldo, Amalia desconfía de los muchos aspectos que la mediumnidad presenta. Puede caer en fraude o en error y no tener buen éxito. No quiere pues, al principio, tomar en serio la noticia.

Mujer de razonamientos, reflexiva, prefería seguir el criterio de su maestro preferido, Allan Kardec, cuando decía que más vale negar nueve verdades que aceptar un solo error o mentira. Pero los acontecimientos vinieron a probarle que su aprehensión no tenía razón de ser. María, una humilde mujer, le daba día a día, pruebas concluyentes de la autenticidad de sus dones mediúnicos. Eudaldo incluso la aprobaba. Se sentía él – ya mayor –, no muy seguro de sí en cuanto al equilibrio mental para su mediumnidad. Estaba enfermo y sin las fuerzas de los tiempos de los grandes mensajes del Padre Germán e Iris. A medida que se eclipsaba las fuerzas de Eudaldo, iba tomando tamaño y confianza las de María.

Amalia, insensiblemente sustituía un auxiliar por otro, sin solución de continuidad en su dedicada tarea espiritual.

— ¡No sólo en la Tierra, mas también en el espacio te será útil!
— Decía el Mundo Espiritual a través de María.

Eudaldo se esforzaba por superar la enfermedad y arrastraba el cuerpo enflaquecido para permanecer al lado de la bondadosa compañera de los grandes momentos, auxiliándola a llevar a buen término, en los extremos de su existencia, la valiosa tarea. Tanto es así que, finalmente, decide compartir la soledad de Amalia yendo a vivir a su lado, llevando consigo a los hijos que ella viera nacer y que consideraba como sus propios hijos. Las circunstancias le dan una nueva familia, haciendo que Amalia aprovechase inmediatamente los momentos de lucidez y de fuerzas de Eudaldo para mantener el sublime intercambio con el Más Allá. El hijo y la hija de Eudaldo hacen entrar en la casa de Amalia, con su presencia, un hálito primaveral. Los jóvenes amaban entrañablemente a la querida amiga y con sus besos y caricias le dieron momentos de gran felicidad terrena, de la que tanto necesitaba su atribulado espíritu. Todavía la fraternal unión no duro mucho. Eudaldo fue llamado a proseguir su misión para más allá de la Tierra. Su vida física tocaba a su fin.

Los muchachos quedaron al cuidado de Amalia y, con eso, una doble preocupación: la de verse privada del gran aliado, que le proporcionó las mayores satisfacciones y la de sustentar a los huérfanos. La situación se complica.

Ella debe echar mano de la venta de todos sus libros y de cuantos objetos de valor poseía. Eran recuerdos de numerosos amigos a lo largo de su carrera de periodista. Los vende para dar cumplimiento a la nueva a la nueva misión que sobrecarga aun más sus ingentes compromisos. Ella consigue de alguna manera, equilibrar la situación. Pero permanece el problema central. Este sigue agravándose. Llama a los correligionarios de mayor confianza para revelarles la situación en que se encuentra. Todo hacía sugerir la desaparición de la institución. La reunión no surtió buen resultado. Nadie encontraba una solución o parecía dispuesto a encontrarla... Al punto de perder la fe, apela para la mediumnidad de María, solicitando consejo y la inspiración del

mundo espiritual. Del Más Allá la aconsejan a no desesperar. En efecto la comisión directora de un centro ofrece colaboración a La Buena Nueva, de modo a que continúe funcionando como en sus mejores días. Con eso se va manteniendo las cosas, aunque de forma precaria.

Sus fuerzas iban cediendo cada vez más. Su salud de por sí quebrada, empeora día a día. La medicina ya no tenía influencia sobre su organismo. Este alcanzaba la decrepitud y su alma ya no disponía de esas fuerzas que bien adentro la ayudan a vivir. Por fin, a instancias de María, va a consultar a un médico amigo de la médium.

Este inspira confianza a la enferma y ya en la primera consulta percibe que la molestia es más del alma que del cuerpo. La terapéutica somática carecía, para aquella enferma, del calor del afecto que antes le fue tan benéfica.

Así fue el diagnostico del facultativo, que sabía curar: se promovió una aproximación de amigos alrededor de Amalia, dispensándole solidaridad afectiva para eso, valiéndose de sus muchos amigos.

Estos montaron una especie de guardia junto a ella durante ocho meses, apostados a los pies de la cama de la enferma, para que en todo momento ella supiera "sentir la presencia", el afecto, la atención de sus amigas que no olvidaban a la singular mujer. Lo hacían por sí mismas y en nombre de la multitud que física y espiritualmente recibía de ella consuelo y auxilio en sus angustias, de viva voz o por el magnetismo sublime surgido de su adiestrada pluma. Ese movimiento cordial probó que el médico estaba en lo cierto pues la enferma comenzó a mejorar sensiblemente. El ir y venir de gente amiga dio también nueva vida al Centro ya poco frecuentado.

Fue en ese periodo que el médium de un centro amigo se decidió a colaborar con sus facultades en la tarea de reorganización de La Buena Nueva, que entonces era visitada por una aguda crisis. El médium se puso al frente de la institución, con su esposa, una de las señoras que velaban por Amalia en su lecho de enferma.

Pero... no tendría descanso la inseguridad de la anciana. Lejos de encontrar en ese matrimonio los colaboradores que tanto necesitaba, sólo encontró nuevos motivos de preocupación, dadas las discrepancias por ellos creadas. Fue preciso dispensarlos de la tarea, pues situaciones insostenibles, hicieron nacer un profundo abismo entre los mismos.

Desesperada, Amalia exclamó en estas dramáticas circunstancias: "¡Ahora sé que mi centro dejará de existir!"

Pero eso no habría de ocurrir. Recordando a la médium María, que en tantas ocasiones reiterara sus ofrecimientos recurre a la misma para consultar a su gran amigo, el Padre Germán.

Me dicen que no seas cobarde – Dice la sensitiva al captar las influencias espirituales... Esto ocurre todo porque debía ocurrir; las mezquindades de los hombres en nada influirán en el funcionamiento de tu Centro – le decían del Más Allá – Añadía el médium – que de hoy en adelante recobrará nueva vida, una nueva mediumnidad va a inaugurar una nueva fase y que sustentará el Centro por mucho tiempo. Surge en esos días, como movido por influencias sutiles, el siempre necesario mecenas, que ofrece, con su dinero, cooperar en lo que fuese preciso.

Amalia, recobrándose de los padecimientos de la enfermedad que la mantuvo tanto tiempo postrada, fortalecida por el mundo espiritual que en todo instante le repetía, por sus Mensajeros, "que aun había mucho que hacer", le anuncia también la llegada del millonario. Sabiendo que ese hombre sentía especial inclinación por sus muchachos, le solicitó que montase una escuela donde se diese enseñanza primaria, al mismo tiempo que se suministrase los sanos conceptos morales y el respeto a los más mayores, aunque no se les dictase ninguna enseñanza específica espírita, apenas el aprecio mutuo, los sanos preceptos de la moral y el espíritu de Humanidad que de ellos se desprende. La maestra a quien diera la responsabilidad de las aulas, era una idealista consciente de su misión y sabía cómo plasmar la mentalidad infantil.

Una tormenta más había pasado. Volvía la calma y Amalia, ya convaleciente, toma nuevamente el timón de la " nave". El Centro volvía a su apogeo.

Pero... no se había dado calma a la convalecencia de la permanente luchadora. Dentro de poco se sentiría bajo la cruz de nuevos contratiempos. El "mecenas" se presenta con una enfermedad grave. Es preciso que se someta a una urgente operación, de la cual no sale con vida. Vuelve a sonar el edificio cuando cae una de las columnas maestras. ¡Peligro para La Buena Nueva!

Si no fuese por su infatigable creencia en las enseñanzas de la doctrina que abraza, la cual le enseña que todo ese proceso que vivía era una consecuencia del pasado espiritual y que ya se le proyectaba un futuro prometedor de redención y superación, habrá claudicado una vez más en esa lucha sustentada permanentemente.

Y los pobres, pobres del alma y pobres de posibilidades económicas, recurrían a ella en voluminosa correspondencia, rogándole constantemente el consuelo, el consejo propio a la superación de sus angustias personales, desconociendo que aquella a quien pedían fe era la que más necesitaba rehacer su bagaje de esperanzas para sustentarla...

En la intensa determinación de responder y responder, asistida por las facultades de María, superada cada día, iba diluyendo sus propias angustias y la inmensa soledad, al verificar que, en medio de tanta desdicha, no era ella apenas la única que sufría en este mundo.

El Mundo Espiritual le da, en uno de esos graves momentos, otra muestra de su asistencia y ayuda. En muchas sesiones mediúmnicas le aseguraban que había ganado la palma. Un día llegó de Argentina la señora María K. de Senillosa, que se detuvo de pasada, pues iba a Bordeus. Esposa de un gran luchador espírita argentino, D. Felipe de Senillosa¹⁵ iba a terminar en Francia sus días en la Tierra, poco antes que Amalia.

La señora de Senillosa, ya viuda, mujer de fortuna, había continuado auxiliando a Amalia como lo hizo el esposo en vida, con oportunas y valiosas sumas de dinero.

¹⁵ Felipe de Senillosa desencarnó en Buenos Aires y fue trasladado para el Cementerio de Barcelona, estando a pocos pasos del túmulo de Amalia.

Esta vez llega con un médium que la acompaña. Esta sensitiva, que no conocía a Amalia sino por las referencias que de ella hacían, entró en trance y, solicitando papel y lápiz de diferentes colores, comienza a dibujar. Al final de la tarea entrega a Amalia una hermosa "palma", diciéndole:

Me dicen las voces de lo invisible que esta "palma" es suya y que muy merecidamente la ganaste.

La obsequiada entendió muy bien el simbolismo del mensaje espiritual...

¡Ahora sí, sé que concluyó mi tarea! — Dice embargada por la emoción — Mi campaña está finalizada. ¡Felizmente! Mi cuerpo da señales inequívocas de que ya no aguanta más.

En un torbellino de descontroladas sensaciones, iba del dolor al placer, de la felicidad a la tristeza, pensando en la suerte que estaba reservada a su querido Centro y al mismo tiempo experimentando el placer de haber concluido, por fin, una vida tan intensamente marcada por sufrimientos.

¡Estaba lista para partir!

Apenas una nube oscurecía la felicidad que se iba apoderando de su alma: "¿Qué pasaría con la Buena Nueva cuando ella faltase?"

Eleva sus últimas oraciones al Señor, rogando que su Centro no sucumba, oye entonces una voz grave y distante que le promete solemnemente que el centro subsistirá hasta cuando fuese posible. Esta fue su última relación consciente con este mundo de sufrimientos.

Por una ventana abierta penetraban los perfumes primaverales en aquella mañana del 29 de abril de 1909. El cuerpo examinate entregaba a la Tierra lo que le restaba...

La presencia de su inolvidable madre, de D. Luis, de Colavida, Eudaldo, Benisia, de todos aquellos que la precedieron en su vuelo allí se hacían sentir, resplandecientes, cercándola, esperándola...

Momento crítico... La transición...

Krainfort de Ninive, un elocuente cantor de las musas, terminaba un poema dedicado al desprendimiento en estas estrofas:

No lloréis terrenales... En el cielo un ángel más nos quiere y nos espera. Continuemos su obra en este pueblo, sea ella la estrella y el modelo mientras siga nuestra alma su carrera.

Un inmenso cortejo seguía el coche fúnebre. Las más insignes personalidades del Espiritismo español, teosofistas y mujeres del pueblo, mudos, estáticos refuerzan las energías de sus más puros pensamientos orando por el ángel que renacía, espíritu liberado de la esclavitud de la carne.

El ángel en ese clima amoroso se eleva, parte rápido en su carrera a la liberación...

En las puertas de sus casas, sea en vastos delantales o en finos pañuelos, las personas enjugan lagrimas al paso de la comitiva. Se sabe que allí transportaban la última expresión carnal de Doña Amalia Domingo Soler.

Todos cuando leyeran sus escritos, los que admiraban su valentía, los frutos óptimos de su pluma, los que sintieron el arrobo de su peculiar estilo; los amigos, los adversarios, todos saben que "nuevamente" partía para el infinito, para la Eternidad, como sustentó ella durante 37 años, aquella que iba a renovar su vida permanente, toda su potencia, fuerza, en el clima puramente espiritual...

Cuando el espíritu rompe los lazos que lo prenden al cuerpo, los guías y amigos lo envuelven con su manto fluídico para que no se de cuenta del crítico momento. Pasada la primera impresión, cuando todo en la Tierra vuelve a su acostumbrado lugar, desdoblan el velo y dejan que contemplen los lugares tan queridos por los recuerdos, pues cuando alguien sufrió y lloró en el santuario de su hogar, en santuario se transforma, permitiendo que se contemple cuan provechosa fue aquella existencia de amarguras.

—"Cuando en la Tierra todo volvió a sus lugares

acostumbrados, fue cuando yo, como paloma mensajera, volví a mi palomar sin querer distanciarme de allí, aunque estuviese plenamente convencida de que nadie me veía ni oía pensando que aun les podía ser útil. Y así era en realidad..."

Así se expreso el Espíritu de Amalia por medio de la mediumnidad de María.

No queda ya mucho que decir de Amalia, excepto que, por nuestra parte fue un placer hacer esta traducción, recibiendo de las páginas de este libro enseñanzas muy sabias para el espíritu y una inolvidable lección:

"Ante Amalia Domingo Soler...Amiga fiel.

Preguntas Frecuentes sobre Espiritismo

Libro Qué es el Espiritismo

Si tienes cualquier duda, encuentras algún error en el libro o quieres comunicarnos cualquier otra cuestión puedes escribirnos a:

info@cursoespirita.com

